Lorena Pacheco

# Reset



Escarlata
ROMÁNTICA




LORENA PACHECO

Escarlata
EDICIONES

*Reset*
Primera edición: noviembre, 2015

© Lorena Pacheco, 2015

Publicado por:
© Escarlata Ediciones S.L., 2015
www.escarlataediciones.com

ISBN: 978-84-16618-03-3
IBIC: FRD

Fotografías cubierta: ©Fotolia
Dirección editorial: Carla de Pablo
Corrección de estilo: Sofía Aguerre

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información por ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

Índice


PREFACIO

TOCANDO FONDO

- CAPÍTULO 1
- CAPÍTULO 2
- CAPÍTULO 3
- CAPÍTULO 4
- CAPÍTULO 5
- CAPÍTULO 6
- CAPÍTULO 7
- CAPÍTULO 8
- CAPÍTULO 9
- CAPÍTULO 10
- CAPÍTULO 11
- CAPÍTULO 12
- CAPÍTULO 13
- CAPÍTULO 14

OPERACIÓN RESET

- CAPÍTULO 15
- CAPÍTULO 16
- CAPÍTULO 17
- CAPÍTULO 18
- CAPÍTULO 19
- CAPÍTULO 20
- CAPÍTULO 21
- CAPÍTULO 22
- CAPÍTULO 23
- CAPÍTULO 24
- CAPÍTULO 25
- CAPÍTULO 26
- CAPÍTULO 27

COMO LAS MUJERES VALIENTES

CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
EPÍLOGO

# PREFACIO

No tenía ni idea de dónde me encontraba ni de por qué estaba tumbada en una camilla.

¿Y quién era ese tipo? Tenía una pinta rarísima, como de científico loco. Llevaba una bata blanca con multitud de bolsillos y sujetaba algo parecido a un mando a distancia con una mano huesuda, mientras me miraba fijamente a través de unas gafas de culo de vaso que le daban aspecto de búho.

Miré a mi alrededor por primera vez desde que había abierto los ojos. Sin duda, se trataba de un laboratorio casero de dudosa reputación, así que estaba empezando a asustarme. ¿Y si el tío quería sacarme el bazo o algo por el estilo? ¿Y por qué diablos no abría su pico de ave nocturna?

No recordaba nada, ni siquiera mi nombre. Ideas absurdas y aterradoras se me pasaron por la mente: ¿es que yo era su gran invento? ¿Un robot humanoide, tal vez? ¿Un Frankenstein del siglo XXI?

Intenté incorporarme, pero la cabeza empezó a darme vueltas y solo conseguí darme contra el suelo, que, por cierto, olía a algo parecido a la naftalina. Qué asco.

—Eh… tranquila, deberías volver a tumbarte. —El inventor chiflado tenía una voz estridente y un tanto aguda. Se acercó a mí con los brazos extendidos y yo concentré todos mis esfuerzos en apartarme de él.

—¿Quién eres tú?

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en su cara.

—Genial. Ha funcionado.

—¿Qué me has hecho? ¿Qué es lo que ha funcionado? ¿Y por qué me apuntas con eso?

Bajó la vista hacia el mando a distancia súper sofisticado. Una luz roja parpadeaba mientras me apuntaba a la cabeza.

—No te preocupes, Be. Todo irá bien.

Arrugué la nariz.

—¿Be? ¿Como el balido de una oveja?

—Be, de Berenice. Ese es tu nombre.

Y, de repente, lo recordé. Sí, claro que era mi nombre.

—Pero…

—Lo sé, es abrumador —me interrumpió—, pero pronto lo entenderás todo. Es más sencillo de lo que crees.

Enarqué una ceja.

—Permíteme que lo dude.

¿Sencillo? Aquello tenía pinta de todo menos de sencillo. Aun así, intenté que mis pensamientos se estabilizaran para prestar toda la atención posible.

El búho carraspeó y se sentó frente a mí.

—Comencemos por el principio.

# TOCANDO FONDO

# CAPÍTULO 1

Elías me colocó detrás de la oreja un mechón de pelo que se me había escapado y yo sonreí como si fuera una colegiala totalmente colada por el chico popular que va unos cursos más avanzado. Me había traído a un buen restaurante, de esos en los que te cobran un dineral por porciones ridículamente pequeñas.

—Hoy estás realmente preciosa —me dijo. Casi parecía sorprendido.

—Para ya… —contesté yo, apartando la vista y sonrojándome hasta las pestañas.

—En serio, cualquier hombre estaría encantado de estar contigo.

—Venga, déjalo ya… —insistí con una risita—. ¿A qué viene todo esto?

—Yo… ya sabes que estos meses he estado un poco ausente y no me he comportado como debería contigo.

Decir «un poco ausente» era quedarse corto. Seis meses de indiferencia eran algo más, pero antes de escuchar el resto ya lo había perdonado.

—Cariño, no te preocupes. No digo que no haya sido duro, pero que seas capaz de reconocerlo y demostrarme tu amor es más que suficiente para mí.

—Verás… —empezó a decir.

—¿Sí? —le pregunté, sin poder disimular el entusiasmo de mi voz mientras le cogía la mano y le animaba a seguir.

—He conocido a otra persona.

Así. Sin más. Sin piedad. Sin anestesia. Mi sonrisa a lo *Love Story* se había quedado petrificada en alguna mueca horrible. «Traidor. Traidor. Traidor.» Esa palabra resonaba en mi interior como si me hubiese comido un loro.

Entonces… ¿Para qué me había traído aquí? ¿Se trataba de humillarme? ¿O creía que así me dolería menos? «Oh, sí, nena… Aprovecha estos minutos de amor fingido hacia ti. Es mi último regalo y deberías estar agradecida». Habría preferido un escupitajo en la cara. Cerdo machista y engreído.

O sea que, cuando me había dicho que cualquier hombre habría estado encantado de estar conmigo, en realidad me estaba diciendo que no tenía por qué ser una solterona tras su marcha y que, prácticamente, me hacía un favor por ponerme de nuevo en el mercado.

Sinceramente, yo había esperado algo como: «Me he dado cuenta de que eres la mujer de mi vida y que no he sabido valorarte como te merecías. ¿Quieres casarte conmigo?».

Entonces me di cuenta de que mi mano todavía seguía tocándolo. Seguía en contacto con la piel de una serpiente venenosa que me acababa de clavar sus afilados dientes. Sentí como si me estuviera desangrando lentamente mientras la ponzoña me quemaba, así que intenté sacar de ahí mis dedos, que parecían haberse enganchado con los suyos.

—¡Suéltame, maldita sea! —exclamé histérica, tirando de él.

—Tranquilízate, Be. Vamos a hablarlo con calma —murmuró mientras miraba hacia los lados como si le preocupara que yo montara un escándalo.

—¿Ahora quieres hablar? ¿Después de seis meses? ¡Y no me llames Be! ¡No me llames nada!

Las mesas de al lado dejaron el disimulo para otra ocasión y se fijaron en nosotros sin contemplaciones.

—Oye, no sé cómo ha pasado, pero ha pasado.

—Y, exactamente, ¿cuánto hace que ha pasado?

—Pues… —Su mirada se perdió en el horizonte—. Conocí a Mel…

—Oh, ¡así que tiene nombre! —le interrumpí, lanzándole la servilleta a la cara con la esperanza de mancharle o de que se la tragara y se le encajara en la tráquea.

Él la cogió sin más y continuó hablando.

—Es alguien de mi departamento. Hace un mes que empezamos a salir.

Pero… ¿Cómo que a salir? ¿Salir de salir? Se me estaba empezando a nublar la vista. Sopesé la opción de tirarle el vino a la camisa antes de perder la visión por completo, pero mi percepción de las copas ya no era tan acertada como hacía un momento.

—Ah, discúlpame por ser tan tonta y pensar que salías conmigo.

—Ya sabes que últimamente las cosas no han ido muy bien entre nosotros.

¿Esa era su excusa? ¿En serio? Como teníamos una crisis de pareja, mi novio prefería no decirme nada, hacer como si yo fuese parte del mobiliario y echarse una novia nueva. Quizás debería haber subrayado con rotulador fosforescente mi nombre en el buzón para que el muy cretino recordara que no vivía solo.

—Mel ha llegado cuando yo más… —Se limitó a suspirar—. En fin, no encontraba el momento de decírtelo. Lo siento.

—¿Que no encontrabas el momento? ¡Vivimos juntos!

—Lo sé, pero no es fácil, ¿sabes? —me dijo con rencor. ¡Encima!

—Ah, perdona por presionarte. Debe de haber sido muy duro para ti tirarte a la zorra de tu departamento mientras yo te lavaba los calzoncillos.

—¿Ves? No se puede hablar contigo —me recriminó en tono grave.

—¿Que no qué…? —Me reí como una loca histérica. ¿De verdad me estaba diciendo todo eso? Me ponía los cuernos, tenía una doble vida a mis espaldas y encima se las daba de ofendido. ¿Alguien podría entender eso? Porque yo solo entendía mis recién descubiertas ganas de amputarle las piernas.

Dio otro sorbo a su copa y se quedó mirando su contenido, sin atreverse a enfrentar los rayos X que le dirigían mis pupilas.

—Bueno, solo quería avisarte porque… vamos a vivir juntos.

Estupendo. Genial. Sublime.

—¿Solo querías avisarme por eso? —repuse con sarcasmo.

—No lo había planeado. Surgió así. Estábamos en casa y…

—Un momento —le interrumpí otra vez—. ¿Ha venido a casa? ¿A nuestra casa?

Evitó mirarme directamente a los ojos una vez más; era obvio que se le había escapado.

—Sí —admitió un tanto avergonzado. Ah, ¿pero aún sabía lo que era la vergüenza? ¡Fíjate!

—No me lo puedo creer… ¿Qué es lo que intentas? ¿Matarme? ¿Es eso? ¿Tan mala novia he sido?

«No, por ahí no, Berenice. No empieces a echarte la culpa como haces siempre. Es él quien ha decidido clavarte un puñal en la espalda, es él quien te ha ocultado una traición comparable solo a la de Judas.»

—No es eso… Pero supongo que no estábamos destinados a estar juntos.

—No, por lo visto yo estaba destinada a que tú me jodieras, querido. —Me apoyé en el respaldo agotada.

—Vamos, estás a tiempo de encontrar a alguien genial con el que compartir tu vida. El tío perfecto para ti está por ahí. —Su sonrisa Profident me sentó como una patada en el culo.

El tío era gilipollas, ¿por qué no lo había visto antes? Me habría ahorrado muchas lágrimas y noches en vela.

Entorné los ojos.

—¿Y cuál se supone que es el tío perfecto para mí?

—Bueno, ya sabes.

—No, no sé.

Se rascó la nuca y echó un vistazo alrededor, seguramente buscando a ese tío adecuado para mí. Con «por ahí» debía referirse al restaurante. Menudo morro…

—¿Sabes qué? —continué—. Déjalo. No me importa lo que digas.

Me quedé callada, mirándolo con una mezcla de odio y resignación. Él acercó su silla y apoyó los codos sobre la mesa.

—Hay algo más.

—¿Más? ¿Está embarazada? ¿Os habéis casado en secreto?

—Vamos a vivir juntos.

—Eso ya lo has dicho —contesté con resentimiento.

—Dios, Be… ¿hace falta que lo diga? —preguntó exasperado.

—No, puedes esperar otro mes, si quieres.

Ser borde era lo menos que podía hacer. Se merecía mucho más. Un sufrimiento lento y a conciencia para demostrarle que lo que había hecho era una aberración.

—Vamos a vivir juntos… en casa.

¡PAM! Segundo golpe. Parpadeé varias veces, incapaz de articular palabra.

—Pero la buena noticia es que tienes un par de semanas todavía para buscar piso.

—¿Esa es la buena noticia? —Me dieron ganas de clavarle el tenedor en el ojo—. ¡Dos semanas! Me engañas, me echas de mi casa…

—Técnicamente, es mi casa… —me corrigió.

Tenía razón; era yo quien me había mudado con él en su día, pero le dediqué una mirada asesina y cerró el pico.

—Esto es genial, perfecto. Me alegro de haberme comprado este vestido tan caro para esta noche.

Me miró de arriba abajo de una forma que ya había olvidado. Ni hablar, que ni se le pasara por la cabeza.

—No te atrevas a mirarme así ahora. No después de todo esto.

Sus ojos volvieron a subir hasta los míos.

—Perdona, ya te he dicho que estabas preciosa.

—Cállate de una vez.

—Bueno, será mejor que me vaya… —Se levantó—. Me está esperando… Mi hermano.

Con lo mal que mentía no sabía cómo no me había dado cuenta antes. Había una gran diferencia entre lo que me había dicho todo este tiempo y lo que había querido decir realmente. Ahora lo sabía.

«Cariño, esta noche trabajaré hasta tarde», es decir, «me voy a echar un polvo».

«Cielo, no me esperes levantada hoy», lo que venía siendo: «me voy a echar un polvo».

«Oh, no hace falta que vengas, voy a estar muy liado», que significaba: «me voy a echar un polvo».

«La verdad es que esta noche estoy un poco cansado», o sea, «ya he echado el polvo».

—Ah, por cierto, yo no estaré en casa estas dos semanas —me advirtió. Me quedé callada y lo miré sin fuerzas. Por supuesto que no estaría—. Yo invito.

¡Solo faltaba! Habría sido el colmo que me hubiera tocado pagar a mí una cena que me estaba resultando indigesta por su culpa.

—Adiós, Be. Cuídate.

Y tras dejar dos billetes encima de la mesa, se marchó sin esperar el cambio y sin dirigirme tan siquiera una última mirada de compasión. Lo habría odiado por ello, pero al menos habría demostrado tener un poco más de conciencia.

Ya daba igual, seguramente iría a celebrar con Mel haberse quitado tal peso de encima. Sesenta kilos para ser exactos. Así que allí me quedé, como una mujer patética y abandonada, sentada en la mesa y bebiendo vino, sola. Observando cómo el resto de parejas se cogían de la mano y se daban a probar sus respectivas cenas. Triste. Muy triste.

De la pequeña llama que se había encendido en mi interior al principio de la noche, solo quedaban unas cenizas negras y desesperadas.

# CAPÍTULO 2

Llegué a casa totalmente exhausta. A esa casa que ya no era mía, que además me recordaba a él, y en la que a partir de ahora viviría con esa fulana de Mel. Seguramente una rubia de veinte años con las tetas operadas y unas nalgas de acero.

No podía competir con eso; el acero era algo inalcanzable para mí, sobre todo si me llevaba esos disgustos que solo se calmaban ligeramente con media tableta de chocolate. Porque… No seamos hipócritas; una ensalada no sana a nadie. Vale, está bien, el chocolate tampoco, pero no me imaginaba viendo una película romántica y soltando unas lágrimas mientras me comía unos espárragos. Era algo antinatural, ¿y quién era yo para desafiar a la naturaleza?

Me miré en el espejo del cuarto de invitados (no pensaba dormir en la cama manchada con mi deshonra) y el reflejo que me devolvió no fue muy esperanzador: cara desencajada, restos de rímel y una mirada de perrito abandonado. Sentí pena por mí misma y eso hizo que me dieran ganas de estamparme el cráneo contra el cristal, como esos monstruos deformes que no soportan contemplarse ni en una cuchara.

Imágenes y más imágenes me venían a la mente como si estuviera observando una presentación interior de *PowerPoint* de mis últimos tres años.

Decidí que el medio ambiente me perdonaría que esa maldita noche de perros me llenara la bañera; una ducha rápida no me servía en un momento tan crítico. Me sumergí y, por un momento, sentí que todo iba a ir bien, que podría con aquello siempre que continuara dentro del agua. Pero entonces se empezó a escuchar en la radio la canción de Alejandro Sanz que sonaba la noche en que había conocido a Elías.

El destino seguía empeñado en ensañarse conmigo.

—¿Te gusta Alejandro Sanz? —me había preguntado Elías aquella vez, aprovechando que yo había dejado a mis amigas atrás para ir al servicio.

—La verdad es que no mucho. —El tío estaba bueno y parecía que intentaba ligar, pero yo nunca había sabido mentir.

—¿Y quién te gusta? —insistió.

—Verás… Ahora mismo tengo un poco de prisa. —No podía más, en mi cabeza solo había un retrete llamándome a gritos.

—Pareces nerviosa… —observó.

—No, yo… —Yo no quería confesarle que en realidad me estaba meando, aunque tampoco es que fuese de su incumbencia.

—¿Qué tal yo?

—¿Tú qué? —pregunté con impaciencia. En otro momento me habría parado a flirtear, pero, definitivamente, ese no era el adecuado.

—¿Te gusto yo?

—Lo siento, pero no he oído tu música.

Soltó una carcajada que, entonces, me pareció falsa y exagerada.

—Esa ha sido buena —aprobó.

—Genial… pero, ¿me dejas pasar? —En serio, mi vejiga estaba a punto de reventar por culpa de su intento de apareamiento y lo iba a poner todo perdido.

—Oh, claro. Lo siento.

Creí que lo habría espantado y, con la vejiga ya vacía, me arrepentí de no haber juntado más las piernas. Pero cuando salí del baño de las chicas, me estaba esperando en la puerta.

—¿Mejor? —me preguntó.

Me puse roja hasta las cejas.

—Mucho mejor.

—¿Sabes? A mí tampoco me va Alejandro Sanz. No es mi tipo —dijo guiñándome un ojo. Lejos de la presión de la orina en mi vejiga, le sonreí como una idiota. Como lo que era.

Y ahora aquella canción perversa parecía no tener fin.

Salí de la bañera a toda prisa, aún a riesgo de sufrir una caída mortal, y me enrosqué la toalla alrededor del cuerpo. Fue en vano, pues para cuando llegué al equipo de música, ya había empezado a cantar Lady Gaga. No tenía ganas de volver a la bañera (mis recuerdos ya se habían disuelto con las sales y el agua se había vuelto insalubre), así que me dejé caer sobre la cama con la toalla puesta como si la escasa batería que me quedaba se hubiese apagado por fin. Y allí, al ritmo de *Bad Romance*, me quedé dormida.

A la mañana siguiente de que Elías me confirmara su parentesco con los cerdos, yo me encontraba en un momento en el que necesitaba culpar a cualquiera que poseyera el cromosoma Y. Empezaba a pensar que esa letra estaba maldita, que tenía algún tipo de tara imposible de reparar. ¿Qué

demonios era una Y? Una consonante con sonido de vocal, o sea, una vocal de segunda, eso es lo que era.

Me incorporé y observé la habitación en penumbra. Tenía las persianas bajadas, pero no las subí. Me quedaría allí toda la mañana, podía hacerlo, era sábado. Y yo ya no tenía que acudir al club de tenis de Elías para cumplir con su calendario social. No, ahora le tocaba a Mel encargarse de esas cosas. «Sufre, maldita zorra», pensé para mis adentros. Después de todo, la ruptura tendría sus cosas buenas… ¿No?

Tenía un nudo en el estómago que me impedía comer, y ya pensaba en que la depresión me dejaría delgada como una pluma, cuando a eso de la una de la tarde mis tripas rugieron reclamando alimento. «Vale, está bien. Me comeré cualquier cosa: quizás un yogur». De eso nada. En cuanto abrí la nevera y vi el jamón serrano, decidí que un bocadillo a la española sería mejor opción.

Un domingo soleado de abril como aquel era perfecto para aprovecharlo en el centro de Madrid, así que me enfundé unos vaqueros y me puse las deportivas. Caminé sin rumbo fijo, observando a infinidad de parejas cogidas de la mano. ¿Por qué no había traído pañuelos? Regla número uno de una mujer abandonada: llevar pañuelos en cualquier sitio. Un bolsillo, el bolso, la funda de las gafas de sol.

Reprimí una lágrima que amenazaba insistentemente con abandonar el ojo hasta que encontré un rincón desierto en un pequeño parque junto a un McDonald’s. Entonces dejé que la gota saliera y se perdiera en mis labios. No pude ver mi reflejo en ningún sitio, pero supuse que tenía la nariz más roja que el cartel que tenía en frente. Quizás algún niño me confundiera con el payaso de las hamburguesas.

¿Por qué Elías no me había llamado? Vale que ya no era nada suyo, pero podría haberse preocupado un poco. ¿Dignidad? ¿Qué era eso? *Mí* no saber.

Bajé la vista hacia el teléfono que tenía entre los dedos y di un respingo al comprobar que estaba apagado. ¡Estaba apagado! Con manos temblorosas le di al botoncito de encendido. «Vamos, estúpido cacharro, ¡enciéndete de una vez!». Estaba a punto de estamparlo contra el suelo para hacerlo reaccionar, o simplemente para desahogar mi ira homicida, cuando la luz blanca iluminó la pantalla. «¡Por fin!».

Dieciséis mensajes nuevos. Alguno tenía que ser de Elías, ¿no?

Pues no. La mitad de mensajes eran de la compañía telefónica, uno de una llamada perdida de mi madre y el resto de Zoe, mi mejor amiga. En

realidad había nacido llamándose Balbina, como su abuela, pero ella lo detestaba y siempre nos había obligado a llamarla Zoe. Al cumplir los dieciocho, lo hizo oficial.

A estas alturas, aún no había hablado con ella desde el viernes por la mañana, así que estaba histérica.

«Hola, cariño, soy yo. ¿Qué tal fue la cena romántica? Llámame pronto».

«¿Qué tal si Elías te deja un par de minutos libres para que me llames?».

«¿Qué pasa, es que no paráis ni para comer? Se la vas a desgastar, cielo».

«Hola, ¿te acuerdas de mí? Soy tu amiga Zoe, esa que lleva esperando tu llamada todo el fin de semana».

«Be, ¿dónde diablos te has metido? En cuanto enciendas el móvil da señales de vida porque estoy empezando a ponerme muy nerviosa».

«Mierda, Berenice, ¿quieres hacer el favor de encender el puto teléfono?».

«Vale, se acabó. O me llamas en un par de horas o llamaré a la policía. Te encontraré, Berenice, ¿me has oído? Cueste lo que cueste, por mucho que te escondas».

Miré otra vez la hora de ese último mensaje; faltaban diez minutos para que se cumpliera su amenaza. Marqué su número de memoria y esperé a que descolgara.

—¡Por fin!

—Espero que no hayas llamado a la policía todavía.

—¿Estás de broma? Tengo a dos pastores alemanes olisqueando unas bragas tuyas.

Me reí con desgana.

—¿Y bien? —me preguntó con una notable excitación en la voz—. ¿No tienes nada que contarme?

—Ah, ya lo creo. Fue una noche inolvidable.

Se oyó un gruñido de satisfacción al otro lado de la línea.

—Por lo visto un fin de semana inolvidable, ¿no?

—No lo sabes tú bien. —Mi voz seguía sonando monocorde. ¿No pillaba la ironía?

—Eh, un momento… ¿Qué está pasando aquí?

—Elías me ha dejado.

Durante unos segundos solo escuché mi respiración.

—¿Qué? —preguntó al fin.

—¿Puedes venir? —le pedí con voz débil—. Llegaré a casa en unos diez minutos.

—Cuenta con ello. No se te ocurra hacer ninguna tontería hasta entonces, ¿entendido?

—¿A qué te refieres? Solo he comprado dos metros de cuerda y le he hecho un nudo en un extremo.

—Muy graciosa. Tú ponte la música tan alta que te duelan los oídos, eso te impedirá escuchar tus pensamientos.

Me conocía muy bien.

—Será hijo de… —Mi amiga tenía la cara roja como un tomate del cabreo que llevaba encima—. Qué puto cerdo. Deberíamos llenarle la bañera de barro.

—Déjalo ya, Zoe.

—No defiendas a ese mal nacido, Berenice. Ni se te ocurra —me advirtió, señalándome con el dedo.

—No lo defiendo, por mí puede atropellarlo un tranvía.

—Así me gusta —aprobó.

Seguramente un tranvía era demasiado exagerado, pero no me importaba si Dios decidía descargar toda su ira divina sobre él. Elías era una rata de cloaca y debía pagar por ello. Y lo haría, ¿verdad?, porque de lo contrario me pensaría seriamente lo de cambiar de religión.

Se lo merecía, y ya podía dar gracias por que no le cortara a tiras su miembro más preciado para hacer fajitas.

Zoe se me quedó mirando fijamente mientras se mordía el labio.

—Vamos, suéltalo ya —la animé.

—¿Que suelte el qué? —preguntó, haciéndose la ingenua.

—Lo que sea que esté en la punta de tu lengua; te vas a hacer sangre si sigues así.

Frunció el entrecejo con un claro significado de «te crees muy lista», pero los músculos de su cara se relajaron y dejaron al descubierto su verdadero estado de ánimo.

—Todo ha sido culpa mía… —comenzó. Tragó saliva, dramatizando un poco más—. Si yo no hubiera insistido en ir a ese sitio… ¡Anda que no hay locales en Madrid!

—Zoe, escúchame. Estás loca.

Se enjugó una lágrima invisible y me cogió de la mano.

—Puede ser, pero voy a enmendar mi error.

—¿Quieres dejarlo ya? El único que la ha cagado ha sido él. Yo… puedo entender que se enamore de otra… —Hice una mueca de disgusto—. Pero que me lo haya ocultado durante tanto tiempo… Y mientras yo en casa, esperando no sé a qué.

—Merece que se la amputen.

—Te juro que no me faltan ganas. Pero aun así no puedo dejar de quererle. Soy un asco. —No pude reprimir más las lágrimas—. Hasta me lo he imaginado volviendo, he deseado que lo hiciera y en mi mente lo he perdonado. ¡Soy patética!

—No eres patética, eres humana. Humana y mujer; a las mujeres os pasa eso. —La miré sin pestañear. Dejé de llorar al instante.

—Resulta curioso, porque creía que compartíamos sexo.

—Ya, pero a mí eso no me pasará nunca. Soy emocionalmente masculina.

—Es decir, que no tienes emociones —le espeté, sabiendo que no le ofendería.

—No, pero tengo a estas. —Se señaló los pechos, sus dos mejores armas.

Era cierto, ella jamás tendría mis problemas. Era un pibón que utilizaba a los hombres a su antojo. Pero, ¿yo? Siempre había sido bastante sensible e insegura, aunque ahora mi autoestima y mi orgullo estaban directamente bajo tierra.

—¿Sabes lo que deberías hacer? —soltó de repente—. Una lista sobre los aspectos negativos de Elías.

Se cruzó de piernas y se alisó el pelo con las manos.

—¿Para qué? —inquirí.

—Ver sus defectos plasmados en papel te harán percibirlos como algo más real.

Puse los ojos en blanco.

—¿Y desde cuándo eres terapeuta?

—Desde que somos amigas.

—*Touché* —contesté.

—Créeme, Berenice, te irá bien. Y a cambio yo te haré otra lista con las cosas que puedes hacer para superar todo esto, para cambiar de vida y sentirte mejor contigo misma.

—Me dejas de piedra, chica. Tanta sabiduría no es normal en ti. Estoy abrumada.

—No soy solo una rubia *sexy*. —Se tocó su nuevo pelo, cortado al estilo bob.

No me pareció tan mala idea, después de todo.

—Trato hecho. Tu lista por la mía.

La loca de mi amiga se levantó del sofá y se dirigió hacia la puerta.

—Bien, será mejor que me vaya. Te dejaré descansar para mañana.

Resoplé.

—Lunes… Genial.

# CAPÍTULO 3

A simple vista, todo parecía normal. En cambio, para mí era un día despreciable al que habría que ponerle otro nombre, a pesar de que la palabra «lunes» ya era bastante horrible.

Me pasé un par de horas con algunos papeleos, ya que hasta el día siguiente no tenía que enseñar ningún piso. Menos mal, porque ayudar a parejitas a buscar su nidito de amor no me hacía ninguna ilusión.

A media mañana, fui en busca de un café del tamaño de una taza del váter.

—¡Berenice, estás aquí! Te estaba buscando.

«No, por favor, él no…»

—Hola, Félix.

Y ahí estaba, con su coronilla anaranjada y sus ojillos indiscretos. Era tan poco atractivo que en la oficina se le conocía como el bote de pimentón. Bote porque era más o menos como un cubilete de parchís y pimentón porque, bueno… era evidente.

—Hoy estás muy guapa.

Lo miré con cara de pocos amigos y luego contesté:

—Oye, he dormido apenas dos horas. No estoy de humor para tus chorradas.

—¿Ha pasado algo con Elías? —preguntó, sin esforzarse por ocultar su alegría.

Algo en el cerebro me hizo «clic». Lo agarré del brazo y lo arrastré junto a todos los demás, que se me quedaron mirando desconcertados. Y así, sin más, informé a todo el mundo de que mi novio me había dejado y que no quería más preguntas al respecto. Luego me metí en el servicio y eché el cerrojo. La cabeza me daba vueltas y estaba a punto de vomitar. El retrete apestaba a orina recién exprimida y, cuando casi estaba a punto de morir de intoxicación, alguien tocó a la puerta.

—¿Berenice? Soy Almudena. Abre la puerta.

¿Mi jefa? Seguro que se había enterado del espectáculo y estaba cabreada.

Me había quedado en silencio; tenía miedo de contestar.

—Abre o te despido —amenazó. Me levanté como un cervatillo que está empezando a andar y me estiré la falda. Los dedos me temblaron al correr el

pestillo.

—Por Dios, tienes un aspecto horrible. ¿Has vomitado? —Meneé la cabeza—. Pues lo parece, sinceramente. Deberías refrescarte la cara.

Me cogió suavemente por el codo y me arrastró hasta el lavabo. El contacto de su mano húmeda sobre mi frente me hizo volver en sí.

—¿Mejor? —preguntó.

—Sí… Gracias —contesté con la voz quebrada.

—Me he enterado de lo que ha pasado con Elías.

—Almudena, yo…

—Mira, Berenice, yo ya sabía que ese desgraciado te jodería.

Me quedé de piedra. ¿Pero qué…?

—Bueno, es más complicado de lo que parece… —intenté explicar.

—No lo excuses, Berenice. Es un cabrón sin sentimientos y siempre lo será.

La miré con los ojos muy abiertos. Almudena era una mujer de unos cincuenta años que siempre me había parecido más joven. Por un momento, me recordó a Zoe.

—Así que ahora lo que tienes que hacer es olvidarte de él, ¿entendido? Y volver a ser la de antes lo más pronto posible.

Echó su melena oscura y rizada hacia atrás con la mano, se dio media vuelta y me dejó frente al espejo, con la frente empapada y totalmente desconcertada. Sus palabras parecían amables, pero yo sabía que escondían una carga que llevaría encima como una losa.

Cuando por fin me vi con fuerzas para salir del lavabo, alguien hizo que me dieran ganas de echarme atrás.

—Ah, Berenice, ya sales.

—Félix, déjame en paz, por favor… —contesté con voz cansina.

—Quieres escuchar esto, créeme —comenzó a decir, posando su sudorosa mano sobre mis brazos.

Al principio, Félix me había parecido inofensivo. Traté de ser amable con él, pero acabó tomándose esa actitud como un interés romántico por mi parte. Fue entonces cuando descubrí su auténtica cara: la de un ser obsesivo, controlador, egoísta, rastrero, pelota y tremendamente irritante. Hasta el punto de decirle a la gente que estábamos saliendo juntos, una mentira que pareció creerse de verdad hasta que apareció Elías. Y, lo que era peor, no conocía el significado de «espacio vital».

Inspiré hondo.

—Vale —acepté—, ¿qué pasa?

—Pues que he pensado que ahora que no estás con Elías… —¡¡¡...!!!— ya sabes, sería un buen momento para retomar lo nuestro.

¿Se podía tener menos sensibilidad? ¿Se podía ser más egoísta? ¿Cómo se atrevía a abalanzarse sobre mis restos dolidos como un buitre sin corazón?

Me estaba asfixiando.

—¡Por Dios, Félix! ¡Fue hace años y estaba borracha! ¡No hay nada nuestro! —exploté.

—No sé por qué sigues intentando engañarte —respondió, alzando las cejas y llevando su otra mano a mi cintura—, ambos sabemos que tú lo deseabas muchísimo más que yo.

Pude reaccionar lo justo para apartarme, pero la boca se me quedó abierta, incapaz de articular palabra, hasta que por fin logré tragar saliva y recomponerme de tal comentario.

—¿Que… qué? —Hice una pausa, me pellizqué el puente de la nariz y tomé aire antes de añadir en un susurro—: Voy a fingir que no he oído eso.

Le di un empujón para apartarlo de mi camino. Algunas cabezas se asomaron, pero volvieron a meterse en sus asuntos cuando me vieron pasar más cabreada que la Pantoja.

—¡Llámame! —oí que gritaba Félix a mis espaldas. Tuve que contener el impulso de volver y cruzarle la cara.

Estúpida fiesta de Navidad con su estúpido tequila. Menos mal que no me acordaba de nada, porque solo de imaginarme con el bote de pimentón entre las sábanas me entraban ganas de arrancarme los ojos.

—¿Quieres dejarlo ya? No tiene ninguna gracia.

—Discrepo —logró decir Zoe entre risas.

—Ojalá te atragantes, en serio.

La miré con rencor contenido y di otro trago a mi Coca-Cola (Zero, por supuesto).

—Oye, de verdad que lo siento, pero… ¿Félix?

—Te odio.

—Tampoco está tan mal. —Intentó ponerse seria, pero le salió bastante mal.

—¿Por qué no te vas a la mierda, Zoe? Estás empezando a hartarme.

¿Para qué diablos le habría pedido que viniera a almorzar conmigo? ¿Eso era apoyarme?

—¿Sabes, Berenice? En el fondo creo que Félix te está haciendo un favor. Siempre está bien saber que aún atraes a los tíos. ¿No te sube la autoestima?

—Es Félix. Félix, Zoe —insistí.

—¿Y qué más da? Vale, es muy poco *sexy*, pero…

—¿Poco *sexy*? —la interrumpí—. Es el hermano feo de Mr. Potato.

—Tampoco exageres. Ni siquiera tiene bigote.

Estuve a punto de estamparle su hermosa cabecita contra el sándwich mixto que tenía delante.

—En serio, no se trata de su aspecto —admití.

—Ya, claro… —respondió Zoe, enarcando una ceja acusadora—. La belleza está en el interior y blablablá.

Sacudí la cabeza.

—No todas somos como tú, ¿sabes? —le recriminé.

Alzó las manos.

—Tienes razón. ¿De qué sirve que un tío tenga un buen culo si luego es un gilipollas?

Entrecerré los ojos para mirarla.

—Eso no parece importarte cada sábado —le recordé.

—Ya —admitió, encogiéndose de hombros—, pero eso es porque para mí los tíos son de usar y tirar, como los Tampax.

—Eres asquerosa.

—Soy práctica —replicó—. Y tú no vayas de santa y admite que el físico importa.

Rodé los ojos y suspiré, algo cansada del tema.

—Mira, puede que Félix no sea precisamente atractivo, pero ganaría muchos puntos si fuese un tío divertido y simpático, y no un acosador sexual en potencia. Así que escúchame bien, porque aunque Félix fuera el último hombre de la Tierra y el futuro de la humanidad dependiera de nosotros dos, prefiero comerme con cuchillo y tenedor una boñiga de vaca.

—Vaya, realmente lo detestas. Aunque tenía mis dudas. Si mal no recuerdo, ya has dejado que te espolvoree un poco de su pimentón. —Aquello hizo que la Coca–Cola me subiera un poco a través del esófago.

—Eso fue hace un millón de años. Tenía más alcohol que sangre en mis venas y, joder, no sabía lo que hacía. ¿Podemos hablar de otra cosa, por favor?

Así que estuvimos como media hora hablando de lo espectaculares que habían quedado sus pechos. Jamás había considerado que Zoe necesitara operarse de nada, pero trabajar en una clínica de cirugía estética tenía sus ventajas. Me acordaba del día en que me había dado la gran noticia, algo que, según sus palabras textuales, era «más importante que las estúpidas decisiones del Congreso».

—Vamos, tócamelas —me pidió.

—Oye, Zoe, estamos en mitad de una cafetería… llena de gente, por cierto.

—¿Y qué? Serás la envidia de todos los presentes. ¿No te seduce la idea?

—En absoluto.

—Venga, solo un poquito. Vas a alucinar.

Alargué la mano con nerviosismo mientras miraba a todos lados. Quizás habría sido mejor seguir con el tema de Félix.

—¿Qué tal?

—Muy… —No sabía cómo describirla. Era como una pelota anti estrés —. Muy bien. Durita, pero blandita. No sé si me explico.

—Es decir, perfecta.

Y justo antes de apartar la mano de su pecho izquierdo, otra apareció en el derecho. Una mano de hombre con los dedos hidratados y la manicura recién hecha.

—Sí, tienes razón. Son divinas, chica. Y están *al dente.*

Y allí estaba la tercera pieza de nuestro diminuto rompecabezas.

—¡Gus! ¿Verdad que sí, cielo? —celebró Zoe, entusiasmada.

—Estoy pensando en ponerme unas iguales —contestó él con una sonrisa picarona.

—Por amor de Dios… —intervine yo, que sin darme cuenta me había cruzado de brazos en un intento por elevar mis pechos. Me estaba empezando a sentir como si tuviera un par de flanes pasados de fecha.

—¡Berenice, ven aquí! —Gustavo me abrazó como si fuera mi madre.

—¡Ay! ¿Qué pasa? —Lo aparté antes de que me asfixiara como una anaconda.

—Lo de Elías, cariño. ¿Por qué no me llamaste? He tenido que enterarme por esta petarda. —Señaló a Zoe, que seguía colocándose sus

impresionantes atributos.

Y entonces mi amiga me ahorró el trago de buscar una excusa.

—¡Ay, Dios! ¿Es eso una abeja?

Los tres miramos a donde señalaba: el hombro de Gustavo.

—¿Qué? ¿Una abeja? ¿Dónde?

—¡Joder, en tu hombro! —chilló Zoe como una histérica. Yo me tapé la cara disimuladamente para evitar que me reconocieran.

—¡Quitádmela! —gritó Gustavo mientras estiraba el cuello hacia el lado contrario de donde estaba el bichito.

—No te muevas. Está más asustada ella que tú. Ten en cuenta que ella se juega la vida…

—¡Berenice, haz el favor de no defenderla! ¡Mi vida también puede correr peligro! ¿Y si soy alérgico? Nunca me ha picado ninguna.

Reprimí una carcajada porque lo veía afectado, pero su cara era un auténtico chiste.

—Vale, mantén la calma. Vas a tener que esperar a que se vaya por su propio pie.

—¿Estás de coña? Me va a dar un ataque.

Gustavo empezó a sudar a mares y me agarró el brazo con fuerza.

—¿Te importaría no cortarme la circulación, cielo? —le pregunté, tratando de soltarme—. Necesito este brazo para vivir.

Pasaron dos minutos hasta que la maldita Maya decidió largarse a por un poco de miel.

—Por fin… —suspiró mi amigo, aliviado.

—Está bien, ha sido solo un susto. ¿Podemos seguir con nuestras vidas? —sugerí.

—Podemos.

—Por cierto, Gus, ¿por qué llegas tan tarde? —quiso saber Zoe.

—Adivinad con quién me he encontrado. Con Rober, y está fantástico —añadió con fastidio sin dejarnos tiempo para intentar adivinar nada.

—Seguro que no es para tanto —dije mientras daba vueltas a la pajita del refresco.

—¿Cómo se atreve ese cretino a superar tan rápido que lo haya dejado? Es insultante —se quejó, y luego terminó con un suspiro—. En fin, eso ahora da igual. Lo que importa es cómo estás tú.

Me miró esperando una respuesta.

—Lloro por cualquier cosa —admití—, ¿te sirve eso?

—Entendido. —Gustavo me cogió la mano—. ¿Sabes que todo esto no es culpa tuya, verdad?

Desvié la vista para evitar sus ojos.

—Mira, no lo sé. Yo ya no sé qué pensar. No sé qué he hecho mal.

—Lo único que has hecho mal —continuó Zoe— es aguantar tanto tiempo a ese cabrón.

Los tres nos miramos sin decir nada, pero yo sabía que tenían razón.

# CAPÍTULO 4

Era jueves y me encontraba en medio de la nada, más perdida que al principio. Tirada en el sofá, con el pelo en plan algodones para hámsteres, comiendo pipas y viendo un programa de corazón. Entonces me acordé del trato con Zoe: «tu lista por la mía». Cogí la libretita que había junto al teléfono y la puse en mis rodillas.

*LISTA DE CONTRAS*

*1. ES EGOCÉNTRICO.*
*2. ES EGOÍSTA.*
*3. ES PERVERSO.*
*4. ES NARCISISTA.*
*5. ES CELOSO.*
*6. ES FALSO.*
*7. ES MENTIROSO.*
*8. ES CONTROLADOR.*
*9. ES INTERESADO.*
*10. ES TRAIDOR.*

Maldije para mis adentros a Zoe. Casi la había creído cuando me había asegurado que me sentiría mejor al hacer aquella lista, pero todas las cosas malas quedaban invalidadas por una única razón. Lo único que encontré en la lista de pros, pero que fue suficiente para vencer a todo lo demás.

*LISTA DE PROS*

*1. ES… ELÍAS.*

No supe cuánto tiempo estuve llorando porque me quedé dormida. Cuando desperté, el sol ya se estaba despidiendo tras el horizonte. La

almohada de Elías estaba empapada. Mis lágrimas iban a ser lo último que tendría de mí, aunque él jamás lo sabría.

Aquello era una auténtica pesadilla. Como un zombi recién salido de *The Walking Dead*, con ojeras moradas y un brillo mortecino en mi piel, arrastré los pies descalzos hasta la cocina en busca de algo que llevarme a la boca. Iba a abrir el frigorífico cuando sonó el teléfono. Corrí a toda leche hasta el comedor y me abalancé sobre el móvil, que estaba a punto de caerse de la mesa con tanta vibración. Deseé que fuese él, pero una foto de Zoe poniendo morritos ocupaba toda la pantalla. Descolgué y no dije nada.

—Tierra llamando a Berenice.

—Lo siento, prueba más tarde —respondí, tirándome sobre el sofá.

Zoe chasqueó la lengua repetidas veces.

—Me lo imaginaba. ¿Me abres?

Inmediatamente, sonó el timbre.

Pensaba que no tenía ganas de hablar con nadie, pero de alguna manera me reconfortó que mi amiga estuviese allí. Cuando abrí la puerta, me miró de arriba abajo, horrorizada.

—Hola, ¿puede volver ya mi amiga al mundo de los vivos? Gracias.

Suspiré.

—Pasa.

Sus tacones me persiguieron hasta el sofá.

—¿Por qué no has llamado al timbre directamente? —le pregunté mientras volvía a dejarme caer sobre los mullidos cojines.

—Quería escuchar tu voz primero y prepararme para lo peor.

—Supongo que no te he decepcionado.

Volvió a mirarme y sonrió. Me fijé en sus labios rojos y en que siempre iba impecable.

—Te he traído una cosa.

—No quiero tequila —respondí.

Se echó a reír.

—Esto es mejor aún.

Se puso a buscar en su bolso de Chanel y sacó un sobre de color verde.

—¿Verde?

—El color de la esperanza.

Rodé los ojos. Abrí el sobre y saqué el papel que había en su interior.

—¿Qué es esto?

—Tu plan de ataque, tu salida de emergencia, tu llave a otra vida, tu mapa vital…

—Vale, vale. —La mandé callar con la mano y me dispuse a leer—. La lista.

—Estoy emocionada, Be. Muy emocionada.

No quería cortarle el rollo, pero yo no lo veía igual.

—Zoe, sabes que no soy una Nancy, ¿verdad? No puedes ponerme una pamela, pintarme los labios y esperar que todo sea maravilloso.

—¿Por qué siempre tienes que estropearlo todo? Haz el favor de leer.

Y eso hice, bajo la atenta mirada de mi amiga, que se mordía el labio con impaciencia. Cuando terminé, alcé la vista.

—¿Y bien?

—Ya te he dicho que no soy una Nancy.

—¡Trae aquí! —Me quitó el papel de las manos de forma brusca.

Me pasé el pelo por detrás de las orejas y respiré hondo.

—Escucha, Zoe, yo te lo agradezco, pero…

—Pero nada. No voy a dejar que te consumas en tu autocompasión. Es deprimente y está empezando a afectarme a mí también. He estado tentada de salir a la calle con unas mallas de algodón y sin mi iluminador. ¿De verdad quieres hacerme esto?

Por lo menos, me eché a reír. Su dramatismo siempre conseguía derretir una parte del iceberg emocional en el que vivía.

—Ríete, pero esto es el ABC de las recuperaciones sentimentales.

—¿Vas a ponerme uñas postizas?

Se puso tan seria que no tuve más remedio que parar de reír.

—Jamás subestimes el poder de una buena manicura, Berenice.

Sonreí de oreja a oreja.

—Está bien. Al menos, reconozco que el primer punto es esencial.

—No esperaba que te negaras precisamente a eso. Esto… —hizo un círculo en el aire con su dedo, abarcando todo el comedor— debe ser una tortura constante para ti.

Suspiré y dejé caer mis hombros con abatimiento.

—Lo es. Aún no sé qué voy a hacer exactamente.

—Para algo tienes la lista —me recordó—. Hicimos un trato.

Enarqué una ceja.

—En realidad, no. Solo quedamos en hacer las listas, no en cumplirlas. —Me tumbé mirando al techo—. Y yo también he hecho la mía.

—¡Estupendo! ¿Dónde está?

—En la basura —respondí, aguantándole la mirada, como si la retara a reprenderme.

Frunció el ceño.

—¿Por qué?

—No me ha servido de nada, todo lo malo no me importa. Le quiero, maldita sea.

Cerré los ojos y me encogí, abrazando el cojín sobre el que descansaba mi atormentada cabeza.

—Be…

—No digas nada, por favor —susurré, reprimiendo las lágrimas.

—De acuerdo.

Abrí los ojos porque no me lo podía creer, y vi cómo mi amiga se quitaba los zapatos y la chaqueta. ¿Qué estaba haciendo?

—Hazme sitio.

Ocupó la parte interior del sofá y se tumbó a mi lado, mirando mi espalda. Estábamos bastante anchas porque el sofá era gigante. Me pasó el brazo por la cintura y sentí su respiración en la nuca. Mientras no me pidiera que le volviese a palpar los pechos, todo iría bien.

—Gracias —dije en voz muy baja.

Ella me respondió con un apretón de su mano en mi abdomen.

Volvió a sonar el timbre. Me giré para mirar a Zoe con el ceño fruncido.

—Mierda, lo había olvidado —dijo mi amiga, incorporándose.

—¿Que habías olvidado qué?

—Ve a abrir.

Quien quiera que fuese el que estaba al otro lado comenzaba a impacientarse.

—¡Ya era hora!

Gustavo llevaba en la mano unas bolsas de las que salía un olor a tallarines fritos que despertó a la bestia que anidaba en mi estómago.

—¡Gus, no sabes lo que me alegro de verte!

Mi amigo resopló hacia arriba y, al hacerlo, su flequillo se movió un poco.

—Ya, ¿a mí o a mi estupenda cena recién comprada?

—A los dos —respondí.

Le quité las bolsas de la mano y cerré la puerta a su espalda.

—¿Qué diablos es eso? —preguntó, horrorizado, señalando los trozos del sobre.

—Es una lista que Zoe… —comencé a explicar, pero él me miró con fuego en los ojos.

—¡Ya sé lo que es, Berenice!

Me quedé tiesa y callada como un pasmarote. ¿Qué narices le pasaba?

—Tú… —Gustavo señaló a Zoe.

—No me he podido resistir, lo siento —respondió ella, desperezándose en el sofá.

—¿Puedo saber qué pasa aquí? —pregunté.

—Te lo diré, Berenice. Esta pequeña zorra que tienes aquí no ha podido esperarse a que yo llegara para entregarte nuestra lista.

—Vuestra… —Los señalé a ambos.

—Exacto. También he contribuido, querida.

—Sí, bueno… Compró el sobre en la papelería —murmuró Zoe.

Gustavo le lanzó un cojín a la cara.

—¡No es verdad!

Zoe ni se inmutó. Cogió el cojín al vuelo y se lo puso tras la nuca.

—Era broma, cielo. Lo compré yo.

Otro cojín.

—Berenice ya sabe que también ha sido cosa tuya —añadió Zoe—, se lo he dicho antes de que abriera el sobre. ¿Verdad, Be?

Carraspeé un poco para mentir, pero tenía la boca seca. Me limité a asentir con la cabeza.

—¿Seguro? —Gustavo no terminaba de fiarse. Volví a asentir—. Lo siento, sé que parece una tontería, pero llevo todo el día esperando el momento para ver tu cara y esta… esta… lagarta me lo ha arrebatado por culpa de su impaciencia.

Observé a mi amigo un momento. Llevaba el pelo despeinado, un pañuelo de color aguamarina alrededor del cuello y su chaqueta de cuero de color camel. Solté las bolsas de comida sobre la mesa y le di un abrazo que él me devolvió sorprendido.

—Gracias —dije y cerré los ojos sobre su pecho.

—Todo saldrá bien, cariño —me respondió, acariciándome la cabeza.

Pasamos unos segundos en silencio hasta que se oyó un carraspeo.

—Un momento precioso, pero… ¿podemos cenar? —interrumpió Zoe.

Gustavo me soltó y le dirigió una mirada asesina.

—Vale, vale. Un minutito más —cedió ella, acostándose otra vez.

Mi amigo volvió a estrecharme entre sus brazos y preguntó por encima de mi cabeza:

—¿Qué estabais haciendo?

Me aparté para mirarlo.

—Nada. Solo nos habíamos tumbado juntas, en silencio.

—Vale, pues me apunto.

Zoe y yo nos miramos de una forma muy significativa.

—Pero… ¿qué hay de la cena? Se está enfriando… —se quejó ella.

Estuve a punto de apoyarla, pero comprendí en los ojos castaños de Gustavo que él necesitaba ese abrazo casi tanto como yo.

—Tú ya has tenido tu momento —le dijo—. Ahora te aguantas.

Así que, con los suspiros ansiosos de Zoe como banda sonora, volvimos a tumbarnos; ella primero, luego yo y, por último, Gustavo. Los tres de lado, apretujados en posición fetal, mirando la espalda del de delante y pasándole el brazo por la cintura. Entonces, tuve la certeza de que ellos me ayudarían a resurgir de mis cenizas, como un ave fénix.

—Tengo hambre —escuché susurrar a Zoe.

Le di un pequeño codazo para que callara y sonreí con los ojos cerrados. Desde fuera, la escena podía resultar graciosa, e incluso rara, pero yo era el queso de ese sándwich, y deseé fundirme entre las rebanadas de pan que eran mis amigos, para siempre.

# CAPÍTULO 5

Había pospuesto la llamada a mi madre todo lo posible, pero al volver a sentarme en el sofá, frente a la televisión apagada, me convencí de que tenía que salir de esa casa cuanto antes.

No le dije nada sobre Elías por teléfono, solo que me pasaría a comer. Ni siquiera le di tiempo a despedirse, colgué sin más y lancé el teléfono contra los cojines, totalmente frustrada.

Me había ido de casa con veintidós años. Quería a mis padres, desde luego, pero la convivencia con mi madre iba a terminar por provocar el desencadenamiento de la Tercera Guerra Mundial. Así que, cuando conseguí un trabajo más o menos estable (me ascendieron a encargada en *Pans&Company*), salí pitando de allí para acabar viviendo con una tía antisocial y huraña con la que, curiosamente, no me llevaba mal. Al poco tiempo, se me presentó la oportunidad de dedicarme al mercado inmobiliario y no la dejé escapar. Más tarde, con veintiséis años, conocí a Elías y, con veintisiete, me fui a vivir con él.

Y ahora, con veintinueve años y unos cuantos kilos de más, era como si todo volviera a empezar. Me habría ido a vivir con alguno de mis amigos, pero sus circunstancias tampoco eran las mejores. Irme con Gustavo ni siquiera era una opción. Compartía su estudio con un tío que casi siempre estaba en casa y no me apetecía pasar mis penas delante de ese desconocido. A Zoe la llamé durante la hora libre que tenía para la comida y le pregunté si podía apalancarme en su piso.

—Me encantaría —respondió—, pero la pesada de mi hermana se instaló ayer con su crío y creo que va para largo porque huele a divorcio. ¿Por qué crees que no te ofrecí mi casa desde el principio? Me llamó el jueves pasado.

—¿Qué? ¿Y por qué no me lo dijiste antes?

—Be, estábamos súper ocupados intentando animarte, abrazándonos como idiotas y comiendo rollitos de primavera. Además, creía que lo que menos te apetecería sería juntarte con otra víctima de Cupido.

Dejé caer mis hombros, derrotada, y cerré los ojos.

—Y tienes razón. Lo siento, pero ni siquiera me soporto a mí misma todavía.

Tardé una media hora en llegar a Fuenlabrada. Iba por allí una vez a la semana, más o menos, pero nunca había tenido esta sensación: la presión en el pecho que me advertía que, esta vez, venía para quedarme.

Llevaba una maleta en el coche.

La fachada del chalet estaba amarillenta, pero el jardín lucía perfectamente cuidado gracias a mi padre. En el piso de arriba, la ventana de mi habitación estaba abierta.

Giré la llave y abrí la puerta.

—¿Hola?

El *parquet* crujía bajo mis pasos y la luz se colaba a raudales por cada ventana.

—¿Mamá? ¿Papá?

Escuché un ruidito antes de ver a mi sobrina doblar la esquina y acercarse a mí a pasitos cortos.

—¡Hola, princesa! —exclamé, alzándola en volandas para darle un besazo en el moflete.

—Be —repuso ella con una sonrisa de oreja a oreja.

—Sí, cielo, soy la tía Be.

Nerea tenía un año y solo chapurreaba palabras incoherentes. Era la hija de mi hermano mayor, y también mi ahijada.

—¿Qué llevas ahí?

La pequeña sujetaba algún tipo de juguete alargado de color rojo. Cuando distinguí lo que era, se lo arranqué a toda prisa de sus deditos. Pero, ¿qué diablos…?

Solté a mi sobrina y la dejé con un juguete que sí era recomendable para una niña: un osito de peluche. Con un cabreo descomunal, salí al jardín trasero.

—¡Mamá! —la llamé, histérica.

La encontré limpiando unos cristales.

—Ah, ¡hola, cariño! ¿Cuándo has llegado?

—¿Se puede saber qué es esto? —pregunté, blandiendo el bicho rojo de un lado para otro. Volví a mirar a aquella cosa a la cara y la solté, asqueada, como si acabara de darme cuenta de que aún la sujetaba—. ¡Nerea lo estaba mordisqueando!

—No seas histérica, le va bien para las encías —contestó mientras volvía a hacerse el moño—. Los dichosos dientes.

La boca casi se me desencajó ante aquella respuesta.

—Oye, no es mío —explicó—. Y, por supuesto, no está usado. Es que ahora me dedico al *Tupper–sex*, boba.

La miré fijamente a los ojos.

—Mamá, ya no tienes veinte años. Por favor, deja de hacer el ridículo.

—¿El ridículo? —Salió de mi campo de visión un momento para volver con un maletín negro—. Apuesto a que sé mejor que tú qué hacer con todo esto. Además, solo son cuatro juguetitos de nada —insistió de forma despreocupada—. Ya sabes, unos vibradores y poco más.

—Ya sé lo que son, mamá. Bueno, casi todos —añadí mientras dirigía fugazmente una mirada escéptica a algo de color rosa fosforescente—. Pero, ¿sabes que hay sonajeros con formas aptas para todos los públicos, no?

La extraña mujer que tenía delante, y que ya no reconocía como mi madre, me ignoró por completo y comenzó a rebuscar entre sus chismes.

—¡Cierra eso de una vez! —Me abalancé sobre ella y se lo quité de las manos para esconderlo en un armario—. ¿Dónde se ha metido papá?

—Ha ido a por pan.

—¿Y Alonso y Paula?

—Paula tenía que trabajar y tu hermano ha ido a ver a unos amigos.

—Espero que no tarden. Tenemos hambre, ¿verdad que sí, bolita? —Cogí a la pequeña y la senté sobre mis rodillas para hacerle el caballito.

La risa de mi sobrina me hizo sentir mejor, como si lo que había venido a contar no tuviera importancia. Jugué con ella hasta que mi madre me hizo la pregunta desde la cocina.

—¿Dónde está Elías?

Me quedé callada.

—¿Berenice?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? —Se asomó por la puerta para observarme.

No podía callármelo por más tiempo; me levanté del sofá y le conté a mi madre lo que había pasado. Durante todo el rato, no dejó de descuartizar al pollo. Cuando terminé, comprobé que se había quedado muy quieta, con el cuchillo en la mano y el pobre animal hecho picadillo. Se giró para mirarme y me pareció una psicópata de película.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —me preguntó indignada—. ¿Te daba vergüenza?

—¿Qué? No me daba vergüenza…

—Bien, porque no debería. —Soltó el cuchillo y se limpió las manos con un trapo para luego ponérmelas sobre los hombros.

Los labios de mi madre estaban a punto de pronunciar la siguiente pregunta, pero justo en ese momento se abrió la puerta de casa. Mi padre y mi hermano debían de haberse encontrado por el camino, porque entraron juntos.

—¡Lagartija! —exclamó Alonso, viniendo a abrazarme—. Tienes mala cara.

¿Tan evidentes eran mis ojeras?

—Vaya, gracias. No he dormido bien.

Mi padre se acercó para darme un beso en la mejilla. Llevaba su polo azul marino y sus vaqueros de siempre. Su pelo ya casi estaba blanco por completo, pero le favorecía.

—Estás muy guapa, cariño.

Sonreí con sinceridad.

—Hola, papá.

—¿Dónde está el capullo malcriado de mi cuñado?

Normalmente, le habría echado bronca a Alonso por meterse con Elías, pero esta vez me dio igual.

—Ha dejado a tu hermana por otra.

Me giré para mirar a mi madre con los ojos desorbitados. Volvía a tener el cuchillo jamonero entre los dedos. ¡Bocazas!

—¿Es verdad eso? —preguntó mi hermano, frunciendo el ceño.

Asentí con la cabeza, avergonzada. Mi padre nos observaba impasible. Una manita me tocó la rodilla y yo cogí de nuevo a mi sobrina en brazos.

—Por favor, no quiero hacer un drama de todo esto.

—Berenice… —Alonso me quitó a la niña de los brazos, se la pasó a mi padre y luego me abrazó—. ¿Estás bien?

Me permití el lujo de derramar una ínfima lagrimita sobre el hombro del que había sido mi protector en el colegio.

—Sí —respondí, sorbiendo por la nariz.

Deseé tener diez años y que él lo arreglase todo.

—Escucha… —me dijo, apartándome para mirarme a la cara—. ¿Quieres que le pegue? Puedo partirle las piernas sin problemas.

Lo dijo con un tono tan tranquilo que no pude hacer otra cosa que echarme a reír.

—No es necesario que me hagas ese favor, tranquilo.

—En realidad, el favor me lo harías tú a mí. Siempre le he tenido ganas a Mr. Lacoste. Así que, si cambias de idea, no tienes más que decírmelo. Ese gilipollas se ha metido con la hermana equivocada.

Mi padre me limpió entonces la lágrima con el pulgar.

—No te merecía.

—¿Cómo ha podido? —intervino mi madre—. Era uno más en la familia y ha resultado ser un… un…

—Por favor, vamos a comer —pedí—. Ya me siento bastante mal.

La comida fue un poco rara. Todos parecíamos algo forzados a hablar, excepto mi padre, que se limitaba a masticar y tragar.

—¿Y qué harás ahora? —preguntó mi hermano—. Me refiero a dónde vas a vivir.

—Pues…

—Sabes que aquí tienes tu casa, cielo —me interrumpió mi madre—. Podemos apuntarnos a clases de pilates, ir de compras, pintar toda la casa, incluso podrías acompañarme en mis reuniones de *Tupper*.

Se me hizo un nudo en el estómago. No estaba preparada para aquello. Ni hablar.

—Gracias, mamá. Lo… tendré en cuenta.

Decidí que no iba a quedarme allí todavía. Volvería a la casa maldita y guardaría la maleta en el armario unos días más.

Me despedí de mi hermano y de mi sobrina prometiéndoles una visita. A mi madre le di un beso rápido y le pedí que, por favor, valorase otras opciones de entretenimiento, como hacer punto o manualidades con arcilla.

—Qué aburrida eres, hija mía —me contestó—. Creí que tenías la mente más abierta.

—Vamos a fingir que no he descubierto que eres una pervertida.

Escuché a mi padre reírse a mis espaldas. Me giré para despedirme de él.

—Hija, intenta no mudarte aquí. Tu madre está loca.

Me lo dijo en un susurro, al oído, con una discreción digna de un agente secreto. Al apartarse, levanté las cejas, interrogante, pero él se limitó a asentir con la cabeza.

Supe que hablaba totalmente en serio.

Finalmente, volví a los pocos días para instalarme. Abrí el maletero y me quedé mirando las maletas un momento con angustia. Mi padre estaba en el jardín arreglando los rosales.

—Ah, ya estás aquí, cariño.

Me ayudó a llevar el equipaje y, cuando cerré la puerta de la casa a mis espaldas, las paredes parecieron echarse sobre mí. Fue como si me dijeran: «¡te tenemos!».

Elías me había mandado un *whatsapp* hacía un par de días para preguntarme si ya tenía sitio a dónde ir. No se atrevió a llamarme por teléfono y dar la cara, claro.

El corazón me dio un vuelco al recibirlo, después de varios días sin saber nada de él, pero el subidón me duró poco al ver el contenido. Porque lo que en un principio creí que era consideración, resultó no ser más que presión, pura y dura. No tuve más remedio que decirle que no se preocupase, que me largaría antes de lo acordado porque ya tenía un techo donde quedarme.

Mi habitación estaba exactamente igual que hacía siete años. Mi madre me obligó a organizar los cajones, a hacer la cama e incluso a lavarme los dientes después de cenar. Reprimí mis ganas de matarla porque era el primer día.

A la mañana siguiente, me costó ubicarme al despertar.

—Buenos díaaaaaas —saludó mi madre cuando bajé.

Respondí con un gruñido.

—Alguien se ha levantado con el pie izquierdo, Anselmo.

Mi padre se encogió de hombros. Le di un sorbo al zumo, mordisqueé un trozo de tostada y me levanté.

—¿No vas a comer nada más? —preguntó mi madre con tono de alarma.

—No tengo hambre.

—Ya me temía yo esto —respondió ella, llevándose la mano al bolsillo del delantal para ofrecerme una pastilla.

—¿Qué es eso?

—Un suplemento alimenticio.

—No lo necesito.

—Hija, las depresiones pueden ser muy…

—No tengo depresión —la corté.

—Berenice, el primer paso es admitirlo.

¿Por qué me hablaba como si fuese drogadicta?

—Escucha, mamá…

—Vamos, ¿qué te cuesta complacer a tu madre?

—¡Que no quiero pastillas!

Puso los brazos en jarras y se dirigió a mi padre.

—¡Anselmo, dile algo!

Solté una risita histérica. Mi padre pasó la página del periódico.

—¿Qué quieres que le diga? Ya es mayorcita.

—Gracias, papá.

—«Gracias, papá. Gracias, papá» —repitió mi madre como un loro—. No habéis tardado ni un día en aliaros en mi contra. ¡Siempre me hacéis lo mismo!

—Está bien, si me como la tostada entera, ¿te callarás?

—Sí.

La cogí y me la metí en la boca para el camino.

—¡Y no la tires! —la escuché gritar a mis espaldas.

Cerré los ojos con fuerza y reprimí las ganas de destrozar la tostada entre mis dedos para dejarle el pasillo lleno de migajas. Estaba de una mala leche increíble y ni siquiera eran las nueve.

Al salir del trabajo, quedé para tomar algo con mis amigos y explicarles mi vuelta a casa.

—Tu madre me cae que te cagas, Berenice.

—Eso lo dices porque no es tu madre.

Zoe pidió otra tónica y justo entonces me sonó el móvil. Era ella. Como Satanás, si la nombrabas tres veces, se manifestaba.

—No lo sé, mamá —dije, exasperada—. Bueno, pues guárdamelo en la nevera, ¿qué quieres que te diga? Ya lo calentaré si tengo hambre. Oye, mamá… no… espera, déjame hablar. Escucha…. ¡Mamá, te cuelgo!

Y le colgué.

—Me he mudado al infierno.

Mi amiga empezó a masajearse las sienes.

—Tú no sabes lo que es eso… Ni siquiera puedo explicarte lo insoportable que es un maldito crío berreando toda la noche.

—Estás hablando de un pobre niño indefenso.

—No estoy segura, ¿sabes? Me he planteado seriamente la posibilidad de que sea el anticristo. Eso supera a cualquier madre irritante, créeme.

La miré seriamente y la señalé con el dedo.

—No se te ocurra comparar tres llantos con una loca con juguetes sexuales.

—Vamos, Be, tu madre es una mujer joven todavía.

—Cállate. Ni una palabra más.

Resopló.

—A veces, pareces una cría.

—A veces, pareces una idiota —respondí, cruzándome de brazos.

—¿Lo ves? Rebota, rebota y en tu culo explota.

Le lancé la bolita que había hecho con el papel del azucarillo.

—Venga, relájate. Tu madre cuidará de ti.

—¿Se supone que eso es positivo?

Gustavo, que llegaba tarde, apareció de repente a nuestro lado y se me quedó mirando fijamente mientras dejaba su pañuelo de cachemira sobre la silla libre.

—Tu madre no está tan mal, Be.

—¡Otro! —me quejé.

—Está amargada y lo paga con la pobre mujer —murmuró Zoe.

Abrí mucho los ojos.

—¿Perdón?

Estuvimos un rato discutiendo sobre eso, hasta que volvieron a recordarme lo importantísimo que era que siguiera los pasos de su estúpida lista.

—Mira, podemos ahorrarnos toda esa movida de la lista si nos quitamos a Elías de en medio —dijo Zoe, poniendo su mano en mi hombro—. Yo podría hacerte el trabajo sucio. Un toque a sus frenos, por ejemplo.

—Estás loca —la acusé.

Puso los ojos en blanco y dio un sorbo a su vaso.

—Al menos, yo propongo soluciones —argumentó ella.

—Eso no es una solución, es un delito.

Gustavo apoyó los brazos en la mesa.

—Berenice tiene razón, Zoerrón. Se te va la olla.

—Sois unos aguafiestas.

—Y tú te has debido dejar el tinte en la cabeza más de la cuenta —replicó Gus—. ¡Vaya! Mira qué hora es ya.

Zoe se miró su reloj de Donna Karan.

—¿Lo ves? Ya ha pasado una hora. Hago que tus míseros días pasen más rápido, Be.

Le clavé toda la frustración que sentía a través de mis ojos cansados y decidí que, a partir de ahora, tendría que hacer algo más que escuchar las barbaridades de Zoe para avanzar en la vida. Al fin y al cabo, ya había dado

un paso en la dirección correcta: largarme de la casa de Elías. ¿Qué iba a ser lo siguiente?

# CAPÍTULO 6

—Mamá, salgo un momento.

Era viernes y acababa de llegar de trabajar. Mi madre me miró desde el sofá.

—¿A dónde vas?

—Voy a casa… de Elías. —Me costó no decir «a mi casa». Carraspeé porque la última palabra me había salido muy aguda.

—¿A qué? —preguntó mi madre con los ojos convertidos en dos finas rendijas de policía.

—Se me olvidó devolverle las llaves.

Con las prisas de irme, me las había llevado. Era mejor que aprovechara a ir ahora, pues sabía que no se trasladaría con su conejita hasta el día siguiente. Y, sinceramente, prefería no verle la cara a ninguno de los dos.

—¿Quieres que te acompañe?

—No —dije, y me fui antes de que siguiera insistiendo.

En la radio se habían confabulado en mi contra, porque Alejandro Sanz sonaba en tres emisoras distintas. ¿Estaban de coña? Por mí, podían irse a tomar viento.

Estaba un poco harta de conducir media hora cada vez que quería plantarme en la capital, pero esta vez el camino se me hizo corto. Aparqué en doble fila porque iba a ser solo un segundo. Eran las cuatro de la tarde y hacía un calor impresionante. Para colmo, el ascensor estaba estropeado. Iba a meter la llave en la cerradura, pero decidí llamar al timbre, por si acaso. Lo que menos deseaba era encontrarme una escena traumática.

Estaba a punto de abrir yo misma cuando la puerta se abrió de golpe.

—Vaya, hola.

Elías me observaba sorprendido, recién salido de la ducha y con solo una toalla cubriendo sus partes pudientes.

Casi me atraganté con mi propia saliva.

—Venía a devolverte mis llaves —logré decir tras varios segundos en *shock*.

—Pero no te quedes ahí —me dijo él, haciéndome un escáner de arriba abajo—. Pasa, por favor.

«No es una buena idea», pensé, pero accedí de todos modos porque era idiota.

La casa estaba igual que siempre, a excepción de algunas prendas de ropa tiradas por el sofá del comedor.

—Oye, si te he pillado mal… —le dije, tratando de no mirarlo directamente.

Soltó una risotada.

—Berenice, por favor, me has visto así miles de veces. No hace falta que me evites.

No me gustó que fuera de sobrado, pero sabía que tenía razón.

—En cualquier caso, yo solo venía a darte esto —respondí con algo más de compostura mientras le ofrecía las llaves.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó, ignorándome por completo.

Sin esperar respuesta, se dio la vuelta y se dirigió al lavabo mientras se quitaba la toalla para secarse el pelo. Su culo seguía tan prieto como siempre, por desgracia.

—Eh… —Carraspeé—. Un poco de agua está bien, gracias.

Asomó la cabeza por la puerta.

—¿Te importa cogerla tú misma? Ya sabes dónde está.

«Gilipollas de mierda».

Me levanté, tomé el agua y volví al comedor sin saber muy bien por qué. Ni siquiera debería haber entrado. Verlo me provocaba sentimientos encontrados. Por un lado, todavía lo odiaba y deseaba que lo atropellara un autobús, pero por otro…

Suspiré. Sentía mariposas en el estómago por tenerlo tan cerca.

Volvió con un pantalón chino, pero con el torso todavía al descubierto. Fue delibrado, sin duda.

—¿Y qué hay de ti? ¿Cómo te va la vida? —me preguntó, tomando asiento a mi lado.

Me aparté ligeramente y procuré parecer despreocupada. No quería decirle lo que de verdad tenía ganas de decirle: que no levantaba cabeza por su culpa.

—Bueno, ya sabes… Sin novedades —respondí.

Decir que me había acostado con treinta tíos desde que me había dejado tampoco habría resultado creíble, sino más bien un burdo intento por despertar unos celos que ya estaban muertos. Habría sido mucho más patético ir por ese camino.

—¿Ya tienes piso o…?

—¿Y tú? ¿Qué tal el trabajo? —pregunté, negándome a contestar a eso. ¿Por qué iba a querer decirle que me había tocado volver con mis padres? Solo me habría faltado que me tratara con compasión.

—Bien —respondió—. Bastante bien, de hecho. Tengo una reunión importante en un par de horas.

—Estupendo.

Silencio incómodo. Ganas de largarme aumentando…

—Por cierto, ya que estás aquí… ¿Sabes dónde está mi camisa azul marino?

Lo miré como si no creyera que hubiera pronunciado esas palabras.

—Lo siento, no quería ser un insensible —se excusó, y pareció sincero.

Inspiré hondo y me levanté del sofá, pero no dije nada. Me dirigí hacia el cuarto de la colada y cogí la dichosa camisa, que seguía doblada donde yo misma la había dejado al plancharla.

Se levantó y me siguió.

—Berenice, perdona, yo no… —se interrumpió cuando se dio cuenta de que no iba a largarme—. Ah.

—Toma —dije, dándole la camisa.

La cogió sin mirarla porque sus ojos se fijaban en los míos sin pestañear.

—¿Qué? —pregunté, algo molesta por ese escrutinio.

Dejó caer la camisa y me agarró la cara con las manos para besarme. Mi primer impulso fue apartarme de golpe y mi culo se dio contra la lavadora.

—¿Qué estás haciendo? —grité, sobresaltada.

Él se llevó las manos a la cabeza.

—Dios, lo siento, de verdad… No sé qué me ha pasado. Me he dejado llevar…

Los labios me quemaban y el corazón me apremiaba para que buscara de nuevo su boca. Y eso fue lo que hice. Respondió de inmediato a mi beso y sus manos recorrieron mi cuerpo con ansia en busca del botón de mi pantalón. Nuestras lenguas se enredaban mientras trataba de quitarme la camiseta. Decidí ponérselo fácil y quitármela yo misma. Su mirada se posó sobre mis pechos y sus dedos la siguieron con una destreza increíble, reconociendo cada centímetro de piel que palpaban.

Por un momento, pensé en que lo que estaba haciendo era un error. ¿Qué clase de respeto tenía por mí misma si ahora caía en sus redes? Después de todo el dolor, de toda la humillación… ¿Cómo era capaz de dejarme llevar de esta forma?

Luego algo cálido empezó a recorrerme por dentro, la pequeña ilusión de que esto podría significar algo más. De que podía ser el primer paso para una reconciliación que, aunque él no se merecía, yo todavía deseaba.

Dejó mi boca para recorrer mi cuello y bajar hasta mi clavícula. Jadeé ante el contacto de su lengua, que parecía dejar un rastro de llamas a su paso. Lo aferré de la nuca para acercarlo más a mí y él me levantó, agarrando mis muslos, que ya se habían desprendido de los pantalones. Me puso sobre la lavadora y atrapó la tira de mi tanga hasta sacármelo por los pies.

Mis manos se centraron en su cinturón, en la cremallera de sus pantalones. Con un tirón rápido, se los bajó, arrastrando consigo los boxers.

Y ya no pensé en nada más. Le arañé la espalda y me dejé llevar por el placer de volver a estar entre sus brazos.

Sentir que volvía a desearme fue casi mejor que el orgasmo.

El sonido de una cremallera al subirse terminó de despertarme. Al abrir los ojos, me descubrí en mi antigua cama.

Sonreí al observar cómo se vestía Elías y me tapé el pecho con la sábana.

—Hola —lo saludé, frotándome los ojos—. ¿Qué hora es?

—Tarde —respondió mientras se abrochaba los botones de la camisa.

—Tu reunión, es cierto —recordé—. ¿Quieres que quedemos más tarde y…?

Me dejó con la palabra en la boca y entró en el cuarto de baño.

Sentí de nuevo un nudo en el estómago que me resultaba demasiado familiar. Era como si hubiéramos vuelto a nuestra rutina de los últimos meses, a esa indiferencia que tanto me dolía.

Busqué mi ropa por la habitación, pero entonces recordé que nos lo habíamos montado en el cuarto de la lavadora. Me dirigí hasta allí descalza y sintiéndome cada vez más estúpida.

Me vestí a toda prisa y fui a buscarlo de nuevo al dormitorio.

—Elías —lo llamé—. ¿Qué se supone que ha sido todo esto?

Necesitaba preguntárselo directamente, no tenía tiempo ni ganas de andarme con más rodeos.

—¿El qué exactamente? —preguntó, haciéndose el tonto.

—¿Cómo que el qué? ¡El polvo que acabamos de echar!

Dejó de mirarse al espejo y se volvió hacia mí con una de esas miradas suyas tan indulgentes.

—Oye, Be…

—Berenice —le corregí de mala gana, cruzándome de brazos.

Suspiró y dejó caer sus hombros.

—Berenice, esto ha sido genial, pero… Ha sido un error —confesó—. Yo ahora estoy con Mel y…

Aquello me hizo sentir sucia y asqueada.

—No tengo tiempo para escuchar esa mierda otra vez —atajé. Me di la vuelta para largarme antes de estamparle la cabeza contra el espejo.

«No dejes que te vea llorar, Berenice. ¡Contrólate!»

Sus dedos se cerraron en torno a mi muñeca.

—Oye, lo siento, de verdad. No había planeado que esto ocurriera.

—¡Suéltame! —espeté, tirando de mi brazo—. Eres el ser más rastrero y egoísta que me he tirado a la cara.

Crucé el pasillo a toda prisa y alcancé la puerta.

—Berenice, espera un momento.

Me giré una última vez.

—¿Qué coño quieres ahora? ¿Que te haga el nudo de la corbata?

Se rascó la nuca y alzó mucho las cejas en un gesto que parecía de disculpa.

—¿Podrías… dejar aquí tus llaves?

Lo miré con todo el rencor que tenía acumulado y, en lugar de patearle las pelotas, que era lo que realmente me apetecía, le lancé las llaves a la cara con rabia.

—¡Toma tus llaves!

Se llevó la mano al ojo y comprobé, satisfecha, que le había abierto la ceja. La sangre empezó a derramarse a través de sus dedos.

—¿Qué haces, bruta? ¡Casi me dejas tuerto!

Notaba el pulso en las sienes, un ardor apoderándose de cada una de mis venas, como si estuviera a punto de explotar. Al final, era verdad que iba a ser como el ave fénix, solo que ya no sabía si resurgiría de mis cenizas, pues me parecía que las llamas jamás se extinguirían. Me acerqué despacio hasta él y, con toda la frialdad que fui capaz de plasmar en mi voz, le agarré los huevos y susurré:

—Agradece que no te deje estéril.

Le di un último apretón a modo de despedida, y no precisamente de manos. Entonces él también apretó, pero los dientes para reprimir un grito. Me di la vuelta y me fui sin mirar atrás.

Milagrosamente, el coche seguía en su sitio con las *warning* encendidas.

Me entró un ataque de histeria. Comencé a golpear el volante, el salpicadero, todo. En un momento de lucidez, pero movida por el odio más oscuro, metí la mano en el bolso para coger la cartera y el móvil. Me introduje en la boca la foto de carnet de Elías, la mastiqué hasta destrozarla y luego la escupí por la ventana. Un pelín dramática, cierto. Después, cogí el móvil y busqué su nombre en la agenda. Borré su número y todas nuestras conversaciones. Ya no necesitaba nada suyo. Además, no iba a volver a llamarme, eso seguro. Y, aunque lo hiciera, sabría que sería él. Me sabía su maldito teléfono de memoria.

Memoria… maldita y estúpida memoria. ¿Por qué no podía formatearme el disco duro como los ordenadores? Arranqué con dedos temblorosos y metí primera. Tenía que alejarme cuanto antes de allí. Atravesé calles a toda leche, con los ojos empañados por las lágrimas, como una mujer imprudente que ya no tiene nada que perder. Casi atropellé a una anciana y un par de ciclistas se acordaron de mi madre. Les dije que estaba probando los neumáticos, pero me gritaron que si me había creído Fernando Alonso y me dedicaron varios insultos machistas. Con la mala hostia que llevaba encima, los habría atropellado sin miramientos, pero una pequeña vocecita en mi cabeza me advirtió de que no era tan buena idea como parecía.

Paré el coche, harta de dar vueltas. Estaba a punto de darme un ataque de ansiedad. Necesitaba salir y respirar aire puro, o lo que fuera que hubiese en esa ciudad. Cuando miré a mi alrededor, me fijé en que estaba justo al lado del Puente Victoria, que atravesaba el Manzanares con sus dos bóvedas de hormigón. Siempre me había gustado aquel puente y, por suerte, no lo había recorrido nunca con Elías, así que salí del coche, crucé la calle y comencé a atravesarlo hasta que me quedé plantada a la mitad. Desde allí, la brisa era más evidente. El agua verdosa del río estaba calmada, todo lo contrario que mi respiración. Sin embargo, cerré los ojos un momento y me limité a inspirar y expirar, a concentrarme en la entrada y salida de aire de mis pulmones. El veneno que tenía dentro terminó saliendo en forma de lágrimas liberadoras.

—¡He dicho que te levantes!

—¡No quiero!

Zoe me estaba sacudiendo como a un saco de patatas, pero yo me negaba a obedecer sus órdenes. Seguía en la cama y no tenía intención de

abandonar mi posición en bastantes horas. Quizás días, semanas, meses, o tal vez años. Se acabó, moriría allí, entre mis sábanas blancas manchadas de rímel.

Tras un último intento, Zoe se dejó caer sobre el colchón con la respiración agitada.

—¡Se acabó! ¡Me rindo!

Sonreí para mis adentros por mi victoria y me acurruqué como un bebé, abrazando la almohada.

—¡Carmen, ahora!

Aturdida, abrí los ojos para encontrarme con mi madre, que se lanzó sobre mí y me cogió de los tobillos, mientras Zoe me sujetaba de las muñecas. Entre las dos, me levantaron y me arrastraron escaleras abajo.

Zoe era como una maldita serpiente, de esas que se hacen las muertas para que su víctima se confíe, se relaje y luego sufra uno de sus ataques mortales.

—¡Traidora! —le espeté mientras me sacudía para soltarme.

No debí hacerlo, porque sus brazos finalmente cedieron a mi peso y caí de bruces a los pies de la escalera. Un dolor punzante me atravesó la rabadilla.

—¿Es que estáis locas?

¿Por qué ninguna me ayudaba a levantarme? En lugar de eso, me miraban como pasmarotes, con los músculos en tensión, preparadas para una nueva huida por mi parte.

—¡Exijo una explicación!

Aunque en realidad lo tenía claro. Mi amiga se había confabulado con mi madre para sacarme de la cama. Lo que no entendía era para qué. Solo habían conseguido que cambiara mi culo de residencia, porque pensaba establecerme en el sofá y tragarme todos los programas basura del mundo.

—Ah, no. ¡Ni de coña! —Zoe me arrebató el mando.

—¿Se puede saber qué queréis de mí? ¡Dejadme en paz!

Ambas se miraron y asintieron con la cabeza. Mi madre salió entonces del comedor para meterse en la cocina. Zoe se volvió hacia mí.

—Berenice, por favor. ¿No ves que esto no es sano?

—Zoe, ¿y tú no ves que me importa una mierda?

Apartó mis pies del sofá para sentarse.

—Oye, no puedes permitir que ese capullo se lleve tus ganas de vivir.

—Demasiado tarde. No me gusta mi trabajo, no me gusta mi vida, no me gusta nada. Solo estos ganchitos —añadí, echando mano de una bolsa naranja que había sobre la mesa.

—Hundiéndote en la autocompasión no vas a ganar nada. Unos cuantos kilos, quizás.

—¿Y qué más da? Mis lorzas serán mi única compañía a partir de ahora, ¿por qué iba a querer que desaparecieran?

Mi amiga me miró de arriba abajo y suspiró.

—Veo que nosotros no pintamos nada en todo esto. —Se levantó del sofá —. Lo hemos intentado, pero ya no sabemos qué hacer. Supongo que no somos tan buenos amigos como creíamos.

Me dio la espalda para marcharse y yo sentí un ¡cric! bajo mi pecho. Se me había abierto una grieta enorme en la parte del corazón que guardaba para mis amigos, y era una parte bastante grande.

—Zoe, espera. —Me sentía miserable y egoísta. Una desagradecida de la peor calaña.

Mi amiga se paró en seco, pero no se giró a mirarme todavía. Sabía que lo hacía para darle más dramatismo a la escena y, la verdad, funcionó.

—Lo siento. Soy lo peor —admití.

Zoe se giró por completo con una sonrisa radiante.

—No te preocupes, ¡lo arreglaremos!

Abrí mucho la boca, entorné los párpados y la señalé con mi índice acusador.

—¡Eres una arpía manipuladora!

—Oye, me ha dolido de verdad. Déjate ayudar de una vez, niña tonta.

Me crucé de brazos y la miré de soslayo, muy poco convencida.

—¿Qué quieres que haga?

Dio una palmada que me sobresaltó y llamó a mi madre otra vez.

—¿Ya? —preguntó ella con excitación, asomándose por la puerta de la cocina.

—¿Cómo que ya? —Miré a Zoe—. ¿Ya, qué?

—Vamos a por el segundo punto de la lista, reina.

—¿Ahora? ¿Y no podríamos…?

—¡No! —exclamaron las dos a la vez.

Iba a quejarme, pero, ¿de verdad habría servido de algo?

Mi madre se quitó el delantal y se atusó el pelo frente al espejo del recibidor. ¿Ella también se venía? Zoe me rehízo la coleta como a una niña

pequeña y me dio una palmada en el culo para que me metiera en el mini de color rojo. Una vez estuvimos las tres dentro, hizo una llamada por el *bluetooth* del coche.

—Aquí equipo *Style*. Te copio.

Era Gustavo. ¿Qué coño decía de un equipo…?

—Al habla Equipo *Beauty* —respondió Zoe con voz monocorde—. Acabo de recoger el paquete. Estaremos en el salón a eso de las doce cero cero. Cuando terminemos, la dejaré en la puerta de la *boutique*. Cambio.

Vale, estaba claro que el paquete era yo.

—Recibido. Nos vemos luego. Cambio y corto.

—¿Qué ha sido eso? —pregunté, todavía visiblemente afectada.

—La otra parte del comando para la «Operación *New Look*».

Esto empezaba a parecer una película de *Transporter*. Yo era la mercancía que tenían que entregar. Me sentí utilizada, como una marioneta a la que los demás movían los hilos.

—No entiendo nada —me quejé.

—Yo me encargo de la peluquería y Gus del estilismo. Tu madre es nuestra asistente.

Por el retrovisor la observé sonreír con satisfacción.

—Tengo que llevar a mi hermana al abogado —siguió Zoe—, por eso no puedo quedarme a la segunda fase. Pero así será más impactante cuando te vea esta noche.

—¿Esta noche?

¿De qué estaba hablando? Yo por la noche volvería a llevar mi pijama de Bob Esponja.

—Salimos de marcha.

Tragué saliva.

—Tranquila, algo *light* —añadió, leyéndome el pensamiento—. Solo iremos a tomar algo y charlar, ¿vale? Lo mismo que hacemos siempre, pero con tacones.

Desvié la vista hacia sus pies.

—Tú siempre llevas tacones.

—Pero los llevaré más altos.

Ah, claro. Ella tenía tacones de día y tacones de noche.

—No sé, Zoe…

—Berenice, haz caso a tu amiga —intervino mi madre—, ella sabe lo que te conviene.

Si le hubiese dicho lo que hacía Zoe los sábados por la noche, se habría retractado de sus palabras. O eso es lo que pensé al principio, porque luego recordé el Toys “r” us de mi madre y ya no estuve tan segura.

—Haz caso a tu madre, ella sabe lo que te conviene —repitió Zoe con un guiño.

Puse los ojos en blanco y suspiré. Apoyé el pómulo en mi mano y la frente sobre el cristal de mi ventana. Iba a ser un día larguísimo.

# CAPÍTULO 7

*Bellissima* era un salón de belleza enorme con las paredes pintadas de rosa pálido. Multitud de sillones tapizados en cuero miraban hacia espejos enormes, organizados en dos filas largas dispuestas a cada lado del local. Había productos capilares y mujeres a diestro y siniestro. Algunas esperando su turno mientras leían una revista, otras con los rulos puestos o haciendo cola en los *lavacabezas*. Pero yo era amiga de Zoe, que era una clienta VIP a la que le hacían descuento en todo. Se pasaba media vida metida entre aquellas paredes y les suministraba pequeñas cantidades de *botox* bajo manga como una pirata.

—¿Entonces, nada de cortes drásticos? —me preguntó Marga, la peluquera.

Era una mujer de mediana edad con una melena corta negra azabache que mascaba chicle como si le fuera la vida en ello.

—No, por favor —pedí, acariciando mi larga cabellera. Sin embargo, miré a Zoe para asegurarme de que me lo permitía.

—Está bien, a los tíos les gusta tener de dónde agarrar mientras te ponen mirando para Cuenca.

—¡Zoe! —exclamó mi madre. Me alegré de que todavía pareciera una madre normal, aunque fuera a veces.

—¿Y por qué te lo cortaste tú, guapa? —pregunté a mi amiga.

—Porque yo soy la que tira del pelo, Berenice.

Otra vez ese tono de suficiencia. ¿Para qué diablos había preguntado?

Al final, decidieron cortarme las puntas, hacerme capas para dar más volumen a mi «melena insulsa y sin gracia» (palabras de Zoe) y ponerme un tinte marrón chocolate.

En los treinta minutos que tenía que esperar para enjuagarme la cabeza, las chicas del salón me hicieron la manicura, la pedicura y hasta un pequeño masaje en los pies. Más tarde, tras el aclarado pertinente, volví al sillón preparada para lo peor. Porque tenía claro que cuando una peluquera te decía «tranquila, solo te cortaré un par de dedos», debía referirse a los dedos en vertical, no en horizontal. Así que el truco era decir que no te cortara nada, y ella quizás se controlara y te cortase solo unos cinco centímetros.

Marga empezó su baile con las tijeras, yo recé para que no se emocionara demasiado, y a mi madre no se le ocurrió otra cosa que preguntar:

—¿Dónde puedo ponerme algo en los labios?

—¿Algo? —pregunté alarmada.

—Sí, para darles volumen. He oído que pueden ponerte hasta tu grasa.

Marga hizo una pompa increíble antes de responder:

—Aquí tenemos colágeno y *Restylane*.

Levanté la mano para que mi peluquera bocazas parase un momento de decapitar mis puntas.

—Ni de coña —le dije a mi madre.

—¿Qué diferencia hay entre el colágeno y el *Restylane*? —preguntó ella, sin hacerme ni puto caso.

—El colágeno dura entre ocho semanas y tres meses. Con el *Restylane* el resultado llega hasta los seis meses.

Dirigí una mirada de reproche hacia Marga, que se apartó para dejarnos discutir.

—Voy a atender a esa señora un momento —le dijo antes de irse a Zoe, quien abrió los ojos para mirarnos.

—Mamá, deja de hacer preguntas estúpidas y ve a que te pinten las uñas o lo que sea.

—Hija, con la edad las mujeres perdemos colágeno… Mis labios ya no son lo que eran. Se me han metido para adentro —dijo, haciendo gestos extraños que la hacían parecer un pez boqueando—. ¿Lo ves?

No, yo no lo veía. Los labios de mi madre estaban bien, como siempre.

—¡Déjate de inyecciones y payasadas! No eres la Preysler.

Sorprendentemente, mi madre se quedó callada y se acarició la alianza.

—Tu padre ya no me mira como antes.

«Por Dios, crisis matrimoniales ahora no. Y menos la suya.»

—¿De qué estás hablando? Papá te mira igual que siempre. —O sea, como a una loca a la que era mejor no discutirle mucho las cosas.

Mi madre se puso en pie y levantó la barbilla.

—¡Pues yo quiero unos labios *sexys*!

Ya se largaba, cuando le di un codazo a Zoe para que fuese a por ella.

—¡Por favor! —le supliqué—. ¡Haz el favor de traerla de vuelta!

Mi amiga siguió los pasos de mi madre y desapareció tras la puerta. Volvió tras un par de minutos, sola.

—Ya está —dijo, y se sentó de nuevo a mi lado—. La he convencido para que se ponga el colágeno.

—¿Que has hecho qué…?

—Ella estaba empeñada en el *Restylane*. Tras unas duras negociaciones, por fin he conseguido que cediera —dijo satisfecha.

—¿Y se supone que eso es bueno? —Estaba clavando las uñas en el reposabrazos del sillón, histérica.

—Oye, como mucho le durará dos o tres meses, hazme caso. Es un mal menor.

Me pellizqué el puente de la nariz y conté hasta diez para no saltar de la silla.

—Está bien… —acepté con resignación—. Al fin y al cabo, cuando se le mete algo en la cabeza, es imposible disuadirla. Si no es hoy, será otro día.

—Bien dicho —aprobó Zoe—. Y ahora ven, van a tintarnos las pestañas mientras Marga termina con aquella mujer.

Me entró una risa nerviosa.

—¿Tinte… en los ojos? ¿Estáis todas locas aquí o qué?

Pero como yo también debía de estarlo, me tumbé en la camilla y dejé que una tal Leila hiciera su trabajo. Al terminar, mis ojos parecían más femeninos, a pesar de estar algo enrojecidos e hinchados por temas ajenos a la peluquería.

Pero mi sesión no había terminado, porque me hicieron una limpieza de cutis y me pusieron una mascarilla facial de oro de no sé cuántos quilates.

Acabé como nueva.

—*Es…tásh u gua… gua… ¡ierda!*

Me giré de golpe al reconocer el tono de aquella voz que parecía hablar un dialecto perdido de alguna tribu maya. Me llevé la mano a la boca para ahogar un grito. La visión que tenía delante habría provocado las peores pesadillas de los niños. El Coco a su lado no era más que un aficionado, un *mindundi*.

—Mamá, ¿qué te han hecho…?

Era como un ninot de las fallas de Valencia. Algo grotesco, una caricatura, un engendro que se había tragado a mi madre.

—*¿Te… gushta?*

Fui a responder, pero Zoe me puso la mano en el hombro y se me adelantó.

—Están muy bien, Carmen. No te asustes. —Supe que en realidad me lo decía a mí, y no a ella—. Pronto bajará la hinchazón y te verás estupenda.

Yo todavía tenía la boca abierta y seguía sin poder articular palabra.

—Piensa que en tres meses sus labios volverán a ser como antes —me susurró, mientras mi madre se miraba en el espejo.

Vale, era verdad. La hinchazón bajaría y mi madre volvería a ser algo parecido a un humano. Y, aunque el resultado no fuese del todo aceptable, el colágeno desaparecería en unos pocos meses.

Me preguntaba qué diría mi padre al encontrarse con Carmen, pero la de Mairena.

Mi madre volvió a mirarme, esperando una respuesta.

—Estás… Estás… —No podía mentirle—. Diferente.

Debió de parecerle suficiente, porque sonrió. O lo intentó, ya que esas dos morcillas eran como un ser a parte y decidieron no moverse ni un centímetro.

Yo también me sentía diferente. Mi piel estaba más suave, mi pelo tenía un brillo de anuncio y mis pestañas se movían como si fuese Betty Boop. Le di las gracias a Zoe y también a Marga, pues había hecho más por mí de lo que ella pensaba.

Cuando una tienda pasa a llamarse *boutique*, sabes que estás a otro nivel. Si además esa *boutique* tiene nombre propio, con apellido incluido, entiendes que ese no es tu sitio.

Y, efectivamente, aquel no era el mío. Era un lugar enorme con cortinas de terciopelo en los probadores. Todo decorado en color negro y plata, lámparas de araña en el techo y unos precios desorbitados. Nada más entrar, yo había sugerido pasarnos por *Stradivarius*, pero Gustavo me dijo que él pagaba y él elegía, y no había discusión posible.

—No pienso llevarme esto.

Gustavo me había traído un vestido de putón verbenero.

—Cariño, es perfecto para resaltar tus curvas.

—Gus, cielo, yo no quiero resaltar mis curvas, ¿es que no lo entiendes?

—Pues no —respondió tajante.

Mi madre me observaba con la cabeza ladeada. Cuando se dio cuenta de que la miraba, levantó el pulgar para darme el visto bueno.

—¿Lo ves? —se creció Gus—. Si pareces la de *Pretty woman*.

—Ya, por lo puta.

—No, boba, por lo radiante.

Vamos a ver, no estaba mal del todo; yo era bajita y encima había cogido unos kilitos que comenzaban a molestarme, pero el vestido era bonito. El problema se centraba en que era rojo, ceñido y demasiado corto.

—Me niego a llevar esto, hasta Jessica Rabbit iba más recatada.

—Está bien, plasta —aceptó él—, ahora te traigo otros.

Me pasé casi una hora probándome los trapitos que me trajo. Cuando por fin comenzó a captar el límite al que estaba dispuesta a llegar, me pasó un vestido más largo y de color gris.

Bien, estábamos avanzando.

—Gus, no me cierra la cremallera. ¿Por qué no me traes otra talla?

La cortina se abrió de golpe. Yo tenía la espalda y medio culo al aire.

—¿Qué haces? —le pregunté, mirando a todos lados.

Él comenzó a estirar la tela para intentar embutirme dentro de ella.

—Berenice, ¡aguanta la respiración, caray!

Le hice caso, pero estaba a punto de explotar. Si no tenía cuidado, la cremallera le saltaría a la cara y lo dejaría tuerto.

—¡No… puedo… respirar!

—Para presumir hay que sufrir, ¿no te lo han dicho nunca? —insistía él.

El espejo me devolvió una cara roja y sudada que suplicaba «¡mátame ya!».

—¡Tráeme otra maldita talla! —logré gritarle con mi último aliento. Estaba a punto de desmayarme.

—Que no, que tiene que caber… —Se estaba mordiendo la lengua por el esfuerzo.

Se acabó. Cerré los ojos y comencé a ver lucecitas en medio de la oscuridad. Me dio un vahído y Gus soltó la cremallera diabólica para sujetarme.

—Creo que necesita otra talla —dijo de pronto una voz femenina.

La dependienta nos miraba con cara de pocos amigos. Estábamos maltratando su prenda y montando un numerito.

—Y yo —añadí, poniendo los brazos en jarra— creo que ya está bien por hoy.

Mi amigo accedió a terminar con las compras porque sabía que mi cabreo se encontraba en un punto sin retorno. Además, ya habíamos elegido el modelito de esa noche y los zapatos. Incluso se empeñó en que me comprara unas *sneakers* para ganar unos centímetros aunque fuera en

chándal. ¿Zapatillas con plataforma integrada? Dios había escuchado mis plegarias.

—Pero tendremos que ponerte a dieta, ¿verdad, Carmen?

Mi madre asintió con la cabeza. Vale, reconocí que me hacía falta perder volumen corporal urgentemente, pero tendríamos que hablar sobre los términos de ese régimen.

A pesar de mi oposición, Gus se empeñó en pagar mis compras. Me sentí tremendamente culpable, pero recordé la escenita bochornosa del probador y esa culpabilidad descendió un poco.

Aunque, para ser sincera, tenía unos amigos que no me merecía.

Cuando nos dejó en casa, le di un abrazo tan fuerte a su cuerpecito enclenque que casi pude escuchar el crujido de sus costillas.

—¡Adiósh, Gushtavo!

Era Cicciolina, que ya había bajado del coche.

—¡Adiós, reina! Tu marido te va a comer a besos.

Mi madre se fue súper contenta y yo miré con las cejas levantadas a Gus. Él me devolvió unos ojos tremendamente abiertos y un encogimiento de hombros que significaba: «¿qué querías que dijese?».

—Esta noche pasamos a por ti.

—Pero… ¿a dónde vamos?

Metió la marcha y se puso las gafas de sol mientras me sonreía enigmáticamente. Luego aceleró y sus últimas palabras se perdieron con el viento:

—¡Ponte el vestido negro, te estiliza!

Caminé totalmente exhausta hasta la puerta de casa. Eran más de las tres de la tarde y no habíamos comido. Ya iba a entrar en la cocina para preguntarle a mi madre si le echaba una mano, cuando la vi llorando, sentada en una de las sillas.

—Mamá… ¿qué te pasa?

Dirigió una mirada helada por detrás de mí. Mi padre había aparecido por la puerta y nos observaba en silencio.

—Solo le he dicho que la veía rara —se excusó.

Suspiré y me concentré para actuar de terapeuta matrimonial otra vez.

—¡Fíjate en cómo me mira! —estalló mi madre, que parecía vocalizar mejor. Seguramente porque, hasta ahora, había tenido más cuidado a la hora de hablar.

Mi padre la miraba un poco… sorprendido.

—Pero eso es normal —dije yo—. Estás muy cambiada, ¿qué esperabas?

—Carmen, los tienes tan hinchados que… —Mi padre no supo cómo continuar, pero yo le hice un gesto para que no lo intentara. Estaba estropeándolo más.

—A ver, no hagamos un drama de todo esto. Todavía tiene que bajarse la hinchazón, esperemos a ver el resultado final para opinar, ¿de acuerdo?

Acaricié a mi madre en la cabeza, ella se abrazó a mi cintura y yo indiqué a mi padre mediante gestos silenciosos que se acercara también. Pero en lugar de hacerme caso, abrió el congelador. A veces creía que ese hombre tenía horchata en las venas.

Entonces, antes de que pudiera echarle una bronca, también silenciosa, apareció con una bolsita de guisantes y se arrodilló junto a mi madre.

—Cariño, perdóname. Ya sé que el tacto no es lo mío. Pero me has pillado de sopetón, y a mí me gustaban tanto tus antiguos labios…

Mi madre se sorbió la nariz y me soltó.

—¿De verdad te gustaban?

—Pues claro, tonta.

Le puso con delicadeza una punta de la bolsa en los labios. Ella la cogió y sonrió, agradecida. Yo decidí soltarme y observar desde la distancia hasta asegurarme de que podía dejarlos solos.

—Te lo compensaré, ¿vale? Esta noche te haré un masaje.

Yo también sonreía.

—Si esta noche no me duelen, yo seré la que te haga un masaje. Pero sin utilizar las manos.

—¡Oh, por Dios! —exclamé, con el estómago del revés. ¿Es que no veían que todavía estaba allí?

Me di la vuelta para largarme, no sin antes ver el beso tan tierno que mi padre le dio a las morcillas de mi madre con mucho cuidado. Me alegraba mucho por ellos, pero todavía me alegraba más de tener planes esa noche.

Suspiré mientras me preguntaba si algún día yo volvería a compartir algo así con alguien.

A las tres y media la comida estaba servida.

—Tiene que haber un error —dije, apartando el plato de ensalada—. ¿Dónde están mis macarrones?

—Los hidratos están prohibidos para ti.

Parpadeé varias veces.

—¿Qué?

—Estás a dieta, Berenice —explicó mi madre.

—Si quiere unos pocos, a mí me sobran… —me ofreció mi padre.

Normalmente, no habría aceptado, pero tenía tanta hambre que me habría comido hasta el mantel.

—No, Anselmo. —Mi madre interceptó el plato a mitad de camino—. Tiene que adelgazar.

Una madre suele ser la que te dice que hay que comer de todo, la que te advierte de lo importante que es una dieta equilibrada y de que te dará un guantazo para quitarte la tontería de eliminar el pan de tu menú.

Aunque, por lo visto, no en mi caso.

—¿Y por qué no salgo al jardín y me pongo a comer un poco de césped?

—Cariño, me lo agradecerás. Estabas fantástica con esos vestidos, pero estarías sublime si no te salieran *mollitas* en los brazos.

Me dieron ganas de llorar.

—¿Puedo al menos ponerme un poco de mayonesa?

—Ligeresa.

—Lo que sea.

Lo hice, claro, y la cosa mejoró bastante. No era que no me gustase la comida, pero como plato único me parecía insuficiente. Después, lo suyo habrían sido unas costillas con patatas.

Mi madre me prohibió tomar postre. Ni siquiera una triste fruta, pues decía que mezclada con la comida fermentaba en el estómago. Mejor entre horas, cuando me picara el gusanillo. Lo que ella no sabía era que mi «gusanillo» era más bien una oruga gorda que devoraba chocolate, no manzanas.

Aproveché la hora de la siesta para bajar de puntillas las escaleras con la intención de colarme en la cocina y asaltar la despensa. Sabía que había galletas Oreo por alguna parte…

Se escuchaban los ronquidos de mi padre. Me asomé ligeramente para asegurarme de que mi madre estaba en su sitio, pero no la vi. ¡Mierda! ¿Dónde se había metido? Miré por todas partes, pero no había ni rastro de ella. Prefería tenerla localizada para cometer mi delito con tranquilidad. Mi estómago terminaría por delatarme con tanto ruido. Dejé las zapatillas de estar por casa a los pies de la escalera y seguí descalza. Crucé el pasillo y me colé en la cocina, solo iluminada por la escasa luz que se colaba a través de los agujeros de la persiana. Sentí una presencia a mi alrededor, pero no había nadie. Abrí la despensa con cuidado y la puertecita chirrió como mil

demonios. Joder… Mi sigilo no tenía precio. Alargué la mano, me mordí la lengua y aguanté la respiración para coger el paquetito de galletas con las puntas de los dedos, y volví a maldecir interiormente cuando el envoltorio crujió. Dios, qué tensión tan grande.

—¿Qué estás haciendo?

Pegué un brinco, el corazón casi se me escapó por la boca, y las galletas de las manos. Mi madre me observaba con los brazos en jarras.

—Estaba buscando las infusiones. —Qué agilidad mental, por favor.

—Pues has cogido las galletas.

Las recogí del suelo y las lancé al fondo del armario.

—Las estaba apartando cuando has entrado.

Ella entrecerró los ojos para escudriñarme.

—Las infusiones están en el tercer cajón, como siempre.

Sonreí inocentemente.

—¡Es verdad! Qué cabeza la mía… Como hace tanto que no vivo aquí…

Me pareció que no se había tragado mi excusa, pero, por si acaso, yo continué con mi pantomima y me preparé un poleo menta con *stevia*, nada de azúcar.

—Bueno, pues yo me subo otra vez… —Le di la espalda y salí de la cocina.

—No olvides las zapatillas.

Ella sabía que había mentido. Ahora parecería un policía merodeando por la casa, vigilando mis movimientos y el armario de los pecados.

Me senté sobre la cama, le di un sorbo al poleo con tristeza y comprendí que a veces era necesario tocar fondo para empezar a ascender.

# CAPÍTULO 8

—¡Madre del amor hermoso! ¿Has visto eso, Gus?

—*¡Oh, my God!* ¿Qué has hecho con mi amiga?

Sonreí como una idiota, a pesar de que sabía que mis amigos me habrían dicho lo mismo aunque me hubiese puesto un chándal con tacones.

—¿Os gusta? —pregunté y giré sobre mí misma.

—Tanto que puede que hoy me cambie de acera. —Gus me guiñó el ojo.

—Y yo —añadió Zoe, dándome un codazo.

Solté otra risita tonta como si de verdad les creyera. Aunque, tenía que admitir que no estaba nada mal. El negro disimulaba mis carnes y el pelo me aguantaba desde la mañana. El maquillaje había sido cosa de Zoe, que me había hecho unos ojos ahumados para intensificar mi mirada.

Subimos en el *New Beetle* de Gustavo, que nos abrió la puerta como todo un caballero. Hacía mucho tiempo que no salía por ahí sin Elías y estaba un poco nerviosa. Nerviosa y nostálgica, pero me había propuesto no amargar la noche de mis dos amigos. Si tenía que llorar, me las arreglaría para llegar a tiempo al baño y retocarme después.

Cuando descubrí el nombre del *pub*, se me revolvió el estómago.

—¿El Urban? Creía que sería una noche tranquila entre amigos.

—Berenice, tomaremos té en otro momento. Ese modelito no podía echarse a perder en cualquier sitio —dijo Zoe, que entró como a cámara lenta delante de nosotros.

Gustavo me sujetaba el codo con delicadeza, pero con la clara intención de que no me escapara.

—Habría preferido ir a Chueca —le susurré. Estar rodeada de gays me habría tranquilizado.

—Yo también —me confesó él.

Tenía miedo de encontrarme con Elías en cualquier sitio. El corazón me iba a cien por hora mientras caminaba hasta un extremo de la barra donde Zoe ya nos había pedido unos mojitos. Teniendo en cuenta que el local estaba a tope, nuestro pequeño rincón en las sombras era bastante íntimo. Me sentía protegida entre Gustavo y unas botellas de J&B.

Al cabo de un rato, olvidé que me encontraba en una discoteca y empecé a reírme con mis amigos de siempre. Me convencieron de que tenía que

apuntarme al gimnasio y a clases de algo para ocupar mi mente y trabajar mi culo.

—En el gimnasio hay clases divertidas. Tendrías que entrar a zumba, ¡es una fiesta!

Yo llevaba ya un par de mojitos. Los mismos que tendría que tomarme antes de entrar a esa clase y moverme entre ritmos de merengue y bachata.

—Bueno, lo pensaré —respondí, apoyándome en el respaldo del taburete.

—No, ¡basta de pensar! Simplemente, hazlo.

—Zoelander tiene razón, Be —intervino Gus—. No valen excusas.

Acepté a cambio de otra copa.

Continuamos bebiendo mientras criticábamos al ex de Gustavo, Rober. Fue mi amigo el que lo dejó, pero el otro no tardó ni dos semanas en sustituirlo. Para Gus, era una cuestión de orgullo. Rober debería haber llorado por cada rincón de Madrid al menos durante un año.

—Los tíos son gilipollas —opinó mi amigo.

—Ratas —secundé yo.

—Cucarachas.

—Juguetes —soltó Zoe de repente, que llevaba un rato callada y mirando hacia otro sitio.

Sabía lo que pasaba: la serpiente estaba buscando a su presa. Analizaba el entorno en busca de posibilidades satisfactorias y luego, cuando fijaba su objetivo, lograba que él se lanzara sobre ella, y no al revés.

—Bingo —dijo, sorbiendo con sugerencia su copa y pasándose la lengua por los labios mientras trataba de no romper el contacto visual.

Un tío al más puro estilo de Patrick Dempsey se acercó a la mesa en lo que se tarda en decir «bingo».

—Hola —saludó el doctor Sheperd.

Gus me dio un pellizco en el muslo. Nos miramos y asentimos. Los dos éramos fans de *Anatomía de Grey* y lo habíamos reconocido como el doble de Derek. Nos quedamos embobados viendo cómo aquel galán sacaba a bailar a nuestra amiga. Ella era su Meredith y él estudiaría pronto su anatomía.

—Seguro que acaba de salvar a algún niño indefenso —dijo Gus.

—Puede que aún tenga su bata blanca en el coche… —fantaseé yo.

Los dos suspiramos a la vez. Y yo pensé que todo el esfuerzo del día no había valido la pena. No pensaba ligar, ni siquiera quería mirar a un tío a la cara, pero mi orgullo femenino se vio un poco tocado después de llevar un

par de horas por allí y que nadie se hubiese acercado a decirme nada. No pretendía compararme con Zoe, pero había adelgazado un poco y mi vestido era impresionante, ¿no?

Seguí bebiendo hasta que la cabeza empezó a darme vueltas y la vejiga se inundó de mojito.

—Voy al baño —anuncié con una voz que no parecía la mía.

Como si el genio de la lámpara me hubiera leído los pensamientos, empezaron a entrarme tíos más o menos aceptables por el camino. No eran neurocirujanos de prestigio, pero podían pasar por enfermeros en buena forma. Eso, o el alcohol me lo estaba distorsionando todo.

Traté de apartarlos como si fueran moscas que me molestaban con su zumbido incesante. Si seguían incordiando, terminaría potándoles encima. No me gustaba que los tíos se me acercaran tanto, no estaba preparada para entablar conversación con nadie. De alguna forma extraña, sentí que traicionaba a Elías.

Sacudí la cabeza. ¿Cómo iba a traicionar a Judas? Al maestro de las puñaladas traperas, al mentiroso más frío y caradura que me había encontrado en la vida.

Me daba igual, no se trataba de eso. Lo extrañaba y no quería tener alrededor de mi cintura las manos de otro que no fuese él. Me puse a llorar sobre la taza del váter mientras sobre la de al lado alguien echaba un polvo. Genial.

Al salir, intenté volver a toda prisa hasta la seguridad de la barra, junto a Gustavo, pero me desorienté con la gente, las luces y la borrachera que llevaba encima. Dios, qué agobio tan grande. Acabé colándome entre los huecos que iba encontrando hasta terminar en un sitio que ni reconocía.

¿Por qué me habría dejado el móvil en la mesa?

Fui abriéndome paso mediante empujones hasta la barra más cercana. Necesitaba subirme a algo para tener más visibilidad, así que me apoyé sobre uno de los taburetes.

—¡Joder! —exclamé. Seguía sin ver nada.

A la mierda. Tomé impulso y coloqué el culo sobre la barra, junto a unos vasos vacíos. Vi que algunos me miraban extrañados, pero no me importó.

—¡Gustavo! —comencé a gritar, ahuecando las manos alrededor de la boca.

La música ahogaba mi voz, así que tuve que asumir que tendría que encontrarlo yo a él porque no iba a escucharme.

—Deberías bajarte —me dijo un camarero—. Te vas a resbalar.

—No —repuse—, lo que debería es subirme del todo.

Dicho y hecho, me puse de rodillas y luego me incorporé, quedándome de pie y tratando de divisar un tupé con mechas.

—Oye, no puedes estar ahí —insistió el camarero, tratando de agarrarme.

—¡Solo un momento! —le pedí a voz en grito, llamando la atención de los pocos que aún no me habían visto—. Y déjame, que me voy a caer.

—¡Venga, guapa, baila un poco! —gritó alguien.

—¡Dale caña!

Algunas manos me rozaron los tobillos y yo procuré apartarme sin caer al otro lado de la barra, donde el camarero parecía preparado para agarrarme en caso de pérdida de equilibrio.

—No lo entendéis, ¡no he subido a bailar! —grité yo—. Seguid con lo vuestro.

Alguien empezó a dar palmas y, poco a poco, los demás terminaron uniéndose con vítores y silbidos. Se habían vuelto todos locos.

—¡Que baile! ¡Que baile!

De repente, dos chicas se subieron a la barra y empezaron a hacerme gestos para que me uniera a su coreografía. Y, sin saber muy bien cómo ni por qué, mis piernas respondieron al ritmo y terminaron uniéndose a ellas.

El camarero soltó un bufido cuando ignoramos su quinto aviso para que bajáramos de allí. Yo ya me había soltado del todo y alzaba los brazos por encima de la cabeza, al ritmo de la música. Me sentía flotar en medio de aquella muchedumbre que me aclamaba como si fuera una estrella de rock. Seguramente, estaban tan borrachos como yo, pero ¿qué más daba? Me sentía ligera, despreocupada, capaz de hacer piruetas en esa barra húmeda sobre la que mis zapatos hacían «chop, chop, chop».

Cerré los ojos y me dejé llevar, confiada porque nada podría derribarme en aquel momento. Ni siquiera la vuelta que intenté dar como si fuera el mismísimo Bisbal.

Pero mis pies se cruzaron, se resbalaron y se hartaron de sostenerme. Pensé que la gente me cogería, igual que en los conciertos, pero se apartaron cuando vieron que mis curvas bailongas iban a caerles encima.

Ya creía que me iba a comer el suelo cuando alguien me agarró antes de que lo alcanzara con los dientes. Unos ojos azules se encontraron con los míos y sentí que me mareaba todavía más. Tal vez por el alcohol que llevaba en la sangre o tal vez por otra cosa.

—¿Estás bien? —me preguntó, ayudándome a incorporarme.

Y fue como si el tiempo se detuviera por arte de magia. Me quedé quieta, con el corazón acelerado y la respiración contenida. El chico me miraba con curiosidad y sentí como si ya lo conociera, aunque no lo había visto en mi vida.

—Eso creo —reconocí, algo avergonzada—. Gracias.

—No te preocupes, no ha sido nada. —Frunció el ceño y se fijó en mis manos. No me había dado cuenta de que me temblaban—. ¿Seguro que estás bien?

Pues no, no estaba bien. Pero, ¿qué iba a decirle a un desconocido?

—Sí, sí. Es solo que… —Me callé de golpe y sentí que me ruborizaba aún más. ¿Qué era lo que me pasaba? ¿Y por qué me estaba mirando así?

Apenas podía distinguir sus rasgos. Estaba muy oscuro y yo seguía demasiado mareada.

—¿Qué? —preguntó en un tono del que se intuía una sonrisa tímida. Yo volví a quedarme embelesada con la silueta de sus labios y me sentí idiota. Entonces recordé que odiaba a los tíos y que lo único que quería era volver con mi amigo.

Sacudí la cabeza.

—Nada, creo que he bebido demasiado. Lo siento.

Todavía algo confundida, me di la vuelta y me largué antes de que tuviera tiempo de contestarme.

Gustavo me encontró por el camino.

—¿Qué diablos ha sido eso? —me preguntó, cogiéndome del brazo.

Yo estuve a punto de resbalar.

—¿Eh? —respondí aturullada.

—¿Acabas de hacer un Bar Coyote o es que he bebido demasiado?

Me encogí de hombros mientras me dejaba arrastrar hasta nuestro sitio.

—No lo había planeado —me excusé—. Te estaba buscando.

Gus se echó a reír, entusiasmado, y yo me dejé caer sobre la silla.

—Esto sí que no me lo esperaba —confesó—. Por cierto, ¿cómo es que no estás sangrando? He visto tu caída mortal.

Iba a hablarle de mi salvador cuando alguien me tocó el brazo.

—¡Berenice, qué sorpresa!

Horror. «Él no, él no, él no».

—¡Félix! ¿Qué haces tú aquí?

—Ah, ¡es el destino, Berenice! —exclamó con la voz gangosa. Otro que iba hasta el culo.

Me abrazó como un pulpo y yo supliqué a Gus que me lo quitara de encima. Qué bien, ahora tendría que ducharme con ácido.

—¡Eh, tú! ¿Qué crees que estás haciendo? —gritó Gustavo en un tono muy poco homosexual.

Félix lo miró como si acabara de darse cuenta de que estaba allí, a mi lado.

—¿Quién es este? —preguntó frunciendo el ceño.

—Soy su novio. —Gus me pasó el brazo por los hombros y yo lo miré totalmente sorprendida—. Así que apártate de ella si no quieres que te parta la cara.

El otro beodo dio un paso atrás, intimidado.

—¿Novio? —preguntó con incredulidad—. Tiene que haber un error.

—Sí, tú —contestó Gus, dándole un «ligero» toquecito intimidatorio que casi lo tira de espaldas.

Mi acosador salió por piernas, correteando torpemente con el cubata en la mano.

—¡Has estado genial, Gus! —exclamé y me eché a reír.

—Lo sé, muñeca. Nadie se mete con mi chica.

Le planté un beso en la mejilla.

—Me has salvado de una buena.

—¡Pues vamos a celebrarlo! —propuso mi amigo.

Y tanto que lo celebramos. Empecé a beber otra vez como un vikingo hasta la hora de irnos a casa. Gustavo me acompañó a hurtadillas hasta mi habitación y me arropó con cuidado, como tantas veces habíamos hecho cuando éramos más jóvenes.

Mi amigo me dio un beso en la frente y yo me dormí creyendo que tenía de nuevo diecisiete años.

# CAPÍTULO 9

Durante la siguiente semana, me pasé las tardes probando actividades para pensar en otra cosa que no fuese Elías.

Primero fue el curso de cocina. Mi madre se había empeñado en acompañarme, quería demostrar a todo el mundo lo que era cocinar de verdad. Pero la primera receta fueron unas *cookies*, algo que ella solo había visto en los anuncios de Chips Ahoy.

—Esto no es cocinar. Si me dieran una buena olla se iban a enterar.

—Mamá, cállate ya.

Ella resopló como hacía siempre que se esforzaba por morderse la lengua. Nuestros compañeros la miraban de reojo con cara de querer meterle la cabeza en el horno.

Mi masa era una auténtica bazofia. Me había quedado tan blanda e inestable que el calor no hizo más que esparramarla y convertirla en pequeñas tortas muy finas y tan pastosas que se te pegaban a los dientes.

—Tu nombre —me preguntó el profesor con tono militar. Llevaba un sombrero blanco como el de Arguiñano.

—Berenice.

—Berenice, tus galletas son una mierda.

Me quedé impactada.

—¿Perdón?

—Todos te perdonamos, no te preocupes. La cuestión es si te perdonarás tú —respondió, y continuó acechando al resto.

Habría preferido un chiste verde de los de Arguiñano. ¿De qué iba ese tío? Era mi primer día y él era un profesor de barrio, no una estrella Michelin. El único michelín que había visto en su vida debía de ser el que tenía bajo el delantal.

Pero lo de mi madre fue peor.

—¿Qué es ese olor? —preguntó el ogro del sombrero alto.

Para ser experto cocinero, era bastante idiota. ¿No se daba cuenta de que apestaba a chamuscado? Abrió el horno, y la imponente ráfaga de humo negro que le dio en la cara me hizo sentir mejor. Sin embargo, a los pocos segundos, todos estábamos tosiendo.

—Este horno no está bien —se excusó mi madre—. Tiene algo mal dentro.

—Sí, mamá, tus galletas —le susurré, tirándole de la manga—. Vámonos de aquí.

Aprovechamos la confusión general para escabullirnos, no sin antes coger un par de galletas decentes que encontré por el camino y que pensaba comerme a escondidas.

—No sé por qué estoy aquí —dije, observando tras el cristal.

El gimnasio era simplemente enorme. Zoe me había arrastrado hasta allí sin piedad.

—¿No puedo hacer ejercicio desde casa?

—Los cursos, el ejercicio… ¡Sal al exterior, Berenice!

—Pero hay una gran oferta *online* para elegir.

—Ya, y de tíos también, pero lo dejaremos como última opción desesperada.

Zoe llevaba un conjunto ceñido de color gris y fucsia con el que parecía una de esas tías de los anuncios de Nike. Yo había cogido unos pantalones piratas de algodón y una camiseta ancha de manga corta.

—Tenemos que ir a comprarte algo. No puedes venir como una mendiga.

¿Pero no íbamos a sudar como cerdas? ¿Qué más le daba?

—Lo que no sé es cómo puedes venir tú con un maquillaje impecable.

Ella se rio con naturalidad.

—Mi querida Berenice, el gimnasio es solo una tapadera. Aquí no se viene solo a mover el culo. Esto es muy serio, hay muchos cachas esperando.

Miré alrededor y comprobé que tenía razón. La poca gente corriente como yo se arrinconaba junto a la cinta de correr y un par de máquinas más. Las estrellas eran un grupo de ciclados compitiendo por ver quién levantaba más peso. Como si fuesen bestias de la prehistoria peleándose por un muslo de mamut.

Las tías no se quedaban atrás. Lucían sus nalgas prietas y sus coletas perfectamente anudadas mientras expiraban con sensualidad.

No me gustaba ese gimnasio.

Nos recibió un monitor con la espalda más ancha que mi armario ropero.

—Hola, guapas. —Nos sonrió con suficiencia—. ¿Puedo ayudaros?

Empezábamos bien.

—Aitor, esta es mi amiga Berenice. Quiere ponerse en forma.

El tío me miró de los pies a la coronilla con la cabeza ladeada. Sin cortarse.

—Ya, entiendo.

¿Qué entendía exactamente? Me puse la mochila delante, intimidada.

—Necesitará algo de cardio y trabajar mucho esos muslos —dijo.

Aitor era un gilipollas insensible.

—Y algún descuento en los rayos no nos vendría mal.

Zoe ya estaba haciendo lo que mejor sabía hacer: zorrear a un tío para conseguir algo.

—¿Y qué obtendré yo a cambio? —preguntó él.

Zoe se acercó y le rozó la entrepierna sutilmente con la punta de sus dedos. Yo me sentía como un pececillo indefenso rodeado de pirañas en el interior de una pecera.

—Sorpresa —respondió Zoe.

Aitor cayó en sus redes como tantos otros y le dio unos veinte vales. Joder, sí que tenía ganas de tirársela.

—No quiero darme rayos —susurré, con los ojos del monitor clavados en nuestra espalda. Bueno, seguramente en el culo de Zoe.

—Solo un poco, hazme caso.

¿Solo un poco? Tenía barra libre en vales descuento. ¿Cuánto era poco para ella?

Entramos en el vestuario para dejar las bolsas.

—¿De verdad vas a tirártelo?

—Ya lo hice una vez.

—Pero…

—No estuvo tan mal. Podré hacer ese sacrificio otra vez.

Volví a preguntarme cómo podíamos ser amigas dos personas tan diferentes.

En fin, el gimnasio fue una de las mayores torturas a las que me había sometido en la vida. Y no me refería únicamente a la clase de zumba, en la que no di pie con bola y tras la que mis compañeras empezaron a mirarme fatal. Las había pisado a todas y cada una de ellas, incluso a las de la fila de delante, aunque no sabía cómo había llegado allí desde la última. Fue todo un misterio, un expediente X.

Luego hicimos GAP: glúteos, abdominales (que para mí más bien fueron abominables) y piernas (que en mi caso no eran piernas, sino *patorras*).

—No puedo más —me quejé a Zoe por lo bajo después de la tercera serie de levantamiento de pierna hacia atrás, a cuatro patas.

—Tener un culo como una piedra es esencial, ¡vamos! —me animó ella, que parecía tenerlo todo controlado y mantenía su respiración regular.

Hice algunas trampas cuando la profesora no miraba, porque de lo contrario me habrían encontrado cadáver. Me faltaba el aire, veía lucecitas y escuchaba mis latidos rebotando contra los oídos.

Al día siguiente, lo único que tenía firme eran las agujetas que me atravesaban todo el cuerpo, pero accedí a ir por segunda vez al gimnasio porque Zoe me prometió que solo entraríamos a una clase híper–mega–ultra divertida y motivadora, y que luego nos daríamos unos rayos. El sufrimiento era necesario para obtener la victoria.

—¿*Spinning*?

—Verás qué subidón con la música y las luces. ¡Es un alucine!

Sí que aluciné, sí.

Después de que la profesora me ayudara a colocar a mi nivel los pedales (al parecer, a mí me hacía falta una bicicleta infantil), puso la música a tope y comenzamos a pedalear. Los primeros treinta segundos de calentamiento no estuvieron mal del todo, aunque los pinchazos de recuerdo de la tarde anterior no me dejaban moverme con total libertad.

—¡Vamos, chicas, vamos! ¡Moved esos culos! ¡Más rápido! ¡Más arriba!

La tía loca estaba casi de pie encima de la bici. No sabía qué mierda se había metido para tener tanto aguante, pero las demás tenían que haberla tomado también. Zoe destilaba una energía que cansaba de solo mirarla.

Ahora entendía por qué los ciclistas se dopaban.

—No puedo más —jadeé.

—No llevamos ni una canción, ¡vamos! —me animó mi amiga.

¿En serio? Porque a mí me parecía que llevaba horas ahí dentro.

—Yo me voy a vomitar, tú haz lo que quieras —dije con tranquilidad, bajándome de la bici y dejando atrás a aquellas enfermas narcotizadas.

Me dio tiempo a vomitar el café de la merienda y a ducharme antes de que Zoe y el resto de mujeres sudadas entraran a toda leche y comenzaran a quitarse prendas. Se quedaron en pelota picada y se dirigieron a la ducha. Yo observé sus cuerpos tonificados y me pregunté a qué hora sería la clase de las mujeres humanas con celulitis y estrías.

—¿Tu amiga es lesbiana?

Zoe me dio un codazo.

—¡Berenice!

Sacudí la cabeza y la miré confusa.

—¿Eh?

—Córtate un poco, tía. Luego te dejo mirarme el culo lo que quieras —bromeó.

Tragué saliva y observé a la chica que había cuestionado mi sexualidad. Me estaba mirando con la ceja levantada.

—Perdón —dije, y salí de allí un poco avergonzada.

Al segundo, Zoe se reunió conmigo en el *hall* (porque sí, este gimnasio de élite tenía *hall*, en inglés). Sonreía abiertamente.

—Ha sido divertido, pervertida.

—Déjame en paz, no pienso volver.

—¿Por qué no?

—Tu gimnasio para semidioses no es lo mío.

—¿Prefieres ir a *aquagym* con las jubiladas?

Sí, por supuesto que lo prefería.

—Creo que me compraré una elíptica.

Suspiró y me pasó el brazo por los hombros.

—Te dejaré la mía, ya no la utilizo. Anda, vamos a ponernos morenas.

Aquello no era una cabina, era un sarcófago con luces fosforescentes.

Cuando salí de ponerme el bikini, Zoe estaba en tetas y me miraban directamente a los ojos.

—¿Qué haces?

—No quiero que me quede marca. ¿Por qué no haces lo mismo? No te va a ver nadie.

Miré hacia los lados. Estábamos solas.

—¿Y si lo graban para subirlo a Internet?

—Entonces los internautas serán muy afortunados.

Definitivamente, me quedaría con la parte de arriba puesta.

La cabina seguía dándome mal rollo. Me la imaginé como una sandwichera que, si alguien cerraba por completo, me haría derretirme allí dentro como si fuese un *tranchette*.

Pero hasta resultó ser relajante. Después del ejercicio y la ducha, tumbarme allí, con las gafas protectoras puestas, y un silencio casi absoluto, me transportó a un mundo de tranquilidad en el que las bicis asesinas no existían y las mujeres volvían a ser personas normales con defectos físicos.

Me sentí bien al salir. Había sido solo una sesión, y no sabía si era algo psicológico, pero yo ya me notaba un colorcito muy favorecedor. Justo cuando me estaba observando en el espejo retrovisor de un coche, me sonó el móvil.

—¿Dónde coño lo he metido? —Rebusqué en la mochila, bajo mi camiseta sudada.

Era un número privado y eso siempre me mosqueaba. Detestaba no saber quién iba a contestar al otro lado.

—¿Diga?

Y me dieron la mejor noticia que había tenido en semanas. Colgué con una sonrisa de oreja a oreja, totalmente emocionada.

—¿Qué pasa? —quiso saber Zoe.

—Tengo piso.

# CAPÍTULO 10

Resultaba difícil creer que una persona que se dedicaba a buscar y encontrar hogar a los demás no fuese capaz de encontrarlo para ella misma. Pero la cuestión era que yo no tenía el poder adquisitivo de la gente con la que concertaba las visitas. Nuestra empresa se dedicaba a un sector social al que yo jamás pertenecería.

Estábamos en crisis y mi sueldo rallaba lo tercermundista. Almudena había dicho que sería una medida temporal, pero llevábamos así casi un año ya. Yo no pagaba el piso de Elías, era cierto, pero sí ayudaba con el mantenimiento, y no era precisamente barato. Una casa en el centro con ese número de metros cuadrados ocasionaba unos gastos desorbitados. Además, me había gastado casi todo lo que había podido ahorrar en comprarme un coche hacía unos meses. La vida de mi Opel Astra se había apagado una fría tarde de enero. Yo quería otro coche de segunda mano, pero Elías me había convencido de que sería mejor uno nuevo. Ahora tenía un precioso Volkswagen Polo con el depósito en ruinas, unas letras asfixiantes y cuyo seguro iba a obligarme a vender un riñón.

Elías era un listo y yo una imbécil por hacerle caso.

El caso era que había estado buscando, incluso en horas de trabajo, un piso sencillo al que poder mudarme. Félix me había sorprendido un día en una web de segunda mano y me había ofrecido «compartir su cama», pero antes me habría trasladado a un contenedor de basura.

Por fin había encontrado uno que se adaptaba bastante bien a mis necesidades y que podría pagar sin tener que introducirme en el mercado negro de órganos. Volvería a mudarme a la capital y recuperaría mi independencia.

Mis amigos me acompañaron a verlo. Estaban casi más emocionados que yo, no dejaban de repetir que era una señal de que todo estaba cambiando, de que había caído tan bajo que solo me quedaba levantarme. Sabía que lo hacían para animarme, pero a veces esa diarrea verbal tan brutalmente sincera era pesada de digerir.

Mi futuro casero era un viejo de pocas palabras y aún menos desodorante, llamado Fulgencio. Me vi obligada a aguantar la respiración un buen rato, decidida a desmayarme por falta de oxígeno antes que por la intoxicación que me provocaba ese extraño sudor con un deje a cebolla.

—Creía que me moría —dijo Gustavo entre toses cuando Fulgencio desapareció escaleras arriba.

—Y que lo digas —coincidió Zoe, abanicándose con la mano.

—En serio, he visto pasar mi vida ante mis ojos.

Normalmente, lo habría acusado de exagerado, pero esta vez tenía razón. Ese hombre olía peor que una zarigüeya atropellada, con las tripas fuera, que había pisado una mierda y vomitado antes de morir. Me alegré de que nos dejara vía libre y no se quedara por allí. Me había dado una llave pegajosa que tendría que desinfectar si firmaba el contrato.

El piso era un tercero sin ascensor que medía unos treinta metros cuadrados. Las paredes estaban pintadas de lo que en su día tuvo que ser blanco, el comedor lo formaban un sillón orejero de aspecto cuestionable y una mesita de plástico delante de una televisión que debía ser ya una reliquia.

—Vaya, esto es…

—¿Un poco oscuro? —pregunté.

Gus parecía incómodo al sonreír, nervioso. Zoe fue un poquito más explícita.

—Una mierda, Berenice. Esto es una puta mierda.

Mi amigo suspiró; había dicho lo que él también pensaba.

—Ya sé que no es muy acogedor…

—¿Muy acogedor? —Zoe alzó las cejas—. Parece el escenario de una película de terror independiente.

—El alquiler es muy barato.

—¿Y qué me dices de esto? ¿Dónde piensas pelar las patatas, cortar la carne? ¿Encima de esa mesita mugrienta que cojea?

—Ya, pero el alquiler es tan barato —insistí.

¿No se daba cuenta de lo que eso suponía? ¡No podía permitirme otra cosa!

—Olvídate de eso. Esto no es habitable.

—No puedo olvidarme, Zoe.

—Mira, te prestaremos dinero, ¿verdad, Gus?

—Claro, cariño —dijo él—. Todo lo que podamos.

Necesitaba sentarme, pero al volver a mirar el sillón decidí apoyarme en la pared.

—Os lo agradezco, pero luego me costaría horrores devolvéroslo. Necesito algo que pueda permitirme.

—¿Sabes lo que sí puedes permitirte?

—¿Qué, Zoe? —pregunté, exprimiendo mis últimas gotas de paciencia.

—Quedarte con tus padres en un hogar para humanos y no para engendros del mal.

Negué con la cabeza.

—Necesito seguir adelante.

—¿Y quién dice que no lo hagas? —intervino Gustavo—. Ya llegará otro tío con el que quieras vivir.

—Me niego a esperar a ningún tío, chicos. Quiero mi independencia, y la quiero ya.

Los dos se quedaron callados para mirarse entre ellos.

—¿Y un piso compartido?

—Paso. ¿Podemos ver el resto de estancias de la casa?

—Primero, no sé si a esto se le puede llamar casa —añadió Zoe—. Y segundo, tampoco sé si a eso de ahí se le puede llamar estancia.

Señalaba a la cocina, que eran dos fogones y una pila, de cuyo grifo salía algo parecido al lodo. Lo único que me gustó fue la nevera, que era de esas antiguas de color rojo y que ahora podía pasar por *vintage*. Dentro tenía medio tomate ennegrecido y un bote de pepinillos empezado.

El baño no era mucho mejor. Una taza mugrienta, un plato de ducha sin cortinas, y un lavabo diminuto con chorretones resecos de algo que esperaba que fuese agua.

—Es una ratonera. Sales de la ducha y te das con la rodilla en el lavabo.

—Me sobra para mí sola.

—Bueno, míralo por el lado bueno —comentó Gustavo—. Si tienes algo en el fuego y te estás lavando los dientes, siempre puedes estirar el brazo y apartar la sartén.

—Sí, menudo chollo —bufó Zoe.

—Bueno, en casa de Elías tenía que coger el autobús para ir de una habitación a otra.

—Claro, era un fastidio tener una casa grande y luminosa. Lo entiendo.

—Zoe, cállate de una vez —le espeté—, y haz algo útil.

Mi amiga frunció el ceño, aunque apenas le salieron arrugas. Debía de haberse puesto *botox* otra vez.

—¿Algo como qué?

—Voy a quedarme este agujero inmundo para convertirlo en algo habitable. Quiero pintar las paredes, tirar la televisión y el sillón, y colgar

algún cuadro.

—¿Y qué diablos quieres que haga yo? ¿Traerte unas brochas?

Sacudí la cabeza.

—No puedo hacer nada de eso sin el permiso de mi casero.

Gus soltó una risita porque sabía por dónde iba.

—¿Y…?

—Convéncelo, por favor.

—¿Cómo…?

—Como mejor sabes —sugerí con una sonrisa maliciosa.

Era consciente de que lo que le estaba pidiendo era algo asqueroso, pero estaba desesperada y ella muy, muy acostumbrada.

—¿Qué? ¡No pienso acostarme con ese señor!

—Solo digo que le zorrees un poco. Eso no te costará mucho.

—¿Estás segura? Porque es difícil hacer lo que me pides sin vomitar.

—Por favor, solo necesito que añada un par de cláusulas al contrato.

Si Zoe lo conseguía, podría convertir esa guarida de Satán en un pequeño hogar con encanto y papel higiénico. Le expliqué lo que quería, puse mi cara de cachorrito abandonado y comprobé que ella comenzaba a flaquear. Ya no estaba cruzada de brazos en mitad del «comedor». Ahora iba de un lado para otro negando con la cabeza.

—Va a hacerlo —dijo Gus con una sonrisa de oreja a oreja.

—Aún no he aceptado.

—Zoe, por favor… —insistí yo—. Serán solo unos minutos, y sé que puedes hacerlo incluso sin tocarlo.

Se fue por la puerta sin decirnos ni «ahí os quedáis» y la escuchamos subir los escalones. El viejo debió quedarse mudo del asombro porque no se oyó nada, solo los tacones de Zoe cruzando su puerta.

Tardó exactamente cuatro minutos y treinta y siete segundos.

—¿Y bien? —preguntamos Gustavo y yo a la vez.

—Tienes tus malditas dos cláusulas y una rebaja de cincuenta euros del alquiler.

Me lancé a sus brazos para besuquearla, pero percibí aquel extraño olor a sudor encebollado. Intenté apartarme con disimulo.

—Bueno, pues yo me voy a darme una ducha con detergente. Nos vemos.

—Espera, espera. ¿Qué has hecho? —preguntó Gus.

—Tu casero es un cerdo, Berenice. Otra cosa a tener en cuenta para no venir aquí.

—¿Qué le has hecho? —repetí yo, alarmada.

—Quería verme las tetas.

—¡¿Qué?! —exclamamos Gustavo y yo, otra vez súper sincronizados.

—Pues eso, que ahora estará machacándose la lombriz con una imagen sublime de mis dos pechos.

—¿Por qué has hecho eso? Zoe, lo siento, no quería que…

Ella me cortó con un gesto despreocupado de la mano.

—Eso no me importa. Sé el efecto que provoco en los hombres, independientemente de su edad. Además, estas las pagué para enseñarlas.

Bueno, pues quedaba confirmado que mi amiga no tenía escrúpulos.

—¿Entonces? —quiso saber Gus.

—Es ese olor asqueroso, me apesta hasta el pelo.

Los dos nos echamos a reír y ella se largó ofendida por nuestra falta de consideración.

En fin, ya tenía casa. Era diminuta, oscura y horrible, pero mi nuevo reto sería transformarla en algo decente. Así, al menos, tendría la mente ocupada.

Cuando informé a mis padres de mi nueva situación, mentí. Mentí mucho. Les dije que el piso era una monada y que me pillaba mucho más cerca del trabajo. Mi padre me dio la enhorabuena, pero a mi madre se le notaba un poco decepcionada. No paró de preguntarme si es que estaba mal con ellos, por lo que tuve que volver a mentir. Mi casa se había vuelto un infierno desde que tenía a la detective Carmen olisqueando mi ropa en busca de migajas acusadoras. Eso sí, había perdido algunos kilos que esperaba no recuperar sin la atenta mirada inquisitoria de mi madre.

Lo primero que hice nada más llegar fue desplegar el equipo de limpieza. Me partí uñas, me coloqué con el desinfectante y reprimí arcadas por doquier, pero el resultado valió la pena. Luego fui a comprar algo para la cena, aproveché para llenar la nevera con lo básico y cambié las sábanas. Pensaba quemar las que venían con la cama al día siguiente porque tirarlas no me parecía suficientemente higiénico.

Deshice las maletas y coloqué la ropa en el armario, que afortunadamente estaba vacío. Luego me senté sobre la cama, cuyos muelles chirriaron de una forma muy desagradable, y me quedé con la vista perdida y la mente muy lejos de allí. Aquello iba en serio. A partir de ahora tendría que

arreglármelas sola. Una sensación de vértigo se adueñó de mí durante unos instantes, hasta que la desesperación y la tristeza vinieron a sustituirla.

Seguía enfadada con Elías, desde luego, pero lo estaba más conmigo misma. Por no poder olvidarlo, por añorarlo tanto que incluso me dolía…

Volví a echarme a llorar, solo que apenas me salieron lágrimas. Debía tener el depósito en las últimas, después de todo. Ahora solo me quedaba mirar hacia delante.

Increíble. Asombroso. Sorprendente. Estaba ansiosa por que los demás vieran el resultado. Se iban a caer de espaldas y yo hincharía mi pecho, orgullosa, como un pavo real.

Me había pedido el día libre en el trabajo para organizarlo todo. Compré pintura blanca para las paredes del salón y de mi habitación. Con apenas un par de botes había tenido suficiente, otro punto a favor de mi piso para pitufos. Usé pintura azul para dibujar una rosa decorativa en la pared donde debería haber un cabecero.

También puse cortinas, una mesa con tres sillas, la televisión de treinta y dos pulgadas que había comprado para mi antigua habitación y hasta el sofá cama que había rescatado del sótano de mis padres. Forré el sillón orejero con una funda de color turquesa después de rociarlo con desinfectante.

Todas las figuritas y demás chismes llenos de polvo que «decoraban» la casa, pertenecientes a la recién fallecida madre de Fulgencio (hecho que me daba algo de grima, por lo que cambié el colchón y tiré el antiguo), fueron a parar a cuatro bolsas de basura que tuve la amabilidad de subirle.

—Estás cambiando demasiadas cosas —refunfuñó mi casero cuando se las di.

—Oh, no crea. Solo estoy dejando algo de sitio para mis cosas, nada importante.

—Pero huele diferente.

«Sí, huele a limpio y a juventud».

—Estoy pintando un poco, espero que no le importe.

Me pareció que sí le importaba porque sus cejas casi se tocaban y no paraba de murmurar gruñidos ininteligibles. Decidí utilizar la carta de Zoe.

—Porque mi amiga me aseguró que no había problema.

Le cambió la cara.

—¿Está ella aquí?

—No, pero lo estará pronto —dije en un ataque de desesperación. Había encontrado su punto débil y debía aprovecharlo.

—Dile que aún tengo que enseñarle mi colección de sellos.

—Por supuesto —accedí con una sonrisa más falsa que las tetas de Zoe —. Se lo diré en cuanto la vea. Pero, entonces, ¿puedo seguir pintando, no?

Ni siquiera me respondió; cogió las bolsas que le había dejado en la puerta y me cerró en las narices. Lo tomé como un sí.

Estaba realmente satisfecha con mi nuevo hogar, así que avisé a mis amigos con un mensaje para invitarlos a la inauguración. La respuesta de Gustavo fue la siguiente:

«Genial, preciosa. Esto solo es el principio».

La de Zoe fue algo distinta:

«Espero que hayas arreglado bien esa pocilga».

Los cité para cenar y evité mencionar la colección de sellos de Fulgencio.

El timbre sonó de pronto y a mí casi se me salió el corazón por la boca. Abrí con excitación, temerosa y preparada para sus críticas, pero se quedaron boquiabiertos en la puerta.

—¿Pensáis entrar?

Gus traía una botella de vino rosado, curiosamente a juego con su camisa. Estaba segura de que no había sido una coincidencia. Zoe llevaba un vestido azul que le llegaba por las rodillas (medida extraordinariamente inaudita para ella) y sujetaba una bolsa llena de algo que no vi porque abrió la nevera y el congelador y me prohibió mirar.

Yo también me había vestido. Con unos vaqueros rotos y una camiseta de *Hello Kitty*.

—Santo Dios… —comenzó a decir Gustavo, volviendo a mirar el comedor y sus paredes inmaculadas—. Esto debe ser un espejismo.

—¿Os gusta?

Zoe seguía callada. Después de un largo rato mirando fijamente a su alrededor, se volvió hacia mí con expresión satisfecha.

—Ha merecido la pena.

—¿El qué?

—Subir a casa de ese viejo decrépito y enseñarle las tetas. Gracias, Berenice.

Me eché a reír.

—No, gracias a ti.

—Está todo genial, cielo —dijo Gus—. Ahora es un pisito de soltera de lo más cuco.

Cuco… No estaba nada mal para venir de él, un profesional de la decoración. Había temido su opinión más que ninguna otra.

—Incluso huele bien. ¿Qué es?

—Un ambientador de flores silvestres.

—Exquisito —apuntó—. ¿Y las velas sobre ese estupendo mantel granate? Un detalle delicioso.

Sonreí con orgullo.

La cena transcurrió con normalidad, entre mi *risotto* un poco soso y un par de botellas de vino, hasta que mi móvil empezó a sonar.

—¿Sí? —respondí, sin saber quién estaría al otro lado.

Era Amador, un conocido en común de Elías y mío. Solo quería invitarme a su próxima exposición de fotografía.

—Verás… —No sabía por dónde empezar. ¿Sabía que ya no estaba con Elías? ¿Aparecería ese gusano con su nueva fulana?

—Tengo que ser sincero contigo, Berenice. He invitado a Elías también.

—Ah.

Nos quedamos unos segundos en silencio.

—Así que, si no quieres venir, lo entenderé.

—Pues…

Mis amigos, que lo debían haber oído todo, comenzaron a hacerme gestos afirmativos con la cabeza.

—Tienes que ir y demostrar que estás estupendamente —me aconsejó Gus.

Sabía que tenía razón. ¿Qué pensaría Amador y el resto de los amigos de Elías si no aparecía? No, mejor aún, ¿qué pensaría el propio Elías? ¿Iba a darle la satisfacción de creer que seguía llorando por los rincones porque ya no me quería? Ni hablar.

—¿Amador? Cuenta conmigo.

# CAPÍTULO 11

Tenía hasta ganas de vomitar. Mientras encogía tripa para cerrarme la cremallera del vestido, sentí que los nervios acabarían saliéndome por la boca aquella noche. Todo por una absurda cuestión de orgullo, todo por demostrar algo que en realidad no sentía.

Amador me había invitado a su exposición en la Sala Azca, ni más ni menos. No podía faltar, sobre todo cuando noté la lástima que desteñían sus palabras. Por mi orgullo, por el de todas las mujeres abandonadas del planeta.

—Tienes que ir con un maromo de metro ochenta —me había dicho Zoe.

—Desde luego —coincidió Gustavo—. Sería un puntazo.

—Ya, ¿y de dónde queréis que lo saque? ¿Lo pinto? —Suspiré—. Asumiré que iré sola. No pienso buscar opciones a la desesperada.

—Eso ya lo veremos.

Señalé a Zoe con el dedo de forma amenazante.

—No se te ocurra poner mi teléfono en las puertas de los retretes públicos.

—Claro que no.

Puse los brazos en jarra.

—Zoe…

—Tranquila, me portaré bien.

Mi amiga salió de puntillas para no encontrarse con Fulgencio. Cada vez que ese hombre escuchaba unos tacones en el rellano, abría la puerta para ver si la veía.

—No me fío de ella —me confesó Gustavo antes de salir también.

—Ni yo.

Pero pareció que esta vez Zoe decía la verdad, ya que era la hora de irme y aún no me había llamado nadie preguntando por el precio de mis servicios o la profundidad de mi garganta.

Me había arreglado bastante para un sábado por la tarde, pero la ocasión lo requería. Llevaba puesto un vestido verde botella con escote palabra de honor y unos zapatos negros con un tacón considerable. Pelo suelto y ondulado en las puntas, un poco de perfume y ya estaba lista. Pero justo cuando iba a abrir la puerta para salir, sonó el timbre. ¿Quién diablos sería ahora?

—Hola.

Era un hombre de unos treinta años. Vestía traje y me sonreía de forma seductora.

—Eh, hola. ¿Quién eres?

«¿Y por qué estás tan bueno?».

—Soy Alberto, tu cita.

Se me cayó el bolso al suelo.

—Creo que te confundes de puerta.

—Eres Berenice, ¿no? —preguntó y yo asentí—. Entonces he acertado. ¿Nos vamos?

¿Por qué me hablaba como si yo supiera de qué iba todo esto?

—¿Me disculpas un momento?

Cerré la puerta de nuevo y saqué el móvil. Zoe contestó al primer tono.

—Voy a matarte.

—Está bueno, ¿verdad?

—Zoe, ¿qué es lo que le has dicho?

—Que si te acompaña a esa aburrida exposición, luego tú lo acompañarás a la cama.

—¡¿Qué?!

—Es broma, tonta. Solo es una cita a ciegas con uno de mis amigos.

—Querrás decir uno de tus amantes.

—Lo que sea. —Sí, para ella eran lo mismo.

«Madre del amor hermoso…»

—Esta me la pagas.

—No, perdona, esta era la que me debías. Por enseñarle las tetas al viejo.

Sonó el timbre otra vez. Mi acompañante se impacientaba.

—Te descuartizaré mañana.

—¡Diviértete! —me animó mi amiga antes de colgar.

Abrí de nuevo y me disculpé ante mi novio de pega. ¿Hasta qué punto estaría él al corriente de mi situación? ¿Sabía que Zoe solo lo había llamado para que hiciera de hombre florero?

El tío tenía un Mercedes impresionante. Mientras conducía, observé sus antebrazos escrupulosamente depilados, al igual que sus cejas, casi más finas que las mías. Pensé en mis ingles peludas y me reprendí por no haberme depilado por completo. Y no porque pensara hacer nada con él, sino porque a su lado yo me sentía como el hombre lobo. Ya no me veía tan *sexy* como frente al espejo solitario de mi recibidor.

—¿Y a qué te dedicas, Alberto?

—Soy empresario. —Quizás un narco peligroso, a juzgar por el cochazo —. ¿Y tú?

—Soy agente inmobiliario.

—Ah, qué bien.

Podía fingir un poquito más de interés, ¿no? ¿Así era cómo se llevaba a las tías a la cama?

Empeñado en llenar el depósito justo en ese momento, Alberto paró en una gasolinera. Lo esperé durante un buen rato, hasta que decidí entrar a ver por qué tardaba tanto. Salió de los lavabos con el gesto alterado. Unas gotas de sudor le recorrían la frente, tenía las pupilas dilatadas y apretaba mucho los dientes.

No me pareció que se debiera a unos retortijones.

—¿Todo bien? —le pregunté.

—Ahora sí.

¿Qué era lo que tenía en la camisa?

—Te has manchado…

Con unas prisas repentinas, se sacudió la ropa y se metió las manos en los bolsillos. Parecía nervioso y ni siquiera había pagado la gasolina. ¿Qué había estado haciendo? Sus continuos vaivenes de mandíbula y el que absorbiera por la nariz cada tres segundos me dieron alguna que otra pista. Después de todo, era posible que mi hipótesis del narco fuera cierta. Embistió con su hombro a un chaval que estaba cogiendo unos Doritos y entonces saltó la chispa.

—Mira por dónde vas, niñato.

—¿Cómo dices? —contestó el chico, que tenía pinta de partir bocas semanalmente.

—Ya me has oído.

Me acerqué y cogí del codo a Alberto.

—Vámonos…

—Hazle caso a tu novia, imbécil.

—¿Qué me has llamado?

—Alberto, por favor… —supliqué.

Pero Alberto me dio un empujón, yo me caí sobre las revistas porno y, cuando volví a mirar hacia la acción, esos dos ya estaban matándose a puñetazos. Enseguida, un montón de clientes se metieron a separarlos, pero aquello empezó a parecerse a una pelea de bar de moteros.

Me escabullí por la puerta y paré a un taxi. Apenas podía creer lo que había pasado. ¿Con qué clase de bestias se acostaba Zoe? La llamé para preguntárselo.

—¿Qué? Me dijo que no se metía nada desde hacía dos semanas.

—¿Tú lo sabías? —grité, sobresaltando al conductor.

—Bueno, sí, pero… ¡y yo qué iba a pensar que se comportaría como un gilipollas! ¡Era el candidato perfecto! —Suspiró—. Be, solo quería ayudarte.

Se me revolvieron las tripas al pensar en el resto de sus ligues. Si este era perfecto, ¿qué clase de psicópatas serían los demás?

—Vale, pues no me ayudes más. Me voy a la exposición. Sola.

—Berenice, espera. No me cuel…

Le colgué.

La sala Azca era imponente. Con sus largos pasillos de paredes grises y suelo de mármol resbaladizo y un montón de amantes del arte observando con fascinación cada una de las fotografías: imágenes en blanco y negro que tenían como tema principal el invierno. Había también una gran cantidad de camareros que servían copas de champán y canapés en bandejas bañadas en plata. Menudo despliegue para un fotógrafo que apenas empezaba a despuntar de forma profesional. Sin duda, Amador tenía unas influencias muy convenientes y yo no me podía creer que estuviera allí sola.

—¿Una copa, señorita?

Observé cómo la sonrisa educada de aquel camarero desaparecía en cuanto me abalancé sobre el champán con unos modales que muy poco tenían que ver con los de una señorita. Me bebí el contenido de dos tragos y dejé el recipiente vacío en la bandeja.

—Gracias —dije, recuperando la compostura y otra de las copas llenas de ese líquido dorado y burbujeante en el que pensaba ahogarme esa noche.

Nerviosa, busqué con los ojos a una pareja en particular; esperaba encontrar a Barbie y a Ken vestidos de gala por cualquier maldito pasillo, pero parecía que no habían llegado. Un poco más relajada, me detuve a mirar la fotografía que tenía más cerca. Era un precioso lago helado rodeado de pinos oscuros con las puntas escarchadas. Una joven patinaba sobre su superficie. El objetivo de Amador había captado una bonita posición de sus brazos y piernas, y una mirada serena que demostraba que

se sentía en paz. La envidié durante un rato, hasta que el móvil volvió a sonarme.

—Dime, Gus.

—No soy Gus —respondió Zoe.

—¿Y por qué me llamas desde su teléfono?

—Tenía miedo de que a mí no me respondieras.

Mi amiga parecía triste, y no como esas veces en las que fingía para darme pena.

—¿Qué quieres?

—Siento lo del idiota ese.

Me sentí mal. Zoe vivía en Zoelandia, un lugar del que yo solo había oído hablar, pero eso no me daba derecho a ser una desagradecida.

—No debí haberte hablado así —admití—. No es excusa, pero estaba alterada e irritable y… En fin, lo he pagado contigo. Sé que lo hacías por ayudar, como siempre.

—Te compensaré, te lo juro. El próximo va a ser mucho me…

—No —la interrumpí—. Solo te pido que no me busques más ligues, por favor. ¿Crees que podrás reprimir tus instintos naturales?

—Lo intentaré —dijo tras unos segundos de angustiosa espera.

Me reí con sencillez por alivio al arreglar las cosas, por las burbujas del champán y por los nervios que sentía.

—Eso me vale.

—¿Están allí ya?

Tragué saliva.

—No. Y lo que no sé es qué hago yo aquí exactamente… Ni siquiera he visto al protagonista de la exposición. Ah, ahí está. —Amador me saludaba con la mano desde un corrillo de gente, todos con copas en la mano. Al menos no quedaría como la borracha que pretendía ser en secreto—. Tengo que dejarte.

Gustavo le arrebató el teléfono a Zoe.

—Eres una valiente, cariño, ¿te lo había dicho ya? Nos representas a todos a los que han pisoteado alguna vez. Saca pecho, sonríe y finge que tu vida es maravillosa.

—Allá vamos… —respondí, haciendo exactamente lo que él me había dicho.

Colgué el teléfono y caminé hasta Amador con una sonrisa de oreja a oreja. Él me devolvió el gesto, lo que lo hizo parecer más joven, a pesar de

las marcadas arrugas que se extendían por el contorno de sus ojos. Había perdido pelo y ganado unos kilos desde la última vez que lo había visto. Llevaba un traje azul marino con camisa blanca, de la que se había desabrochado un par de botones.

—¡Berenice! Me alegro de verte. No estaba seguro de si… Bueno…

—De si vendría —terminé yo por él, que se encogió de hombros. Ya empezaba la compasión; me iba a costar trabajo seguir sonriendo—. Tus fotografías son preciosas.

Lo dije por cambiar de tema, ya que solo me había fijado en la de la patinadora.

—Gracias —respondió. Luego me miró de arriba abajo—. Te veo bien. Parece que has perdido peso.

¿Por qué lo decía en ese tono? Que no se preocupara, que mi adelgazamiento no se debía a que había perdido el apetito por la depresión.

—Bueno, me he aficionado al deporte. —Eso era mucho decir, pero quedaba mejor que «me estoy torturando para caber en el bikini».

—Ah, bien, bien. Pero dime, ¿cómo estás?

Más delgada y sonriente que nunca. ¿Acaso no me veía?

—Estupendamente.

—Me alegro, porque esperaba verte… Ya sabes…

¿Hundida? ¿Hecha polvo? ¿Con pintas de haberme mudado a un cajero?

—Estoy bien, gracias —atajé. Estaba empezando a asquearme tanta frasecita sin acabar—. Pero háblame de tu exposición, que para eso estamos aquí.

Quizás puse demasiado énfasis en las últimas palabras, pero esperaba que quedara claro que no tenía intención de contarle mis problemas. Al parecer, dio resultado, porque Amador empezó a soltarme un rollo impresionante acerca de lo inspiradoras que eran las hojas de los árboles sobre la nieve. Sin apartar los ojos de él, ni dejar de afirmar con la cabeza, desvié el brazo derecho para hacerme con otra copa.

Y entonces, cuando ya pensaba que moriría de aburrimiento en cualquier momento, la puerta de la sala volvió a abrirse.

—…porque las sombras también tienen mucho que contar —escuché que decía Amador. Ni siquiera sabía de qué estaba hablando—. ¿Berenice?

Me giré para mirarlo de nuevo.

—¿Eh?

—¿Te encuentras bien? Tienes mala cara. Parece que hayas visto un… —Se detuvo cuando se dio cuenta de lo que yo había estado mirando. A quién —. Oh…

Volvió a observarme con preocupación y yo volví a sentir ganas de echar a correr. Elías había aparecido por la puerta de esa sala infernal que comenzaba a asfixiarme. Y, entonces, se me plantearon dos preguntas: la primera, ¿por qué Elías había venido solo? Y la segunda: ¿se acercaría a saludarme? Esperaba que no.

Por si acaso mi ex me había pasado por alto, Amador lo llamó, mano levantada incluida. ¿Es que no podía estarse quieto de una vez y acercarse él solo a saludar a Elías? Sospeché que buscaba ser espectador de primera fila durante nuestro reencuentro.

Elías puso cara de circunstancias cuando me vio, se colocó la corbata con nerviosismo, pero comenzó a andar con una de sus sonrisas postizas. Estaba a solo unos pasos cuando distinguí su olor. Maldita sea… ¿Por qué tenía que rendirse mi nariz a semejante aroma? Apuré la copa con ansia.

—Hola, Amador —saludó con su sonrisa de anuncio—. Berenice.

Tenía un nudo en la garganta, por lo que me limité a hacerle un gesto con la cabeza.

—¿Qué pasa, tío? —Amador le dio una palmada en la espalda—. Te has hecho de rogar, creía que ya no vendrías.

—¿Cómo iba a perderme algo así? —le contestó Elías, aunque me estaba mirando a mí.

¿Aquello iba con segundas?

Justo en ese momento, recordé las palabras de Gus, así que decidí recomponerme de inmediato y no dejarme engañar por sus artimañas de buitre egocéntrico. Procuré relajar los hombros, respirar de nuevo con tranquilidad y fingir que no me importaba su presencia. Di otro largo sorbo a mi copa.

—¿Desde cuándo bebes champán? —me preguntó con el ceño fruncido.

—Desde que tú te tiras a adolescentes.

No tendría que haber dicho eso.

—Muy graciosa.

—¿Verdad que sí? —Sonreí con cinismo.

—Vaya… Esto… —Amador carraspeó, muerto de incomodidad. «Que se joda», pensé. ¿No quería juntarnos a los dos? Pues ahí lo tenía—. ¿Y qué te ha pasado en la ceja, colega?

Sonreí con descaro al recordar el impacto de las llaves en la cara de aquel gilipollas. Si las miradas mataran, la de Elías me habría fulminado allí mismo.

—Un accidente doméstico —dijo.

—Tuvo que dolerte —intervine yo, dando otro sorbo al champán. Me sentía fuerte, con ganas de tomarle el pelo, de demostrarle que ya no me importaba lo que le pasara.

Elías me aguantó la mirada con frialdad, yo sonreí tras la copa y Amador nos miraba a uno y a otro, alternativamente, sin entender un carajo.

—Justo cuando has llegado, le estaba contando a Berenice que en la mayoría de las fotos… —comenzó a decir, pero Elías lo ignoró y continuó conmigo.

—Qué raro verte sin tus dos sombras. Creía que nunca te dejaban sola.

Una llama ardiente y dolorosa se prendió de la nada, bajo mi pecho. Sentí odio y rabia, pero no deseaba que él lo supiera.

—No he venido sola.

¿Por qué? ¿Por qué había tenido que decir eso?

—¿Ah, no? —preguntaron los dos hombres a la vez.

«Socorro…»

—Pues no. Mi acompañante está en el servicio.

Amador levantó la cabeza hacia allí con las cejas levantadas. Luego me miró extrañado.

—Pues debe de llevar un buen rato…

—Le habrá sentado algo mal en la cena —me excusé.

Aquello no tenía ningún sentido. Alguien me habría visto entrar sola y todos me verían irme igual. Humillada, con mi orgullo por los suelos, con el último intento patético de aparentar dignidad adherido a la suela pegajosa de mis zapatos.

—Vaya, pues espero que no sea grave —dijo Amador—. Bueno, chicos, yo tengo que ir a atender a unos invitados. Nos vemos ahora.

No sabía si agradecía que aquel pesado se hubiese largado o si lo maldecía por dejarme a solas con mi traidor particular.

Elías dio un paso hacia mí y yo otro hacia atrás.

—Te veo bien.

«Pues yo a ti no», quise decir. Su silueta empezaba a resultarme borrosa. El alcohol por fin estaba haciendo su papel. ¡Ya era hora! Llevaba cinco

copas encima. ¿O eran seis? Daba igual, la que tenía entre manos no sería la última.

—Unas fotos estupendas, ¿verdad?

—Berenice…

Me esforcé por mirarle a los ojos.

—¿Qué pasa?

—No existe ese acompañante invisible, ¿verdad?

No tenía intención de confesar, y menos ante aquella sonrisita de suficiencia.

—¿Me estás llamando mentirosa? —pregunté, fingiendo una ofensa terrible.

—Vamos, no tienes por qué inventarte a nadie…

No, eso sí que no. Estaba acostumbrada a recibir compasión de mis amigos, de mi familia, incluso de mí misma. Pero, ¿acaso creía ese idiota que iba a aceptar la suya? Por mí, podía irse al infierno.

—Mi acompañante está en el servicio —repetí con firmeza.

Elías puso los ojos en blanco.

—Puedes repetirlo las veces que quieras, pero no por eso se hará realidad.

Me sentía acorralada, patética, ridícula… Tenía que irme de allí como fuese.

—Ah, preciosa, estás aquí.

Alguien me había cogido del codo y esbozaba la sonrisa más increíble que había visto en mi vida. Observé a aquel desconocido salido de la nada con estupefacción. Era alto y de espalda ancha. Vestía de forma sencilla, solo unos vaqueros y una camisa negra remangada hasta los codos. Su pelo oscuro lucía despeinado en la parte de arriba, la que no tenía rapada. Informal, pero impecable. Los dientes blancos que me mostraba resaltaban sobre su tez bronceada. Y qué decir de sus espectaculares ojos azules… Un par de oasis en los que me perdí de forma inevitable.

Un par de oasis que me resultaban familiares, pero no sabía de qué.

—*Qué… có… no…* —balbuceé, buscando unas palabras que se negaban a aparecer.

El tío me dio un beso en la mejilla y me cogió de la mano.

—¿Todo bien?

Asentí con la cabeza sin poder dejar de mirarlo.

—¿Y tú eres…? —preguntó entonces Elías de forma cortante.

Elías… Había olvidado que seguía allí.

—Román —El desconocido alargó la mano para estrechársela—. ¿Y tú?

—Elías. Supongo que Berenice te habrá hablado de mí.

Román me soltó la mano para cogerme de la cintura.

—La verdad es que no.

Mi ex miraba a mi nuevo novio de mentira con odio contenido.

—¡Bueno! Creo que debería irme… —empecé a decir, pero Román me clavó sus ojos de forma intimidante—, quiero decir… irnos. Deberíamos irnos, ¿no te parece, cariño?

—¿Tan pronto? Tu chico no habrá visto nada de la exposición si lleva tanto rato en el lavabo —repuso Elías en tono mordaz.

—Ah, no estaba en el lavabo —replicó Román.

No sabía de qué iba ese tío, pero su aparición divina me estaba viniendo de perlas. Aunque no estaba siguiendo con mi versión y eso era peligroso.

—¿No? Creí que te había sentado algo mal la cena. —Había veneno en las palabras de Elías. Un ataque oculto en una careta vacía.

—No podría. No con el postre de esta noche. —Román lo dijo mirándome a mí. ¡Me estaba mirando a mí!

Vale, el nuevo guion me gustaba más. Muchísimo más. Tenía el poder en mis manos. Por un momento, fantaseé con aquella situación surrealista en la que dos hombres se enfrentaban por mí. Mi antiguo amor, celoso del nuevo. Mi nuevo amor, inundándome con las lagunas que tenía por ojos. No podía negarlo: aquello me halagaba. Y eso que el tío era un completo desconocido. Bien podría haberse tratado de un psicópata asesino. Cañón, pero psicópata asesino, al fin y al cabo. Sin embargo, me sentía bien bajo la calidez de su abrazo. Tener su cuerpo tan cerca del mío me daba escalofríos. En el buen sentido.

—¿Y a qué te dedicas, Román? —preguntó Elías.

Al interpelado no le dio tiempo a contestar, porque una jovencita altísima, delgadísima y de cabellos larguísimos apareció por detrás de Elías y le tapó los ojos con sus delicadas manos. Se me revolvió el estómago. ¡Esa zorra había venido! Y era tal y como la había imaginado, excepto porque el pelo no era rubio, sino tirando a cobrizo.

—¿Quién soy? —gritó con su vocecita aguda.

Elías se giró y la besó con más pasión de la que correspondía en un acto público como aquel. ¿Pretendía joderme? ¿Era eso? Bien, pues lo había conseguido.

—Hola, cielo —le dijo, y cada letra de ese «cielo» fue un cuchillo frío y oxidado atravesando mi corazón—. Chicos, esta es mi novia, Mel.

Me prometí hacer el papel de mi vida, disimular de tal manera que aquella flacucha no notara lo mucho que me molestaba su perfección. Sin embargo, algo inesperado se abrió paso a través de mi orgullo: arcadas. Eché a correr en dirección a los servicios. O, al menos, lo intenté. Cuando llevaba la mitad del camino, me caí de bruces. Es lo que pasa cuando metes en el cuerpo más alcohol que sangre.

Unos brazos fuertes me ayudaron a levantarme.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño?

Era el tal Román. Ya no me parecía tan guapo ni tan perfecto, no cuando Elías estaba presumiendo de amor juvenil a escasos metros de mí. Quizás también influía que el alcohol y las lágrimas me nublaban la vista.

—Gracias —dije, y me eché a llorar.

—Vamos. —Me arrastró hasta el lavabo y me mojó la cara.

Supe que no estaba donde debía al escuchar: «¡Eh! ¿Qué cojones hace aquí una tía?» y «Colega, se te ha jodido el polvo. ¡Menudo pedo!».

¡Qué graciosos! Y vaya vocabulario en una exposición tan fina.

—Capullos… —murmuré, con los ojos cerrados y las gotas de agua resbalándome por la nariz y la barbilla.

—Ignóralos. Respira un poco y cálmate.

Dejé que me secara la cara con papel higiénico y me peinara con sus dedos. ¿Por qué hacía todo eso? ¿Y por qué yo dejaba que lo hiciera? Me miré al espejo y reprimí un gruñido. Qué vergüenza… Menuda impresión debía de estar dándole a mi pobre salvador.

—Me voy a casa.

Se empeñó en acompañarme hasta la calle, cosa que agradecí. Primero, porque me costaba mantenerme en pie. Y segundo, porque al menos Elías me vería salir del brazo de aquel chico misterioso. Solo esperaba que creyera que mis náuseas y mi fuga a los lavabos se debían únicamente a las copas de más que, obviamente, llevaba encima.

Román me sorprendió cogiendo el taxi conmigo.

—¿Dónde vas? —le pregunté.

—Tranquila, solo quiero asegurarme de que llegas de una pieza a tu casa.

—¿Por qué?

—Porque soy tu novio, ¿no?

Lo escudriñé a través de mis ojos llenos de chorretones de rímel.

—¿De dónde has salido?

Román sonrió, pero pareció decepcionado.

—¿No te acuerdas de mí, verdad?

—¿Debería? —Porque el pedo que llevaba encima no estaba ayudando en absoluto.

Se encogió de hombros.

—Supongo que no. Solo fueron unos segundos, hace unas cuantas noches.

Fruncí el ceño e intenté hacer memoria. ¡Pues claro! ¡El tío de la discoteca!

—¡Sí! —exclamé, señalándolo—. ¡Te recuerdo!

Pero entonces también recordé que aquella noche lo había dejado plantado y, seguramente, con la palabra en la boca.

—Por cierto, respecto a esa noche, siento haberme…

Evité mirarle directamente mientras me disculpaba. ¿Por qué siempre tenía que estar borracha en su presencia? Tuve que levantar la vista ante su silencio. Entonces sus labios se curvaron hacia arriba y sacudió la cabeza.

—No te preocupes.

—Fuiste muy amable, Román. Igual que hace un momento.

Se encogió de hombros.

—Te he visto llegar, emborracharte copa tras copa, y luego aguantar el tipo frente a ese gilipollas. No sé lo que te ha hecho, pero…

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué? —preguntó sin entender.

—¿Por qué lo has hecho…? No me conoces de nada.

—No lo sé —reconoció—. Mientras observabas esa foto, la de la patinadora, había algo en tus ojos… Un anhelo de paz y libertad…

Vaya, así que me había estado vigilando… Eso era mucho más tranquilizador. La palabra «psicópata» sonó como una alarma en las paredes de mi cerebro.

—¿Cómo se te ha ocurrido hacer algo así?

—Te he visto en apuros. Lo siento, yo… no debí haberme metido. No era asunto mío.

Era verdad, no era asunto suyo. Sin embargo…

—Gracias.

Tenía esa clase de ojos que parecían sinceros, que no ocultaban que, tras ellos, existía una buena persona. El taxi paró, pero Román no me dejó

pagar. De hecho, incluso bajó para abrirme la puerta desde afuera. ¿De dónde había salido ese chico?

—¿Estarás bien?

—Creo que sí.

—Porque puedo subir a arroparte para asegurarme.

Me reí porque sabía que no había maldad en esa broma.

—Creo que no será necesario —dije. Por un segundo, pensé en invitarlo a subir. No con ninguna pretensión sexual, sino por conocerlo un poco más.

Sin embargo… No, no me sentía nada bien. Ni física, ni mentalmente. Y, aunque Zoe no me perdonaría que no hiciese el amor locamente con aquel desconocido buenorro, prefería ponerme el pijama e hibernar un par de años.

—Vale, a arroparte no, pero al menos te ayudaré a subir las escaleras. ¿Qué me dices?

—Te digo que acepto.

Menos mal que lo hice, porque estuve a punto de sufrir un accidente mortal en cuatro ocasiones. Si salvé el pellejo y conseguí no abrirme la cabeza, fue gracias a él.

—¿Haces esto cada sábado? —le pregunté al llegar a mi piso.

—Claro. Es un trabajo como otro cualquiera. Pero tranquila, a este invita la casa.

Intenté sonreírle pero, sin saber por qué, la tristeza estaba empezando a devorarme.

Encontrar el llavero fue toda una odisea. Al final, decidí vaciar todo el contenido del bolso sobre el felpudo.

—¿Te ayudo? —me preguntó al ver que ni siquiera conseguía meter la llave en la cerradura.

Me dejé caer en el suelo, apoyando la espalda en la pared, ensuciando el vestido de una forma imperdonable y me eché a llorar. Por el vestido, por aquel chico tan amable, por el ridículo que había hecho, porque había agotado todas las reservas de champán del mundo, pero, sobre todo, por Elías. Me había dolido tanto verlo de nuevo, tan feliz, junto a ella… Mirándola como me miraba a mí al principio, adaptando la posición de sus manos al contorno de su cuerpo…

—Eh, no llores.

—No tenía que haber ido. No he hecho más que el ridículo… Me ha mirado con pena. ¡Pena!

—¿Estás segura? Porque yo juraría que te miraba con algo más.

Él sabía a quién me refería.

—Ya, claro. Sobre todo cuando ha llegado Barbie con sus piernas interminables.

—Pues yo creo que estabas preciosa —replicó él—. Aún estás preciosa.

Nuestros ojos se encontraron durante unos instantes.

—No tienes por qué decir eso. De hecho, ni siquiera tienes por qué estar aquí…

Parpadeó y miró hacia otro lado.

—Tienes razón. Será mejor que te deje sola —dijo con lo que me pareció resignación.

Me ayudó a recoger las cosas del suelo y me dio la mano para que me levantara. Me sentí mal, no había querido ofenderle con esas palabras.

—Román, yo…

—No te preocupes, no me debes nada.

Se sacó un papel y un boli de uno de los bolsillos de la camisa. Ni siquiera me había fijado en que estaba ahí. El negro de la tela y las burbujas de mi cerebro lo habían mantenido camuflado.

—Llámame si me necesitas.

Cogí el papel de forma autómata, pero ni siquiera me paré a desplegarlo. Intenté darle las gracias de nuevo, decirle algo que arreglara ese final tan incómodo, pero solo me salió el silencio. Román me miró por última vez antes de marcharse y me dijo:

—Por si te sirve de algo, no creo que te merezca. Estarás mejor sin él.

Lo vi bajar las escaleras de dos en dos. Entré en casa, me tiré sobre la cama y desplegué el papel. Solo números. Estuve tentada de llamarlo justo en ese momento, pero algo dentro de mí, algo muy aferrado a mis entrañas, me lo impidió: la cara de Elías.

Sin más, rompí en pedazos aquella esperanza, aquella oportunidad que llegaba en el momento equivocado, y cerré los ojos.

# CAPÍTULO 12

—Un café bien cargado, por favor.

Había parado en un bar de camino al trabajo para tomar una dosis extra de cafeína. El día anterior había decidido contarles a mis amigos con pelos y señales todo lo que había ocurrido dos noches atrás en la sala Azca y, más tarde, en mi propio rellano.

Por supuesto, me cayó una bronca por no darle una oportunidad al tal Román, sobre todo por parte de Zoe. Conseguí zanjar el tema asegurándoles que no se trataba de él, sino de mí. Conforme me encontraba, ningún tío habría sido el adecuado.

—Perdona, ¿me pones un café? —insistí con impaciencia.

La camarera parecía tener tanto sueño como yo mientras me ponía la taza delante, pero entonces su teléfono sonó y pareció despertar de golpe.

—Ya te dije que no podía —dijo al momento—. ¿Cómo que qué pretendo decirte con eso? ¡Pues que no puedo ir! No se trata de lo que yo quiera, pero algunos trabajamos los fines de semana.

La observé caminar de un lado a otro de la barra, retorciéndose la coleta con la mano que no sujetaba el teléfono. Colgó de malas pulgas.

Yo era la única clienta a esas horas, exceptuando a un hombrecillo enclenque que parecía haber dormido en una esquina de la barra, así que la chica se percató enseguida de que la estaba mirando. Cuando sus ojos se encontraron con los míos, fingí leer la frase que venía en el azucarillo. Cuando alcé la vista, ella continuaba mirándome. Me revolví incómoda en el taburete.

—Menuda trola —dije, señalando el azucarillo.

—Bueno, por una más… —respondió, abrochándose el delantal con un largo suspiro.

—Un mal día, ¿eh?

Se me quedó mirando fijamente.

—A juzgar por tu cara, también lo es para ti.

Vale, igual no tenía que haberla observado atentamente mientras discutía con el que debía ser su novio, pero lo había hecho en mi cara, a voz en grito.

—Me parece que alguien va a quedarse sin propina —repuse con sequedad.

Ella frunció el ceño, abrió la boca como para decir algo, pero la volvió a cerrar. Luego bajó los hombros y suspiró con hastío.

—Los hombres son unos capullos.

Aquella afirmación repentina me dejó fuera de juego, pero tuve que darle la razón.

—A mí me lo vas a contar…

Torció una sonrisa que catalogué como «bastante amable».

—¿Y a ti qué te han hecho?

Debería haberme ido a trabajar en lugar de ponerme a contarle mis problemas a una camarera con mal genio, pero…

—Engañarme con una cría de veinte años.

Mi nueva amiga arrugó la nariz.

—Menudo cabrón.

—Ya, pero un cabrón difícil de olvidar.

—Difícil, no imposible.

—Eso díselo a mi memoria. Mi estúpida, condenada e insoportablemente buena memoria. Me encantaría hacer «clic», apretar un botón y borrarme el disco duro.

—Hay formas de hacerlo.

—¿Sin que implique tirarme en picado desde un quinto piso?

—Claro. Podrías utilizar algo químico. Algo que te hiciera ver las cosas de otra manera. Yo podría ayudarte a conseguirlo —añadió en un susurro.

De pronto, me pregunté si sus ojeras se debían a algo más que al cansancio.

Y me vi. Desde fuera, como si mi alma hubiese salido de mi cuerpo y me estuviera observando con ojo crítico. Vi a una tía ridícula y patética buscando el consejo de una camarera cocainómana, y a punto de llegar tarde al trabajo.

Me levanté y le dejé las monedas en la barra.

—Quédate el cambio.

—¿Y qué me dices de tu memoria?

—Es inútil, necesitaría un milagro para borrarla —respondí. Tal vez unos calmantes para elefantes también me habrían ayudado, pero preferí no bromear por miedo a que pudiera sacárselos del delantal para ofrecérmelos.

Me di la vuelta, pero antes de salir de la cafetería, todavía escuché a mis espaldas:

—Rezaré por ti.

Me giré para sonreírle una última vez y salí a la calle. Caminé a toda leche hacia la parada del autobús. No era recomendable ir en coche a mi trabajo; aparcar era una misión imposible.

No tenía ni idea de en qué había estado pensando en la cafetería… Me había vuelto una pesada, adicta a compartir sus miserias con cualquiera. ¿Por qué no me desahogaba con alcohol como todo el mundo? Estaba empezando a creer que habría sido un vicio más sano que ese afán por dar el coñazo a todas horas.

—¡Espera! ¡Oye!

Como cualquier persona, me di la vuelta para comprobar para quién eran aquellos gritos. Un hombre esmirriado y de gafas grandes con cristal de culo de vaso se había parado delante de mí y se doblaba por la mitad, sin resuello.

—Ho… hola.

Creyendo que era un mendigo, saqué una moneda por compasión (y por miedo a que me apuñalara).

—No, no… es eso —tartamudeó, apartando la moneda. Parecía nervioso.

Alcé mucho las cejas cuando me agarró, y también el codo para librarme de su cepo.

—Oye, déjame en paz si no quieres que te eche *spray* de pimienta.

Metí la mano en el bolso y saqué un botecito blanco que solo contenía desodorante. Vale, lo del *spray* había sido un farol, pero el desodorante tenía alcohol.

—Vale, vale, me aparto. —Alzó las manos y me enseñó las palmas. Su voz era tan aguda que parecía que los calzoncillos le apretaran demasiado —. Pero escúchame unos segundos. Puedo ayudarte con tu problema.

—Mi problema ahora mismo eres tú, así que lárgate.

Empecé a caminar de nuevo hasta la parada del autobús.

—Me refiero a tu memoria. Sé que quieres borrarla.

Me paré en seco y me giré, achicando los ojos.

—Eres el tipo de la cafetería —reconocí.

Asintió con la cabeza.

—Yo puedo, ya sabes, borrártela.

¿Otro que pensaba ofrecerme drogas?

—Llego tarde a trabajar, no tengo tiempo para esto. Si te ha enviado la camarera…

—No me envía nadie. Soy un profesional, puedo tratarte, liberarte de tu problema —soltó de carrerilla.

Ah, vale, era un loquero. Lo miré de arriba abajo sin demasiada convicción. ¿Por qué parecía que acababa de ser arrollado por un tren?

—No creo en los psiquiatras —respondí de forma cortante.

—Acabas de perder el autobús.

Seguí la dirección que señalaba su dedo índice y comprobé que era cierto.

—¡Genial! ¡Por tu culpa!

—Creo que, inconscientemente, querías perderlo para seguir hablando conmigo.

—¡Sí, hombre! ¿Y qué más?

—Te interesa lo que tengo que decirte.

Este tipo estaba empezando a cabrearme.

—Te juro que, como no te largues, llamo a la policía.

Una mujer que pasó a nuestro lado se nos quedó mirando.

—No soy psiquiatra, soy científico. Puedo borrar tu memoria, en serio.

Lo miré otra vez, pero esta vez fijándome en los detalles. Era pequeño y de bracitos esqueléticos, sus manos tenían dedos largos y finos y su cara parecía sacada de un tebeo. Tenía dientes grandes y separados y unos ojos oscuros, agrandados considerablemente por el cristal de sus gafas, que habrían resultado muy útiles para encender una hoguera en condiciones extremas. Estaba despeinado y su camisa de cuadros debía de haber desteñido. ¿Por qué llevaba pantalón de pana si estábamos casi en verano? Era la versión de carne y hueso del profesor Flint, el de *Los Simpson*.

—Con toda la gente que hay por la calle, ¿por qué me das el coñazo a mí?

Se encogió de hombros.

—Te he visto desesperada.

—¿Cómo dices…?

¿Pero quién se había creído que era esa mantis religiosa para hablarme así? Se empujó el puente de las gafas para subírselas y sorbió por la nariz.

—Necesito a alguien para probar un experimento.

—¿Acaso tengo cara de rata de laboratorio? ¿Me has visto los ojos rojos?

Estrechó los suyos y me escudriñó.

—Un poco.

—Bueno, eso es de otra cosa que no tiene nada que ver con esto.

—Lloras, lo pasas mal, necesitas eliminar a un hombre de tu vida para seguir adelante. Se lo has dicho a Lidia.

—¿A quién?

—A la camarera.

—No le he dicho exactamente eso…

—Lo he leído entre líneas —repuso.

—Bueno, se acabó. No tengo tiempo para estas tonterías.

El siguiente autobús que también paraba cerca del trabajo se acababa de parar y abría sus puertas. Ya había subido la única persona que había en la parada, a parte de mí, así que debía darme prisa si no quería quedarme otra vez allí tirada con el profesor Flint. No había subido ni el primer escalón, cuando ya estaba ese friki siguiéndome como un perro.

—¿Qué haces? —pregunté, apretando el bolso contra mi pecho y subiendo del todo al autobús. Tal vez había esperado todo ese tiempo para apuñalarme ahora con todo su rencor acumulado.

Alargó el brazo, acercó su mano y entonces…

—Piénsatelo, al menos.

Una tarjeta. Acababa de darme una tarjeta. ¿Qué clase de científico tenía una? Tuvo que bajar porque el conductor estaba a punto de acordarse de cada uno de sus antepasados, así que caminé por el pasillo, me senté cerca de la ventana y vi a ese ser extraño al otro lado, implorando con unos ojos de búho una llamada de teléfono.

Abrí los ojos, pero la luz potente de los fluorescentes me obligó a cerrarlos de nuevo antes de distinguir nada. Un pinchazo agudo me atravesó las córneas y el centro de la cabeza. Olía a orina y a mamífero resudado.

Esta vez, me preparé para la oleada lumínica antes de levantar los párpados de nuevo. Las lágrimas comenzaron a caerme por las mejillas mientras me acostumbraba a aquel resplandor insoportable. Poco a poco, empecé a distinguir unas sombras oscuras y alargadas que me rodeaban. Parecían… barrotes. ¿Dónde diablos estaba? Giré sobre mí misma, ansiosa, y comprobé que estaba acorralada por esos hierros, atrapada en una celda. ¿La cárcel? Pero, ¿por qué iba a estar yo en la cárcel? ¿Me había dado un ataque de enajenación mental transitoria y había matado por fin a Elías o a Mel? ¿Los había colgado de los tobillos en su salón y les había arrancado lentamente la piel a tiras? ¿Había desfigurado sus rostros perfectos con ácido?

Levanté la mano para tapar el mayor foco de luz. O, al menos, lo intenté. Lo que vi me hizo olvidar la luz y los barrotes en el acto. ¿Dónde estaba mi mano…? ¿Y por qué una patita fina, rosada y con las uñitas largas la había sustituido? Intenté gritar, pero me escuché emitir un sonido agudo, chirriante e ininteligible, que me puso los pelos de punta.

Pelos…

Bajé la vista y comprobé que me había convertido en una bolita peluda de color blanco. Cerré los ojos con fuerza, esperando que, al abrirlos de nuevo, la pesadilla hubiese terminado. Me equivoqué. Aquello no era una celda, ¡era una jaula! ¿Por qué me había convertido en una maldita y asquerosa rata de laboratorio? ¿Acaso había muerto y me había reencarnado? ¿Tan horrible había sido como persona?

Alguien estaba al otro lado, escuchando mis lamentos. Un… humano. Me aferré a la jaula e intenté llamarlo, pero no dejé de sonar como la rata que ahora era. Una bata de laboratorio se acercó hasta mi posición y cuando alcé mi cuello de roedor debí de quedarme más blanca de lo que ya era.

—¡Tú! —quise exclamar. Pero me salió un «*ñiiiiiiiiiii*».

Era él, el hombrecillo extraño de ojos de búho. ¿Qué me había hecho ese loco? Llevaba algo en la mano. Algo acabado en punta.

—¡Aléjate de mí! ¡Aparta eso! —Es decir: «*ñiiiiiiiii*, *ñiiiiiiiii*».

Esto no me podía estar pasando. Sencillamente, no era posible. Con la mano libre abrió la tapa de la parte superior de la jaula. La aguja se precipitaba hacia mí en picado, dispuesta a atravesarme la carne e inyectarme algo mortal…

Me desperté con el eco de mi propio grito todavía resonándome en los tímpanos y sudada hasta las pestañas. Todavía era de noche. Las cuatro de la madrugada, en concreto. Me levanté con el corazón en la garganta y fui al baño a lavarme la cara. El espejo volvía a burlarse de mí. Sabía que sería inútil intentar dormirme otra vez sin más, así que me preparé un vaso de leche y encendí el portátil. Como si el destino de verdad se hubiese confabulado en mi contra, di con una carpeta de nombre desconocido. Solo había un archivo de vídeo. Le di a reproducir.

—Berenice, abre.

Era la mano de Elías golpeando la puerta del baño.

—Apaga la cámara —me oí decir desde el interior.

—Ya está apagada.

Escuché una pequeña risita al lado de la cámara. Menudo mentiroso.

—No te creo —respondí yo con la voz amortiguada por la madera.

—Te lo juro. —Elías cruzó los dedos índice y corazón de la mano izquierda delante de la cámara.

Observé cómo yo misma quitaba el pestillo y abría despacio.

—Como vea la cámara…

Me vi con los ojos muy abiertos, un moño despeinado y un bigote de cera.

—¡Eres un maldito mentiroso! —exclamé, intentando cerrar otra vez.

Pero su pie me lo impedía, mientras escuchaba sus carcajadas y observaba con un cabreo monumental que la cámara seguía encendida.

—Vamos, estás genial —dijo entre risas—. Menudo *zoom* tiene esta cámara, cariño.

Un primer plano de mi mostacho.

—Vete a la mierda.

Volvió a alejar el *zoom*.

—Siempre me gustaron los bigotes. ¿Me das un beso?

Me crucé de brazos y miré para otro lado.

—No te lo has ganado.

—Venga…

—¿Borrarás eso luego?

—Pues claro. Te lo…

—No me lo jures —le interrumpí—, tu palabra no vale nada.

Se echó a reír otra vez, y yo, tras la pantalla del ordenador, comprendí hasta qué punto esa acusación era verdadera.

—Ven aquí, anda.

Se abalanzó sobre mí, sin dejar de grabarnos, y me dio un beso en los labios. La imagen se veía torcida, y me resultó dolorosamente dulce. Cuando nos separamos, mis ojos ya no denotaban enfado.

—Cántame algo —pidió, volviendo a enfocarme.

—¿Como qué? Se me está secando esto —respondí, mirándome al espejo.

—No sé… Con ese bigote, se me ocurre una ranchera.

Le di un pequeño puñetazo en el brazo y él fingió que le dolía.

—Menudo carácter, señor Aznar.

Mi mano tapando el objetivo.

—Vete a tomar por….

La grabación se había terminado, igual que la pareja que salía en ella. El Elías y la Berenice de la pantalla estaban muertos, y yo estaba llorando como una magdalena. ¿Por qué me resultaba tan difícil pasar página? Según Zoe, tendría que ser fácil. Solo tenía que ponerme unos tacones y salir al mundo con la mejor de mis sonrisas. Ya había pasado más de un mes y me sentía prácticamente igual. Y lo peor de todo era que mi familia y mis amigos estaban empezando a cansarse. No los culpaba, debía de ser frustrante intentar animar a alguien como yo.

El tiempo pasaba. Tenía que hacer algo drástico y, sobre todo, eficaz. Eliminé el video y fui en busca de mi bolso. Metí la mano en el bolsillo de fuera y encontré la tarjeta. Con todo el lío de llegar tarde y demás, había olvidado tirarla. Cogí el móvil y marqué el número. No era una hora idónea para que las personas decentes estuvieran despiertas, pero no me sorprendió escuchar su voz después del primer tono.

—Explícame cómo —dije a modo de saludo.

—Estaba esperando tu llamada.

# CAPÍTULO 13

El profesor chiflado vivía a solo veinte minutos en coche desde mi casa. Había pasado por esa zona de la ciudad más de mil veces, pero nunca me había fijado en el portal cochambroso que correspondía al número 56. Apreté el botón del bajo B y esperé. Nadie respondió, solo se escuchó el sonido típico del timbre para indicarme que pasara. Empujé la puerta metálica y entré en el portal donde debía de haberse rodado la película *REC*. Genial. Estupendo. Increíblemente esperanzador.

Había pensado en hacerme un *spray* de pimienta casero siguiendo las amables instrucciones ilegales de algún internauta, pero no tenía chili para completar la pócima mágica.

«Nota mental: comprar chili».

—¡Has venido! —exclamó de pronto alguien saliendo de una puerta a mi derecha.

Estuvo a punto de darme un ataque al corazón.

—Tranquila, soy yo.

Claro que era él. Sus ojos quedaban ocultos porque la poca luz que había en el portal se reflejaba en sus enormes gafotas, por eso era inconfundible. Parecía excitado y sorprendido. Seguramente, había esperado que me rajara en el último momento. Para ser sincera, yo también. Me quedé quieta, abrazando el bolso.

—¿Vas a entrar?

«Aún estás a tiempo, Berenice. ¿Qué te dice tu instinto? ¡Huye!».

Pero mis alarmas se habían disparado más por la oscuridad y lo tétrico del escenario que por el personaje que me observaba con impaciencia. Sin decir nada, pasé al interior de su casa. En el recibidor había una silla con unas llaves encima. Vale, quizás el sueldo de científico autónomo no le daba para un aparador en condiciones, pero seguro que tenía para comprar un cuenco en un todo a cien. Me detuve para esperar instrucciones.

—Por aquí —dijo, echando a andar.

Su espalda, ligeramente encorvada, era estrecha como la de un niño. Y andaba… bueno, podíamos decir que raro. Lo seguí a través de un largo y angosto pasillo, dejando atrás habitaciones pequeñas y a oscuras que me parecieron vacías. Solo en una creí distinguir unas cuantas cajas de cartón junto a una cama y una mesilla de noche.

—¿Cuánto tiempo hace que vives aquí?

—Un par de años. No he tenido tiempo de decorarla.

—Estoy segura —murmuré, más para mí que para él.

Por fin, llegamos a la cocina. Al menos tenía unos fuegos, un horno, un microondas y una nevera. Era bastante acogedora, teniendo en cuenta que el resto de la casa parecía un almacén abandonado. Olía a café.

—¿Quieres una taza? —preguntó, señalando una cafetera antigua y oxidada.

—No, gracias.

Una cosa era meterme en la casa del terror con un enclenque como única amenaza y otra muy distinta beber de algo que él me ofrecía. ¿Acaso creía que era idiota? Había visto demasiadas películas para saber que las drogas y los venenos siempre estaban en las bebidas. Podría despertar sin bragas o sin riñón, dos cosas igual de traumáticas.

El hombrecillo se paró delante de una puerta que había justo al lado de la nevera. Para mi sorpresa, era la entrada a un sótano.

«Meeeeec». ¡Código rojo! ¡Código rojo! Todo el mundo sabe que bajar al sótano de una casa a oscuras con un desconocido es el principio del fin.

—Vamos —dijo, comenzando a bajar.

—¿Qué tienes ahí? —pregunté con recelo.

—Mi verdadera casa.

Bueno, era él quien iba delante y la puerta había quedado abierta a mis espaldas. Por tanto, todavía tenía el control de la situación. Si bajaba y veía cuerpos descuartizados o un aquelarre de científicos psicópatas, podría salir por piernas. Bajé de puntillas y arrugué la nariz. ¿A qué diablos olía? «Por favor, que no sea un cadáver cubierto de formol, que no sea un cadáver cubierto de formol…». Lo que menos quería era ver a un muerto colgando como si fuese un jamón.

—Perdona el desorden.

Dios Santísimo… Probetas, microscopios… Allí había más pociones que en las mazmorras de Hogwarts. Una camilla metálica parecida a las que se utilizaban en las autopsias decoraba un extremo de la estancia.

—Tranquila, está sin usar. —Su voz me hizo volver a la realidad. Debía de haberse fijado en mi mueca de horror, paralizada al observar ese objeto —. Por cierto, soy Teo.

¿Qué clase de nombre era Teo para un científico?

—Berenice. —Le estreché la mano. La tenía fría como un cubito.

Solo esperaba que no resultase ser un vampiro. ¿Y si me quería para aumentar su reserva de sangre? Seguro que en uno de esos armarios tenía docenas de bolsitas con los nombres de sus víctimas.

Vale, tenía que dejar de hacer eso ya. Se suponía que era una mujer adulta y madura, ¿qué hacía pensando que la vida real podía convertirse en un capítulo de *True Blood*?

—Tengo un poco de prisa, así que…

Teo me indicó que me sentara antes de hacerlo él mismo en una silla de oficina. Yo ocupé un taburete con el tapizado mordisqueado. Me percaté entonces de la presencia de unos pequeños ratones blancos encerrados en una jaula e, instintivamente, busqué trozos de espuma entre las cáscaras de pipas.

—¿Te gustan los ratones?

—No demasiado —respondí arrugando un poco la nariz.

—He hecho algunos experimentos con ellos, pero no son comparables a los seres humanos. A un ratón no puedes decirle en qué debe pensar, ni tampoco preguntarle sobre algo. Es muy frustrante.

—Lo imagino… —Volví a mirar al grupito de bichos. Recordé mi horrible pesadilla y sentí lástima por ellos.

—Incluso probé el experimento conmigo. Bueno, una de sus primeras fases.

—¿Y qué tal? —pregunté con interés.

—Bueno, quedé tan desorientado que me costó meses retomar la investigación.

Abrí mucho los ojos.

—Pero de eso ya hace un año —se apresuró a decir—. Te aseguro que no tiene nada que ver con lo que estoy haciendo ahora.

—Es un alivio —reconocí, aunque estaban empezando a darme sudores fríos.

—Contigo utilizaría una técnica muy poco invasiva. Al menos, físicamente.

—¿Estaría despierta?

Negó con la cabeza.

—En una fase de sueño inducido.

—No sé qué es eso.

—En caso de que aceptes someterte al tratamiento, tendría que inyectarte un calmante fuerte y luego crearte ondas cerebrales lentas para conducirte a

un sueño «magnéticamente introducido».

—Vamos, que me forzarías a dormir —resumí.

—Más o menos.

—Vale, pero ¿qué piensas hacerme exactamente? ¿Borrarme la memoria… por completo? ¿Ni siquiera sabré reconocer… qué sé yo… un tenedor?

—No, no tengo intención de modificar tu memoria semántica o sensorial.

—¿Pero cuántos tipos de memorias hay? —pregunté algo agobiada.

—Uf, es algo muy complejo.

—En cristiano, entonces, por favor.

Esbozó una sonrisa tímida y dejó sus dientes separados a la vista. Parecía un hombre desordenado, antisocial, pero tremendamente inocente.

—Bueno… —Se colocó bien las gafas y carraspeó—. La memoria es el resultado de las conexiones sinápticas repetitivas en las neuronas.

—¿Sináp…?

—La sinapsis es la unión entre neuronas, y en estos contactos se lleva a cabo la transmisión del impulso nervioso.

—Entiendo…

Mentira. No entendía nada.

—Nos centraremos en el hipocampo, que es la parte del cerebro relacionada a la memoria.

—Ajá.

Mucha memoria para recordar a Elías, pero ya no me acordaba de la primera palabra rara que había dicho… ¿Sinopsis? ¿Eso no era el resumen de un libro?

—Y lo que nos importa realmente es acceder a tus recuerdos. Cuando antes te he dicho que probé algo con ratones, era porque los animales con un sistema nervioso simple también tienen la capacidad de adquirir conocimiento y crear recuerdos. Pero esta capacidad alcanza su máxima expresión en los seres humanos.

—Dímelo a mí. —Malditos recuerdos… ¿cómo podía acordarme del color de los calcetines de Elías en una determinada mañana de otoño y no de lo que había comido ayer? Por cierto, ¿qué había comido? Ah, ensalada de pasta. Mierda. Teo había seguido hablando mientras yo repasaba mi menú de la semana.

—… unos cien billones de interconexiones, o sinapsis, entre estas.

Mi cara debía ser un cuadro, así que me limité a asentir.

—Así que parece que tenemos la capacidad de almacenar en nuestra mente información equivalente a la de diez billones de páginas de enciclopedia.

—¡Vaya! Yo ni siquiera recuerdo qué pone en la tapa de mi enciclopedia —comenté, en parte porque me sorprendía, y en parte también para demostrarle que estaba atendiendo. Eso era absurdo… No estaba en clase y el profesor Flint no me iba a hacer un examen. Debería querer enterarme porque yo iba a ser el sujeto de la investigación.

«Berenice, eres idiota perdida».

Teo se encogió de hombros.

—Bueno, ya sabes que no aprovechamos toda la capacidad de nuestro cerebro. Pero como te decía, lo que nos interesa en este caso es la memoria a largo plazo, que es donde se almacenan los recuerdos vividos. Se considera algo así como la base de datos en la que se inserta la información a través de la memoria operativa.

¡Hala! ¡Otro tipo de memoria! Preferí no preguntar qué diablos era la memoria operativa porque, sinceramente, me daba igual.

—Bueno, todo esto es muy interesante, Teo, pero… ¿qué es lo que me vas a hacer exactamente? ¿Cómo vas a borrar a una persona de mi memoria?

Se rascó detrás de la oreja, algo nervioso. No quería presionarlo, pero se iba por las ramas y yo tenía que irme a trabajar en un par de horas.

—¿Qué quieres borrar exactamente?

—A mi exnovio.

—¿Todo lo relacionado con él?

—Exacto.

—No puedo borrarte solo a una persona.

Se me contrajo el estómago.

—¿Entonces para qué me has hecho venir?

—Por alguna razón, no puedo aislar un único elemento de la memoria para eliminarlo del todo. Es decir, puedo intentarlo, pero lo más probable es que también se borren muchos otros recuerdos que guardes de ese mismo espacio temporal.

—¿Me estás diciendo que se borrarán los últimos tres años de mi cabeza?

—Es muy posible.

—No, no me vengas con posibilidades. ¿Sí o no?

—Sí.

—¿Así que me despertaré pensando que tengo veintiséis años? Será como si hubiese perdido tres años de mi vida.

—Lo siento.

No, él no tenía que sentirlo… Además, ¿no los había perdido ya con ese gilipollas de Elías? Pero las otras cosas importantes… ¿Qué pasaría con mi sobrina?

—No te preocupes, no es culpa tuya. —Miré el reloj—. ¿Por qué no continúas?

—Es posible que recuerdes algo o tengas algún *déjà vu*, pero no cuentes con ello, por si acaso. Tal vez, fomentar esos recuerdos los despierten… Ya sabes, con fotografías, vídeos… incluso al ver a esas personas.

—Entendido —respondí con firmeza. Ya bastaba de tanta queja. Este hombre me estaba ofreciendo algo único. Veintiséis, veintinueve… ¿qué importaba eso? Lo único que se había clavado en mis entrañas era mi pequeña—. Pero entonces… ¿podría volver a recordar a Elías?

—No, no es probable. Para neutralizar ese factor utilizaremos otra cosa. Voy a crear una interferencia retroactiva de tu memoria a largo plazo para provocarte amnesia parcial.

—¿Qué es una interferencia retroactiva? —pregunté, aun a riesgo de no entender la respuesta.

—Tiene lugar cuando la información nueva dificulta la retención de la información que se aprendió con anterioridad.

—Ah…

—Y luego, mediante la hipnosis, programaré un nuevo recuerdo falso que anulará el de tu ex.

—¿Qué recuerdo?

—¿Cuál es tu animal favorito?

—Los delfines.

—Bien, pues serás experta en delfines. Cada vez que tu memoria esté a punto de recordar a Elías, ya sea por sí misma o porque has visto algo relacionado con él, los delfines aparecerán en tu ayuda.

Me reí.

—¿En serio? ¿Y no podrías enseñarme inglés o jiu-jitsu?

—Yo también he visto *Matrix* —sonrió—, pero, lamentablemente, las cosas no son tan fáciles. Los delfines solo implican unas cuantas imágenes y datos. Me temo que el jiu-jitsu supera ampliamente mis capacidades.

Me mordí el labio, un poco avergonzada.

—Perdona.

—No te preocupes, pregunta todo lo que quieras. Entiendo que esto debe de ser algo muy complicado. Es un paso muy valiente, y… bueno, te recuerdo que es un experimento. No estoy seguro al cien por cien de nada.

Genial… Eso me tranquilizaba.

—Eso de la hipnosis…

—No voy a hacerte creer que eres una gallina, tranquila. Solo es una técnica para bloquear un recuerdo y sustituirlo por otro.

—¿No me dejarás… ya sabes, alguna puerta misteriosa abierta ahí dentro, no?

Frunció el ceño.

—¿A qué te refieres?

—¿Has visto la película *El último escalón*?

Negó con la cabeza.

—Al tío de la peli le hacen hipnosis y luego empieza a ver el espíritu de una chica.

—No creo en espíritus.

—Ya, pero la mente es muy traicionera. Puede hacerte creer que ves cosas…

—No vas a volverte loca. En este caso, o todo sale bien o…

Él desvió la mirada y yo tragué saliva.

—O todo sale fatal, vale. ¿Qué puede pasarme?

—Coma, amnesia total…

—¿Puedo morir?

—No es probable.

Otra vez con sus probabilidades.

—Teo…

—Pues verás, Berenice…

—Puedes llamarme Be. Mis amigos lo hacen, y tú estás a punto de conocer todos mis secretos.

Entonces se levantó, se acercó hasta mí y me cogió de la mano. No tenía pinta de tener muchos amigos.

—No dejaré que mueras. Te lo prometo.

Una promesa no garantizaba mi seguridad, pero me hizo sentir bien.

—Es un detalle —respondí—, gracias.

—Despertarás algo aturdida. Te aconsejo que recopiles los recuerdos que quieras conservar. Puedes escribir un cuaderno, eso te irá bien.

—Aún no he dicho que sí.

—Es cierto… —Teo volvió a su sitio, algo avergonzado.

Me miré las manos durante varios segundos.

—Espero que esto te ayude en tu investigación.

—Lo hará, te lo aseguro. Y a ti también, de verdad.

—¿Me dolerá? —Era una pregunta importante.

—¡Para nada! —exclamó con entusiasmo. Parecía un niño en el día de navidad. Mi cerebro era el mejor de sus regalos—. Te inyectaré un calmante y te pondré este casco.

Me enseñó algo parecido a un casco de moto gris metalizado, pero con cables, luces y un diseño algo más rudimentario.

—¿Para qué es?

—Te pediré que pienses en Elías antes de inducirte el sueño, así podré localizar el factor principal de los recuerdos que quieres borrar. Una vez localizado y contigo durmiendo, intentaré bloquear ese factor para añadir la información sobre los delfines. Será como si grabáramos un documental encima. Pero borraremos toda la cinta, no solo las escenas en las que aparezca Elías. De todas formas… bueno, no quiero engañarte, los recuerdos olvidados no desaparecen, sino que son sepultados en el inconsciente. En este caso, por delfines asesinos.

Alcé una ceja.

—Es broma… —Volvió a su tono normal de inseguridad. Lo de ir de gracioso no era lo suyo—, serán delfines normales.

—Pero si el recuerdo no se borra del todo… ¿qué pasa si me encuentro con Elías?

—En ese caso, espero que los delfines no te dejen reconocerlo. Será como cualquier otro desconocido. Tal vez creas que te suena de algo, pero nada más.

—¿Incluso aunque alguien me diga «mira, ahí está Elías»?

—En ese caso, sabrás que se trata de él, pero no recordarás ningún momento que hayáis compartido.

Estaba agotada. Todo este proceso era complicado, no me aseguraba un porcentaje completo de éxito y lo estaba decidiendo de la noche a la mañana. Debía de haberme vuelto loca de repente. No me importaba tanto olvidar a Elías, sino olvidar lo que sentía por él.

—Dame un momento.

Me levanté del taburete y empecé a andar de un lado para otro. A mi espalda, sentía el nerviosismo de Teo. Lo escuchaba respirar y trastear con un bolígrafo entre los dedos.

En fin, ¿a quién pretendía engañar? Me había decidido en el mismo momento en que había salido de casa.

—Cuenta conmigo. —Alargué la mano, y a Teo se le cayó el boli cuando fue a estrechármela con energía.

—No te arrepentirás, Berenice.

Intenté sonreírle con amabilidad, pero estaba muerta de miedo.

—Solo una cosa más…

¿Y ahora qué?

—Es un poco incómodo —miró al suelo—, pero…

Rebuscó en un cajón y me entregó un papel del tamaño de un folio, completamente arrugado y lleno de letras.

—¿Qué es esto?

—Es, bueno, tu consentimiento.

Una autorización.

—Entiendo.

En realidad, era lógico. Yo me estaba ofreciendo como conejillo de indias por mi propia voluntad. Si algo salía mal, Teo necesitaba un respaldo legal, algo que demostrara que no me había raptado en mitad de la noche para experimentar con mi cerebro.

En fin, todo parecía en orden, así que firmé.

—Tu nombre saldrá en Wikipedia algún día —le dije.

—Es más que eso, Berenice. Si lo conseguimos, haremos historia. Los dos.

# CAPÍTULO 14

—Ahora sí que ya lo he oído todo.

—¿No ves que está de broma, Zoe? Solo pretende tomarnos el pelo.

Me tomé mi tiempo para cruzarme de piernas. Estaba tranquila.

—Pues no le veo la gracia.

—Es que no la tiene —dije yo—. Hablo totalmente en serio.

Se me quedaron mirando fijamente a los ojos. Me estaban analizando, pero no debieron encontrar ni una sola grieta que resquebrajara mi impasibilidad.

—¡No me lo creo! —exclamó Gus.

—¿Cómo vas a dejar que un loco te fría el cerebro?

Suspiré con impaciencia.

—No va a freírme nada… —Esto también lo dije para mí misma.

—Cielo, cuando te decimos que tienes que cambiar el chip o resetear la mollera, no nos referimos a algo tan… literal.

—Gus, necesito hacerlo. Esto no es sano para mí y vosotros debéis estar ya más que hartos.

Zoe se pasó la lengua por los labios carnosos y miró para otro lado.

—No hace falta que disimules —le dije—, sé que es la verdad.

—No, no lo es —intervino Gustavo. Yo alcé las cejas—. Bueno, vale, quizás un poquito. Pero es solo porque eres un reto difícil.

Sonreí.

—Eso se va a acabar.

Di un sorbo a mi té helado. Ni siquiera me temblaba el pulso.

—Mírala, si parece que ya le ha hecho algo. Tiene las pupilas más dilatadas, ¿no? —Zoe se acercó con los ojos entrecerrados a escasos centímetros de mi cara—. Berenice, ¿qué te has metido?

Me zarandeó teatralmente, solo como ella sabía hacer.

—¿Quieres estarte quieta? —me quejé, mientras me peinaba con los dedos—. Solo fui a informarme.

—No conoces a ese chiflado de nada —soltó mi amiga.

—Parece que sabe lo que se hace.

—¡Ah, parece! ¿Te has vuelto loca? ¡Esto tiene que ser ilegal!

Miré a los lados porque la cafetería estaba sufriendo su hora punta.

—¿Quieres calmarte? Me estás haciendo quedar como una delincuente. La gente me mira raro.

—¿Y qué más da? Dentro de poco no te acordarás de esto, ni de nada que hayamos hecho o dicho en los últimos tres años.

Sus *pullitas* no iban a conseguir que me echara atrás. No esta vez.

—Zoe, voy a hacerlo.

—Un tarado al que deben haber echado de todos los laboratorios fiables del país y que ahora juega a ser Dios… —farfulló.

—¿No es eso lo que hacen todos los científicos?

—No tienes referencias suyas. ¿En qué te basas para llamarlo científico? ¿Solo porque lleva una bata blanca, gafas de cristales desorbitadamente gruesos y juega con probetas? Más bien, parece un personaje de cómic. ¿No has visto *Resident Evil*?

—Pues no.

—A veces los sujetos de los experimentos mutan, ¿sabes? Deberías pensarlo con más calma.

—No me voy a convertir en un zombi, pesada.

—Pero… ¿y si te quedas en coma? ¿Y si…? —A Gus se le fue la voz y no pudo terminar la pregunta.

—Eso ni lo digas —respondí—. Os queda Berenice para mucho.

—No me vale un vegetal —espetó Zoe con dureza.

—Vale, gracias. Está bien saberlo.

—No es eso… —Zoe me cogió la mano—. Yo quiero a mi amiga.

—Y yo —lloriqueó Gus, poniendo su mano sobre las nuestras.

Me solté y di una palmada.

—¡Pues eso es lo que os estoy diciendo! Volveré a ser yo.

—Pero, ¿y la lista? —preguntó Zoe—. Todavía faltan puntos que…

Le puse la mano en el hombro y la interrumpí.

—Esa lista ya no puede hacer más por mí, cariño —admití con delicadeza para no ofenderla—. Lo siento, pero no es suficiente.

Ella se mordió el labio y miró a Gus, que terminó asintiendo con la cabeza.

—¿Estás decidida, verdad? —me preguntó él.

Asentí.

—¿Y no hay nada que podamos hacer para hacerte cambiar de opinión? —contraatacó ella.

—No.

Gus se santiguaba mientras Zoe no dejaba de suspirar.

—Está bien. Te apoyaremos en esto con una condición.

—¿Cuál?

—Nosotros te acompañaremos. ¿Verdad, Gus?

Él asintió enérgicamente.

—No sé si es buena idea…

—O aceptas, o denuncio a ese loco a la policía y lo acuso de exhumar cadáveres para crear un nuevo *Frankenstein*.

—Él no hace eso… Creo —añadí. Ni siquiera me lo había planteado. Qué horror.

Zoe soltó un bufido, pero Gustavo habló antes de que volviera a quejarse otra vez.

—¿Y cuándo…? Ya sabes…

—Esta noche.

—¿Ya? —se escandalizó.

—¿Para qué esperar más?

Mi querido amigo comenzó a morderse las uñas de forma compulsiva.

—Claro —metió baza Zoe—. ¿Qué mejor plan para un viernes por la noche?

Su ironía no iba a molestarme hoy.

—Teo dice que al principio puedo estar algo desorientada. Es mejor tener el fin de semana para ubicarme y descansar.

—Por supuesto que sí. —Zoe continuó con el sarcasmo—. ¿Y ya sabes lo que vas a hacer si la cosa no sale como debería?

Evité nombrar el contrato que había firmado, en el que yo asumía todos los riesgos y el profesor Flint no se hacía responsable de los posibles efectos adversos.

—Saldrá bien —respondí con optimismo. Qué tía más agorera.

—O sea, que no lo sabes. En fin, espero que tengas razón o el tío ese protagonizará el nuevo éxito literario después de *Teo va al zoo* y *Teo va a al colegio*.

—¿Qué éxito? —preguntó Gus sin comprender.

—Teo va a la puta cárcel.

Me entró tal ataque de risa que mis amigos no tuvieron más remedio que unirse a mis carcajadas. A pesar de eso, sabía que Zoe reclamaría venganza si se daba el caso.

Fui a Fuenlabrada a despedirme de mis padres. Además, mi hermano, mi cuñada y mi pequeña flor estaban también allí, así que me ahorré el viaje hasta su casa. Sentía la necesidad de agradecerles a todos que se hubieran preocupado por mí. Obviamente, se extrañaron ante mi sensiblería, pero fue fácil achacarlo a mi reciente vulnerabilidad. Me habría gustado poder decirles la verdad, pero era mejor así.

Mi pequeñaja era la que más me dolía de todos. Tres años eran demasiados. Cuando despertara, ni siquiera me acordaría de su existencia, pero estaba convencida de que volvería a quererla en cuanto la viera. Además, iba a dedicar toda la tarde a recopilar fotos y videos de todos ellos y a anotar en un cuaderno los últimos acontecimientos importantes: el nacimiento de Nerea, su bautizo, su primer cumpleaños, el cambio de casa de mi hermano, la muerte del padre de Paula, la ruptura de Gus y Rober, los trescientos últimos amantes de Zoe, el futuro posible divorcio de su hermana, la tercera Eurocopa de España… y hasta los labios mutantes de mi madre. Incluso la existencia de Elías. Necesitaba saber que existía y lo que me había hecho, conocer qué me había impulsado a hacer algo tan drástico. Lo bueno de todo esto era que no estaría enamorada de él. Para mí, se convertiría en un desconocido que alguna vez se sacó fotos conmigo y compartió mis sábanas.

Así que, al llegar a casa, empecé a recopilar toda información que me pareció relevante para mi renacimiento, incluyendo lo último que me había pasado en el trabajo, por si alguien tenía el *detalle* de recordármelo.

Decidí no añadir a Román, pues su recuerdo todavía me dolía un poco. Ya había asumido que no lo volvería a ver, pero prefería no recordar lo idiota que había sido.

Puse un calendario bien grande en la nevera y busqué el día en el que estaba. Con un rotulador rojo de punta bien gorda escribí una palabra: *reset*. Pero faltaba un detalle. Teo me había llamado para pedirme que grabara un video explicándomelo todo y que lo llevara al laboratorio. De esa forma, él podría ponérmelo cuando me despertara y evitar que quisiera clavarle un cristal en el ojo. Me pareció bien. ¿A quién iba a creer más que a mí misma? Puse la cámara en el trípode y me senté en el sofá, sintiéndome absolutamente ridícula.

—Bueno… Hola, Berenice. Sí, ese es tu nombre, no sé si ahora mismo lo recordarás. No me preguntes por qué, tus padres, o sea, los míos, decidieron jugar a la Grecia Antigua mientras paseaban su amor por Atenas contigo en

el horno. En fin, seré breve: estás aquí por propia voluntad. Por favor, suelta al pobre Teo y aparta el cuchillo de su garganta.

Me reí un poco forzada. Era encenderme una cámara en la cara y volverme anormal.

—Como te decía, esto es cosa tuya. Ahora mismo estás desubicada, pero pronto volverás a ser la que eras. —Suspiré—. Esto es por culpa de un hombre. Se llama Elías y has estado tres años con él, pero te ha engañado y dejado por una jovencita con el culo en su sitio. Así que, harta de perder el tiempo quejándote y amargando a todos cuantos tienes a tu alrededor, has decidido aprovechar la oportunidad de eliminar a Elías. No pongas esa cara, no lo has matado. Bueno, en cierta manera sí, porque has eliminado los últimos tres años de tu memoria. Sí, exacto, tienes veintinueve años. Sé lo que estás pensando, te sientes como si te hubieran puesto tres años de golpe encima. Créeme, es mejor que la otra opción. Así que espabila y disfruta de la vida de una maldita vez. En casa tienes un cuaderno con los acontecimientos más importantes que se te han borrado. Si tienes alguna duda, bueno, habla con Teo, Zoe o Gustavo. Nada más… Te veo al otro lado. Suerte.

—Bueno, es la hora de las despedidas.

—Las odio —dijo Gus, abrazándome.

—Yo también —coincidí, rodeando su cintura y aspirando su colonia.

Al separarnos, mi amigo tenía los ojos vidriosos. Le acaricié la mejilla con dulzura y le aseguré que todo iba a ir bien. Luego me giré hacia Zoe, que se cruzaba de brazos, enfurruñada, y evitaba el contacto visual. Resaltaba de una forma insultantemente hermosa entre la oscuridad deprimente de la pequeña cocina de Teo.

—¿Vas a abrazarme o no?

—Qué remedio —dijo con desgana.

Zoe era pésima para demostrar sus sentimientos, así que los reprimía hasta que no le quedaba otra. El abrazo fue bastante más corto que con Gus y, en cuanto nos separamos, ella se dio la vuelta y fingió que le apetecía mucho acabarse su café. La escuché sorber por la nariz y miré a Gus, que me sonreía con tristeza porque él también se había dado cuenta.

—Esto no es un adiós, chicos. Es un hasta pronto.

—¿Cómo de pronto? —preguntó Zoe con la voz tomada. El brillo de sus ojos me hizo fijarme en algo. No llevaba sus lentillas… Sus iris avellana

refulgían bajo las lágrimas que no había derramado todavía. Me alegré de ver sus verdaderos ojos antes de…

—Si todo va bien, mañana temprano. Os llamaré.

Gus se adelantó un paso.

—No vamos a movernos de aquí —proclamó en tono solemne.

Miré a Zoe, que asintió.

—Os quiero. —Me acerqué para darles un abrazo a tres bandas.

Al separarnos, los tres estábamos llorando.

—Aún estás a tiempo de echarte a atrás —me recordó Zoe, esperanzada.

—Es verdad —coincidió Gustavo—, sabes que lo superaremos de otra forma. No vamos a dejarte sola.

Sacudí la cabeza y sonreí.

—Estas son lágrimas de alegría, chicos. Ya me habéis ayudado demasiado. No sé cómo podré pagaros… —Ahora fui yo a la que se le quebró la voz—. ¿Sabéis? Intentar ser mejor amiga de lo que soy es otro motivo que me anima a hacerlo.

—Tú ya eres una gran amiga, Be —dijo Zoe—. Solo has estado un poco perdida. No vamos a olvidar los últimos quince años por un maldito mes de lloriqueos y quejas insoportables.

Nos echamos a reír.

—Gracias.

Les di un último abrazo y abrí la puerta que me llevaría hasta el laboratorio de Teo. Sonreí una vez más antes de cerrar y tomé aire para bajar las escaleras.

—Vamos, Berenice —me dije a mí misma, mientras el corazón me latía con fuerza bajo el pecho. Estaba nerviosa, emocionada, aterrorizada.

—Es la hora. —Teo me esperaba con la jeringuilla en la mano.

Sin responder, me tumbé en la camilla. Me inyectó un líquido azul y cerré los ojos mientras me ponía el casco.

—Antes de que haga efecto el suero y llegues al estado de sueño inducido, dedícate a pensar únicamente en Elías. Recuerda cada momento que puedas, cada sentimiento, cada imagen con la que lo relaciones.

—De acuerdo.

—Te veo en unas horas, Berenice.

Una lágrima logró escaparse a través de mi párpado cerrado y me hizo cosquillas.

Recordar a Elías era fácil. Sus ojos, su sonrisa, su cuerpo desnudo entrelazado con el mío. Sus palabras de amor. Su indiferencia. Su traición. Por última vez, me permití pensar en él con todo lujo de detalles antes de eliminarlo por completo de mi retentiva.

—Bien. Muy bien, Berenice.

La voz de Teo se abría paso a través de mis recuerdos como un eco lejano. Estaba cansada, tenía tanto sueño…

—Empieza la cuenta atrás desde el diez.

«Diez. Elías sonriéndome en nuestra primera cita.

Nueve. Sus manos deslizándose a través de mis muslos.

Ocho. Su lengua enredada con la mía.

Siete. Me siento protegida bajo su abrazo.

Seis. Sus ojos se han vuelto fríos.

Cinco. ¿Por qué evita mirarme?

Cuatro. Llega tarde a casa. Ni siquiera me besa.

Tres. Un restaurante en la playa. Todo vuelve a ser como antes.

Dos. Una pelirroja de piernas interminables.

Uno… Oscuridad».

# OPERACIÓN RESET

# CAPÍTULO 15

—Y, en resumen, eso es todo.

Miré al tipo raro de las gafas y me convencí de que era un loco.

—¿Pretendes que me crea esa patraña? ¿Es una broma? Vale, ¿dónde están las cámaras? —Busqué a mi alrededor, pero aquello solo parecía un sótano deprimente.

De repente, una imagen me vino a la mente con una fuerza atronadora. ¿Qué diablos había sido eso? Cerré los ojos con fuerza y los volví a abrir.

—¿Delfines?

—¿Qué? —pregunté sin comprender.

—Olvídalo.

—Bueno, por una cosa más que olvide, supongo que no pasa nada.

El búho sonrió con timidez.

—Por cierto, ¿qué era eso que me has disparado? —quise saber.

—No te he disparado nada, solo era un láser.

No sabía qué había pretendido con eso, pero si tenía un complejo frustrado de ser Cíclope, el de *X–Men*, que no lo pagara conmigo.

—¿Y por qué coño me apuntas con un láser a la cabeza?

—Tranquila, solo era para fomentar la activación de un recuerdo.

—Ah, estupendo, si solo era para eso, todo está bien —respondí con ironía.

Me acababa de soltar un rollo sobre ondas cerebrales, hipnosis y recuerdos sepultados. Suponiendo que eso se pudiera hacer, ¿por qué a mí?

—Creo que deberías ver una cosa. Si a mí no me crees, quizás la creas a ella.

¿Ella? ¿Había una tercera persona metida en el ajo? Sacó un CD de un cajón y lo metió en el ordenador. De pronto, aparecí en la pantalla. «Dios… qué ridículo», me resultaba vergonzoso verme hablándome a mí misma.

Tras soltar todo el discurso, la imagen desapareció, pero yo me quedé mirando como una idiota la pantalla negra. La mandíbula se me había descolgado del *shock*.

Intenté ordenar mis ideas: uno, aquello iba en serio. El tal Teo había trasteado en mi cerebro. Dos, mis amigos estaban hasta las narices de mi actitud porque me había convertido en una especie de falsa viuda amargada,

que solo sabía mirarse su propio ombligo. Y tres, todo por culpa de un gilipollas que me había puesto los cuernos.

—Estabas pasándolo muy mal, Berenice —dijo el hombre—. Has sido muy valiente.

—¿Valiente? —Bufé—. Es lo más cobarde que he hecho nunca.

—¿Qué? ¡No! Te has sometido a un experimento peligroso por el bien de la ciencia.

—No, por mi propio bien. He tomado la vía fácil.

No me reconocía. Yo jamás me había tomado así una ruptura. ¿Qué clase de relación había tenido con ese tal Elías que me había hecho llegar a tal extremo? En fin, ya daba igual. Si todo esto servía para que siguiera con mi vida y no me quedase sin amigos por ser una llorona insoportable, no podía estar tan mal.

—No importa el motivo, el caso es que lo has hecho. ¡Y te has despertado!

Era un personaje simpático, después de todo. Le sonreí con amabilidad, pero entonces me llevé las manos a las cartucheras y luego bajé la vista, alarmada.

—¿Qué diablos le ha pasado a mi culo? —exclamé, palpando la grasa que al parecer había ido acumulándose en los últimos tres años. No era una barbaridad, pero resultaba evidente para mí que algo había cambiado.

Miré a Teo con la boca abierta, esperando una respuesta, pero solo obtuve un encogimiento de hombros. Suspiré profundamente y me obligué a mantener la calma como fuera.

—Espero haber ayudado a la ciencia, al menos —comenté con cero efusividad.

—¡No sabes cuánto! Pero tendremos que ver cómo evolucionas.

—¿Puedo volver a mi vida normal…? Sea cual sea, porque no tengo ni idea. A juzgar por esto —añadí, agarrándome los muslos—, debo de trabajar en el Departamento de Control de Calidad de *Donuts*.

—¿Recuerdas ya algo?

Fruncí mucho el ceño y me esforcé en pensar.

—Creo que sí…

Una imagen me había asaltado de repente. Oscuridad, música y luces.

—Creo que anoche salí. Bueno… una noche de hace tres años.

Se me revolvió el estómago. ¡Tres malditos años! Como si aquella noche me hubiera acostado con un pedo considerable y, de repente, me hubiera

levantado con casi treinta tacos. ¿Era o no era para cabrearse?

—¿Recuerdas algo más?

Cerré los ojos.

—Estuve con Zoe y Gustavo.

—*¡Eureka!*

—¿Qué pasa?

—Recuerdas a tus amigos —confirmó, satisfecho—. Están arriba.

Todavía un poco mareada, pero también muy nerviosa, me dirigí hacia la escalera.

—¿Estás bien? —preguntó Teo, cogiéndome del brazo para ayudarme.

Asentí con la cabeza.

—Gracias.

Su apoyo me venía bien, pero me pregunté si no habría sido más lógico que yo lo cogiera a él en brazos para subir, incluso estando mareada. Al abrir la puerta, me encontré con una cocina pequeña y descuidada que apestaba a café. Tenía las pulsaciones altísimas.

—Deben de estar en el salón.

Llamar salón a aquello era exagerar, y mucho. Dos personas que conocía al dedillo dormían encogidas sobre el sofá. Teo carraspeó un poco más alto de lo normal para despertar a aquellos dos. Gus dio un respingo y Zoe se levantó de golpe.

—¡Berenice!

Mi amigo me abrazó con tanta fuerza que apenas pude respirar.

—Hola, Gus —gemí, casi sin aire en los pulmones.

—¡Te acuerdas de mí! ¡Es fantástico! Zoe, ¿has oído?

—Qué bien —repuso ella con una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó Gus, sorprendido.

—De mí no se acuerda, ¿verdad?

Estuve a punto de fingir que no la recordaba, pero me pareció demasiado cruel.

—¿Quién podría olvidarse de su amiga robot? —le dije, y levanté una ceja—. Lo que no recuerdo son esos pechos.

Mis amigos estaban prácticamente iguales, aunque Zoe llevaba el pelo mucho más corto y, obviamente, por fin había cumplido su amenaza de ponerse una buena delantera.

Su sonrisa se ensanchó tanto antes de abrazarme que pude distinguir unas pequeñas arrugas en el contorno de sus ojos. Eso no debería decírselo

nunca, no lo habría soportado.

Se pasaron la siguiente media hora contándome anécdotas que yo no recordaba. Teo nos había dejado solos para darnos intimidad y, para cuando volvió con unas tazas de café, ya me habían relatado casi todas las tonterías que había hecho desde que el tal Elías me había sustituido por una Barbie; sentí la vergüenza más absoluta adueñándose de mis mejillas.

—¿De verdad bailé en la barra de un pub?

—Y en el trabajo confesaste a todos que Elías te había dejado por otra.

Pero… ¿en qué había estado pensando?

—Y te has cambiado de casa —informó Gustavo.

—¿Qué? ¿Y Natalia? —pregunté, aturdida de nuevo. Lo último que recordaba era que compartía piso con una loca y extraña ecologista.

Zoe hizo un mohín de desprecio.

—Dejaste a esa zorra hace años con una habitación libre para irte con…

—Con él —terminé yo.

Mis amigos se miraron, nerviosos, y luego continuaron con su parloteo.

—Volviste a casa de tus padres, fuiste a *spinning* y hasta te diste rayos UVA.

—¡No te creo!

—Ajá —asintió Zoe—. Incluso tienes una elíptica en casa, ¡y la utilizas! ¿Quieres ver el resultado?

El leve dolor de cabeza que había sentido al despertar se estaba acentuando considerablemente por tal sobrecarga de información, pero fui capaz de procesar aquello.

—¿El resultado? ¿Estás de coña? —pregunté, incrédula, mientras me veía arrastrada hasta el lavabo de Teo, cuyos azulejos verdes estaban ennegrecidos y desportillados.

—¿Estás lista? —preguntó mi amiga, que me había tapado los ojos.

—No —respondí.

—¡Sorpresa! —exclamó a la vez que apartaba sus manos de mi cara.

Básicamente, era yo. Aunque había cogido un par de kilitos y tenía el pelo más largo.

—¡Vaya mierda! —me quejé—. Sabía que el espejo no podía traer nada bueno.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Ayer, bueno, hace tres años —me corregí— estaba más delgada.

—Ah, claro, lo olvidaba —se lamentó Zoe—. Pero estás preciosa, ¡mírate!

Preciosa, lo que se dice preciosa, no estaba. Tenía ojeras oscuras como un panda, el pelo enmarañado y los brazos un poco fofos.

—¿Cuánto pesaba?

—Unos cinco kilos más.

—Ah, entonces sí que estoy genial.

Gus me sonrió a través del espejo.

—Estás divina.

Les sonreí con tristeza, sintiéndome extraña en mi propio cuerpo.

—¿Tan mal estaba? —pregunté. Ellos parecieron entenderme de inmediato, porque me pusieron cada uno una mano en el hombro.

—Peor —respondió Zoe.

—¿Gus? —Quería saber su opinión. Zoe siempre tendía a ser muy exagerada.

—Nos tenías muy preocupados —se limitó a responder él.

—Pero eso ahora va a cambiar, ¿verdad? —Zoe parecía entusiasmada, aunque distinguí un deje de súplica en el tono de su voz. ¿Qué era lo que brillaba en sus ojos? ¿Esperanza?

—Para mí será igual que hace tres años —dije con hastío—. Como si no hubiera pasado el tiempo.

Solo que sí había pasado, y parecía una maldita pesadilla. Estaba a punto de dejar de ser veinteañera y ni me había enterado, ¡no era justo!

—Entonces será genial —respondió Gus, dándome un apretón en el hombro.

Suspiré, sobrepasada por la situación.

—Vámonos a casa —pedí.

Me despedí de Teo con la promesa de llamarlo para comentar mis avances. Gus le dio la mano y Zoe se acercó para besarlo en la mejilla.

—Gracias por devolvérnosla sana y salva —le susurró al oído. El científico loco se ruborizó hasta las cejas.

Al salir, la luz del sol me provocó pinchazos de un lado a otro de la cabeza. Nos subimos en el coche de Gus, lo cual me hizo sentir mejor. Lo reconocía a la perfección, ya que se lo había comprado hacía cuatro años, teniendo en cuenta que estábamos en 2015.

—Así que los Mayas se equivocaban y no se acabó el mundo —bromeé.

Zoe puso los ojos en blanco.

—Gilipolleces.

Sonreí porque cada expresión de mi amiga me hacía sentir menos perdida.

Tras varios minutos, Gustavo paró en frente de un edificio que no me sonaba de nada.

—¿Es aquí?

Él asintió y se bajó del coche para abrirme la puerta. Me ofreció la mano para ayudarme a salir. Zoe se puso a mi lado.

—Bienvenida al resto de tu vida, Berenice.

# CAPÍTULO 16

Los delfines nadaban rápido. El mar los acogía en un enorme abrazo azul y salado mientras salían una y otra vez a la superficie. Desde arriba, veía sus formas distorsionadas por el agua, mientras se daban propulsión con el caudal, la aleta de la cola. Los observaba fascinada porque admiraba esa sensación de libertad y emoción que debían de sentir. Todos juntos, en familia.

De pronto, escuché un chasquido y una interferencia me privó de esa imagen. Como si se hubiese ido la luz de repente en mi sueño, me desperté. Me hallaba tumbada, pero me costó unos segundos reconocer dónde estaba. Era mi nueva casa. Me había quedado dormida revisando unos papeles.

Solo eran las once de la mañana del sábado. Hacía apenas tres horas que había vuelto del laboratorio con la firme decisión de pasarme todo el día acostumbrándome a mi nuevo hogar. En un principio, me puse de los nervios porque no encontraba nada. Suerte que el piso era pequeño, o habría tenido que organizar batidas de caza para localizar los calcetines. Para mi sorpresa, encontré un *post it* pegado en un lateral de la nevera, que indicaba el paradero de la mayoría de recipientes.

El armario del dormitorio era otra cosa que me tenía desesperada. Al final, opté por sacar toda la ropa, amontonarla sobre la cama, y comenzar a colocarla otra vez. Me pareció que la puse prácticamente igual a como estaba, pero al menos ya sabía dónde encontrar cada cosa. Por no hablar de que no reconocía muchas de las prendas… Tres años eran muchos para la moda.

Pero lo más gracioso fue cuando sonó el timbre y me encontré con un viejo con malas pulgas que apestaba a… no sabría explicarlo, pero había sido insoportable. Lo reconocí porque enseguida preguntó por Zoe, quien ya me había contado lo que le había enseñado a ese pervertido para rebajarme el alquiler. Mi amiga era un cielo, pero estaba enferma.

El dolor de cabeza casi había desaparecido por completo, aunque aún me daban algunos pinchazos cuando me venía algún fogonazo de imágenes sobre mis nuevos mejores amigos: los delfines. Cada vez que mi cerebro los evocaba, en realidad se trataba de algún recuerdo con ese fulano de Elías. Teo me había explicado que esto sería temporal. Es decir, el hecho de pensar a todas horas en delfines se debía a que los recuerdos de mi ex

estaban muy recientes. Conforme el tiempo pasara, acabarían hundiéndose en el mar.

Pero había recuerdos que sí deseaba activar, así que me pasé un buen rato viendo álbumes de fotos y videos de mi familia, mis amigos y mi recién descubierta sobrina de un añito, una niña preciosa que sonreía hasta con sus enormes ojos castaños.

El teléfono sonó justo cuando Nerea empezó a aplaudir mientras le cantábamos el cumpleaños feliz. Me sequé las lágrimas y carraspeé antes de responder.

—¿Sí?

—Ayúdame, por favor.

—¿Zoe?

—Voy a cortarme las venas.

Le temblaba la voz y hablaba muy deprisa.

—¿Qué te pasa?

—Un monstruito se ha apoderado de mi casa. Se ha empeñado en reventarme los tímpanos y llenármelo todo de babas.

Me reí.

—¿El pequeño Alejandro?

—Berenice, socorro —fue su única respuesta.

Me levanté del sofá.

—Voy para allá.

Un llanto se escuchó al otro lado del teléfono.

—Date prisa —pidió mi amiga con desesperación antes de colgar.

Me vestí a toda velocidad pero, cuando estaba a punto de salir de casa, me pregunté algo: ¿Zoe viviría en el mismo sitio de siempre? Preferí no llamarla y ponerla más nerviosa. Si en su estado de histeria tenía que explicarme alguna nueva dirección, podría darle un ataque, así que llamé a Gus.

—¡Gus!

—¿Qué pasa, Be? ¿Estás bien? ¿Te duele algo?

—Todo bien, tranquilo. Es Zoe. Me ha pedido que vaya a ayudarla con su sobrino. ¿Sigue viviendo en el mismo sitio? No me atrevo a preguntarle, estaba trastornada.

Un suspiro al otro lado.

—Me habías asustado. Sí, vive donde siempre. Pero espera, estoy de compras cerca de tu casa. ¿Me paso y te recojo?

—Voy bajando.

Debía de estar al lado, porque nada más bajar me lo encontré con dos bolsas en la mano.

—Has sido malo, ¿eh? —le pregunté, cotilleando su contenido.

—Me lo merecía, cariño —respondió, alzando la barbilla y colgándose de mi brazo.

—Anda, vamos antes de que Zoe se cuelgue del balcón.

Zoe abrió a toda prisa en cuanto escuchó el timbre.

—¡Ya era hora! —exclamó.

—Traigo refuerzos.

—Cuantos más, mejor. Gracias, Gus.

Mi amigo se limitó a asentir con la cabeza y luego desapareció en el interior de la casa.

—¿Dónde está el peque? —pregunté yo.

—Sobre la cama.

—¿Has dejado a un bebé solo sobre tu cama?

Zoe se llevó la mano al pecho.

—¿Qué pasa? ¿No debería haberlo hecho?

—¿Y si rueda y se cae?

—¡Dios mío! —exclamó, echando a correr.

Ya estaba pensando en lo larga que iba a ser la tarde cuando volvió con el niño.

—¿Sabes que no muerde, no? —pregunté, viendo cómo lo cogía. Parecía que estaba a punto de desactivar una bomba escondida en el pañal del niño. Él debió notarlo, porque se echó a llorar.

—Cógelo tú, que eres tan lista.

Me lo pasó casi como quien pasa una pelota. Empecé a mecerlo de un lado a otro, mientras él enroscaba su manita alrededor de mi dedo índice. Continuó berreando. Acerqué mi nariz a su culito de bebé, que olía a rayos.

—Hay que cambiarlo.

Zoe me miró expectante, esperando algo más de información.

—Que se ha cagado, vamos —expliqué. Ella juntó las manos como si estuviera rezando—. A mí no me mires.

—Por favor.

—Es tu sobrino —repliqué.

Ella se giró hacia el gay del sofá.

—¿Gus?

—¡Ah, no! —Alzó las palmas de las manos—. Yo no cambio ni a un Nenuco.

Zoe se volvió de nuevo hacia mí.

—Berenice, por favor…

—No sé cómo se cambia a un bebé —me defendí. Era verdad; si alguna vez había cambiado a mi sobrina en el pasado, lo había olvidado por completo.

—No puede ser tan difícil… —comenzó a decir Zoe, cogiendo el móvil.

—¿No me digas que estás buscándolo en Google?

Sus dedos tecleaban a una velocidad pasmosa.

—Oye, ahí encuentras de todo. Míralo, aquí está. *Cómo cuidar de un bebé y no morir en el intento*. Esto me interesa.

Nos fuimos a su habitación para poner al bebé sobre la cama.

—¿No puedes poner unos periódicos debajo o algo así? —se quejó mi amiga. Yo le dirigí todo mi rencor con la mirada—. Vale, vale. Tú mandas.

—Qué peste. Yo me largo —anunció Gus, volviendo al comedor.

Yo tenía la teoría más o menos clara, pero llevarla a la práctica era otro cantar. Finalmente, tras unos malabares que impidieron que me manchara de pastel las manos, el pequeño Alejandro volvió a tener su culito suave y limpio. Y, al poco, dejó de llorar.

—¿Cómo lo has hecho? —quiso saber Zoe, maravillada.

—Tiene que sentirse seguro, sentir tu calor —expliqué, como si de verdad supiera lo que me hacía—. No puedes cogerlo como a un jarrón.

—¿Te quedas toda la tarde, no? —preguntó esperanzada.

—¿Qué?

—Quedaos los dos. Pediré comida. Necesito tu sabiduría, Berenice. Por favor.

Miré a Gus, que se encogió de hombros. Vale, nos quedábamos.

—¿Y tu hermana?

—En el abogado. Hoy firmaban los papeles.

—¿Va a quedarse aquí? —Me senté en el sofá de cuero negro junto a Gus sin dejar de mecer a Alejandro, que comenzaba a cerrar sus ojitos.

—Qué remedio. Mis padres no vuelven de Francia hasta enero y tienen la casa alquilada hasta entonces. Belén no quiere ni sabe estar sola.

Me fijé entonces en el piso de mi amiga. Era un apartamento de diseño de bastante amplitud, decorado en tonos monocromáticos con algunos toques

de rojo. Con dos cuartos de baño, una cocina de color granate y parqué en el suelo.

—Espero que se vaya antes de que el niño comience a andar.

—Berenice tiene razón —dijo Gus, que sabía perfectamente a qué me refería.

—¿Por qué?

—¿Has visto esta casa? —Mi amigo abarcó con su mano todo el comedor—. No está hecha para bebés. Tiene esquinas puntiagudas a diestro y siniestro, enchufes cada cincuenta centímetros y un suelo que se ralla de solo mirarlo.

Zoe se giró hacia mí, alarmada.

—*Taca–taca* —dije yo, haciendo el gesto del maldito andador desgasta pisos.

—Me cago en la…

Le chisté.

—Tendrás que aprender a controlarte. No puedes decir tacos delante de un niño.

—¡Lo que me faltaba! Ahora tendré que limitar mi libertad de expresión.

Comenzó a andar de un lado a otro, nerviosa, haciendo oscilar su camisón de seda rosa. ¿Por qué incluso en casa tenía que parecer una estrella de Hollywood?

—Disfruta de tu sobrino, Zoe —dije—. Lo que daría yo por acordarme de la mía…

Ella se sentó a mi lado y me puso la mano en el hombro con cariño y una pizca de compasión. Luego se quedó mirando al niño con ternura.

—Es un angelito —dijo, acariciándole la mejilla.

El niño se removió y gruñó un poco.

—¡Mierda! —Zoe se apartó de golpe mientras yo volvía a mecerlo.

—Así que un angelito… —intervino Gus, alzando una ceja.

—Sí, pero cuando duerme —respondió ella.

Llevé al bebé a la cuna y encendimos los Escucha Fácil para estar pendientes de él. Algo más relajada, Zoe nos preparó un Martini a cada uno y nos repantigamos en los sofás. Tras un rato de cháchara, el niño volvió a despertarse, así que me tocó darle el biberón y volver a dormirlo. Lo conseguí después de una nana de cuarenta y cinco minutos.

—Si alguno levanta la voz más de la cuenta, le meto la cabeza en el váter.

—Un millón de gracias, Berenice. —Zoe me abrazó. Yo le di toquecitos en la espalda.

—Vamos, vamos. No ha sido para tanto…

Cuando nos separamos, mi amiga tenía los ojos brillantes.

—¿Que no? Él no dejaba de llorar, yo no sabía qué hacer, mi hermana no me cogía el teléfono…

Gus le acarició el pelo para consolarla.

—Vamos, cariño. Ya pasó todo.

—Ha sido un infierno.

—Los bebés son seres diabólicos que se alimentan de tu energía, ¿no lo sabías?.

Ella alzó la cabeza con las lágrimas descendiéndole por las mejillas.

—No tiene gracia, Berenice. Voy a ligarme las trompas.

Gus y yo estallamos en carcajadas. ¿Zoe con hijos? No, Dios no permitiría tal atrocidad. Aún debía faltar mucho tiempo para el Apocalipsis.

A mitad de una de nuestras extensas sobremesas, la puerta de la casa se abrió. Nos quedamos callados de golpe.

—Es mi hermana. —Ya, ¿quién iba a ser sino?

Belén entró con los ojos enrojecidos y los hombros caídos.

—Ah, hola, chicos. Me alegro de veros.

Nos levantamos para saludarla, pero terminamos dándole un abrazo. Ni el *Titanic* estaba tan hundido.

—¿Y bien? —preguntó Zoe.

Su hermana respondió echándose a llorar.

—Belén… —mi amiga la estrechó entre sus brazos y la obligó a sentarse.

—¿Cómo está el niño?

—La tía Berenice lo ha dormido —respondió Zoe. Belén me miró agradecida.

Entonces se tapó la cara con las manos y reanudó el llanto. Gus me miraba, yo lo miraba, y ambos mirábamos a Zoe. ¿Qué se suponía que teníamos que hacer?

—Será mejor que nos vayamos —dije.

—Sí, os dejaremos solas —añadió Gustavo.

—Berenice, espera.

Belén me había cogido del brazo para retenerme.

—¿Cómo lo haces?

—¿El qué? ¿Dormir al niño? —pregunté, desconcertada. Ella era su madre, debía saberlo mejor que yo.

—Superar una ruptura.

Vaya… La atmósfera empezaba a volverse tensa.

Miré a Zoe, que negó con la cabeza por detrás de Belén. Sabía a qué se refería con ese gesto. Nada de hablarle de la operación *Reset*, ni de coña. Ella llevaba más de ocho años con su marido y tenía un hijo de cuatro meses. ¿Cómo iba a recomendarle algo que implicaría olvidarse de que era madre? Ella tendría que ser de las valientes.

—Date tiempo —respondí—. Busca *hobbies* y apóyate en los que te quieren. Eres una mujer fuerte e independiente, puedes con esto y con lo que sea. Y, cuando tengas alguna duda sobre tu fortaleza, mira a los ojos a ese pequeño regalo que duerme plácidamente. Él te dará la energía que necesitas para levantarte cada día. Por él, por ti, tienes que seguir adelante.

Mis amigos me miraban con la boca abierta. Belén se levantó para abrazarme.

—Gracias, Berenice. Muchas gracias.

Se fue a ver a su hijo. Los otros dos seguían mirándome fijamente.

—¿Qué?

—¿De dónde te has sacado ese discursito? —preguntó Zoe.

Me encogí de hombros.

—No lo sé, me ha salido sin más.

Gus se puso en pie. Yo también me levanté y cogí el bolso.

—Pues ya podía haberte salido antes, guapa. Quizás te habrías ahorrado todo esto de la amnesia.

—Es muy fácil dar consejos —dije—. Seguirlos es lo complicado.

—Vale, corta el rollo, Aristóteles. —Zoe me dio un codazo y nos acompañó a la puerta—. Gracias por todo, chicos.

Le dimos un beso y nos despedimos. Esperaba que Belén lo superara cuanto antes, también por el bien de mi amiga. Zoe iba a necesitar apuntarse a yoga para soportar aquello.

Gus y yo estábamos en completo silencio dentro del ascensor, hasta que me dio por decir en voz alta lo que me rondaba por la cabeza.

—Tengo curiosidad por ver a Elías.

Mi amigo me miró escandalizado.

—¿Para qué?

—Me intriga ver cómo es y saber qué es lo que me he perdido.

—Un grano en el culo.

Sonreí al asentir.

—Lo sé. Es solo que, después de ver a Belén… No me puedo creer que yo estuviera tan hundida y ahora ni me acuerde.

—¿Sabes? —dijo mi amigo antes de que las puertas se abrieran—. Ahora creo que conocer a Teo fue la respuesta a todas mis plegarias.

—¿Tus plegarias? —Arrugué la nariz—. Tú ni siquiera sabes rezar.

—Recé para que volvieras.

Tras su sinceridad, pude distinguir unas trazas de un dolor pasado. Cogí su mano para salir a la calle y, en cuanto pisamos la acera, se paró en seco.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó, poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué pasa?

—¿No tenías curiosidad por ver a Elías? Bueno, pues ahí lo tienes.

# CAPÍTULO 17

—¿Ese de ahí? —Señalé discretamente a un hombre con enormes claros en la cabeza.

—No, tonta. El de atrás.

Me bajé las gafas de sol hasta la punta de la nariz para fijarme en condiciones.

—¡Joder!

El tío estaba buenísimo. Era altísimo, fortísimo, rubísimo y unos cuantos «–ísimos» más.

—Berenice, mente fría —me advirtió Gus.

—*Por supues*… —Me interrumpí porque mi cerebro me envió una imagen de golpe. Una mamá delfín a punto de dar a luz.

Gus me dio un apretón en la mano, que todavía seguía agarrando la suya.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, es solo que…

—¿Berenice?

Mierda. Nos había visto. Levanté la cabeza y sonreí con falsedad, aunque lo que quería era pirarme.

—Ah, hola —respondí, fingiendo que todo iba perfectamente. Lo mejor de todo era que no lo reconocía en absoluto. Para mí, podía tratarse de la imagen de un anuncio de Calvin Klein que había echado a andar. De hecho, me fijé en su polo blanco de Tommy Hilfiger, sus pantalones beis y sus mocasines, y pensé: «¿desde cuándo me gustan a mí los pijos?». Ahora entendía alguno de los modelitos que había encontrado en mi armario esa mañana.

Al llegar hasta nuestra posición, observé que se fijaba en la mano de Gus entrelazada con la mía. A juzgar por su expresión, pareció molestarle.

—Gustavo —saludó en tono neutro.

—Elías. —El tono de mi amigo había sido grave y cortante. Me resultaba fácil reconocer cuándo intentaba hacerse el macho.

—¿Cómo estás? —Se volvió hacia a mí, ignorando por completo a mi acompañante. Este me apretó más la mano.

—Estupendamente —contesté con naturalidad—. ¿Y tú?

Las comisuras de sus labios se tensaron en una sonrisa rara, compasiva, como si en realidad estuvieran diciendo «ay, pobrecilla».

—¿Seguro? Porque la otra noche no lo parecía.

¿La otra noche? ¿De qué coño hablaba? Los dedos estaban empezando a sudarme, así que me solté de Gus y me pasé el pelo por detrás de la oreja.

—Bueno, es que…

—No hace falta que te excuses —me interrumpió—. Sé que lo estás pasando fatal.

—¿Perdón?

Se acercó más a mí. Su olor me recordaba a algo, pero no sabía a qué.

—No me creí el numerito del tal Román.

¿Quién era Román y de qué numerito hablaba?

—Román es su novio —intervino entonces Gus—. La está esperando ahora. ¿Berenice?

Yo miré a Gus, él abrió mucho los ojos como diciendo «sígueme el juego», y yo volví a fijarme en el guaperas. Elías apretó los dientes y sus mandíbulas de hombre-bombón-comestible se marcaron de forma muy *sexy*.

—¿De verdad estás con ese tío? —me preguntó.

«¡Y yo qué sé!», pensé. Nadie me había informado de un nuevo novio.

—Oye, de verdad, tengo un poco de prisa…

—Espera —dijo, cogiéndome del brazo. Me dio calambre, así que me aparté.

—¿Qué quieres? Tú tomaste tu decisión y yo he tomado la mía. ¿Por qué no nos olvidamos de los últimos tres años? Esto empieza a ser un fastidio.

Eso lo dije con la sinceridad más absoluta. Me estaba hartando de estar en mitad de la calle aguantando a un imbécil condescendiente que se creía mejor que yo.

—Yo no puedo olvidar todo lo que hemos vivido. Aunque las cosas hayan cambiado, no significa que vaya a olvidarme de lo que tuvimos.

Pero ¿qué mierda se había fumado? ¿A qué venía ahora esa frase profunda?

—¿No? Pues yo sí puedo —añadí con impaciencia—. Así que suerte.

Agarré a Gus otra vez de la mano y nos dimos la vuelta.

—¡Sé que aún me quieres! —exclamó Elías a mi espalda.

Gus se subió en el coche, pero yo me di la vuelta para mirar a ese capullo por última vez. Él dio unos pasos hacia mí con una sonrisa de suficiencia en los labios. No sabía qué pretendía exactamente: ¿jugar conmigo? ¿Sentirse

un Dios por saber que todavía sufría por su amor y luego volver a meterse entre las piernas de su nueva adquisición?

—Te rompí el corazón en mil pedazos, no lo niegues —susurró con voz ronca.

Me aproximé lentamente hasta que estuve tan cerca que pude sentir su aliento en mi cara. Le miré los labios; él se fijó en los míos cuando los humedecí con la lengua. Vi el deseo brillando en sus ojos.

—No lo niego —susurré ahora yo con mi voz más sugerente—. Pero, ¿sabes qué?

Nuestros labios casi se rozaban.

—¿Qué? —respondió él rápidamente, acercándose un poco más.

—Ya he comprado Loctite para pegarlos y no me devuelven el dinero. Cuídate.

Me di la vuelta y, sin mirar atrás, me subí en el coche.

—¿Me llevas a ver a Nerea? —pregunté a Gus mientras me ponía el cinturón.

Al no obtener respuesta, me giré. Él ni siquiera parpadeaba.

—¿Qué pasa?

—Eres una diva.

Me eché a reír.

—Anda, arranca.

Cuando empecé a repasar mentalmente lo que acababa de pasar, me surgió una pregunta que había almacenado en el cerebro para hacérsela a Gus en cuanto pudiera.

—¿Quién es Román?

Fingió estar muy atento a la carretera.

—Gus…

—¿Qué? —preguntó, sin dejar de mirar por el cristal.

Me crucé de brazos y me quedé mirándolo fijamente sin decir nada.

—¿Quieres parar? Me pones nervioso.

—Pues habla.

Suspiró, rendido.

—Conociste a Román en la Sala Azca, cuando fuiste a ver una exposición de fotografías de tu amigo Amador.

—¿Tengo un amigo que se llama Amador? —pregunté con curiosidad.

—Bueno, es un amigo de Elías, más bien. Os invitó por separado, tú pensaste que tenías que demostrar algo y acabaste presentándote sola

después de una cita a ciegas *express* fallida que te organizó Zoe con uno de sus ex amantes cocainómanos.

Pero… ¿cuántas cosas me habían pasado en las últimas semanas?

—Vale, déjalo. Céntrate en Román. ¿Tengo novio y no me habéis avisado?

Él negó con la cabeza.

—Te emborrachaste con champán, te encontraste con Elías, fingiste que habías ido acompañada, pero que tu acompañante estaba en el lavabo… y el tal Román, que debía de haberse percatado de todo en la distancia, acudió en tu ayuda y se hizo pasar por tu novio.

—¿Por qué?

—Y yo qué sé. Porque sería un buen tío.

Ah, ¿pero todavía había buenos tíos por ahí?

—¿Me estás diciendo que yo estaba tan desesperada que me inventé un acompañante imaginario? ¿Y que un desconocido acudió a mi rescate?

—Eso parece.

—Es de locos.

—O de románticos —replicó, tomando una curva.

Sacudí la cabeza.

—¿Qué pasó luego?

—La novia de Elías llegó, a ti te entraron náuseas, Román te acompañó a casa y…

—¿Me lo tiré?

—Qué más quisiera yo. Te dio el teléfono, pero lo tiraste.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué iba a hacer algo así?

—Porque estabas locamente enamorada de otro. Decías algo del momento equivocado.

Otra sobrecarga de información aplastante. Me dejé caer sobre el respaldo y suspiré.

—¿Era guapo?

—Según tú, sí. Moreno, ojos azules y todo un caballero. Me consta que te arrepentiste.

Supuse que por eso no había nombrado a Román en mi cuaderno. Tenía sentido, no querría acordarme de lo tonta que había sido.

Estábamos llegando. No recordaba el camino, por eso le había pedido a Gus que me acompañara. Alonso y Paula se habían mudado poco antes de

nacer Nerea. Conforme nos acercábamos, el corazón me latía más deprisa. La zona era preciosa, llena de árboles y parques infantiles con bonitas fuentes en el centro y columpios multicolores. Al entrar en el pequeño chalet, me quedé atónita. Estaba claro que el cambio había sido para mejor. Paredes de color vainilla, puertas de madera de haya y muebles sobrios pero acogedores. Era típico de Paula.

Cuando vi aparecer a Nerea en los brazos de su madre se me saltaron las lágrimas. Tuve que disimular y decir que llevaba todo el día con alergia.

—¡Ven aquí, princesa!

La niña se abalanzó sobre mí con una sonrisa increíble. No me pude contener, tuve que morderle en un moflete. Se quejó un poco, pero empecé a hacerle el avión y se le pasó. Estiró los bracitos hacia el suelo en busca de su pelota, así que la bajé.

—Te veo bien —observó Paula.

—Y tanto —soltó Gus sin poder contener una risita.

Le lancé una mirada de advertencia para que cerrara la bocaza.

—Lo estoy —me apresuré a decir yo—. Las cosas mejoran.

Justo en ese momento, mi hermano entró por la puerta.

—¿Qué es lo que mejora? —Saludó a Gus y me pasó el brazo por los hombros.

—Yo —contesté sin más, y él me dio un beso en la coronilla.

Mi cuñada pareció emocionarse mientras se colgaba del brazo de Gustavo y me miraba con ternura. Yo sacudí la cabeza y me reí.

—¿Estáis cocinando algo? —pregunté cuando un olor a humo me llegó de pronto.

—¡El pollo! —exclamó Paula, echando a correr con Gustavo todavía enganchado a su brazo. Yo decidí coger a Nerea.

—¿Te acuerdas de mí, cariño? ¿Quién soy?

—¿Quién es, Nerea? —le preguntó Alonso.

—¡Be! —exclamó ella.

—¡Bieeen! —aplaudió mi hermano, y ella lo imitó con sus manitas diminutas.

Mi orgullo de tía se encontraba en lo más alto, celebrando que aquella ricura de ojos castaños no se había olvidado de mí. Le estampé un beso y ella me llenó de babas.

—Eres su tía favorita —dijo mi hermano.

Fruncí los labios y el entrecejo.

—Soy la única que tiene. —Repuse, sacándole la lengua.

—No creas. Me parece que mi cuñado se ha echado novia.

—Bueno, pero yo seré siempre la tía más guay, ¿verdad, bolita? —Le hice una pedorreta en el cuello y la niña estalló en carcajadas.

El lunes por la tarde nos acercamos de nuevo a casa de Zoe para ayudarla con el pequeño Alejandro. Su hermana había quedado con su exmarido para hablar del niño.

—Tampoco fue para tanto… —dije yo, quitándole importancia al tema de Elías, que Gus se había encargado de sacar nada más llegar.

Pasé sin muchas ganas las hojas de una revista.

—Vamos, Be, no seas modesta —se quejó él antes de girarse de nuevo hacia Zoe—. Lo dejó allí plantado como a un pelele inservible.

—Qué pringado. ¡Me encanta! Esto habría que celebrarlo.

Y ahora era cuando aprovecharían cualquier excusa para planear una cogorza de las buenas. Continué ignorándolos, absorta en una pequeña noticia sobre los beneficios de la soja.

Me percaté de que el dúo dinámico llevaba un rato en silencio. Los busqué por encima de la revista y los pillé cuchicheando.

—¿Qué estáis tramando?

Se miraron el uno al otro, indecisos.

—¿Se lo decimos? —le preguntó Gus a Zoe.

—¿Decirme qué? —Me estaban sacando de quicio—. ¿Qué pasa?

Para mi sorpresa, Zoe se levantó a toda prisa y fue a buscar algo a su habitación. Volvió con un sobre enorme de color azul. Se sentó en el sofá junto a Gus, se cogieron de la mano y sonrieron de forma exagerada.

—Me estáis dando mal rollo…

—¡Felicidades! —exclamaron al unísono, provocando que la revista se me cayera.

—Pero, ¿qué…? Aún faltan seis días para mi cumpleaños. ¿Qué es esto? —pregunté, sacudiendo el sobre que me habían dado.

—¡Trae aquí! —Zoe me lo quitó y lo destrozó sin compasión, igual que un puma despedazaría a un ciervo—. ¡Son tres billetes a Roma!

—Ay, hija, qué sosa eres. Salta un poquito o algo, ¿no? Cualquiera diría que no te gusta —me recriminó Gustavo.

Les arrebaté los papeles de las manos y me tiré sobre ellos.

—¿Estáis de coña? ¡Me encanta! ¡Roma! Muchísimas gracias, de verdad, pero os pagaré mi parte.

Gus negó con la cabeza.

—De eso nada. Es un regalo.

—Exacto —coincidió Zoe—. Ya nos invitarás a algo con alcohol para agradecérnoslo.

Yo sonreí, agradecida no, agradecidísima.

—Dadlo por hecho.

Volví a mirar los billetes y comprobé que el día de salida era el próximo sábado, un día antes de mi cumpleaños, pero la estancia iba a durar siete días.

—Un momento… —dije de pronto—. Volvemos el viernes.

—Sí, ¿y? —preguntó Zoe.

—No, nada. Que suelo ir a trabajar entre semana. Fíjate, es una mala costumbre que tengo —respondí y me crucé de brazos.

—Guárdate tu preciado sarcasmo, Berenice —soltó ella—. No lo necesitas.

—¿Ah, no?

Gustavo se cruzó de piernas y se cogió las manos con excitación contenida.

—Adivina quién ha ido a ponerse *botox* hace poco.

Se suponía que tenía casi todo el trabajo hecho, puesto que Zoe ya se había encargado de pedirle a mi jefa días libres, aprovechando que había quedado tan satisfecha con su servicio en la clínica; pero yo estaba temblando como un flan. El despacho de Almudena siempre conseguía intimidarme, con su escritorio de caoba y sus libros sobre *marketing*. Podía parecer que era una tía enrollada, pero en el fondo no era más que un tiburón hambriento en busca de pececillos indefensos que llevarse a la boca.

Golpeé tres veces la puerta con los nudillos.

—Adelante.

Las bisagras chirriaron al accionar la manivela. Entré con un nudo en el estómago.

—Ah, Berenice, siéntate.

Hice lo que me pedía. Ella entrelazó los dedos de una mano con los de la otra y apoyó los antebrazos sobre la mesa. Tenía los labios rojos como la sangre.

—Tú dirás.

—Creo que te encontraste con mi amiga Zoe hace poco.

Su rictus se volvió más serio.

—Ah, sí.

«¿Y ya está?». Volví a carraspear.

—Bueno, pues… venía a confirmar que puedo tomarme esos días libres. Ya sabes, de mis vacaciones.

—Solo si me traes algún italiano a la vuelta —repuso con seriedad.

¿Qué diablos le pasaba en la cara…? ¿Estaba bromeando o no? ¿Debía reírme?

—Es una broma, Berenice.

—Perdona, es que no sabía. Te he visto tan seria.

—¿Seria? —Se extrañó—. Pero si estoy sonriendo.

¿Eso era sonreír? ¿Esa mueca extraña en la comisura de sus labios?

—¿Qué pasa, que no se me nota? —preguntó alarmada—. ¡Porque estoy sonriendo, Berenice! ¡Estoy sonriendo!

Me estaban dando taquicardias. Almudena empezó a desordenar su mesa, y yo me apresuré a recoger lo que tiraba al suelo.

—¡Desde luego que sí! —exclamé desesperada—. Tienes una sonrisa preciosa.

Ella entrecerró los ojos para escudriñarme. Nunca me había sentido tan incómoda.

—Mientes —me acusó.

—Claro que no —respondí apresurada—. Te estoy viendo sonreír perfectamente.

«Dios mío, si de verdad existes, por favor, apiádate de mí».

Como respuesta, Almudena dio un puñetazo en la mesa.

—Es este maldito *botox* —aclaró mi jefa sin pudor alguno—. Seguro que ni siquiera se nota que estoy disgustada.

La verdad era exactamente esa. Su expresión era la misma todo el rato. Zoe se había pasado un poco con los *pinchacitos*.

—Bueno, pero por si quedaba alguna duda, has dado ese puñetazo, así que lo he notado a la perfección —respondí.

—Dile a tu amiga que pienso tomar medidas.

Estaba claro que no me iba a dar esos días. «Buen trabajo, Zoe».

—Almudena, yo…

La tía soltó una carcajada estridente y yo abrí los ojos como platos.

—¡Tendrías que haberte visto la cara! —gritó entre risas—. ¡Esa! ¡Esa cara!

No dejaba de señalarme y reírse como una hiena desvergonzada.

—Sí, ha sido buenísimo… —murmuré entre dientes.

—Vamos, solo era una broma. Puedes cogerte esos días sin problemas, pero quiero que vuelvas con las pilas cargadas.

Su rostro había vuelto a la normalidad.

—Claro —le aseguré—, desde luego.

—Sal por ahí y caza algún gladiador romano que te clave su espada. A mi salud.

Sonreí, algo incómoda.

—Y, si puedes, trae uno para mí —pidió antes de guiñarme un ojo.

Como mucho, le traería un llavero, pero le devolví el guiño antes de levantarme. Estaba a punto de salir de ese infierno y suspirar aliviada, cuando…

—Ah, y Berenice.

—¿Sí?

—El mío que tenga una buena lanza.

Me apresuré a largarme antes de que me diera más detalles. Aún tenía que preparar el viaje, llamar a Teo para informarle de mi estado e intentar no pensar en que pronto cumpliría treinta años. ¡Treinta! No veintisiete. Debía ver las cosas desde otra perspectiva, una mucho más positiva, pues tenía una familia que me quería, unos amigos incondicionales, y un billete de avión hacia la bella Italia. ¿Qué más podía pedir?

# CAPÍTULO 18

—Por favor, quítese el cinturón.

Mi amiga sonrió con picardía.

—Oye, ¿no me invitas a cenar primero?

—¡Zoe! —La reprendí. Luego alcé la vista para mirar a aquel armario—. Es una bromista, no le haga caso.

Ella obedeció y se quitó el cinturón. Esta vez, el detector ya no pitó cuando lo cruzó. Nos disponíamos a recoger nuestras cosas de la cinta transportadora, cuando vi que el vigilante se acercaba a Zoe otra vez. ¿Qué diablos quería ahora?

—Te llamaré —la oí decir, mientras se guardaba el móvil en el bolsillo.

—¿Es que no puedes controlarte ni en un aeropuerto? —me quejé.

—Berenice, estoy de vacaciones. ¿Por qué iba a controlarme en algún sitio?

Se colocó el bolso en el hombro, se retiró el flequillo de la cara de forma coqueta y dirigió una última mirada significativa a aquel tipo. Busqué a Gus con los ojos y él se limitó a encogerse de hombros.

La T4 era un caos a esa hora. Habíamos tenido que venir antes para facturar, pero ahora que estábamos dentro nos quedaba más de hora y media de espera hasta que comenzara el embarque. Yo saqué la guía improvisada de Roma que había estado confeccionando toda la semana a base de un «copia y pega» de Internet.

Por fin, nuestra puerta de embarque fue anunciada en las pantallas. Tras esperar otra media hora desde entonces, nos pusimos en la cola. De pronto, me di cuenta de que había más de una docena de tipos enormes con los mismos pantalones cortos.

—Eh, mira —escuché decir a un hombre—. Son los de la selección de waterpolo.

Eso explicaba la dimensión de sus espaldas.

—Chicos —llamé a mis amigos—, ¿habéis oído?

—*Oh, my God!* Es alucinante —exclamó Gus, abanicándose con la tarjeta de embarque.

—Lo sé —coincidí—, la selección de fútbol en avión privado y la de waterpolo en un vuelo de Vueling.

—¿Qué dices? Yo me refería a sus músculos. ¿Te has fijado bien?

—¡Miau! —Esa fue Zoe—. Tendremos un vuelo entretenido.

—Compórtate, por favor —supliqué.

El avión estaba a tope. Gus se quedó con la ventana y yo con el medio porque Zoe insistió en sentarse en el pasillo. Yo sabía perfectamente por qué.

—No montes ningún numerito.

—Tranquila, Berenice. ¿Por qué no duermes un rato? Tienes casi dos horas de vuelo.

—Te estaré vigilando —le advertí.

Se encogió de hombros.

—Tú misma.

Era inútil. Ella haría lo que quisiera de todas formas. Miré a mi amigo, buscando algo de apoyo, y me fijé en que ya se había puesto el antifaz y se acomodaba en el respaldo. ¿Por qué él era capaz de desentenderse con tanta facilidad?

Las azafatas hicieron su coreografía y el avión despegó. El comandante nos dio la bienvenida y nos deseó un buen vuelo. Me puse a ojear la revista que había en el respaldo del asiento de delante, pero la voz de Zoe me desconcentró.

—Qué casualidad coincidir con vosotros. ¡Anda que no hay vuelos!

Me giré hacia la derecha y la pillé coqueteando con uno de los de Waterpolo. «Berenice, aguanta… Déjala vivir y, de paso, vive tú también», me repetía sin cesar.

Por un momento, pude llegar a desconectar gracias a la revista, pero un «clic» me hizo volver al avión. El cinturón de Zoe.

—¿A dónde vas? —pregunté al verla levantarse.

Ella me guiñó un ojo de forma traviesa.

—Al lavabo.

Eso me pareció normal hasta que la escuché susurrar hacia el otro lado.

—Te veo en dos minutos.

La mandíbula se me desencajó en el acto. El jugador de Waterpolo le sonrió y asintió con la cabeza. Zoe echó a andar por el pasillo y yo tragué saliva, cerré los ojos y me convencí de que no era asunto mío.

Al cabo de un cuarto de hora, Zoe volvió como si nada, se peinó con los dedos y sacó su carmín para retocarse. El jugador volvió al poco como sofocado y con la cara roja.

—Espero que estés teniendo un buen vuelo —espeté con brusquedad.

Zoe se giró para sonreírme.

—No ha estado mal.

Sobre las diez de la mañana llegamos al aeropuerto de Fiumicino. Fuimos a por las maletas y avisamos a la familia de que habíamos llegado sanos y salvos. También nos hicimos con un mapa turístico en uno de los puntos de información. Tomamos el tren *Leonardo Express* desde el mismo aeropuerto y llegamos a la estación de Roma Termini cargados hasta las cejas. Por suerte, el hotel estaba a unos quince minutos andando desde allí.

—Estamos dando vueltas —dije, girando el mapa.

Zoe resopló.

—Estoy agotada.

—Empieza a hacer calor —indicó Gus, como si nosotras no nos hubiésemos dado cuenta.

—Vale, dejad de quejaros y ayudadme un poco. Creo que es por aquí.

Después de otros diez minutos, nos vimos obligados a preguntar.

—Yo no tengo ni idea de italiano —aseguró Zoe, apoyándose sobre su maleta.

—A mí no me miréis —dijo Gus—. Berenice es la que hizo ese curso.

Levanté mucho las cejas.

—¿Curso? Fue un fascículo de Planeta Agostini.

—Aun así —replicó él.

Vale, ellos me habían invitado, era hora de que yo hiciera algo.

—*Scusi!* —¿Se decía así? Bueno, el hombre se giró igualmente—. *La Via Urbana, per favore?*

Él comenzó a farfullar en italiano y a hacer indicaciones con las manos. Lo único que entendí fue «*sinistra*». Me valía.

—*Grazie!*

—*Prego* —respondió él, y continuó caminando.

—Vale, creo que tenemos que girar hacia la izquierda… ¿Qué? —Mis amigos se me habían quedado mirando fijamente con una sonrisilla en los labios.

—Qué italiano tan fluido.

—¡*Impresionanti*!

—¿Por qué no os vais a la mierda?

—¡Dínoslo en italiano, *per favore*! —serio Zoe.

¿Para qué me pedían que hablara si luego se iban a burlar de mí?

—*Vaffanculo!* —exclamé, echando a andar.

Se quedaron mudos de asombro, pero empezaron a seguirme. Escuché sus murmullos a mi espalda.

—¿Qué ha dicho?

—Y yo qué sé. ¿Tengo cara de saber italiano?

—Creo que ha dicho algo de culo.

Sonreí satisfecha por sus reacciones.

No me lo podía creer, la *Via Urbana* estaba tan cerca de donde nos encontrábamos que me pregunté si ese hombre no habría pensado que tres adultos con un mapa entre las manos, a escasos dos minutos de su objetivo, eran idiotas.

El hotel Raffaello tenía una fachada elegante de piedra, decorada con tres grandes arcos hasta el suelo. El del medio rodeaba la puerta de acceso. Justo al lado, había una placa con el nombre del hotel escrito con una cursiva intrincada.

—¡Por fin! —exclamé, atravesando la puerta.

El vestíbulo tenía sofás de tapicería rojiza y cuadros abstractos. Justo en frente de la entrada había una gran escalinata de mármol, dividida en el centro por las barandillas de otra escalera que descendía. Una lámpara formada por decenas de cristalitos colgaba del techo. Habían pintado las paredes en color crema y la recepción, situada a la derecha, estaba decorada con madera de roble, exceptuando la superficie, de un mármol grisáceo. Zoe apretó el timbre, una especie de campanita dorada, y una chica menuda y con gafas salió a atendernos.

—*Benvenuti*.

Mis amigos sonrieron y asintieron con la cabeza.

—*Ciao* —saludé—. *Parla spagnolo?*

—Un poquito —repuso ella con timidez.

—Tenemos una reserva. Tres personas.

Por un segundo, nos miró uno a uno, algo extrañada. Luego se limitó a pedirnos el nombre y a tramitarlo todo en el ordenador. Supuse que no era del todo común pedir una habitación para tres personas adultas, sobre todo si una de ellas era un hombre.

—Cree que vamos a montarnos un trío —susurró Zoe a mi espalda.

Giré el cuello para mirarla y mandarla callar. La recepcionista nos entregó entonces la llave (que, en realidad, no era más que una tarjeta) y atravesamos el amplio vestíbulo hasta nuestra habitación. Olía a lavanda al entrar. Las paredes estaban cubiertas de papel pintado de bandas azules y

amarillas. Había una cama de matrimonio y otra individual, separadas por una mesilla.

—Me pido la individual. —Gus se tiró encima del colchón.

—¡Eh! ¡Tenemos nevera! —exclamó Zoe, entusiasmada.

—¡Deja eso! —Le quité una botellita de *whisky* de las manos—. ¿Qué tal si cogemos fuerzas primero? Me muero de hambre.

—Por mí, perfecto. ¿Gus?

—He visto un McDonald's de camino hacia aquí —dijo él—. No está lejos.

Así éramos nosotros. Llegábamos a un país extranjero y estábamos deseando probar la gastronomía típica.

Zoe dio una palmada.

—¡Estupendo! Me pregunto cómo sabrán los McPollo de Roma.

—Seguramente, igual que los de Madrid —dije desde el lavabo.

Amontonamos las maletas para deshacerlas más tarde, nos retocamos un poco el maquillaje y cogimos la cámara de fotos y el mapa.

—Roma, ¡allá vamos!

El McDonald's del que hablaba Gus estaba al lado de la estación de Roma Termini, así que fue como volver hacia atrás, aunque ir sin maletas era otro cantar. Fuimos fijándonos en cada detalle de las calles de Roma y de su gente. Era obvio que el establecimiento era el que era, pero su decoración distaba mucho de la que veíamos en los McDonald's de España. Todo en Roma parecía tener un aura especial, reflejo de toda la gloria que una vez había sido suya.

—¡Dios…! —gemí al pegar el primer bocado—. Lo necesitaba.

—¿Soy yo o aquí las patatas están más buenas? —preguntó Gus.

—Pues el pollo sabe igual —repuso Zoe, mirándolo desde varios ángulos.

Mientras comíamos como si no fuera a haber un mañana, planeamos nuestro itinerario. Como ya eran casi las tres y todavía teníamos seis días por delante, decidimos empezar por lo más cercano al hotel. Atravesamos callejuelas hasta llegar a una preciosa plaza que me dejó sin palabras. Y allí, en lo alto, la reconocí.

—Berenice, ¿qué es eso? —preguntó Gus.

—La Columna Trajana —expliqué. Había estudiado Historia del Arte en el instituto y había recuperado algunos apuntes antes de venir.

—Es bonita —dijo Zoe, sentándose a la sombra en los escalones de una iglesia.

—Está hecha de mármol y mide treinta metros.

Gus soltó un silbidito. La verdad es que era impresionante.

—La mandó construir el emperador Trajano para conmemorar sus victorias frente a los dacios.

—Ya se ha puesto en plan Wikipedia —murmuró Zoe.

—Vale, que os den —espeté—. Vosotros solo dedicaos a ver piedras.

—Que no, que queremos saber cosas… —intervino Gus—. ¿Verdad, Zoe?

Por el rabillo del ojo percibí cómo se hacían señas. Cuando me giré, Zoe me miró de golpe y sonrió, asintiendo con la cabeza.

—Por ejemplo, ¿dónde estoy sentada? —preguntó. Yo me fijé en la fachada de la iglesia y desplegué el mapa—. No vale hacer trampas

—Oye, no soy ninguna experta, no me lo sé todo de memoria —contesté sin levantar los ojos del plano—. Es la iglesia de *Santa Maria di Loreto*.

—¿Y qué es eso? —Señaló un monumento asombroso del otro lado de la *Piazza Venezia*, en la que estábamos.

—No lo sé… —admití, fijándome en sus majestuosas escaleras de mármol blanco y en sus columnas corintias—. Pero tiene que ser importante.

Me giré para ver si Zoe me estaba escuchando, cuando la vi hablando con un policía. ¿Pero qué…? Le estaba tocando el hombro y el tío sonreía como un idiota.

Mi amiga volvió triunfante.

—Es el *Monumento Nazionale a Vittorio Emanuele II*.

Me dejó con la boca abierta.

—Creí que no hablabas italiano.

—Y no lo hablo —respondió, mirándose las uñas—. El lenguaje del amor es universal.

Vaya morro.

—Eh, venid aquí —nos llamó Gus, que había echado a andar hacia el lado contrario.

Nos acercamos hasta la barandilla por la que él se asomaba.

—El foro de Trajano —informé yo.

Las ruinas del foro eran increíbles. Columnas, arcos y bloques de mármol por doquier, que nos daban pistas de cómo había sido en la antigüedad.

—Bueno, todo esto es precioso, en serio, pero… ¿podemos ir al Coliseo de una vez?

Odiaba el poco interés de Zoe, pero luego recordé que habíamos venido a Roma por mí. Seguramente, ella habría preferido Ibiza. Además, yo también me moría de ganas de ver el monumento más representativo de la ciudad eterna.

Tomamos la *Via dei Fori Imperiali*, en cuyo final se podía ya atisbar la silueta del gran *Colosseo*. A la derecha, nos encontramos con un foro más grande que el de Trajano.

—Este es el Foro Romano —expliqué, aun a sabiendas de que a nadie le importaba—. Es uno de los lugares donde se desarrollaba el comercio, los negocios, la prostitución, la religión y la administración de justicia.

—Mira, Zoe, tú habrías vivido aquí —comentó Gus.

—¿Porque adoro las tiendas?

Gus me miró con una risita y yo solté una carcajada.

—Eres malo —lo acusé.

—¿Qué? Tiene que ser eso. No soy religiosa, ni abogada… —Se calló de golpe y luego le dio una colleja a Gus—. Muy gracioso. A ti te habrían quemado por desviarte de la senda del bien, Mariquita Pérez.

Gus se llevó la mano al pecho.

—¿A mí? Vamos, los romanos montaban bacanales. Todo el mundo sabe que perdían más aceite que el coche de Berenice.

—¡Oye! —me quejé.

—Lo siento, cielo, pero es verdad.

Iba a continuar replicando, pero los tres nos quedamos mudos del asombro. El gran anfiteatro se erigía imponente delante de nosotros. Todavía nos quedaban unos cuantos metros para llegar a la plaza, pero desde donde estábamos ya se veía espectacular. Cuando por fin estuvimos lo suficientemente cerca, levantamos la cabeza.

—Berenice, cuéntanos cosas —pidió Zoe con la boca abierta.

No pude evitar sonreír.

—Fue construido en el siglo I por la Dinastía Flavia. Originalmente era denominado *Anfiteatro Flavio,* pero pasó a ser llamado *Colosseum* por una gran estatua que había antes en su lugar. Aquí se celebraban juegos, combates entre gladiadores y hasta naumaquias.

—¿Qué es eso? —quiso saber ella.

—Combates navales.

—¿Barcos? Pero, ¿cómo…?

—Inundaban la arena.

Las caras de mis amigos eran dignas de ser inmortalizadas. ¡Por fin un poco de interés!

—Me siento como Russell Crowe en *Gladiator*.

Las dos miramos a Gus, con su camiseta sin mangas y sus gafas rosa chicle. Luego nos miramos entre nosotras y nos echamos a reír.

—¿Qué? —se quejó él.

—Nada, nada. Eres todo un gladiador —repuso Zoe.

—Lo cierto es que sí te veo con la faldita —dije yo.

—Sois muy graciosas, en serio. Pero, ¿por qué no nos centramos en el edificio que tenemos delante?

—Tienes razón. Mirad —señalé—. Fijaos en los capiteles de las columnas. Los del primer nivel son dóricos, los del segundo jónicos y los del tercero, corintios.

—Es una pasada. —Zoe se acercó para tocar una columna. Gus y yo la imitamos.

Sentir la piedra en la yema de mis dedos despertó mariposas en mi estómago. Su esplendor me hacía sentir pequeña.

Tras un rato haciéndonos fotos y disfrutando de la maravilla arquitectónica que era el Coliseo, giramos a la derecha para ver el Arco de Constantino, un arco del triunfo de más de veinte metros de altura. Gus se empeñó en subirme a sus hombros para hacernos una foto bajo el arco, como si yo fuese Constantino y quisiera celebrar mis victorias. Reímos, corrimos, saltamos hasta quedar exhaustos. Luego torcimos a la derecha por la *Via Sacra* para ver el Arco de Tito, que formaba parte del sureste del Foro Romano.

—A los romanos les encantaba ensalzarse, ¿verdad? —preguntó Gus.

—Desde luego —coincidí.

—Es una muestra de su prepotencia. ¿Os imagináis al Real Madrid erigiendo monumentos cada vez que ganara la *Champions*?

—No seas simple, Zoe —le recriminé—. ¿Cómo vas a comparar batallas épicas por conseguir territorios nuevos con partidos de fútbol y trofeos?

Ella se encogió de hombros, sacó una botellita de agua del bolso y dio un trago.

—Pues también tienes razón… —admitió—. Eh, ¿quiénes son esos?

Seguimos la dirección que nos marcaba su dedo y descubrimos a un grupito de centuriones cerca del Coliseo.

—Ni se te ocurra acercarte —la previne—. Te sacarán un ojo de la cara por hacerte una foto con ellos.

—¿Por qué no los he visto antes…? —murmuró Gus sin dejar de mirarlos.

Bueno, ya los había perdido. A los dos.

—Chicos…

—¡Vamos!

—¡Esperad! —grité, doblando el mapa y echando a correr tras ellos. ¿Era la única que había madurado?

Un grupito de italianos bronceados con actitud de sobrados y túnicas cortas de color rojo se acercaban a los turistas (sobre todo a las chicas) para ofrecer sus servicios. Llevaban brazales de cuero que les cubrían un hombro y cascos con crestas rojas. Algunos sujetaban espadas cortas y otros las tenían envainadas. Cuando llegué ya era tarde. Gus acariciaba parte de la armadura falsa de uno de ellos, que sonreía de forma incómoda. Zoe, sin embargo, tonteaba abiertamente con un tío que me recordaba al Aquiles de Brad Pitt.

—*Sei spagnola*?

—Sí, lo soy. ¿Me dejas tu espada? —preguntó mi amiga con una falsa timidez perfeccionada durante años.

Por lo visto, el tío se defendía en español, ya que le advirtió de que el arma pesaba. Ya, claro. Todos sabíamos que eran de plástico y que solo pretendía hacerse el macho.

—No te preocupes, soy buena con las espadas —replicó ella en tono delator.

«¡Por Dios, Zoe! »

El resto de centuriones estaban intentando atraer turistas muy cerca de allí. Yo misma tuve que evitar a un par para que no se pusieran pesados.

—Berenice, ven aquí —me llamó Zoe.

Me acerqué con las mejillas encendidas hasta ella y su romano.

—Este es Marco.

—*Ciao, Marco* —saludé con una inclinación de cabeza, pero él me cogió y me plantó dos besos en la cara—. Eh… vale… Creo que tendríamos que seguir, Zoe.

—¿Ya? Bueno… Marco, ¿fiesta? ¿Cómo se dice bailar, Berenice?

Suspiré.

—*Ballare*.

Marco asintió enérgicamente y nos marcó en el mapa la dirección. Luego Zoe le pasó las manos por el cuello y le dio un beso en los labios.

—*Ciao, bello*.

—¡Gus! —llamé yo—. ¡Nos vamos!

Gus se despidió de su romano, que suspiró tranquilo cuando mi amigo dejó de sobarle el brazo. Llevábamos solo unas horas en Roma y ya estábamos dando el espectáculo.

—¿A dónde vamos? Espero que valga la pena. Me habéis interrumpido en lo mejor.

—Sí, porque lo tenías en el bote, ¿no? —preguntó Zoe.

—¡Casi!

—¿No podéis comportaros ni un poquito, verdad?

—Ya sabes lo que me ponen los tíos con un uniforme, Berenice —me recordó amablemente mi amiga.

—Sí, bueno. Con uniforme, traje, bata, bañador o incluso con pijama —respondí y ella puso los ojos en blanco.

Poco después vimos un puesto de gorras, sombreros y demás artículos para turistas. Yo no quería acercarme, pero mis dos acompañantes se empeñaron en comprarnos unos *divertidos* gorros.

—Vamos al Circo Máximo. Alessandro me ha dicho que está cerca —dijo Gus.

—El circo máximo es lo que vamos haciendo nosotros… —murmuré.

—No seas aguafiestas —me dijo Zoe, pasando su brazo por el mío—. Nadie nos conoce.

No terminaba de servirme esa excusa, pero era un alivio.

El circo tenía poco para ver, pues era una explanada enorme cubierta de hierba y restos de piedra. Nos compramos un refresco y nos sentamos por allí, observando a turistas de todas las nacionalidades pasar de largo.

—¿Sabéis? —empezó a decir Zoe—. Roma me está gustando más de lo que esperaba.

—No me digas… —contesté, mirándola con las cejas muy levantadas.

—Sí, tiene unos monumentos impresionantes. ¿Verdad, Gus?

Él sonrió de forma pícara.

—Desde luego, impresionantes…

—¡Cortad el rollo! Sé que os referís a los soldaditos.

Estallaron en carcajadas y me obligaron a tumbarme sobre el césped, junto a ellos. Me quedé mirando el cielo azul un buen rato, en silencio, mientras los dos mandriles salidos que tenía a mi lado se limitaban a enumerar la cantidad de atributos que tenían los tipos del Coliseo. De pronto, en la inmensidad del cielo, distinguí una forma conocida. ¿Un delfín? Ya empezábamos. Luego uno siguió a otro, y terminó formándose una manada delante de mis narices. Me incorporé y sacudí la cabeza.

—¿Podemos irnos? —pregunté.

—¿Estás bien? —me preguntó Gus.

—Sí, es solo que… —Me pellizqué el puente de la nariz.

—Delfines —adivinó Zoe. Yo asentí—. ¡Vamos! Hay que mantener la mente ocupada.

Gus dio una sonora palmada.

—¡Andando!

—Son las cinco, si nos damos prisa podemos entrar a *San Pietro in Vincoli*.

—En cristiano, Berenice.

—Es la basílica en la que están las cadenas con las que ataron a San Pedro durante su encarcelamiento en Jerusalén.

—Vale, pues vamos.

Dimos la vuelta, en dirección al Coliseo.

—¿Volvemos? —preguntó Zoe con brillo en los ojos.

—La basílica está al otro lado.

Al llegar, los tipos de las falditas se habían dispersado. Zoe buscó al suyo con los ojos, pero lo encontró coqueteando con tres turistas alemanas.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó—. ¿Cómo se atreve? Son solo tres niñatas. ¿Eso no es ilegal?

Le tiré del brazo para que moviera el culo, cuando me di cuenta de algo.

—¿Dónde está Gus?

—El mío no es gay —dijo él con tristeza, apareciendo de la nada.

No quise decirle que yo lo había descubierto desde el primer momento, así que me limité a acariciarle la cabeza con cariño y cogerlo de la mano.

—Olvidaos de ellos.

De pronto, como si supiera que hablábamos de su clan, un centurión se acercó a nosotros. No era tan apuesto como el de antes, pero tenía carisma. Zoe era casi de su misma estatura, y eso que solo llevaba unas cuñas pequeñas. Si se ponía sus tacones, lo sobrepasaría.

—*Ciao, bella* —saludó él, dirigiéndose a ella.

Zoe lo ignoró para seguir vigilando a su romano, pero él insistió.

—*Ti piace Roma?*

—Déjame en paz —espetó, cabreada.

—*Una donna difficile…* —continuó él, y la cogió por la cintura—. *Che sexy.*

Observé sus ojos castaños cerrarse de golpe cuando Zoe le cruzó la cara de un guantazo.

—¡Eh! —se quejó, llevándose la mano a la mejilla enrojecida.

—No vuelvas a tocarme. Vámonos, chicos.

—*Frigida!* —le gritó él a la espalda. Ella se giró y le tiró a la cabeza la lata del refresco que aún no se había acabado.

Miré a los lados, nerviosa, esperando que los *Carabinieri* no andaran cerca. Seguro que nos detenían por meternos con una atracción turística.

*San Pietro in Vincoli* cerraba a las seis, así que llegamos por los pelos para ver las cadenas, expuestas dentro de una urna con las paredes transparentes y decorada con motivos dorados. También admiramos la estatua de mármol blanco del Moisés de Miguel Ángel.

—¿Por qué tiene cuernos? —preguntó Zoe.

—Porque debió conocer a una antepasada tuya —contestó Gustavo.

Ella le dio un codazo en las costillas y yo me reí antes de contestar.

—Creo que en un principio fue por un error de traducción, pero Miguel Ángel prefirió esculpirlo con los cuernos de todas formas, en lugar de cambiarlos por rayos de luz.

—Moisés estaba *buenorro* —observó Zoe—. Mirad qué músculos. Si hasta se le notan las venas.

—Vámonos… —Tomé aire por vigésimo cuarta vez en dos horas—. Quiero descansar un poco antes de salir esta noche.

—Berenice tiene razón —convino Zoe—. Tenemos que recargar pilas.

No me apetecía mucho salir la primera noche, pero era sábado y mis amigos estaban emocionados. No iba a ser yo la que les fastidiara el plan. Así que, a las seis en punto de la tarde, paseamos por las calles de Roma de vuelta al Hotel Raffaello.

# CAPÍTULO 19

—¿Qué tal me queda?

Miré a Zoe de arriba abajo. El escueto vestido rojo dejaba poco a la imaginación.

—Pareces una fulana.

—Entonces, perfecto.

—Dejadme sitio —pidió Gus, haciéndose un hueco entre las dos. Suerte que el espejo era enorme.

Él empezó a moldearse el pelo con los dedos untados de fijador. Yo ya estaba maquillada, así que salí del baño y comencé a vestirme. Opté por un vestido corto de cuello redondo y falda sueltecita. Era de un color azul eléctrico precioso. Me puse unas cuñas marrones y un bolso a juego, lo suficientemente grande como para meter el móvil, la cartera y un paquete de clínex a presión. También me había dejado el pelo suelto, ya que el planchado todavía me duraba.

—Nena, voy a tener que llevar gafas de sol, porque estás deslumbrante.

Gus me cogió de la mano y me hizo girar sobre mí misma mientras me silbaba. Él se había puesto unos pitillos de color mostaza, una camiseta gris de manga corta y ceñida y un chaleco negro. Llevaba unos mocasines grises con cordones del mismo tono.

—Tú también estás genial, Gus.

—Lo sé —dijo, colocándose el chaleco con chulería. Me encantaba verlo así.

Pero enseguida Zoe nos eclipsó a los dos.

—Madre del amor hermoso… —comenzó a decir Gus.

—¿Qué tal?

—Estás muy buena, maldita —dije yo—. Pero eres un putón.

Con ese escote, en la discoteca querrían contratarla como gogó.

—Vosotros también tenéis un buen polvo, mis amores. ¡*Selfie*!

Juntamos las cabezas y tiramos un beso a la cámara.

Tomamos el metro hasta la *Piazza Caprera* y elegimos un pequeño restaurante con mesas en la calle. Tras pedir algo de pasta y tomarnos una botella de vino entre los tres, caminamos en dirección a la *Fontana di Trevi*. Acabamos tomando el metro otra vez por culpa de los dichosos tacones.

Nos topamos casi de golpe con nuestro objetivo. Resultaba curioso el contraste entre la magnitud del monumento y la estrechez de la plaza en la que se situaba. Las gradas que descendían hasta la fuente estaban abarrotadas de gente.

—Es magnífica —dije yo, embelesada ante la imagen que tenía ante mis ojos. A pesar de ser de noche, la iluminación permitía ver a la perfección todo el conjunto, otorgándole cierto aire melancólico y romántico.

—No me la esperaba así. Es increíble —continuó Zoe, que, por una vez, no se percató de las miradas lascivas de los hombres que tenía alrededor.

—Ese es Neptuno, ¿verdad, Berenice? —preguntó Gustavo.

Asentí.

—Dos tritones guían la carroza y le van abriendo paso.

La mezcla de agua y roca tallada era sublime. Las luces arrancaban destellos anaranjados en la piedra y envolvían la obra de magia.

Zoe comenzó a bajar las escaleras con cuidado hasta el pie de la fuente. Gus la siguió y yo les hice fotos desde arriba.

—¡Berenice! —me saludó Zoe. Gus me hizo señas para que bajara.

De pronto, a través de la cámara, pude ver una cabeza masculina que se giraba hacia mi posición. Como si mi nombre le hubiera advertido de algo. Era guapo, de tez bronceada y mandíbula cuadrada, y sujetaba una cámara profesional con ambas manos. Bajé las escaleras aguantándole la mirada. Aún no podía distinguir el color de sus ojos, pero me parecieron claros. Tenía una barba de pocos días perfectamente recortada.

Cuando ya estaba a punto de llegar hasta mis amigos, el chico levantó la mano. Me giré para comprobar que se dirigía a mí y que no había otra persona devolviéndole el saludo. El corazón me dio un vuelco, pero alcé la mano con timidez y desconcierto.

Abajo, el agobio era aún mayor. Había mucha gente apiñada frente a la fuente, tirando monedas y sacándose mil fotos. Volví a buscar a aquel desconocido, pero no lo vi por ninguna parte. Eso de ser bajita me ponía de los nervios. La gente nos rodeó hasta que llegó un momento en que me costó respirar con normalidad.

—Sacadme de aquí —pedí sin ver a mis amigos.

Alguien me cogió de la mano y tiró de mí. Me dejé arrastrar hasta un espacio menos atestado de personas, creyendo que era Gustavo el que me había salvado. Me equivocaba.

—Hola —saludó el hombre de antes. Azules, sus ojos eran azules.

Sentí cómo el rubor me trepaba hasta la frente.

—Hola —respondí.

¿Por qué me sonreía tanto?

—No puedo creer en mi suerte. ¿Quién iba a pensarlo?

¿De qué diablos hablaba?

—Cuando he oído tu nombre, he creído que eran imaginaciones mías, pero luego te he visto ahí arriba… ¡De verdad eres tú!

Era obvio que me estaba confundiendo con otra… ¿no? A pesar de que mi nombre no fuera demasiado común.

—Gracias por salvarme de eso —dije—, pero…

—Estás preciosa —me interrumpió.

—Gracias, tú también estás genial… —respondí, halagada, aunque igualmente confundida—. Lo siento, pero creo que…

—¡Berenice! —La voz de Gustavo se abrió paso entre el gentío.

Me giré para buscarlo, pero él nos encontró primero.

—¡Zoe, está aquí! —Se percató entonces de que no estaba sola—. Y muy bien acompañada, por lo que veo… Soy Gustavo.

El chico estrechó la mano que mi amigo le ofrecía.

—Román.

Lo miré, perpleja, y luego miré a Gus, que tenía los ojos como platos. Zoe apareció ante nosotros, deslumbrante.

—Zoe, este es Román —les presentó Gus, remarcando mucho la última palabra. Ella me miró con incredulidad. Yo tragué saliva.

—Así que tú eres el famoso Román.

En serio, ¿qué carajo estaba haciendo él aquí?

—¿Famoso? —Me buscó con la mirada y sonrió, algo impresionado—. ¿Les has hablado de mí?

Sonreí con nerviosismo y me encogí de hombros.

—Eso parece —respondí.

Por un momento, los cuatro nos quedamos callados.

—No me llamaste —dijo Román al fin, de forma sorprendentemente directa.

Vaya… Qué pronto empezaban los reproches.

—Ah, eso… —Socorro. *Help*. ¡S.O.S!—. Lo cierto es que…

—Perdió tu número —se adelantó Gus—. ¿Verdad, Be?

Asentí, agradeciendo su agilidad mental.

—Bueno, pero ahora estás aquí. —Esos ojos azules se clavaron en los míos y parecieron leerme el alma. Aparté la mirada, intimidada—. Debe ser cosa del destino.

—No me cabe la menor duda —intervino Zoe, pasándonos cada uno de sus brazos por los hombros—. Bueno, chicos… ¿Qué tal si lo celebramos?

Román tapó el objetivo de la cámara y la guardó en la bolsa que colgaba de su hombro.

—¿Es vuestra primera noche en Roma?

Asentimos. ¿Cuántas noches se suponía que llevaba él allí?

—Nos han recomendado el *Gladiatore*.

—Qué casualidad, pensaba reunirme con un amigo allí más tarde. ¿Os apetece ir ahora?

—¡Sí! —exclamaron Zoe y Gus a la vez, juntando las manos.

Había cierta atracción entre nosotros, pero también mucha timidez. Román no sabía cómo tratarme y yo no paraba de darle vueltas a la tremenda casualidad que había sido toparme con él justo aquí. Recordé lo que Gus me había contado de la noche en la sala Azca y no pude evitar sentirme agradecida.

El *Gladiatore* estaba a unos cinco minutos de la *Fontana di Trevi*. Era un *pub* inmenso con columnas y fuentes de mármol blanco. Los camareros iban vestidos de gladiadores y las camareras cubrían sus pechos firmes con túnicas transparentes.

—Quedaos aquí —indicó Román, dejando la bolsa de su cámara sobre una mesa algo apartada, rodeada de dos sofás—. Traeré algo de beber.

Hablaba con tal soltura que me pregunté cuántas veces había venido a Roma. ¿Por qué estaría aquí ahora? ¿Trabajo? ¿Placer? ¿Para visitar a ese amigo con el que había quedado? Me habría gustado preguntárselo, pero me pareció que sonaría demasiado brusco. Al fin y al cabo, no conocía a este tío prácticamente de nada. Terminé llegando a la conclusión de que había venido con su amigo y se habían separado para reencontrarse luego aquí.

—Voy contigo —dijo Zoe, poniéndose en pie.

Sentí un pinchazo en el estómago. ¿Por qué me molestaba que se fuera con él?

Me quedé a solas con Gus.

—Esto no me puede estar pasando —dije.

—¿Qué?

—¡Que esto no me puede estar pasando! —grité por encima de la música *dance*.

—¡Lo sé! Es increíble. Y no exagerabas en absoluto.

—¿En qué?

—Está buenísimo.

Román volvió con tres copas.

—¿Dónde está Zoe? —pregunté.

Él se sentó a mi lado, dejándome en el medio.

—Vuestra amiga es muy… extrovertida.

Gus cogió su copa y se la llevó a la boca.

—Es una forma muy sutil y amable de decirlo, Román —dijo Gus, guiñándole el ojo.

—¿Siempre hace lo mismo?

—¿El qué? ¿Ligar a los dos minutos de entrar en un local? Sí —admití, dando un trago a mi bebida.

No sabía por qué, pero quería que él supiera que Zoe era así, una mujer promiscua que no sabía tener las piernas cerradas.

—*Salute!* —exclamó, alzando su copa y chocándola con las nuestras.

Con la excusa de que tenía que ir al baño, Gus se levantó y nos dejó solos.

—Pues… El sitio está genial. —Carraspeé, algo incómoda.

Román me miró fijamente.

—Te veo bien.

—Oye, siento no haberte llamado…

—Tranquila, perdiste el número, ¿no?

Yo di otro trago y clavé los ojos en la copa.

—Claro —respondí. No estaba segura de si me creía.

Su olor se colaba a través de mis fosas nasales y me enturbiaba la razón. Su sonrisa perfecta me provocaba mariposas en el estómago.

—Esto… Berenice…

—¿Sí?

Se rascó la nuca y evitó mirarme.

—¿Sigues soltera?

—Ajá.

—¿Y qué tal con ese tío? Ya sabes, el de la exposición.

Se me hizo un nudo en la garganta. A pesar de ser la primera vez que lo veía, al menos en mi memoria, me sentía como si lo conociera. No quería

mentirle, pero tampoco podía explicarle toda la verdad o pensaría que estaba loca.

—Me he olvidado de él. —Bien, eso solo era omitir información.

—¿Seguro?

—Segurísimo.

Su expresión pareció relajarse cuando esbozó una sonrisa cálida.

—He pensado mucho en ti. En si estarías bien. —Puso su mano encima de la mía.

—Eres muy amable para no conocerme de nada —repuse. Él apartó la mano, algo cortado—. No, no me malinterpretes. Te lo agradezco.

—Bueno, técnicamente sigo siendo tu novio. Es normal que me preocupe.

—¿Qué?

—No rompiste conmigo. —Se encogió de hombros y yo me reí con naturalidad.

Tras un rato charlando de lo bonita que era Roma, y con todo el alcohol en el cuerpo, empecé a sentirme realmente cómoda con él.

De pronto, me di cuenta de que hacía mucho rato que estábamos solos. Miré el reloj.

—¿Dónde diablos se ha metido Gus?

Hacía más de media hora que mi amigo se había ido al baño. ¿Y si le había sentado algo mal y estaba vomitando o algo así? Román se ofreció a acompañarme a buscarlo, así que se colgó de nuevo al hombro la bolsa de la cámara y, con la excusa de que había mucha gente y podía perderme, me cogió de la mano durante todo el trayecto. Me pareció una gran idea. Su mano era cálida y áspera, pero muy agradable.

—Si te parece, a partir de aquí seguiré sin ti.

—Claro. —Sonreí, dejándolo entrar al baño de los hombres.

Al cabo de unos segundos volvió a salir solo.

—Ni rastro de tu amigo.

Qué raro… De Zoe ni siquiera me preocupaba, pero ¿qué pasaba con Gus?

—Voy a llamarle al móvil. —Saqué el teléfono, pero Román me impidió hacer la llamada—. ¿Qué pasa?

Señalaba a un rincón de la discoteca tan apartado, que pasaba desapercibido ante un primer vistazo. Gus estaba enrollándose con uno de los camareros.

—Vaya… Al final ha conseguido a su romano.

—Tus amigos son divertidos —observó.

Bueno, me habían dejado tirada la primera noche, así que yo también iba a aprovecharla.

—¿Nos vamos de aquí? —le pregunté a Román, cogiéndole de la mano.

Su sonrisa volvió a dejarme sin respiración.

—Será un placer.

Al salir a la calle, no hice ningún esfuerzo por soltarme. Me sentía tremendamente bien con sus dedos entrelazados con los míos.

—¿Puedo hacerte una foto? —me preguntó.

—Te advierto que no soy muy fotogénica.

—No te creo —dijo, sacando la cámara.

Las calles estaban llenas de gente, pero él parecía saber perfectamente a dónde iba. Le pedí no alejarnos demasiado del *pub*, pues me sabía mal largarme sin avisar, así que decidimos volver a la *Fontana*.

—¿Sabes? Me gusta venir aquí para pensar.

Debió de ver el desconcierto en mi cara, porque añadió:

—Sí, ya sé que está siempre lleno de gente, pero es un sitio mágico, ¿no? Cada pareja está en su mundo, cada persona… Todos alrededor del agua pidiendo deseos. No sé por qué, pero me hace sentir bien.

En realidad, lo que me resultaba más extraño era el hecho de que pareciera hablar de Roma como si viniera cada fin de semana. Como si, cada vez que necesitara un respiro para pensar, cogiera un avión y se plantara aquí. Pero, en lugar de lanzarle mis numerosas preguntas, observé la concurrida plaza, la escultura que nos observaba, el rumor del agua sobre una superficie cubierta de cientos de monedas…

—Es un sitio increíble —coincidí yo.

Román me hizo algunas fotos con la fuente de fondo, pero le hice borrar casi todas.

—Pero si en esta sales preciosa.

—¡Qué dices!

—Tú hazme caso, soy fotógrafo profesional.

Ah, y yo que creía que ese pedazo de cámara era para hacer turismo.

—Parezco la cerdita Peggy —sentencié.

Él se reía de mis comentarios y yo me ruborizaba por sus réplicas.

—Vale, la apago ya —dijo, poniéndole la tapa al objetivo.

Sin decir nada, volvió a cogerme la mano con total naturalidad. Yo la acepté y me aferré con fuerza a ella, como si mis dedos reconocieran ya su contacto. Nos sentamos en un escalón de la plaza y nos quedamos mirando la fuente en silencio.

—Román.

—¿Sí?

—¿Cuánto tiempo te quedarás en Roma? —decidí preguntar por fin.

—Vivo aquí —respondió.

De pronto, mis dedos se aflojaron en su mano. Él pareció percibirlo.

—Bueno… En realidad, vivo a caballo entre Madrid y Roma —se apresuró a aclarar.

—¿Eres italiano? Porque no se te nota el acento.

—Nací y viví en España hasta los trece años. Mis padres se divorciaron, a mi madre le salió un trabajo aquí y… Bueno…

—Entiendo.

Nos quedamos callados. De pronto, la tensión se volvió algo tangible y pesado.

—¿Me dices algo en italiano? —pedí, sin apartar la vista de la fuente.

—*Mi piacciono i tuoi occhi* —dijo con un acento perfecto.

Busqué su mirada.

—¿Qué has dicho?

—Que me gustan tus ojos.

Volví a sonreírle.

—*Grazie*.

Él me besó la mano con cortesía.

—*Prego*.

Decidimos volver al *pub* a encontrarnos con nuestros amigos; el suyo también debería estar esperándolo. Cuando llegamos, encontramos a Gus en nuestra mesa de antes junto a su gladiador. No tardó ni dos segundos en presentárnoslo.

—¿Dónde os habíais metido? —Se fijó entonces en nuestras manos unidas y sonrió a Román—. Ya veo.

Me solté, un poco avergonzada. Román se metió las manos en los bolsillos.

—¿Dónde está Zoe?

Gus me señaló con la cabeza un lugar muy específico: el centro de la pista de baile. Mi amiga se restregaba con un tío enorme de brazos tatuados.

—¿Ese es otro distinto? —se fijó Román, entrecerrando los ojos.

—Zoe se aburre con rapidez —expliqué yo, restándole importancia.

De pronto, alguien cogió a Román por detrás y lo elevó en el aire.

—*Dove sei stato, bastardo?* —le preguntó. Su cara me sonaba muchísimo.

Román carraspeó y me señaló con la cabeza.

—Ah… *capisco*. —El chico me besó la mano—. *Piacere.*

—*Anche per me…?* —Me aventuré.

Román me sonrió y levantó el pulgar. El otro abrió mucho los ojos.

—¡Eres la española! —exclamó en un español de Móstoles—. ¿Dónde está tu amiga?

—¡Eres el centurión! —lo reconocí yo. Pero no el Brad Pitt, sino el otro, el pesado.

—¿Os conocéis…? —preguntó Román, visiblemente confundido.

No pude responder porque justo llegó Zoe, y ella sí reconoció al tipo a la primera.

—¡Tú! —exclamó, señalándolo con una uña larga y roja. Tenía el carmín corrido.

—*Ciao, bella. Mi chiamo Carlo.*

—Corta el rollo, tío —dije yo—.Acabas de hablar en un español muy fluido.

Román soltó una carcajada.

—Se llama Carlos Gómez —reveló él.

—Carlo, si no te importa —se quejó el otro—. Suena mejor.

Román se acercó a mí y me susurró al oído.

—Cree que así liga más con las turistas.

—¡Te he oído!

Yo me eché a reír.

—¿Es amigo tuyo? —le preguntó Zoe a Román.

—Somos uña y carne, nena —respondió Carlo. O Carlos. O como leches fuera.

—Lo que me faltaba… —se lamentó ella, consciente de que tendría que aguantarlo si yo seguía viéndome con Román.

—¿Me has echado de menos?

Ella lo apartó de un manotazo.

—Tu amigo es un pulpo, Román. ¿Lo sabías?

—Algo he oído —reconoció él, tomando asiento. Tiró de mi mano para que me pusiera a su lado.

—Preciosa, sé que te gusto —continuó Carlo. Zoe puso los ojos en blanco—. Lo he notado esta tarde.

—¿Y no has notado el guantazo que te he dado? Qué raro.

Carlo se cruzó de brazos y sonrió con socarronería.

—Una mujer con carácter. Me gusta. Eres apasionada.

Eché la cabeza a un lado para comprobar que Gus seguía con nosotros, pero lo descubrí intentando averiguar qué había cenado su camarero. Supuse que el turno del chico se había terminado, porque si no, no lo entendía. ¿Ligarse a los clientes formaba parte de sus funciones? No sabía si lo hacía para soportar a Carlo, pero Zoe comenzó a aumentar el ritmo de ingesta de chupitos. Después de una hora, llevaba un pedo más que considerable.

—Será mejor que la lleve al hotel —dije. Román me ayudó a levantarla del sofá.

—Berenice, te quiero, ¿lo sabías? —me soltó Zoe cuando me pasé su brazo por el cuello.

—Y yo a ti, cielo —respondí—. ¿Gus?

Él se separó de su gladiador y se despidió con un esfuerzo sobrehumano. No entendí lo que se dijeron, pero mi amigo no dejó de sonreír. Salimos todos a la calle.

—¿Seguro que no queréis que os acompañemos? —se ofreció Román.

—No te preocupes. El aire fresco nos vendrá bien, y aún llegamos al último metro.

Observé que se mordía el labio, indeciso. Le pedí a Carlo que me sustituyera como soporte de Zoe y me acerqué a Román.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Él fue a cogerme de la mano con cautela. Yo se la ofrecí con seguridad y esperé a que volviera a hablar.

—¿Puedo volver a verte?

Sonreí, emocionada por escuchar esas palabras. Pues claro que podía verme, ¡lo estaba deseando!

—Me gustaría mucho —respondí, tratando de controlar mi euforia interior.

—¿Me dejas tu móvil?

Lo saqué y se lo entregué. Lo vi teclear algo y luego me lo devolvió.

—Ahora ya no lo perderás.

Me guardé el móvil otra vez y me quedé allí plantada sin saber muy bien cómo despedirme de él.

—Espero que esta vez me llames —dijo, posando sus ojos un segundo en mis labios.

Y sin más, se apartó de mí para dejarme volver con mis amigos, que me miraban con una media sonrisa acusatoria. Carlo se apartó para dejarme al lado de Zoe de nuevo. Sonreí por última vez a Román y me dirigí hacia el hotel flotando.

# CAPÍTULO 20

Eran las siete de la mañana y yo no podía dejar de dar vueltas en la cama. Llevaba ya un buen rato mirando al techo y pensando en todo lo que había pasado la noche anterior.

Román había aparecido. No sabía si era casualidad o destino, pero allí estaba. Seguía sin recordar la noche que nos habíamos conocido en Madrid, pero, desde el principio, había distinguido en su rostro algo que me resultaba familiar. Quizás esos ojos azules que me advertían de que no tuviera miedo. Sin embargo, lo tenía. ¿Cómo no iba a tenerlo? Él vivía en Roma, yo volvería a Madrid en pocos días. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Por qué no me parecía que sería un simple rollo de vacaciones? Si llegábamos a algo más, que tampoco estaba claro.

Se suponía que yo tenía que dar el siguiente paso. Según él, ya me había dado el teléfono dos veces. Y él ni siquiera tenía el mío. La pelota estaba en mi campo. Pero eso no era lo único que me preocupaba. Había soñado con delfines. Sin embargo, segundos antes de despertarme, el rostro de un hombre se había abierto paso a través del agua. Alguien que me pareció Elías. Quizás estaba exagerando, podía ser solo una reacción normal de mi cerebro. Al fin y al cabo, lo había visto hacía poco. Podía soñar con él como con cualquiera que conociera. Al menos, no había sentido nada al ver su cara, tan solo una punzada de miedo que desapareció al abrir los ojos. Tendría que hablarle a Teo de esto.

Volví a girar sobre la cama y, por fin, Zoe se movió. De no ser porque sentía su respiración, habría afirmado que estaba muerta. La noche la había dejado exhausta y, por lo visto, a Gus también. Harta de esperar más, me levanté y corrí las cortinas. Solo Zoe se quejó, puesto que Gus continuaba con su antifaz sobre los ojos.

—Buenos días… —canturreé mientras agitaba el hombro de ella. Luego le aparté a *Batman* su antifaz.

Sabía que nos habíamos acostado tarde y que tendrían resaca, pero estábamos en Roma y no había tiempo que perder. Además, como no saliera de la habitación acabaría volviéndome loca.

—Piérdete —espetó Zoe, dándose la vuelta.

Gus, sin embargo, se desperezó y me sonrió con dulzura, dejando los ojos al descubierto.

—¡Feliz cumpleaños! —exclamó, terminando con un bostezo.

Yo arrugué la nariz. Treinta años. Ya no era una veinteañera. Miré a Gustavo con complicidad y le hice señas para espabilar a Zoe a nuestra manera: tirarnos encima de ella y hacerle cosquillas.

—¡Os odio! —gritó ella sin dejar de reír, muy a su pesar.

La vimos llevarse la mano a la boca, así que nos apartamos por si echaba la pota. Se levantó con un humor de perros y se encerró en el cuarto de baño. Al cabo de unos cinco minutos, salió colocándose las braguitas de encaje.

—¿Cuánto hemos dormido? —preguntó.

—¿Vosotros? Unas cinco horas. Yo, una menos.

—¿Y por qué cojones me despertáis tan pronto? —se quejó.

—¡Porque estamos en Roma, *amore*! —exclamé entusiasmada—. Y es mi cumpleaños.

Ella se me quedó mirando con los párpados pesados hasta que, finalmente, sonrió y se acercó para abrazarme.

—Felicidades, pendón. ¿Vas a contarnos lo de anoche o qué?

Gus respondió dando palmitas.

—¡Eso, eso! ¿Hubo beso?

—No.

—¿Por qué no? —preguntó mi amiga con la decepción escrita en la cara.

Cierto… ¿Por qué no había habido beso?

—Pues… —No sabía qué responder—. No era el momento, supongo. Nos acabábamos de conocer.

—¡Ay, Dios! —exclamó Gustavo—. ¡Es como una peli de Jennifer Aniston! ¡Qué romántico!

—En las pelis de Jennifer Aniston se besan. Eso es lo romántico —sentenció Zoe, volviéndose a tumbar.

Gus la miró con cara de pocos amigos.

—¿Qué sabrás tú de romanticismo? Román es un caballero.

Zoe chasqueó la lengua.

—Estamos en el siglo XXI y nos vamos en unos días. Berenice no tiene tiempo de andarse con besos en la mano y miraditas furtivas.

—¿Te besó en la mano? —preguntó Gustavo, sorprendido.

Asentí, algo avergonzada.

—Sí, qué atrevido, ¿eh? —se burló Zoe. Yo decidí comenzar a vestirme.

—Cállate —le ordenó Gus, tirándole la almohada.

—¿Y no será gay? —contraatacó ella.

—Te aseguro que no —respondió tajantemente Gus—. Vi cómo la miraba. Créeme, Berenice —dijo, volviéndose hacia mí—, le gustas de verdad.

Zoe soltó un bufido.

—Sois un par de *nenazas*. Así os va.

Ella jamás entendería una relación que no empezara con algo de sexo oral en el lavabo de la discoteca.

—¿Podéis vestiros ya? —les insté, cambiando de tema—. Tengo hambre.

Tocaba el Vaticano, así que no era momento de ir con escotes desproporcionados. Yo me puse un vaquero largo y una camiseta de tirantes de color verde, cuyo cuello redondo era lo suficientemente alto como para no enseñar de más. Gus se vistió con unos pantalones chinos de color negro y una camiseta blanca de manga corta. Zoe, en cambio…

—¿Vas a ir así?

Se miró en el espejo desde todos los ángulos posibles.

—¿Qué pasa?

—¿No te parece que podrías taparte un poco más?

—No seas puritana, Berenice.

—¿Yo te parezco puritana? Pues imagínate cómo será el Papa —me defendí.

—Hace calor y la represión femenina hace tiempo que quedó atrás. Al menos, en su mayor parte.

Puse los ojos en blanco.

—Haz lo que quieras —me rendí—. ¿Nos vamos?

Bajamos al comedor para desayunar, que estaba ocupado por un par de parejas.

—Qué poca gente —observó Gus.

—Lógico, las personas normales aún duermen.

Ignoramos a Zoe y nos dirigimos al bufet libre, que nos ofrecía opciones de lo más variadas. Decidimos hacer un *mix* con lo dulce y lo salado y probar un poco de todo. Con el estómago lleno, nos encaminamos hacia el metro a través de las numerosas calles empedradas de Roma, envueltos por una brisa fresca y calentados por un sol radiante que coronaba el cielo. El veinticuatro de mayo había salido un día espléndido. Nos bajamos en una parada de metro bastante lejana al Vaticano porque queríamos pasear hasta allí y, de esa manera, disfrutar del paisaje. Bordeamos el río Tíber en busca

del Castillo de San’t Angelo. Llegamos al puente, denominado como el castillo, que estaba flanqueado por las estatuas de diez ángeles. Al final, se divisaba esta gran construcción levantada con mármol travertino.

—Fijaos en eso… —Alcé la vista—. Es increíble.

—¿Alguien me puede explicar qué es eso exactamente? —preguntó Zoe, poniéndose la mano como visera, incluso a pesar de que llevaba las gafas de sol. Estaba hecha polvo.

—Es el Castillo de San’t Angelo.

—¿Eso de arriba es un ángel? —preguntó Gus, refiriéndose a la estatua de bronce que coronaba el monumento y empuñaba una espada que apuntaba hacia abajo—. Me suena mucho… ¿No aparece en un libro que estuviste leyendo?

—¡Sí! —exclamé, contenta de que lo hubiera reconocido—. En *Ángeles y Demonios*, de Dan Brown.

—Eso es muy interesante, pero ¿podemos seguir? —insistió Zoe.

—Vale, pero vamos a hacernos una foto —pedí.

Continuamos nuestro camino a través de la *Via della Conciliazione*, el principal acceso a la Plaza de San Pedro. Conforme nos íbamos acercando al Vaticano, sentía una emoción tan grande que casi tenía ganas de saltar.

—Qué pesada con las fotos. ¡Si has hecho más de diez en el mismo sitio!

—Déjame, Zoe —exigí—. O te las haré a ti.

—¿Eso es una amenaza? Vamos, dispara —me retó, poniendo morritos. La verdad es que tenía buen aspecto incluso con los restos de la resaca.

Nos adentramos de lleno en la ciudad del Vaticano, señorial y apacible. Me parecía surrealista estar en un estado independiente tan pequeño pero con tanto poderío.

—Necesito un café —anunció Zoe.

—¿Ahora? —pregunté. La basílica nos esperaba al fondo. Estábamos tan cerca…

—Con urgencia.

—Pues yo me tomaré un helado —dijo Gus, parándose en la puerta de una pequeña heladería—. De vainilla.

Los seguí al interior y descubrí con ilusión que había helado de Nutella. Nos sentamos en un bordillo, a la sombra, a disfrutar de las vistas. Me acabé el helado a todo trapo y me quejé de lo lentos que eran mis amigos hasta que, finalmente, se levantaron.

—Me va a sentar mal el café con tanta prisa.

Como una niña cuando pisa por primera vez Disneyland, así era como yo me sentía en aquellos momentos al pisar el suelo adoquinado de la Plaza de San Pedro. Era una gran explanada trapezoidal que se ensanchaba lateralmente mediante dos pasajes con forma elíptica. En lo alto, sobre una balaustrada, se asentaban las figuras de un montón de santos que parecían proteger lo que rodeaban. En el interior de la plaza se encontraban dos fuentes y en el centro de todo, el gran obelisco egipcio se imponía regio para darnos la bienvenida.

—Es impresionante —escuché decir a Zoe a mi espalda.

—Absolutamente espectacular —coincidió Gus.

Yo estaba que no me lo creía. Miraba a todos lados, intentando empaparme de la historia de aquel lugar y de retener en mi memoria hasta el último detalle.

—Y tanto —continuó Zoe—. Aquí estuvo Tom Hanks.

Los dos la miramos y nos echamos a reír. ¿Eso era lo impresionante?

—Gracias, chicos —dije y los abracé a los dos.

De pronto, Zoe se despegó de nosotros y ladeó la cabeza.

—¿Quiénes son esos?

—La guardia suiza.

—¿Y por qué visten así? —preguntó, refiriéndose al uniforme colorido, los guantes blancos y al yelmo coronado con una enorme pluma.

—Es su uniforme. Se cree que lo diseñó Miguel Ángel.

—Pero…

—Ya, ya sé que son como arlequines. —Me reí.

—Bueno, es una forma sutil para decir payasos —opinó.

Gus se había quedado observando.

—No están mal.

—¿Qué? —pregunté yo, desconcertada.

—Estoy con Gus, hay alguno interesante.

—Pero si estamos a veinte metros…

—Los uniformes, Berenice, son los uniformes. —Mi amiga se encogió de hombros.

—¿Te refieres a ese… pijama? ¿Te pone?

—Es un uniforme, ¿no?

—Sí, pero…

—Pues eso —zanjó ella, sin dar opción a réplica.

Mi amiga debería ir al psicólogo para averiguar a qué venía esa obsesión por los uniformes. Quizás sacara a la luz algún trauma oculto de la infancia, porque aquello ya no era normal.

Finalmente, decidimos hacer cola para entrar a la Basílica de San Pedro. Comprobamos, algo consternados, que las monjas tenían pase VIP. Una de dos: o eran unas enchufadas, o tenían mucho morro. Y, cuando ya nos tocaba el turno, el tío que decidía si podíamos pasar me dijo que no podía entrar con los hombros al descubierto. ¡Mierda! Lo había olvidado por completo. Allí eran muy respetuosos con esas cosas, y no podíamos enseñar ni los hombros ni las rodillas. En ese momento, debían considerarme una pagana impía ligera de cascos.

Aprovechándose de la ignorancia de muchas turistas, había algunos hombres vendiendo pañuelos horrendos junto a la cola. ¿Tres euros por esa cosa despreciable? Pues sí. Seis en el caso de Zoe, que tuvo que comprarse dos porque tenía que taparse también las rodillas.

—Me he cogido el más feo —dije observando mi pañuelo fucsia con libélulas verdes.

—Es increíble. En pleno siglo XXI, esto es increíble… —no dejaba de repetir Zoe, indignada, mientras se ataba los pañuelos como podía. Ella los había cogido de un marrón anaranjado que la hacía parecer un monje Shaolin hortera. Gus no dejó de reírse de nosotras hasta que estuvimos en el interior. Por fuera era maravillosa, con su cúpula blanca y soberana reinando sobre el horizonte. Sin embargo, el interior me resultó sorprendente, pues no era la típica iglesia que parece repetirse una y otra vez.

—Se dice que la Basílica fue construida sobre los restos de San Pedro —informé, sacando mi guía improvisada—. La planta de cruz griega, que luego fue modificada a cruz latina, tiene más de 211 metros de largo y está dividida en cinco naves.

—¿Tú has entendido algo? —murmuró Zoe.

—Nada, pero déjala que disfrute —dijo Gus.

Me giré hacia ellos y sonreí a modo de disculpa.

—Lo siento. Ya sé que me emociono.

—No te preocupes, tú sigue. Nos gusta escucharte aunque no entendamos ni papa —comentó mi amiga—. ¡Uy, ni papa! ¿Lo pillas?

—Sí… Muy ingeniosa —respondí. Gus la miró con la nariz arrugada y ella hizo un mohín con la mano, como si fuéramos idiotas y no

entendiéramos su humor inteligente.

A nuestra derecha se amontonaba mucha gente, y pronto supe por qué.

—Mirad qué maravilla. —Señalé la grandiosa escultura de mármol que nos mostraba a la Virgen María sosteniendo a su hijo después de la crucifixión.

—¿Es la Piedad? —preguntó Gustavo. Yo asentí.

—Es preciosa —coincidió Zoe—. Y parece tranquila.

Era cierto. La cara de la Virgen denotaba calma y resignación, como si ya no sintiera odio por los asesinos de su hijo, sino compasión y tristeza.

Continuamos nuestra visita por la basílica y por las Grutas Vaticanas. Cuando salimos ya era más de mediodía, así que decidimos coger el metro para visitar la Plaza de España antes de comer.

En el centro de esta, y a los pies de la famosa escalinata, se encontraba (según la guía) la *Fontana della Barcaccia*, una mítica escultura de Bernini, que debía su nombre a su parecido con un barco naufragado. Los grandiosos escalones de la plaza, decorados en esta época con varios tipos de flores, ascendían hasta la Iglesia de la *Trinità dei Monti*.

—Corre, Berenice, hazme un video desfilando.

Enfoqué a Zoe con la cámara y me dispuse a grabar sus gráciles movimientos de modelo frustrada, mientras bajaba las escaleras con sus largas piernas. Llamar desfile a eso era un poco exagerado.

—¿Qué tal me veis? —preguntó, unos cuantos escalones más arriba, con los brazos en jarra y haciendo poses.

—Igualita que Esther Cañadas —dije yo.

—¿Por los labios? —repuso Gus en voz baja, a mi lado.

Me reí y continué grabando a mi amiga, hasta que me di cuenta de algo.

—Creo que allí pasa algo. Hay mucha gente.

Gus entrecerró los ojos.

—Parecen modelos de verdad.

Zoe bajó toda ofendida porque habíamos dejado de prestarle atención. Además, el «de verdad» de Gus parecía no haberle sentado muy bien.

—A ver qué modelos son esas —masculló ella, subiendo de nuevo seguida por nosotros.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando descubrí que, frente a un grupo de jóvenes preciosas con cinturas de avispa, estaba Román sacándoles fotos y animándolas con frases como «eso es, preciosa», «sonríe para mí» y «la cámara te adora».

Fue como si alguien me pateara el estómago con una bota de hierro.

—¿Ese es Román…? —preguntó Gus, deslizándose las gafas de sol hasta la punta de la nariz.

Los dos se me quedaron mirando a la espera de una reacción, pero yo solo podía observar la escena, carcomida por los celos.

—¿Sabías que era fotógrafo? —me preguntó Zoe.

Parpadeé varias veces y la miré, avergonzada.

—Sí, bueno, algo me dijo. —Evité añadir que yo había creído que fotografiaba paisajes y monumentos, no mujeres en bikini.

De repente, volver a llamarle no me pareció una opción. Sin embargo, era una estupidez. Apenas nos conocíamos, no tenía ningún derecho sobre él. Nos habíamos dado la mano, sí, pero tampoco es que me hubiera jurado amor eterno. Además, estaba trabajando, ¿no? Empezaba a convencerme de que estaba siendo injusta con él, cuando una de las modelos se acercó para darle un beso en la mejilla. Él sonrió abiertamente y le recordó lo bien que había salido en la foto.

—Vaya, pues no es gay, no. Tenías razón, Gus.

Apreté los dientes y le lancé todo mi odio a Zoe a través de mis pupilas demoníacas.

—Vámonos de aquí.

Comencé a bajar las escaleras a toda prisa, pero la voz de Román me detuvo.

—¡Berenice!

Me paré en seco y me giré con toda la dignidad y frialdad que fui capaz de sacar. Para mi sorpresa, mis amigos no me habían seguido en el descenso; estaban junto a Román y sus modelos. Me hacían señas para que subiera. De mala gana, tuve que hacerlo.

—Hola —me saludó Román enseguida, esbozando la misma sonrisa radiante que la noche anterior.

—Hola —respondí yo con sequedad mientras me cruzaba de brazos. No iba a acercarme más.

Por un segundo, pude ver el desconcierto cruzando fugaz por su rostro.

—Parece cosa del destino que siempre nos encontremos, ¿verdad?

Me encogí de hombros como única respuesta. Zoe me dio un pequeño codazo.

—Así que eres fotógrafo, Román —comentó Gus para paliar la tensión.

—Bueno, lo intento. Berenice pudo comprobarlo anoche.

El chico volvió a mirarme, buscando mi complicidad, pero al ver mi seriedad, soltó un suspiro. Gus me miró y abrió mucho los ojos mientras ladeaba la cabeza un poco. Era un claro aviso para que dejara de ser tan antipática. Pero era mirar los culos tersos de aquellas chicas a solo unos metros y se me revolvía el estómago.

—Y hablando de Berenice. ¿Sabes que hoy es su cumpleaños? —Gus era un bocazas, ¿lo había dicho ya?

—¿En serio? Pues muchas felicidades. —Por cortesía o no, Román se atrevió a recortar la distancia que nos separaba y me dio dos besos. Unos besos suaves y lentos cerca de las comisuras de mis labios. Sentí un escalofrío recorriéndome la columna. Mi piel reconocía la suya.

—Gracias… —respondí algo aturdida, mientras las mejillas empezaban a arderme.

—Esta noche iremos a cenar para celebrarlo. ¿Por qué no te apuntas? —invitó Zoe.

Román me escudriñó, seguramente intentando saber cuál era mi posición al respecto. Yo aparté la vista, cohibida, aunque mucho menos cabreada que antes.

—No sé, no quiero molestar.

—¿Molestar, tú? ¡No digas tonterías! —exclamó Gustavo, colgándose de su brazo—. Eres más que bienvenido, ¿verdad, Berenice?

—Claro. —Me esforcé por sonreír de forma más o menos sincera. Román me devolvió el gesto, visiblemente aliviado.

—En ese caso, será un placer.

Sonreí de nuevo con timidez y me pasé el pelo tras la oreja mientras fijaba los ojos en el suelo. Emoción, celos, vergüenza… ¡Cuántos sentimientos despertaba en mí este hombre!

Ya íbamos a marcharnos, cuando Gus se volvió para añadir algo.

—Ah, y tráete a algún amigo, si quieres.

Zoe le dio un codazo.

—¿Qué dices? ¿Y si trae al plasta de Carlo? —murmuró.

Gus sonrió con malicia y se dirigió de nuevo hacia Román.

—Díselo a Carlo, por ejemplo.

Ella lo miró con la boca abierta y yo no pude evitar echarme a reír.

# CAPÍTULO 21

—Estoy de los nervios.

Retorcía el bolso con mis manos de forma inconsciente. Se me iba a salir el corazón por la boca. ¿Por qué? ¿Porque iba a verlo de nuevo? ¿A qué venía tanta expectativa? El taxista nos miraba fugazmente a través del espejo retrovisor. No tenía ni idea de si entendía algo de español, pero parecía divertirse.

—Lo que estás es preciosa, reina. —Gus sonrió con ternura y puso sus manos sobre las mías—. Pero estate quietecita, me estás mareando.

Mis amigos iban de punta en blanco: Zoe llevaba un vestido corto con lentejuelas doradas y escote palabra de honor. Se había puesto gomina en su largo flequillo, que había pegado a un lado de la cabeza para conseguir un *look* más sofisticado. Era la versión *hot* de las burbujas de *Freixenet*. Gus parecía un modelo de pasarela, con su cuerpo delgadito vestido con un *blazer* azul marino y unos pantalones de tela blancos. Yo, en cambio, había escogido el negro. Me había puesto un vestido de corte asimétrico y un único tirante, que enseñaba más por delante que por detrás. Zoe me había hecho tirabuzones con la plancha para recogerlos en una elegante coleta.

—¿Cuánto dices que queda? —preguntó a la vez que miraba por la ventana.

—Román me ha dicho que estaba cerca del hotel, a unos diez minutos en taxi —contestó Gustavo.

Mi amigo se había tomado la libertad de llamar a Román para que le recomendara algún restaurante. Por lo visto, el fotógrafo le había hablado de uno que ofrecía buena comida, karaoke **y** una discoteca en el piso superior que abría hasta las tres de la madrugada, incluido el domingo. También se había ofrecido a reservar mesa para cinco.

—Espero que no se haya traído a Carlo…

—Zoe, sé amable —pedí yo.

Me miró con sus lentillas verdes.

—¿Sí? Pues sé tú más simpática, bonita. Menudo cuadro el de esta mañana.

—¿Qué? Si no he dicho nada —me defendí, incapaz de reconocerlo.

—Precisamente por eso. El chico ha tenido que flipar.

Me sentía avergonzada por mi actitud. Había sido infantil tratarlo así.

—Déjala, eso es porque le gusta —argumentó Gus—. Estaba celosa.

—Yo no estaba celosa —repliqué enfadada.

—Lo que tú digas —repuso mi amigo, volviéndose hacia el cristal—. Eh, ya hemos llegado.

Bajar de un coche con vestido y tacones es complicado, pero hacerlo sin revelar el color de tu ropa interior es toda una hazaña. Aun así, nosotras lo conseguimos. Y allí estaba él, más guapo incluso de lo que recordaba, sujetando un pequeño ramo de rosas rojas con una mano. Sus ojos azules se clavaron en mí en cuanto salí del taxi y yo no pude evitar fijarme en su percha perfecta. Llevaba el pelo oscuro cuidadosamente despeinado hacia arriba, una camisa negra y unos *Dockers* de color beis rodeados de un cinturón negro. Calzaba zapatos a juego.

—*Buon compleanno*, Berenice —se adelantó Carlo, entregándome una margarita blanca, cuyo tallo goteaba.

—Gracias… —Sonreí con timidez. Miré a mis amigos para descubrir que Zoe arrugaba la nariz, como si estuviera pensando: «¿qué cree que hace este imbécil?».

Gus sonreía con su amabilidad característica.

—Qué bonita. —Me quitó la flor y me dio un empujoncito hacia Román —. ¿Verdad, Zoe?

—Sí, ha sido todo un detalle robarla de la mesa de al lado, Carlo.

El aludido sonrió con chulería.

—*Non ti preocupare, bella*. Robaré otra para ti.

—Piérdete —contestó Zoe para, seguidamente, dejarnos atrás y entrar en el restaurante seguida de Carlo.

—Bueno… Yo voy entrando también —dijo Gus, haciéndome un guiño antes de dejarnos a solas.

Román no dejaba de mirarme fijamente.

—¿Son para mí? —pregunté, señalando las rosas.

Él parpadeó y miró el ramo de flores como si ya no recordara que estaban ahí.

—Qué va. Es que pensaba ir al cementerio luego.

Alcé la ceja.

—Por supuesto que son para ti —se apresuró a decir mientras me las entregaba—. Lo siento, estoy algo nervioso.

Cogí el ramo y me lo llevé a la nariz.

—Son preciosas. Gracias.

—¿Puedo? —preguntó, señalándome para ver si le dejaba acercarse. Yo asentí con la cabeza—. Felicidades.

Su beso había dejado una sensación de hormigueo en mi mejilla. ¿Qué diablos me pasaba con ese tío? Si apenas lo conocía, ¿por qué parecía esto una cita? Solo éramos un grupo de «amigos» algo disfuncional. Lo único que íbamos a hacer era cenar juntos, ¿no?

—¿Entramos? —pregunté algo azorada. Estar a solas con él me hacía ver borroso lo de alrededor, como si solo pudiera enfocar su cuerpo.

Me dejó pasar y me puso la mano en la espalda hasta que llegamos a la mesa, donde me retiró la silla como todo un caballero. Percibí el suspiro emocionado de Gus. El sitio se llamaba *Romasanta*, y estaba decorado con gusto y dinero. Román pidió vino *Chianti* para todos y unos *fussili al pesto*.

—¿Zoe? —pregunté, esperando que se decidiera de una vez.

—¿Qué son los *penne*? Porque suenan bien.

El camarero soltó una risita. Genial, la había entendido.

—Son macarrones —dijo Román, mirándola divertido.

—¿Macarrones? —Parecía decepcionada.

Carlo se apoyó en su respaldo y se acercó a su oído.

—No te preocupes, si esos no te convencen, tengo otro para ti.

Román debió darle una patada, porque Carlo pegó un salto y gritó «¡ay!». Zoe se apartó con asco. El camarero empezaba a impacientarse.

—Tomaré una ración —pidió ella, refiriéndose a los dichosos macarrones —. Ahora ya no podré decir que no he probado los penes italianos.

Me tapé la cara con la mano a modo de visera. Esa coletilla no había sido necesaria.

—Yo también quiero unos penes… digo, *penne* —se corrigió Gus con rapidez—. Caray, qué nombre tan curioso para un plato de comida.

—*Una pizza di prosciutto e funghi per me, grazie.*

Me gustó la opción de Carlo, siempre había lugar para la pizza en mi menú. Sin embargo, decidí probar una lasaña de espinacas. El camarero recogió las cartas y se fue, seguramente maldiciendo a quien le había asignado nuestra mesa y pensando que le esperaba una larga noche. Al cabo de unos minutos, volvió con una botella de vino que descorchó delante de nosotros. Nos sirvió a cada uno y se marchó de nuevo.

—Bueno, ¿qué os parece si brindamos por la cumpleañera? —sugirió Román alzando su copa.

Todos hicimos lo mismo. Un precioso gesto, de no ser por mi querida amiga, que más bien parecía una perra en celo.

—¡Por Sifo! —exclamó.

—¿Sifo? —preguntó Carlo, extrañado.

—Por si fo…

—¡Ya basta! —la interrumpí, metiéndole la servilleta de tela en la boca.

Todos estallaron en carcajadas.

—Me gusta —opinó Carlo—. ¡Por Sifo!

Intentó chocar su copa contra la de Zoe, pero esta se limitó a beber. No entendía por qué era tan arisca con el tipo. Vale que era un poco pesado, iba de gracioso y era el típico fantasma, pero al menos era simpático. Y aunque era un poco bajito para su gusto, sus ricitos castaños y su nariz pequeña le hacían parecer adorablemente travieso.

—Bueno, Berenice, ¿y cuántos cumples? —me preguntó Carlo.

—Colega, a una mujer nunca se le pregunta eso —murmuró Román.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué? ¿Es que parezco vieja?

Él se atragantó con el vino.

—No, claro que no —se apresuró a decir tras romper a toser—. Es solo que, bueno, te acaba de conocer.

Me crucé de brazos y fingí que me había molestado.

—Vaya. Eso no ha sido para nada incómodo —comentó Gus, dando un trago.

—Oye, no me refería a eso —continuó Román—. Perdona.

Me eché a reír y él me miró desconcertado.

—Tu cara no ha tenido precio —dije entre risas. Carlo se unió a mí.

—Es verdad, tío. Tenías que haberte visto.

Román apretó los dientes y se colocó la servilleta sobre las piernas.

—Muy gracioso.

Le sonreí con complicidad y él terminó por corresponderme. Entonces pensé en la edad que tenía en realidad y en lo raro que me resultaba aceptarla.

—Treinta —confesé—. Cumplo treinta.

—Pues eso, una chiquilla —bromeó él.

—Pareces un abuelo hablando así. ¿Cuántos tienes?

—El mes pasado cumplí treinta y cuatro añazos.

—Ah, pues eso está muy bien… —comentó Gus, apretándome el muslo por debajo de la mesa.

Por fin, nos trajeron la cena. Zoe miró su plato con las cejas levantadas.

—Me los imaginaba más grandes.

—¿Te gustan grandes, *amore*? —aprovechó Carlo.

—Come y calla, pesado —le contestó ella, apartándolo con la mano.

Mi lasaña resultó estar exquisita. Román me dio a probar los *fussili*, que también estaban buenísimos.

—Tienes… —Me señaló—. Espera.

Cogió la servilleta y me limpió la comisura del labio con cuidado. Yo me dejé hacer, pero volví a sonrojarme al comprobar que todos nos miraban.

El resto de la cena transcurrió con bastante normalidad. Empezábamos a sentirnos realmente a gusto unos con otros, como si nos conociéramos de toda la vida. Carlo amenizó la velada con algunos chistes verdes y sus consecuentes chascarrillos dirigidos a mi mejor amiga. Por su parte, Zoe empezó a relajarse tras la cuarta copa de *Chianti*.

Al terminar, pregunté por los postres, pero mis acompañantes me dijeron que esperara. Gus se disculpó diciendo que tenía que ir al baño y Zoe dijo que lo acompañaba. Me quedé a solas con los dos romanos.

—Gracias por venir —les dije.

—Gracias a ti por invitarnos —repuso Román—. ¿No, Carlo?

Pero el chico se había quedado mirando el culo de Zoe mientras se alejaba.

—¿Eh? Sí, sí, estupendo. Oye, Berenice, ¿crees que tengo posibilidades con tu amiga?

Bueno, teniendo en cuenta las señales de ella, yo no habría insistido más.

—Pues… No sé, sigue intentándolo a ver. Quien la sigue, la consigue.

Carlo sonrió satisfecho y se levantó para hablar con el camarero. Román se me quedó mirando con una ceja enarcada.

—Me ha dado pena —susurré, y él soltó una risita.

Para mi sorpresa, Gus volvió con una tarta, Zoe con varias copas en las manos y Carlo con una botella de champán. Todo ello al ritmo del cumpleaños feliz español.

—¿Pero qué…?

Román se unió al cántico y yo me quise morir de la vergüenza. Todo el restaurante nos miraba. De hecho, el resto de comensales terminaron aplaudiendo al final de la canción. Soplé las velas y pedí que la vida fuese

generosa con los que estábamos en esa mesa. Zoe y Gus me abrazaron con énfasis. Carlo me dio dos besos muy sonoros, y cuando llegó el turno de Román…

—¿Subimos al piso de arriba? —interrumpió Zoe, ansiosa por que la fiesta empezara.

—¡Claro! ¡Hay karaoke! —exclamó Carlo.

Miré a Román y él se encogió de hombros.

La sala era sorprendentemente grande. Había sofás, mesas, dos barras y un montón de taburetes. Todo alumbrado con luces de neón.

—No pienso cantar —advertí—. Todavía no he bebido suficiente.

—Eso tiene fácil arreglo —dijo Zoe, pidiendo otra botella de champán.

Pero los que terminaron cantando fueron ella y Carlo, a dúo. Un espectáculo.

—Quién iba a decirlo… —observó Gus.

Cuando terminaron, volvieron a nuestra mesa.

—Has estado sublime, preciosa. —Carlo levantó la mano para que Zoe se la chocara.

Tras unos segundos de agonía en los que todos aguantamos la respiración, ella decidió devolverle el saludo.

—Tú tampoco has estado mal, ricitos.

Román y yo nos miramos con una sonrisa de oreja a oreja. ¡Por fin algo de buen rollo!

De pronto, Gus pegó un brinco y sacó el teléfono.

—¡Es Andrea!

—¿Quién es esa? —preguntó Zoe, apurando su vaso. Empezaba a moverse de un lado a otro de forma cómica, como si fuera montada en una barca.

—Es mi gladiador de anoche. He quedado aquí con él. Berenice, espero que no te importe.

Mi amigo me miraba con ojos de cordero degollado, implorando mi beneplácito.

—Te doy mi bendición —le dije, poniéndole la mano en la cabeza.

Él me dio un beso en la frente y salió corriendo escaleras abajo.

—Estos gays y sus nombres afeminados… —observó Zoe, arrastrando las palabras.

—Andrea es un nombre unisex en Italia —informé yo.

—¿Sabes quién no es unisex? —replicó ella, poniéndose en pie y estirándose el vestido mientras buscaba a su próxima víctima—. Yo. Así que, si me disculpáis…

—¡Espera! —gritó Carlo antes de ir tras ella.

Román y yo nos quedamos mirándolos con cariño, como si fuesen nuestros pequeños y se estuvieran haciendo mayores.

—Vaya dos, ¿eh? —dije yo.

Sin embargo, él me miraba fijamente. Su sonrisa se había esfumado.

—Berenice, ¿qué te pasaba esta mañana?

Mierda…

—¿De qué hablas? —Me hice la tonta, creyendo que era la mejor opción.

—Estabas tirante conmigo. ¿He hecho algo malo? Porque si es así, te pido perdón.

Su espontaneidad y su franqueza me resultaban atractivas, pero ahora volvía a sentirme como un monstruo. ¿Se podía ser más perfecto que ese tío?

Negué con la cabeza.

—No, yo soy la que tiene que pedirte disculpas. Tú no has hecho nada malo.

—¿Entonces?

—Soy idiota, no me hagas caso.

No estaba preparada para confesarle mis celos, mi orgullo me lo impedía. Por no hablar del hecho de que hacía apenas veinticuatro horas que nos conocíamos, a excepción de aquellas dos ocasiones que yo seguía sin recordar.

—¿Amigos, entonces? —Alzó la copa.

—Amigos —acepté, aunque empezaba a aspirar a algo más íntimo que su amistad.

Tanto beber me pasó factura, porque tuve que ir al lavabo.

—Vuelvo enseguida.

Una vez allí, me retoqué el maquillaje y miré el móvil, por si con todo el jaleo no había escuchado alguna llamada, aunque mi madre ya me había llamado después de comer y mi hermano me había puesto a Nerea al teléfono justo antes de salir a cenar. Eso quería decir que no quedaba nadie más para felicitarme, porque en el trabajo no teníamos la costumbre de acordarnos.

Me equivocaba. Tenía un mensaje en la bandeja de entrada. «Felicidades, preciosa». No tenía ese número guardado en la agenda, aunque me sonaba de algo. Pero, ¿quién podría tomarse esas confianzas y felicitarme con un mensaje tan directo? No tuve tiempo de pensar en ello, pues Román continuaba esperándome. Guardé el teléfono en el bolso, me peiné el flequillo con los dedos y salí, pero alguien me impidió reunirme con mi acompañante: un gilipollas que tenía complejo de pulpo.

—Oye, ¿puedes dejarme pasar?

—*Bellissima donna* —repetía sin cesar, acercándose entre movimientos de cadera ridículos.

Parecía que no entendía ni una palabra de español.

—¡No! —exclamé mientras lo apartaba con los brazos. Eso tenía que entenderlo. Sin embargo, el alcohol que corría por su sangre le impedía darse por vencido. Se aferró a mi cintura como una lapa y yo intenté soltarme por todos los medios. De repente, el cuerpo de aquel tipo se apartó del mío de golpe y acabó estampándose contra la pared. Descubrí a Román con los puños apretados y una mirada helada.

—*Se la tocchi di nuovo, ti taglio le mani* —amenazó en un italiano embaucador.

El tipo levantó las manos en señal de rendición y se dio la vuelta para largarse. Román se acercó a mí y me cogió de la barbilla para alzarme la cara.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño?

Sus ojos se encontraron con los míos, que se negaron a parpadear.

—¿Qué le has dicho para que se vaya? —pregunté.

—Que eres mi novia.

Entrecerré los ojos, todavía con sus dedos sujetándome la cara.

—Creo que mientes. Has dicho algo de las manos…

Román me soltó y se echó a reír. Sin responder a mi pregunta, me llevó hasta el centro de la pista de baile, donde sonaba una canción de ritmo latino y sugerente.

—¿Bailas conmigo? —Me ofreció su mano y, como si tuviera vida propia, la mía la aceptó de inmediato.

Román me cogió de las muñecas y pasó mis manos tras su cuello, al que yo me aferré con ganas. Él me agarró por la cintura y me atrajo hasta que nuestros cuerpos se rozaron de tal forma que empecé a olvidar que había gente alrededor.

—Te noto cambiada —me dijo, con sus labios muy cerca de los míos.

—¿Respecto a cuándo?

—Respecto a Madrid. Sé que apenas te conozco, pero noto algo distinto en tu mirada… Algo que poco tiene que ver con la tristeza.

Me di la vuelta y pegué mi espalda a su pecho.

—Será porque no estoy triste.

Respondió con un susurro ronco cerca de mi oído.

—No sabes cómo me alegra escuchar eso…

Su aliento acariciando mi oreja me erizó el vello de la nuca. Con un rápido movimiento de manos, me hizo darme la vuelta de nuevo. Nuestras narices se tocaron. Estaba empezando a derretirme.

—Mi deseo se ha cumplido.

—¿Qué deseo?

—Volver a verte —contestó, cerrando los ojos.

Yo le acaricié el pelo y apoyé mi frente en la suya.

—Creo que lanzar esa moneda a la fuente fue la mejor inversión que he hecho en mi vida —dijo, todavía con los ojos cerrados.

—¿De qué moneda hablas?

Levantó los párpados.

—Te lo enseñaré algún día, si quieres.

Me limité a sonreír y a abrazarlo con más fuerza.

—Fíjate en eso —dijo entonces, mirando por detrás de mí.

Me giré a tiempo de descubrir a Gus comiéndose los morros de nuevo con su gladiador, Andrea. Pero, de repente, otra imagen captó mi atención. Zoe salía del baño, colocándose el vestido.

—Otra muesca en la culata… —murmuré.

—Y menuda muesca —observó Román al comprobar de quién se trataba.

Carlo salió colocándose el paquete y sacando pecho, orgulloso. Zoe y él se percataron de que los habíamos visto. Ella se acercó primero.

—No me juzguéis. Lo he hecho para que me dejara en paz de una vez. Con él encima, los tíos ni se me acercan.

—¿Qué, *amore*, segundo *round*? —le preguntó Carlo al llegar hasta ella.

Mi amiga me miró con desesperación.

—Tu estrategia ha funcionado. —Alcé el dedo pulgar y le guiñé el ojo.

—¡Maldita sea!

Zoe echó a andar y Carlo la siguió como un perrito.

—Creo que tienen futuro —dije, volviendo a mirar a Román—. ¿Tú no?

Serio con naturalidad y negó con la cabeza. Ya, a mí también me parecía una locura.

—Ya casi es medianoche —anunció.

—¿Y qué?

—Aún no te he dado un beso de cumpleaños.

Fruncí el ceño.

—Claro que sí, cuando me has dado las rosas…

Me callé. ¿Por qué me miraba tan fijamente con esa sonrisa arrebatadora en los labios? Sin más, pegó su boca a la mía con dulzura y me besó una y otra vez, buscando mi lengua con la suya. Fue el mejor beso de cumpleaños de mi vida.

# CAPÍTULO 22

Los delfines habían acudido a mí en el momento en que Román había aparecido en escena. Como si estuvieran celosos y no pudieran permitir que alguien que no fuera un cetáceo se me acercara en sueños. Me despedí con la mano y me lancé al agua desde el barco para seguirlos mar adentro. Cogida de la aleta dorsal de dos de ellos, me vi arrastrada por su velocidad. Al volver la vista atrás, vi a Román muy quieto en la cubierta del barco, observándome. Conforme me alejaba, su cuerpo se iba a haciendo más y más pequeño.

Me desperté de golpe con la frente perlada de sudor.

—¿Qué bicho te ha picado? —preguntó Zoe, haciendo un esfuerzo titánico por abrir los ojos.

Me incorporé, todavía con el pulso disparado. Gus salió del baño.

—Buenos días, dormilonas.

¿Dormilonas? ¿Qué hora era? Alargué la mano y cogí el móvil de la mesilla.

—Solo son las nueve.

—Ya, pero ayer nos levantamos antes —repuso, poniéndose los pantalones—. Hemos perdido una hora.

—¿Por qué estás tan contento? —preguntó Zoe.

Gustavo se encogió de hombros y sonrió mientras rebuscaba entre sus camisetas.

—¿Y por qué no iba a estarlo? Estoy en Roma con mis dos mejores amigas, ha salido el sol y la vida es maravillosa.

Zoe y yo nos miramos con los ojos entrecerrados.

—Ya, ¿y no tendrá nada que ver Andrea Bocelli en todo esto? —pregunté.

—¿Quién es ese? —me preguntó Zoe en voz baja. Yo sacudí la cabeza para quitarle importancia.

—Puede —admitió Gustavo, fingiendo que estaba muy ocupado con la ropa como para mirarnos.

—Te gusta.

—¿Cómo no le va a gustar? —dijo Zoe—. Estuvo comiéndole los morros toda la noche.

—Pero solo es un *rollete*, ahora soy un *single*.

—Tú ya eras *single* —le recordé.

—Pero ahora estoy orgulloso de ello, ¿vale? Voy a ser un témpano a partir de este momento. He aprendido de mis errores.

No sabía si creerme lo que decía. Gustavo era un romántico, ¿seguro que no se le partiría el corazón cuando volviéramos a casa?

—Y basta de hablar de mí. Conozco a dos pendones que tienen mucho que contar.

—Yo no me acuerdo de nada —dijo Zoe, tapándose la cabeza con las sábanas.

Miré a Gus con complicidad y la destapé.

—¿Qué tal con el *penne* de Carlo?

Mi amiga me fulminó con sus ojos castaños. Me encantaba verla recién levantada. Estaba guapa igualmente, pero volvía a parecer humana.

—Ya he dicho que no me acuerdo. Mi cerebro tiene un mecanismo de defensa que me impide retener recuerdos traumáticos.

—Pues qué suerte —murmuró Gus con la mirada perdida.

—¿Por qué no hablamos de Berenice y de su macizorro de ojos azules? Anoche hicieron el *Dirty Dancing*, pero no sé si llegaron a más.

Me puse roja como un tomate.

—No hay nada de qué hablar. Solo bailamos.

—Bueno, no solo bailasteis —replicó Gus—. Su boca no se apartó de la tuya durante un buen rato.

Sonreí, recordando ese momento.

—Me gusta.

Zoe parpadeó varias veces de forma exagerada.

—¿He oído bien? ¿A Berenice le gusta un tío?

—¡Y qué tío! —exclamó Gustavo.

—Es amable, dulce, respetuoso, divertido, sincero… Lo tiene todo —confesé, temerosa de que, al decirlo en voz alta, el sueño se rompiera en pedazos.

—Y además, tiene un culo prieto que dan ganas de mordisquear.

Alcé la ceja y miré a Zoe.

—¿Qué? No digo que vaya a hacerlo.

Me reí porque, si algo bueno tenía Zoe, era la lealtad hacia sus amigos. Ella jamás habría intentado algo con Román. Además, él no parecía mirarla como el resto de los mortales. Diría que le caía simpática, y seguramente

opinaba que estaba de buen ver (como todo el mundo, eso era algo objetivo), pero nada más.

—¿Sabes? —dijo Gus, dándose la vuelta con su camiseta amarilla—. Creo que está más bueno que Elías.

—Sí —coincidió Zoe—. Y encima no es un pijo prepotente. ¡Agárralo bien y no lo sueltes, cariño!

En ese momento volví a acordarme de algo.

—Por cierto, hablando de Elías… ¿Sabéis si este es su teléfono?

Les enseñé el mensaje que había recibido la noche anterior. Gus comprobó el número en su agenda y me miró con el ceño fruncido.

—Es él.

—Vale, entonces ya puedo borrarlo.

Lo hice, pero de pronto nos habíamos quedado en silencio. Cuando alcé la vista, los vi mirándose preocupados.

—¿Qué os pasa?

—Nada, es solo que… —comenzó a decir Zoe.

—Que nos da rabia que no te deje en paz después de todo, cielo —terminó Gus—. Espero que no te fastidie justo ahora.

Les sonreí para que se tranquilizaran y dejé el móvil de nuevo sobre la mesilla.

—No os preocupéis. Todo va bien.

Me escudriñaron para comprobar que no fingía. Yo me levanté de un salto y golpeé con mi cadera el culo de Gustavo.

—¡Vamos de turismo!

No iba a dejar que ese capullo de Elías me amargara nada. Además, quizás una vez lo fuera todo para mí, pero ¿quién era él ahora? Absolutamente nadie.

En quien no podía parar de pensar era en Román. Cuando lo veía sentía ganas de gritar como una adolescente en un concierto de Justin Bieber. Y eso me asustaba demasiado, pues la relación no tenía ningún futuro.

—Basta, Berenice —le dije a mi reflejo frente al espejo.

Tenía que tener las cosas bien claras. Lo de Román solo era pasajero, un rollo de vacaciones que terminaría en el mismo momento en que hiciera de nuevo el equipaje. Con ese sabor agridulce, me fui a desayunar y, tras atiborrarnos como el día anterior y hacer un esfuerzo enorme por no tumbarnos de nuevo, nos dirigimos hacia la *Piazza Della Rotonda* a pie.

Insistí en estirar las piernas y recorrer las calles de Roma con la cámara en la mano. El cielo vestía de gris esa mañana.

—¿Qué es esto? —preguntó Zoe.

—El Panteón de Agripa.

—¿Panteón? ¿Eso no está en Grecia?

—Eso es el Partenón. Panteones hay muchos —expliqué—. Es un templo dedicado a todos los dioses.

El diseño del Panteón fue revolucionario. Formado por una construcción de una amplia sala redonda adosada a un pórtico de un templo clásico, su técnica se adelantó a los tiempos. En el friso de dicho pórtico podía leerse una inscripción con letras de bronce. Al atravesar el vestíbulo, llegamos a una impactante sala circular cubierta por una gran cúpula. Y justo en el centro de dicha cúpula, el gran óculo parecía observarnos con sus muchos metros de diámetro. La luz blanquecina de aquel día se colaba a través del agujero y se reflejaba en el suelo de mármol. De pronto, unas ligeras gotas de agua comenzaron a caer sobre el pavimento. Cuando quisimos darnos cuenta, se había puesto a llover con fuerza, mojándolo todo.

—¡Pero que tapen eso! —exclamaba Gus, señalando al techo.

Yo sonreía, agradecida por ver tal espectáculo. Por un momento, cerré los ojos y me dejé llevar por el repiqueteo constante de las gotas sobre el suelo.

—¿Qué le pasa a esta? —preguntó Zoe—. ¡Berenice, espabila! Nos vamos a mojar.

—El pavimento es convexo. La lluvia fluye hasta el canal.

—¿Qué canal? ¿De qué está hablando? —le preguntó a Gus.

Saqué la cámara y me puse a grabar.

—Disfrutad de este momento. Somos afortunados.

—Sí, muy afortunados —se escuchó decir a Gus—. Por eso no tenemos paraguas.

Por suerte, la lluvia cesó a los pocos minutos y un débil rayo de sol se abrió paso a través del óculo. ¡Qué preciosa casualidad! Sol y agua a través del óculo en un mismo día.

Salimos para continuar con nuestro recorrido. Entre las visitas más destacadas se encontraba la Fuente de los Cuatro Ríos, en la *Piazza Navona*, formada por una piscina elíptica que tenía en su interior una enorme escultura de mármol sobre la que se elevaba un obelisco egipcio. Ahí era donde se había bañado Tom Hanks al meterse en la piel del profesor Robert Langdon por segunda vez. A Zoe este dato le pareció tan

significativo que decidió meter la mano en la fuente para tocar el agua que había cubierto el cuerpo del actor. Yo le advertí de que esa agua sería otra diferente, pero a ella pareció darle igual.

Retomamos el *tour*. Estábamos en las Termas de Caracalla cuando me sonó el teléfono.

—¿Sí?

Era Román.

—Hola —contesté con una sonrisa. Gus le dio un codazo cómplice a Zoe.

Cuando colgué el teléfono tenía un dilema. Román me había invitado a comer y yo había aceptado, pero me sabía mal dejar a mis dos turistas tirados.

—Chicos…

—Puedes irte —se adelantó Gus.

—Sí, nosotros iremos a comer por el Coliseo dentro de nada.

—¿Por el Coliseo? —pregunté.

—Sí, bueno, ¿qué mejor vista que esa? —respondió Zoe. ¿Se había sonrojado o eran imaginaciones mías?

—¿Y no será que buscas a cierto centurión de hermosos rizos castaños? —la pinchó Gus.

—¿Qué? ¡Claro que no!

Sí, ya no había duda, Zoe se había sonrojado. ¿Le gustaba Carlo?

—Bueno, vamos a terminar de ver este spa medieval —se apresuró a añadir, intentando desviar nuestra atención.

—No es medie… ¿sabes qué? —me interrumpí—. Da igual. ¡Sois los mejores!

Les di un beso a cada uno y comencé a andar en dirección a la *Via delle Terme*; Román iba a recogerme allí.

Llevaba esperando cinco minutos en el lugar acordado cuando lo vi aparecer con sus gafas de aviador en una vespa GTS. Sentí un estallido de mariposas en la boca del estómago.

—¿Te llevo? —preguntó con una de esas sonrisas que quitaban el hipo.

No sabía cómo debía comportarme con él después de… en fin… de darnos el lote. ¿Tenía que darle un beso? ¿Una palmadita en la espalda? Pero no tuve que decidir. Román me entregó un casco blanco, me cogió de la cintura y me atrajo hacia él para darme un suave beso en los labios.

—Agárrate fuerte —me dijo, y yo obedecí. Le rodeé la cintura con los brazos y pegué mi pecho a su espalda. Mariposas de nuevo.

La moto empezó a tomar una velocidad alarmante mientras esquivaba a decenas de coches que no dejaban de saltarse cedas al paso. ¿Por qué nadie ponía intermitentes?

—¿Has visto el templo de Vesta? —me preguntó al pasar junto a un podio circular de columnas corintias.

—No.

Paró la moto delante del templo y por fin pude bajar. Estaba un poco mareada.

—¿Estás bien?

—Estáis todos locos…

Soltó una carcajada y me cogió el casco.

—Te invito a un trozo de pizza, ¿qué me dices?

—Te digo que me muero de hambre.

—Está bien, que sean dos trozos —repuso guiñándome un ojo.

Entramos a una pequeña *trattoria* y terminamos pidiendo dos pizzas individuales. Adoraba la sencillez y la naturalidad de Román. Le conté los monumentos que habíamos visitado esa mañana y serio al escuchar mi relato de la lluvia en el Panteón.

—Tus amigos me caen bien.

Mordí un trozo de pizza y, un tanto avergonzada, me tiré varios segundos para despegar el queso del todo.

—Carlo también es simpático —repuse con la boca llena—. Aunque un poco…

—¿Pervertido?

—Iba a decir bocazas, pero eso también sirve.

Román me observaba con una sonrisa muy tierna, como si mis dificultades con la pizza fueran adorables. Cuando terminamos de comer, salimos a la calle.

—¿A dónde quieres ir?

—Tú eres el que conoce la ciudad, sorpréndeme.

Las comisuras de sus labios se elevaron de forma traviesa.

—Ven conmigo.

Habíamos dado pocos pasos cuando nos paramos frente a algo que yo reconocía de las películas: la *Bocca della Verità*, una antigua máscara de mármol.

Tras esperar a que infinidad de turistas se hicieran la foto de rigor, fue nuestro turno.

—¿Qué haces? —pregunté, viendo que Román se subía la manga hasta el codo.

—Pregúntame lo que quieras. Si miento, perderé la mano dentro de la boca.

—¿Y si dices la verdad?

—No pasará absolutamente nada.

Me gustaba este juego. Debía elegir bien mi pregunta.

—¿Lo que sea? —insistí.

Alargó el brazo e introdujo la mano en la abertura como toda respuesta.

—¿Te gusto? —me atreví a preguntar, algo raro en mí

Él alzó mucho las cejas, sorprendido. Se puso serio de repente.

—No —respondió, y yo me quedé a cuadros. Menudo chasco.

De pronto, empezó a agitar el brazo de forma brusca y a apretar mucho los dientes.

—¡Mierda! ¡Berenice, ayúdame!

—¿De verdad crees que eso va a colar? —pregunté, alzando una ceja.

—¡No estoy bromeando! —exclamó—. Se me ha quedado enganchada con algo y no la puedo sacar.

Mis párpados se entornaron y escudriñaron la expresión de su cara para intentar averiguar si mentía. Obviamente, no había nada diabólico dentro de ese trozo de piedra, pero ¿y si era verdad que tenía los dedos atrapados de alguna forma en una cavidad?

—A ver, déjame que… —empecé a decir mientras estiraba de su brazo.

Él siguió quejándose y removiéndose y yo terminé creyendo que algo malo pasaba. Al cabo de un momento, se paró en seco y se echó a reír. Abrí los ojos como platos y fruncí los labios, cabreadísima.

—¡Idiota! ¡Eres un maldito imbécil! —Le pegué con fuerza en la espalda mientras él continuaba riéndose.

—¡Ay! ¡Para ya! Al final me vas a hacer daño de verdad.

Miré a mi alrededor y comprobé que algunas personas nos estaban mirando.

—Y encima tenemos público —me lamenté—. Esta no te la perdono.

Me di la vuelta y lo dejé atrás. Él corrió para detenerme.

—Berenice, espera. Solo era una broma.

—Eres manipulador —lo acusé, tratando de que se sintiera mal durante un poco más de tiempo. Sería mi pequeña venganza por montar semejante espectáculo delante de la gente.

—Puede. Pero, ¿sabes qué? —me preguntó sin un atisbo de humor en su rostro—. Si la máscara funcionara realmente, me habría quedado sin mano de verdad.

—Ahora no me vengas con esas —respondí, evitando mirarle para hacerme la dura un poco más.

—Palabra de manipulador —dijo, alzando la mano.

—Aún sigo enfadada —mentí.

—¿Y hay algo que yo pueda hacer para arreglar eso?

Me acerqué a él lentamente con una sonrisa torcida. Coloqué mi mano en su pecho y me puse de puntillas hasta que mis labios casi rozaron los suyos. Noté su pulso acelerado bajo la camiseta de algodón. Él cerró los ojos y entreabrió la boca, dispuesto a recibir mi beso. Solo que yo no tenía ningún beso para él en ese momento.

—Puedes llevarme a pedir un deseo —dije antes de bajar los talones y colocarme el casco.

Abrió los ojos, atónito, y sacudió la cabeza.

—Eres perversa.

—¿Me llevas o no? —insistí, subiéndome a la moto.

Suspiró, vencido.

—Tú mandas.

La *Fontana di Trevi* era aún más impresionante a la luz del sol. O eso era lo que a mí me parecía. De noche era romántica y única, pero la claridad del día me permitía disfrutar del contraste entre el mármol blanco y sus aguas turquesas.

Había incluso más gente que la otra noche. Saqué una moneda del bolsillo de mi pantalón y la lancé, pidiendo que aquel sueño no terminara jamás. Román se acercó para robarme un beso.

—¿Se ha cumplido tu deseo?

Me reí y le di una palmada en el hombro.

—No seas fantasma.

Él me pasó el brazo por los hombros para atraerme.

—Puedes pedir deseos de cualquier tipo, como en muchísimas fuentes. Pero hay una pequeña tradición que dice: una moneda y volverás a Roma, dos monedas y conocerás a un italiano, tres y te casarás con él.

—De acuerdo. Empiezo de cero. —Me dispuse a sacar otra moneda, pero él me lo impidió. Sacó una de su bolsillo y me la entregó.

—Con la mano derecha y sobre el hombro izquierdo, ¿vale?

Sonreí, cerré los ojos e hice mi lanzamiento.

—¿Me das otra moneda?

Él me miró fijamente.

—¿Recuerdas que yo no soy italiano, verdad? —me dijo, mientras se sacaba otra del bolsillo.

La rechacé de inmediato.

—¿Qué? —preguntó sin comprender.

—No la necesito. Ni esa ni una tercera moneda.

No quería conocer a ningún italiano, sino pasar el mayor tiempo posible con él.

—¿Estás segura?

Le di un beso y encendí mi cámara.

—¿Puedo hacerte una foto?

Se rascó la nuca, indeciso.

—Salgo fatal en las fotos.

—¿Qué pasa, que si no eres tú el que está tras el objetivo les tienes miedo? —le reté.

—Dispara —me ordenó, haciendo una mueca graciosa.

Le di al botón e inmortalicé a un Román sacando la lengua mientras bizqueaba.

—Tenías razón, no eres muy fotogénico. —Me reí, enseñándole la pantalla.

Él chasqueó la lengua cuando la vio, como si le afectara.

—Te lo dije.

—Creo que voy a echarte de menos —dije, mirando aún la foto en la pantalla.

—¿Crees?

Levanté la vista y me enfrenté a sus ojos.

—Lo sé.

Se acercó para rozar nuestros labios. Apoyó su frente sobre la mía y nos quedamos así un momento.

—Yo también voy a echarte de menos.

# CAPÍTULO 23

—Míralo, está ahí —advirtió Gustavo mientras me sacudía el brazo con una emoción palpable.

Había quedado con Román para desayunar y Gus se había empeñado en acompañarme hasta la cafetería antes de verse con su gladiador. Aún faltaban diez minutos para mi cita, así que prefería no entrar para que no pensara que estaba desesperada por verlo. Aunque comprobar que él ya estaba allí era más que satisfactorio.

—Ya, ya lo veo —repuse yo, soltándome de su amarre.

Estaba a punto de despedirme de él, cuando vi a Román saludando a una mujer.

—¿Quién diablos es esa? —preguntó Gus.

La chica en cuestión era una guapa morena vestida de azul. Me quedé petrificada, como una estatua de mármol de esas que llevábamos viendo a diario desde el sábado.

—A lo mejor solo es una vecina.

—O una modelo —dije yo, llena de rabia.

—No saques conclusiones precipi… —Gustavo se interrumpió a mitad de la frase, justo cuando el abrazo entre ellos empezó—. Bueno, quizás sea una buena amiga.

Miré a mi amigo desde las rendijas en las que se habían convertido mis ojos. Él podía decir lo que quisiera, pero allí pasaba algo. Aquellos dos no dejaban de sonreírse y de tocarse. Después de varios segundos en los que sentí ganas de borrarle la sonrisa de la cara con ácido, Román se despidió de la chica con un beso en la mejilla, tras lo cual ella salió del local. ¿Por qué sentía como si me estuviera engañando? De pronto, sus ojos se encontraron con los míos. Al reconocerme, sonrió y me saludó con la mano como si nada. Yo lo observé unos segundos con la frialdad más absoluta.

—Bueno, yo me largo —dijo Gus, huyendo rápidamente hacia el lado contrario.

—Yo también —murmuré para mí misma, volviendo sobre mis pasos.

Qué idiota había sido. ¡Pues claro que tenía novia, o amiga con derecho a roce, o lo que fuera! Seguramente, tendría varias. Yo misma era una de ellas, ¿no? Él tendría una vida en Roma y seguro que no era tan patética como la mía en Madrid. Y lo peor de todo era que no podía tirarle nada en

cara, nadie había hablado de exclusividad. Y nos acabábamos de conocer, ¡maldita sea! No me parecía que tuviera derecho como para preguntarle esas cosas, no quería asustarlo ni que pensara que yo esperaba algo serio de él. Escuché abrirse la puerta de la cafetería.

—¡Berenice!

Seguí andando. Se dio una carrera para alcanzarme y me retuvo por el brazo.

—¡Eh!

Me giré con los niveles de mi cabreo por las nubes.

—¿Qué?

—¿A dónde vas? —preguntó extrañado.

—Te he visto ocupado y no quería molestar.

Relajó el ceño y acabó echándose a reír, lo que me provocó un ardor desde el estómago hasta la garganta.

—¿He dicho algo gracioso?

—¿Lo dices por la mujer de hace un momento?

—En serio, me da igual. Tú tienes tu vida y yo la mía. Está claro que puedes ha…

—Era mi hermana.

Me callé de golpe.

—¿Tu hermana? —pregunté en tono agudo. Carraspeé.

Él asintió con la cabeza.

—¿Por qué no vamos dentro? Debes de estar hambrienta.

Entrelazó sus dedos con los míos y me llevó hasta la mesa en la que había estado, sobre la que él ya tenía un café a medio tomar. Me senté en frente.

—Tu hermana es muy guapa —murmuré entre dientes.

Román me miró divertido por encima de la taza.

—Nos hemos encontrado por casualidad. Vivimos en la misma ciudad, pero casi nunca nos vemos.

—No tienes por qué darme explicaciones, de verdad.

—¿Seguro? —¿Se estaba aguantando la risa?—. Porque parecías enfadada.

—¿Enfadada, yo? Qué va.

—Echabas chispas por los ojos.

—Habrán sido imaginaciones tuyas —mentí.

—¿Y por qué te ibas?

Mierda. «A ver cómo sales de esta ahora, lista».

—Se me había olvidado la cartera, volvía al hotel. —¿Qué? Genial… ¿Y por eso lo miraba a través del cristal y ni siquiera le avisaba?

—Ya… ¿y no sería que estabas celosa de mi hermana mayor?

—Oye, yo no sabía que era tu herma… —Me interrumpí de golpe al darme cuenta—. Eh, no estaba celosa. No tengo motivos para estar celosa, ¿no? No somos nada.

Clavó sus ojos azules en los míos con una expresión indescifrable.

—Tienes razón —admitió.

—Nunca dijimos que esto fuera exclusivo.

¿Por qué no podía cerrar el pico?

—Entonces, ¿no te molestaría si yo quedara con otras?

Un puñetazo invisible, pero muy real, me golpeó en el estómago.

—En absoluto.

—¿Me estás diciendo que si me vieras con tus propios ojos besando a otra mujer, no sentirías ni la más mínima gota de celos?

Apreté los puños debajo de la mesa, pero me forcé a seguir con mi versión de mujer independiente y liberal.

—Exacto.

La camarera llegó entonces para tomarnos nota. Román repitió con otro café y un par de tostadas. Yo tenía el estómago un poco cerrado por los nervios y el disgusto, así que solo me pedí un gofre con chocolate caliente y un *capuccino*. ¿Qué? De haberme sentido bien, me habría pedido también un *croissant*.

Román no apartaba los ojos de mí. ¿Qué diablos le estaría pasando por la cabeza?

—¿Qué pasa? —dije yo, dando un trago a mi *capuccino*—. ¿Tú si te pondrías celoso?

—Claro que no.

No me gustaba el rumbo que estaba tomando este juego absurdo… Seguro que terminaba perdiendo yo.

—Entonces, perfecto.

Nos quedamos callados durante un rato, limitándonos a desayunar con tranquilidad. Sin embargo, yo tenía un peso en el estómago que el café no pudo diluir.

—Así que somos dos amigos con una relación abierta que jamás se verá afectada por los celos —concluyó.

Bueno, jamás… El viernes yo volvería a casa y él se quedaría en Roma. Jamás era demasiado tiempo.

—Que sí, pesado.

Me miró sin pestañear.

—Estabas celosa.

—No, no lo estaba.

—Lo estabas, igual que el otro día con esas modelos.

Me había pillado.

—No digas chorradas —me defendí, fijando la vista en mi desayuno.

—Solo hacía mi trabajo, no tenías por qué ponerte celosa —se burló.

Clavé el tenedor en el gofre.

—Tú sí que lo habrías estado en mi lugar, no lo niegues. Mira cómo apartaste al tío de la otra noche.

—Te lo quité de encima porque te estaba molestando.

—¿Tú crees? A lo mejor me gustaba que me aferrara con sus fuertes brazos…

—¡Está bien! —me interrumpió—. ¿Sabes lo que es un *Speed Dating*?

Arrugué el ceño.

—¿Qué?

—Es un sistema de citas rápidas.

—Ya sé lo que es, pero ¿a qué viene eso?

—En el café de al lado de mi casa organizan uno esta tarde. Citas de un minuto solamente. ¿Nos apuntamos?

Me reí de la ocurrencia.

—Déjate de tonterías…

—¿Qué pasa? ¿Acaso tienes miedo de verme con otras mujeres?

Fruncí los labios y apreté los dientes.

—Prepárate para sufrir.

Él esbozó una sonrisa burlona y me tendió la mano.

—A ver quién consigue más teléfonos, preciosa.

—Ya lo veremos, guaperas —amenacé, estrechándole la mano para aceptar su estúpido reto.

¿Cómo habíamos llegado a esa situación absurda? Parecíamos dos críos. ¿De verdad íbamos a competir por los ligues?

—Yo invito —dije, y dejé un billete sobre la mesa.

—Creí que se te había olvidado la cartera —contestó con una risita.

Lo fulminé con la mirada.

—Prepárate para morder el polvo esta tarde.

Desde afuera pude distinguir al arrogante de Román hablando animadamente con su amigo.

—Parece que hay un montón de gente —observó Gus—. ¡Qué emocionante!

—Pues a mí me parece patético —repuso Zoe.

—Venga, no seas aguafiestas y entra con nosotros —dijo mi amigo.

—Yo no necesito esto —respondió ella con altanería.

—Vamos, Zoe, ¿de verdad vas a dejar que Román y Carlo nos ganen?

Abrió los ojos un poco y luego se miró el reloj.

—¿Ha venido Carlo? —preguntó fingiendo desinterés.

Gus y yo nos miramos en el acto como dos compinches.

—Compruébalo tú misma —respondí.

Desvió la vista un segundo y carraspeó.

—Bueno, lo haré por vosotros, porque sin mí es imposible que ganéis.

Sacó pecho y entró en el local. Nosotros la seguimos, satisfechos. La cafetería era un poco estrecha, pero su decoración sencilla en tonos neutros la hacía parecer acogedora. A simple vista, distinguí a dos chicas casi perfectas, tres normalitas y una regular. El ganado masculino era un poco peor: un par de tíos decentes, otros dos con pinta de desesperados y uno que parecía de la acera de en frente que, supuse, habría acudido por algún otro motivo.

Ocho hombres y ocho mujeres. Gus tenía pocas posibilidades, pero solo había venido porque le encantaban estos circos. ¿Un *Speed Dating*, y encima en italiano? El espectáculo estaba servido. Cada pareja fue elegida por sorteo, así que las chicas nos sentamos en frente de los chicos y la campanita sonó para anunciar el principio de la primera cita. Román me disparó con una pistola invisible y yo le devolví el tiro, soplando sobre la punta de mi dedo. Me había tocado el que tenía pinta de gay. Mierda, empezábamos bien… Con este no había nada que hacer. Y encima Román estaba coqueteando de forma descarada con una rubia bastante agraciada. Sonó el timbre de nuevo y los chicos cambiaron de mesa. Eché un vistazo a mi alrededor: Román había extendido su mano para acariciar la de una chica alta con cola de caballo.

—Te he dicho que no te acerques tanto —oí decir a Zoe—. ¿Es que no me entiendes? Tú allí —vocalizó de forma exagerada—, y yo aquí.

¿Cómo iba a entenderla aquel desgraciado si hablaba en español?

—Yo es que soy *single*, ¿sabes? *Single* —repitió Gus a mi espalda—. Yo *molto* contento.

Dios santo… la pobre chica que lo estaba escuchando tenía que estar alucinando.

—*Sei bellissima* —dijo de pronto una voz. Miré a mi cita a los ojos; había olvidado que estaba allí.

—*Grazie. Anche tu* —repuse con una sonrisa.

—*Spagnola?*

Sentí los ojos de Román fijos en la escena. Agaché la cabeza y me pasé el pelo tras la oreja con una lentitud premeditada. Esbocé una sonrisa tímida y puse ojitos al chico que tenía en frente.

—Sí. *Di* Madrid.

—*Meravigliosa città* —repuso él con amabilidad.

El tiempo se estaba agotando…

—*Il tuo telefono…?* —pedí sin conjugación alguna. No tenía tiempo, y encima no me acordaba del verbo.

—Por supuesto —repuso él en español con un marcadísimo acento italiano.

El timbre volvió a sonar y me tocó Gustavo. ¿Por qué dos de mis tres citas eran gays? ¡Iba a perder esta maldita tontería!

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó mi amigo.

—Solo tengo un teléfono —refunfuñé.

—Pues creo que Román lleva ya tres.

Miré hacia su mesa y comprobé que me estaba mirando.

—Claro, con su estúpida sonrisa perfecta… —murmuré entre dientes sin dejar de mirarlo.

—Pues yo me estoy divirtiendo de lo lindo. ¿Has visto a Zoe? Mira con quién está.

Comprobé que mi amiga hablaba con Carlo. ¿Por qué sonreía de esa forma?

—¿Crees que le gusta de verdad? —pregunté.

—No lo sé, pero pone cara de idiota y he escuchado su risa de cerdito.

Lo miré sin poder creerlo.

—¡No!

—Te lo juro —dijo, y se hizo una cruz invisible sobre el corazón.

La verdadera risa de Zoe incluía gruñiditos como los que hacen los cerdos al comer. Sin embargo, muy pocos humanos habían podido escucharla. De hecho, era posible que Gus y yo fuésemos los últimos vivos sobre la faz de la Tierra.

Otra vez el dichoso timbre.

—Hola —me dijo un chico delgado con el pelo rubio cayéndole por los hombros. Parecía demasiado joven.

—¿Eres español?

—No, pero *capisco*…

—¡Genial! ¿Cómo te llamas?

—Francesco.

—Berenice. —Le tendí la mano como saludo y él se limitó a besarla.

Román se dio cuenta del beso, yo me di cuenta de que miraba, y me reí de forma exagerada, echando la cabeza hacia atrás, como si Francesco fuese el tío más gracioso del mundo. De reojo, pude distinguir a un Román serio que ignoraba a su cita. Francesco resultó ser nieto de inmigrantes españoles.

—¿Por qué estás aquí? Eres muy joven.

El chico se sonrojó.

—Perdí una apuesta —admitió.

Eso me supuso un alivio enorme.

—Entiendo. —Sonreí—. ¿Sabes qué? Yo estoy en medio de una. ¿Podrías darme tu teléfono y ayudarme a ganarla?

Francesco me miró con sus ojos oscuros y sonrió.

—*Ti piace il ragazzo* con… los ojos azules —terminó de decir en español con un poco de esfuerzo.

—¿Qué?

—*Non ti preocupare*. Tu secreto está a salvo *con me*. —Sacó un papel, escribió algo y me lo entregó—. *Il telefono.*

Le sonreí agradecida antes de que el timbre sonara de nuevo. El corazón me dio un vuelco cuando tuve en frente a mi siguiente cita.

—Hola, amiga.

Román me sonreía con suficiencia desde el otro lado de la mesa.

—¿Qué? ¿Cómo va la cacería, amigo?

—Bien. —Se puso cómodo en su asiento y se cruzó de brazos como si nada—. Bastante bien, de hecho.

Rabia absoluta.

—Bueno, no cantes victoria todavía, machote —respondí, tratando de sonar lo más segura posible—. Esto no ha terminado.

Siguió lanzándome esa estúpida sonrisa provocadora durante varios segundos más, como si quisiera poner a prueba mi resistencia.

—Llevo tres teléfonos —soltó de repente—. ¿Y tú?

—Igual —respondí, aunque era mentira. Solo tenía dos, pero él no tenía por qué saberlo. Aún tenía tiempo de conseguir alguno más.

—¿Seguro que quieres seguir con esto?

—¿Qué pasa, te estás rajando? —me burlé.

Se me quedó mirando sin decir nada.

—Estás preciosa.

El timbre volvió a sonar, dejándome con las palabras en la boca. Román acabó sentado detrás de mí, casi espalda con espalda. Lo escuché coquetear, reír, bromear… Todo eso mientras la ira se iba apoderando de todo mi ser y me había tocado Carlo.

—Estás muy guapa hoy, Berenice.

—Gracias, tú también.

Escuché un carraspeó exagerado a mi espalda. Vi la ocasión y la aproveché. Iba a poner celoso a Román con su mejor amigo.

—De hecho… —continué—, creo que eres el mejor de todo el *Speed Dating*, pero no se lo digas a nadie —susurré, aunque fue un susurro en un tono bastante alto.

—Lo sé —admitió Carlo, pagado de sí mismo—. Pero gracias por decírmelo.

¿De verdad se lo estaba creyendo? Ese tío era un capullo.

—Te agradezco mucho que vinieras a mi cumpleaños… —dije, acariciándole la mano.

Él me sonrió con suficiencia pero, de pronto, vi que observaba algo detrás de mí y se tensaba. Me giré a tiempo de ver a Román con cara de muy pocos amigos. Genial, estaba funcionando. Sin embargo, si le estaba dando celos a Román, quizás también…

Zoe me clavaba sus ojos fríos con dureza. Definitivamente, Carlo le gustaba, así que decidí no seguir jugando. En realidad, el tío no parecía interesado en mí, sino en los piropos que pudiera decirle para subirle el ego. No dejaba de hinchar pecho y mirar hacia Zoe. Quizás estaba intentando darle celos también. Agachó la cabeza y se acercó al centro de la mesa, haciéndome señas para que lo acompañara.

—Berenice, tú no me gustas —susurró—. Lo siento, creo que eres guapa, pero estoy loco por tu amiga. Además… Román…

Le sonreí con sinceridad.

—No tienes de qué preocuparte. Tú a mí tampoco me gustas.

—¿No?

Puse los ojos en blanco.

—No, aunque te parezca imposible, no me siento atraída por ti. Pero necesito que me hagas un favor.

Con el teléfono de Carlo fueron tres. Al final, después de hablar con todos y cada uno de los hombres de aquel tinglado, conseguí cinco teléfonos. Cuando todo terminó, nos juntamos en una misma mesa los cinco. Mi amiga evitaba mirarme.

—Zoe, ¿me acompañas al servicio?

—Está ahí mismo —señaló ella.

—Por favor.

A regañadientes, me siguió hasta los lavabos.

—No me gusta Carlo —dije sin más.

—¿Qué? ¿Y a mí qué me importa?

—Mira, puedes intentar engañar a los demás, incluso a ti misma…

Se miró los zapatos.

—No sé de qué hablas, Berenice.

—Sí que lo sabes, pero no voy a presionarte. Solo quería decirte que Carlo intentaba ponerte celosa conmigo y yo hacía lo mismo con Román. Le he pedido el teléfono solo por eso.

—¿Tienes su teléfono?

—Te lo daré luego.

—No he dicho que lo quiera…

Le sonreí de forma acusadora. La conocía muy bien.

—Solo quería aclarártelo, ¿vale?

—¡Qué tontería! Ya te he dicho que me la suda ese tío. Anda, vamos.

—Lo que tú digas.

Me pasó el brazo por los hombros y volvimos a la mesa de nuevo como las mejores amigas. Entendía lo que ocurría en la extraña mente *cyborg* de mi amiga. Ella jamás se enamoraba. Nunca. Su coraza no se lo permitía. Pero, de algún modo incomprensible para mí, Carlo había conseguido arañar la superficie. Me acerqué a la barra a pedir un vaso de agua y Román apareció a los dos segundos.

—¿Cuántos? —preguntó.

—Cinco. ¿Y tú?

—Te gané por uno.

Me estaba resultando insoportable su sonrisita de sobrado.

—Bueno, seis si cuento el de Gus.

—Gus no cuenta —dijo él.

—¿Por qué no? Participaba en el *Speed Dating*.

Se mordió el labio, pensativo.

—Sí, es verdad, técnicamente contaría, pero ese teléfono ya lo tenías.

—Es un empate, te pongas como te pongas —zanjé, acabándome el vaso de agua.

—¿Vas a llamar a alguno?

Me encogí de hombros.

—No sé, puede. El jovencito rubio era un bombón. Y muy educado.

Román tomó aire y lo expulsó con fuerza.

—Vale, se acabó. Estoy celoso.

Abrí mucho los ojos.

—¿Perdón?

—No quiero compartirte con nadie.

Se sacó del bolsillo de la camisa unos papeles y los rompió en varios pedazos que tiró a la papelera.

—¿Qué haces?

—No me interesan las demás.

Las mariposas de nuevo revoloteando en mi interior.

—¿Estás seguro…?

—¿Lo estás tú? —contraatacó.

Saqué mis teléfonos y los rompí también.

—¿Solos tú y yo? —preguntó, atrapando mi cintura.

Rodeé su cuello con mis brazos y me alcé para besarle. Los vítores de la mesa nos interrumpieron. Al separarnos, sonreí ruborizada. Él se rio e ignoró a nuestros amigos para volver a besarme de nuevo.

—Aún no has visto mi casa.

# CAPÍTULO 24

Román vivía en un estudio con las paredes pintadas de gris claro. Los muebles alternaban blanco y negro de forma original y el parqué de color crema daba calidez al conjunto. El comedor estaba separado de su despacho únicamente por una enorme librería llena de álbumes de fotos y CDs de música. El cuarto de baño estaba al otro lado del despacho, tras su mesa de metacrilato y una silla de cuero. Había un montón de fotos desperdigadas por la superficie de la mesa, así como un portátil abierto, pero apagado.

—Es muy… moderno.

—No te gusta.

—¿Estás de broma? Me encanta —aseguré y me paré a observar las dos lámparas que se habían encendido cuando él le dio al interruptor de al lado de la puerta. Tenían forma de cámaras de vigilancia—. Qué curiosas…

Él percibió que yo me apartaba de lo que habría sido el campo de visión de las cámaras en caso de que grabaran.

—Tranquila, solo dan luz.

—Por si acaso. —Sonreí y me encogí de hombros.

Me acerqué hasta la mesa.

—¿Puedo?

Él asintió y yo empecé a ojear las fotografías. En todas salían mujeres con poca ropa.

—Vaya, son muy artísticas —comenté con sarcasmo. La excusa del arte para ver a tías en pelotas no terminaba de convencerme. En cambio, Román no pareció percatarse. Se acercó hasta la mesa y me obligó a mirarle.

—¿Quieres ver el dormitorio?

Bajé la vista hasta su camisa porque sus ojos hacían que ya me sintiera desnuda. No dije nada, solo dejé que me llevara hasta allí.

—¿Haces lo mismo con todas las chicas que conoces en un *Speed Dating*? —bromeé.

—Solo con las que me gustan.

Le di un codazo. Él serio y me dio un beso en el cuello.

—¿Qué estamos haciendo, Román?

—Yo te estoy besando —respondió sin apartar sus labios de mi piel.

—No me refiero a eso. —Lo aparté con cuidado para enfrentar su mirada —. Me voy en tres días.

Su rostro se ensombreció un momento antes de apartarse un poco más.

—Berenice…

—No voy a poder soportar despedirme de ti —le corté—. No sé si esto es buena idea.

Sus ojos azules me transmitieron la angustia que él también sentía. Me dieron ganas de abrazarlo, pero me contuve.

—Pero yo podré ir a Madrid a verte, tú podrías…

Negué con la cabeza.

—Eso no funcionará y tú lo sabes.

Se limitó a mirarse las manos sin decir nada.

—No quiero dejar de verte —susurró con voz ronca.

—Yo tampoco —admití.

Nuestros ojos se encontraron de nuevo, y yo sentí que el corazón me daba un vuelco. Necesitaba estar entre sus brazos, aprovechar al máximo el tiempo que me quedaba con él, así que me lancé a su cuello y lo besé con la pasión que todavía no había dejado que saliera a la superficie. Esa que sentía en lo más hondo de mi alma y había contenido hasta ahora.

Román me devolvió el beso con la misma fuerza, como si no fuera a dejar que me separara jamás. Atrapada entre sus brazos, era consciente de cada centímetro de mi cuerpo que las yemas de sus dedos recorrían con calma, tratando de alargar este momento. Supe que ambos necesitábamos tomarnos nuestro tiempo, disfrutar de todos y cada uno de los segundos que vendrían a continuación. Sus besos me quemaban mientras enredaba los dedos entre los mechones ondulados de mi pelo. Sus caricias me erizaron la piel cuando descendieron por mis pómulos, recorrieron mi cuello y pasaron entre mis pechos para acunarlos con cuidado. Se apretó más contra mí, pero aún no lo sentía lo suficientemente cerca.

Me apresuré en desabrocharle los botones de la camisa y acariciar el vello de sus pectorales, la línea que bajaba por sus abdominales bien definidos y que se perdía bajo el pantalón. Él me levantó en el aire y yo rodeé su cintura con mis piernas hasta que su espalda dio contra la pared. Su mano subió por mi columna, buscando el broche del sujetador. El momento en el que se oyó el «clic» pareció ser el pistoletazo de salida en una carrera por despojarnos de cualquier prenda que impidiera que nos tocáramos piel con piel. Mis manos se movieron casi automáticas hacia la cremallera de sus vaqueros. Seguimos besándonos hasta que caímos sobre la cama, completamente desnudos. Y, entonces, durante un segundo de

lucidez, fui consciente del cambio de mi cuerpo y de lo expuesta que me sentía ante este hombre. Él pareció darse cuenta de mi vacilación y mi incomodidad, de que trataba de ocultar ciertas zonas con las sábanas. Negó con la cabeza y volvió a destaparme, a devorarme con los ojos y acercarse a mi oído.

—Me gustas, Berenice —susurró—. Me gusta todo de ti.

«Vale, se acabó.» Necesitaba más de él, de sus labios, de sus manos. Gemí, poseída por el deseo más poderoso que había sentido jamás. Dejé de besarle para mirarlo un momento a los ojos, brillantes de excitación y un sinfín de sentimientos. Le acaricié el rostro con los dedos y sonreí antes de volver a besarlo. Nuestras lenguas se enredaron, danzando al unísono como partes de una misma melodía.

El olor de su colonia estaba en mi piel ahora. Tumbada sobre la cama, cerré los ojos y me dejé llevar. Mis uñas se aferraron a la piel de su espalda cuando lo sentí por completo, cuando ya no había forma física de estar más cerca. Las sábanas se arrugaban bajo nuestros movimientos. Atrapé la almohada con una mano, eché la cabeza atrás y abrí los labios para susurrar su nombre una y otra vez, saboreándolo despacio.

Un destello de luz a través de mis párpados cerrados me despertó. Con el ceño fruncido, intenté abrir los ojos con cuidado.

—¿Qué haces? —pregunté, encontrándome con la cámara de Román delante de mi cara.

—Estás preciosa cuando duermes.

Automáticamente, me tapé con la sábana un poco más. ¿Qué diablos estaba haciendo?

—¡Apaga eso!

Dejó la cámara sobre la mesilla y se abalanzó sobre mí para besarme sin dejar de reír.

—¿Tienes hambre?

Me froté los ojos y bostecé. Luego lo miré y asentí. Mientras él pedía comida china por teléfono, yo llamé a Gustavo para avisar de que no iría.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él con excitación.

—Nada… —No podía dejar de sonreír y, aunque él no podía verme, estaba segura de que me lo notaba.

—¡Eres un zorrón!

Solté una risita.

—No me esperéis despiertos —advertí en voz baja para que Román no me escuchara. No quería dar nada por sentado, quizás él tuviera algún plan para después.

Se oyeron gritos de alegría al otro lado del teléfono antes de desearme mucha suerte y recomendarme que tomara algo de hidratos de carbono para coger fuerzas. Colgué con una sonrisa de oreja a oreja y me puse la ropa interior y una camiseta de Román. Sentir su olor de nuevo sobre mí me hacía sentir tan bien…

—Hola —saludé al llegar al despacho.

—La comida vendrá en unos veinte minutos.

Asentí, conforme, y me acerqué para abrazarle. Él me dio un beso en la coronilla.

—¿Ya estás viendo a tus modelos? —lo acusé.

—Son para la exposición de mañana.

Fruncí el ceño.

—¿Qué exposición?

—Mañana exponen mi trabajo en una galería de arte del centro.

Abrí mucho los ojos antes de sonreír.

—¡Enhorabuena!

—Me gustaría que vinieras. Y tus amigos también, si quieren.

Le di un beso en el hombro, que era a lo máximo que podía llegar sin ponerme de puntillas.

—Dalo por hecho.

—¿Te gustan? —preguntó, señalando las fotos.

Hombre, yo solo veía a tías casi en pelotas.

—Esta sí —dije, cogiendo una foto de una anciana a la que le faltaban varios dientes.

Román me la quitó entre risas.

—Trata sobre las mujeres. Los distintos tipos de belleza según la edad.

Los celos son odiosos, no te dejan ver nada con perspectiva. Me había obsesionado con unas cuantas imágenes de jovencitas en ropa interior, pero la verdad era que había muchas más. Mujeres de mediana edad vestidas solo con un delantal de cocina, ancianas con sonrisas agujereadas y arrugas que contaban mil y una batallas… Incluso niñas pequeñas con vestiditos monos por las rodillas, riéndose sobre un columpio.

—Son preciosas —admití.

Era imposible sentirse más feliz de lo que yo me sentía en esos momentos, pero sabía que Dios solo me estaba dando todo aquello porque luego pensaba arrebatármelo de la manera más cruel. ¿Por qué se cebaba conmigo de esta manera? ¿Era porque no había hecho la confirmación?

El timbre sonó y me sacó de mis pensamientos desalentadores.

—Huele que alimenta —dije, cerrando los ojos y dilatando mis fosas nasales.

—Mira que venir a Roma para tomar comida china… —bromeó Román.

—Cállate.

Cuando terminamos de cenar, fuimos al sofá. Allí estuvimos hablando de nuestra infancia, nuestros trabajos, de la vida en general. Habíamos tardado en tener la conversación, pero tal vez lo que necesitábamos era un momento íntimo como este para abrirnos de esa forma.

—Me gustaría conocer a Nerea —dijo.

—Seguro que le caerías genial. —Sonreí al recordar a mi sobrina.

Continuamos hablando de nuestras familias y nuestros amigos hasta que una cosa llevó a la otra…

—¿No has vuelto a ver a Elías? —preguntó él, fingiendo que de repente le interesaban mucho sus nudillos.

Sentí un nudo en el estómago.

—Una vez.

—Ah… ¿Y cómo fue?

—Ese tío es un capullo. Le gusta creer que aún estoy loca por él.

—¿Y por qué cree eso?

Lo miré fijamente a los ojos.

—No lo sé.

Silencio incómodo. No me gustaba el camino que estaba tomando esta conversación, pero sentía la necesidad de ser sincera con él. Al menos, un poquito.

—Me felicitó el cumpleaños.

Se puso serio.

—¿Ah, sí?

—Me mandó un mensaje con un «felicidades, preciosa».

—Entiendo… —Me apartó la mirada, pero yo me acerqué para cogerle la mano.

—No le contesté.

Román levantó la cabeza e intentó sonreír. No me gustaba hacerle daño. Ese imbécil de Elías seguía metiéndose en mi vida aunque ya no perteneciera a ella. Me levanté para sentarme a horcajadas sobre él, cara a cara.

—¿Conoces la leyenda del hilo rojo?

Él negó con la cabeza y me apartó la mirada otra vez. Yo le cogí por la barbilla y le obligué a mirarme.

—«Un hilo rojo invisible conecta a aquellos que están destinados a encontrarse, sin importar tiempo, lugar o circunstancias. El hilo se puede estirar o contraer, pero nunca romper» —recité de memoria—. No podemos verlo, pero está ahí.

Cogí su mano y puse la mía a cierta distancia. Él tocó el espacio vacío que había entre ambas.

—Pues yo no noto nada.

—No rompas el encanto y bésame.

Me hizo caso, pero su beso me pareció triste y nostálgico.

—¿Por qué me rescataste aquella noche en Madrid?

Suspiró.

—No lo sé —respondió.

Me aparté un poco para observarlo mejor.

—Podías haber pasado de largo, pero no lo hiciste. ¿Lo habrías hecho con cualquiera?

Negó con la cabeza.

—¿Entonces?

—No lo sé, Berenice —repitió—. Algo me atrajo hasta ti. Sentí que debía intervenir y… ¿Por qué sonríes?

—El hilo rojo.

Me devolvió la sonrisa y me cogió para que regresara a sus brazos.

—Sea como sea, ahora estamos aquí —dijo.

Yo me apoyé en su pecho y cerré los ojos.

—Y aquí quiero quedarme.

Román no dijo nada durante un buen rato, solo se dedicó a acariciarme el pelo. Yo escuchaba los latidos de su corazón bajo su piel y me sentía en calma.

—Quédate a dormir.

Me desperté en medio de la noche con el sudor empapando mi espalda y la respiración agitada. Los delfines ya no estaban. Ni siquiera se habían dignado a aparecer cuando las caricias de Elías me habían obligado a abrir los ojos, asustada. No había sido un sueño sin más, sino algo parecido a un recuerdo… algo más familiar… ¿Qué me estaba pasando?

Me sentí culpable al descubrir a Román durmiendo a mi lado. Necesitaba respuestas y las necesitaba ya. Me levanté con mucho cuidado para no despertarlo, busqué el móvil en el bolso y me encerré en el baño. Un tono. Dos tonos. Tres tonos. «¡Maldita sea, Teo!»

—¿Berenice? —respondió al otro lado con la voz pastosa.

—Siento si te he despertado, pero tengo que hablar contigo.

—¿Qué pasa?

—Son los delfines. No están.

—¿Cómo que no están?

—Acabo de soñar con Elías. ¡Algo no está funcionando!

Me estaba poniendo de los nervios.

—Cálmate. ¿Cuándo vuelves?

—El viernes. Teo, por favor, ayúdame. No entiendo por qué veo a ese gilipollas.

—Tal vez… algo esté fallando. O necesites otra sesión de hipnosis.

—No me preocuparía si no supiera lo que hay detrás de esto. Por favor, piensa en algo, no quiero estar enamorada otra vez de Elías. No quiero volver a llorar por él.

Teo intentó calmarme antes de despedirse, pero apenas lo consiguió. No podía permitir que todo se fuera a la mierda, todo lo que había avanzado según me habían contado. Además, ¿qué pasaba con Román? ¿Y si volvía a recordar a Elías? ¿Y si terminaba mal por los dos? ¿Tendría que borrar también a Román de mi memoria? ¿Qué utilizaría esta vez, leones? Me senté en la taza del váter e intenté respirar con tranquilidad. Cuando logré calmarme un poco, volví a la habitación. Me quedé quieta al comprobar que Román no estaba en la cama. Me giré para buscarlo y lo encontré de pie, de brazos cruzados.

—Espero que puedas explicarme eso.

—Me has oído. —No fue una pregunta.

—¿Qué está pasando, Berenice?

Me dejé caer sobre la cama, abatida. Había llegado el momento.

—Siéntate, por favor.

Román me hizo caso y se puso a mi lado, aunque dejando una distancia entre nosotros que me pareció un abismo. Le conté todo tal y como me lo habían contado a mí. Mi depresión por el abandono de Elías, mi vergonzosa recaída, la cantidad de idioteces que había hecho desde entonces, e incluso la desesperación que me había llevado a fiarme de un desconocido con pinta de no estar del todo cuerdo.

—Eso es imposible…

—Yo también lo creía —admití—. Pero, al parecer, ha funcionado. O al menos, lo había hecho hasta ahora.

Román tragó saliva.

—Entonces… ¿Ahora estás volviendo a recordar a Elías?

Asentí.

—¿Y lo que sentías por él?

—No —me apresuré a contestar—. Al menos, de momento.

Se llevó las manos a la cabeza y suspiró.

—Siento no habértelo dicho antes, pero no me pareció importante —añadí—. Yo no quería saber nada de aquello, solo seguir con mi vida, y entonces apareciste tú…

Sus ojos azules buscaron los míos.

—¿Qué hiciste con mi teléfono, en realidad?

Miré al suelo, avergonzada.

—Lo tiré.

La magia se había esfumado. Ya no había un resplandor en sus ojos, sino rencor y angustia.

—Lo siento. —Mi voz se quebró un poco al final.

Nos quedamos en silencio un buen rato, hasta que él se puso en pie.

—Tengo mucho que preparar todavía —dijo, dejándome de piedra.

Yo también me levanté y comencé a vestirme.

—Claro, la exposición.

—Puedes desayunar antes de irte.

Era una forma sutil de echarme de su casa, aunque yo ya pensaba irme para dejarle digerir todo aquello.

—No te preocupes, desayunaré en el hotel.

Me acerqué hasta él para despedirme, pero se apartó con disimulo para atarse las zapatillas.

—Román…

—Necesito tiempo, Berenice.

Tiempo… Justo lo que no teníamos. Sabía que si volvía a España y no lo habíamos solucionado, ya no volvería a verlo. Sin embargo, ¿no era eso lo que iba a pasar de todas formas? Tenía un nudo en el estómago.

—Adiós —me despedí, sin dar tiempo a que me respondiera.

Cuando los rayos del sol me hicieron cerrar los ojos al salir, una imagen de Elías volvió a atravesarme como un relámpago de forma dolorosa. Lo único que sentí ante aquello fue el odio más absoluto.

# CAPÍTULO 25

—¿Por qué no estás vestida ya?

—No voy a ir —dije, dándome la vuelta en la cama.

Los brazos de Zoe me hicieron girarme de nuevo.

—Berenice, tienes que ir.

Me incorporé en la cama y me mordí el labio.

—No creo que quiera verme.

—¿Estás de coña? ¿Qué crees que pensará cuando lleguemos sin ti?

No sabía qué debía hacer. Por una parte, sabía que Román necesitaba tiempo para pensar, y deseaba poder dárselo, pero…

—Cielo, tienes que venir —dijo Gus, sentándose a mi lado.

—Vosotros no visteis cómo me miró. Estaba decepcionado.

—Dijo que le gustaba todo de ti, ¿no?

Ese recuerdo me dolió en el pecho.

—Eso fue antes de que me escuchara hablar con Teo —dije—. Lo de ocultarle eso no pareció gustarle en absoluto.

Zoe chasqueó la lengua.

—¿Es que no podías llamar a Teo desde aquí? Mira que eres idiota.

—¡Zoe! —le riñó Gus.

Sacudí la cabeza. No me importaba que mi amiga fuese tan sincera.

—Tenía que habérselo dicho antes.

—Pero, ¿por qué? —insistió ella sin comprender—. Si vas a volver a Madrid en menos de dos días. ¿Para qué estropear el tiempo que os quedaba?

La miré, desconsolada.

—Tienes razón.

—¿Qué? —intervino Gus, indignado—. ¿Desde cuándo tiene razón esta cabeza hueca? Has hecho bien en ser sincera, cariño.

Un resoplido de Zoe.

—¿Tú crees? —pregunté esperanzada.

Gustavo se puso en pie.

—Vístete para que podamos arreglar todo esto.

La galería de arte estaba abarrotada. No veía a Román por ninguna parte.

—¿Dónde se habrá metido? —preguntó Zoe.

De pronto, apareció Carlo. Zoe se colocó el pelo.

—¿Te referías a él? —Gus la miraba con malicia.

—Cállate. Hablaba de Román —espetó ella antes de que Carlo llegara hasta nosotros.

—Hola, chicos —nos saludó él—. Zoe, estás realmente impresionante.

Mi amiga llevaba un vestido rojo hasta las rodillas con pedrería en el escote. Parecía que iba de boda.

—Gracias —contestó como una frágil muñequita inocente. ¿A quién pretendía engañar con esa actitud?

—¿Dónde está Román? —pregunté yo, mirando alrededor.

—Está ultimando unos detalles, volverá enseguida.

Un servicio de *catering* nos ofrecía canapés y copas de Lambrusco. Música clásica de fondo, a un volumen muy bajo, amenizaba el ambiente. Estaba feliz por Román, pues había venido mucha gente. Me disculpé con mis amigos porque quería disfrutar de aquellas fotografías con un poco de intimidad, a pesar de estar rodeada de desconocidos. Reconocí muchas de las que había visto sobre su mesa la noche anterior: la mujer con el delantal, la anciana, las niñas…

De pronto, una me llamó la atención a lo lejos. Tenía de fondo la *Fontana di Trevi*. Conforme me acercaba, me resultaba cada vez más familiar… Ahogué un grito.

—¿Te gusta? —preguntó una voz a mi espalda.

Me giré, sobresaltada, para encontrarme con Román.

—¿Qué hace esta foto aquí? —pregunté yo, todavía afectada.

—Es mi obra maestra, no podía faltar.

Estaba a punto de decir algo, cuando un hombre se acercó a Román y le dio una palmada en la espalda.

—La colección es sublime —opinó—. ¿Cuánto pides por esta?

Abrí los ojos como platos. ¿De verdad este tipo quería comprar una foto en la que yo salía sonriendo como una idiota con el pelo al viento?

—Lo siento, pero esta no está en venta —contestó Román, mirándome a mí.

El hombre se fijó entonces en mi rostro y esbozó una sonrisa. Debía de haberme reconocido.

—Entiendo. Buscaré otra entonces.

Román inclinó la cabeza hacia delante y el hombre se marchó por donde había venido.

—¿Has puesto esa foto ahí solo para exhibirme? Se supone que esto es para ganar dinero —lo acusé, respirando otra vez con normalidad—. Estás loco.

—No quería que una imagen así se quedara fuera de esto, pero tienes razón, Berenice, estoy loco. —Acunó mi rostro con sus manos—. Por ti.

Cerré los ojos para recibir el más cálido de los besos, pero una voz estridente nos interrumpió.

—¡Estáis aquí! —exclamó Zoe—. ¡Uy! Perdón.

Mis amigos y Carlo se acercaron con una sonrisita. Este último le dio una palmada en la espalda a Román.

—Bien hecho, colega.

El hecho de que Carlo felicitara a Román por intentar besarme nos causó gracia a todos. Bebimos vino, charlamos y Román nos hizo un pequeño *tour* guiado por toda la galería. Hasta que llegamos ante una fotografía en concreto.

—¿Esa eres tú? —preguntó Gustavo abriendo mucho los ojos.

Todos nos quedamos callados de golpe. ¿Qué hacía esa foto ahí? Me giré bruscamente para pedir una explicación a Román.

—Yo… no… han debido equivocarse…

Genial. Ahora todo el mundo me estaba viendo dormir desnuda, bocabajo, enroscada en las sábanas blancas de Román, con mi melena esparcida a lo largo de la almohada.

—Yo me quiero morir… —murmuré.

Román parecía acalorado.

—¡Dios, perdóname! Esta mañana han venido a recogerlo todo a mi estudio, yo había sacado y ampliado esta foto después de que te fueras y…

—¿Y no podías haberla escondido debajo de la cama o algo así? —grité histérica—. ¿Qué clase de tío le hace fotos a una chica desnuda mientras duerme?

—¡Lo siento! Iba a decírtelo, de verdad, no pensaba quedármela sin tu consentimiento.

Resoplé.

—Ya, por eso la has hecho a tamaño gigante. ¡Necesito beber!

Gus se abanicaba con la mano, Carlo ladeó la cabeza mientras miraba la foto y Zoe le dio un codazo para que dejara de mirar hasta que se percató de algo.

—Be, ¿eso es una de tus tetas? —preguntó mi amiga, entrecerrando los ojos.

La miré con una angustia tremenda, mientras Gus especificaba en voz alta que solo se trataba del perfil de una de mis tetas, no de la teta entera. Estupendo, mucho mejor así.

Un hombre de unos cincuenta años se acercó hasta la foto y yo me escondí disimuladamente detrás de Zoe. Román me miró con ansiedad antes de atender a un posible comprador de mi semidesnudo.

—*Bellissima fotografia* —dijo en italiano—. *Quanto?*

—*Non è in vendita, scusi* —repuso Román.

El hombre chasqueó la lengua.

—*Un peccato.*

Volvimos a quedarnos los cinco solos y yo me dediqué a acabarme mi copa de vino. Quizás con un par más mi rubor empezaría a confundirse con el alcohol.

—Lo siento muchísimo, en serio… —se disculpó de nuevo Román—. La quitaré ahora mismo…

Lo hizo y pidió a alguien que la guardara.

—¿Era tu venganza, verdad? —le recriminé cuando terminó, mientras tomaba otro sorbo.

—Te juro que no.

Pareció sincero, así que al final no me quedó más remedio que creerle. De hecho, al cabo de un rato incluso conseguimos reírnos del tema. ¿Qué más daba si unos cuantos romanos me habían visto dormir con un pecho al aire? No me conocían y, seguramente, no los volvería a ver en la vida. Pero Román estaba ahí, delante de mí, y necesitaba aclarar las cosas.

—Román, me gustaría hablar de…

—No digas nada, Berenice —me pidió.

—Sé que necesitas pensar… No sabía si venir era una buena idea.

Estábamos empezando a acercarnos más, así que, con un disimulo que dejaba mucho que desear, nuestros tres amigos se dieron la vuelta para dispersarse.

—Me alegro de que estés aquí —dijo, cogiéndome por la cintura—. No tengo nada que pensar.

Le di mi copa para que la sujetara, ya que necesitaba las dos manos libres para enroscarlas alrededor de su nuca y atraerlo hacia mis labios.

—¡Tío! —exclamó Carlo, interrumpiéndonos de nuevo.

Román suspiró con impaciencia.

—¿Y ahora qué?

Su amigo respiraba con dificultad, como si se hubiese echado una carrera para llegar hasta nosotros. Lo miró a él y, con nerviosismo, posó sus ojos unos segundos en mí. Le hizo un gesto a Román para que se acercara. ¿Qué era lo que yo no podía oír? Los dedos de Román perdieron fuerza alrededor de mi cintura y me soltaron. Me quedé como un pasmarote, intentando leer los labios de Carlo a varios metros de distancia. Me pareció distinguir un nombre: Paola.

La reacción de Román al escucharlo me dio que pensar. Se había quedado paralizado, casi horrorizado. ¿Quién coño era Paola y qué le había hecho para cabrearlo tanto?

—Vámonos de aquí. —Me cogió de la mano y me arrastró por el pasillo.

—¿Qué pasa?

—Luego te lo explico.

Pero al girar la esquina, una mujer de pelo dorado y labios rojos apareció de pronto para cortarnos el paso. Se fijó en nuestras manos entrelazadas y sonrió desafiante.

—*Ciao, amore* —saludó.

Fruncí el ceño y miré a Román.

—Mejor explícamelo ahora.

Él me agarró más fuerte de la mano.

—¿Qué estás haciendo aquí, Paola? —le preguntó con sequedad a aquella mujer, ignorando mi comentario.

Paola estaba de buen ver.

—¿No creerías que iba a perderme tu gran exposición, no? —Su español era bueno, aunque se le notaba un marcado acento italiano. Se me quedó mirando—. ¿Y tú eres…?

—Berenice —respondí.

Ella tendió su mano y yo se la estreché. Los dedos de Román se aferraron más a los míos, como si quisiera protegerme (o evitar que me escapara).

—Debes de ser una de las… modelos de mi marido.

¿Marido? ¿Cómo que marido? ¿Se refería a Román?

—Paola, márchate.

Me giré hacia él con el ceño fruncido. No entendía nada.

—¿Román…?

La mujer dio una palmada y se rio de forma estridente.

—¡No me digas que no le has dicho que estás casado! Pobre… —Me miró poniendo morritos, como si le diera pena—. Otra que muerde el anzuelo.

Me costó deshacer el nudo de nuestras manos, pero conseguí soltarme.

—Cada vez te las buscas más vulgares, *caro mio* —atacó la mujer, mirándome de arriba abajo. ¿No acababa de confundirme con una modelo? ¿En qué quedábamos?

—¿Quién coño es esta zorra? —Todos nos giramos hacia Zoe, que observaba a la supuesta mujer de Román por encima del hombro y con cara de asco. Carlo, Gus y ella se habían unido a nosotros y yo ni me había dado cuenta.

Paola le devolvió la mirada y su sonrisa socarrona se esfumó.

—Ah, ya veo —añadió maliciosamente, refiriéndose a Zoe—. Soy la mujer del artista, *bella*.

¿Qué pasaba? ¿Zoe sí le parecía lo suficientemente buena para Román? Me sentí como una mierda seca pegada a una zapatilla vieja. Era verdad que yo no podía competir contra el físico de Paola, ni tampoco contra el de Zoe, pero tampoco estaba tan mal. Y tenía sentimientos, aunque a esa maldita arpía le importaran tres pimientos.

—¿Qué? —exclamaron a la vez Zoe y Gustavo. Se giraron hacia mí, pero yo evité mirarlos.

—Cierra la boca —le espetó Román a su mujer con un tono de voz que daba miedo. Se giró entonces hacia mí—. Berenice, deja que te explique…

Me sentía traicionada.

—No te preocupes —dije, intentando sacar a flote los restos de mi dignidad marchita—, está muy claro.

Esquivé a todo el grupo para largarme de allí.

—Ya te vale, Román —oí decir a Gus.

—Esto lo pagarás caro —amenazó Zoe.

Escuché unos pasos a mi espalda. Alguien me atrapó la muñeca con su mano. Creí que sería mi amigo, pero al girarme descubrí a Román.

—Berenice, espera. Déjame explicártelo.

Tiré del brazo para que me soltara.

—¿Cómo has podido? Me has hecho sentir fatal por no contarte antes lo de Teo, ¿y qué se supone que tengo que pensar yo ahora?

—Escucha…

—Dime una cosa, Román —le corté—. ¿Esa que está ahí es tu mujer?

Tragó saliva.

—Sí, pero…

—No necesito escuchar nada más.

Su rostro se ensombreció.

—Las cosas no son como crees.

Me reí con sarcasmo.

—Eso desde luego. Sabía que no teníamos futuro, pero no sospechaba hasta qué punto.

Me di la vuelta porque no quería seguir enfrentándome a esos ojos azules que me suplicaban quedarme a su lado.

—¡Berenice! —me llamó.

—Será mejor que la dejes en paz, Román. —La voz de Gus sonaba seria, casi amenazante.

—Ya has hecho bastante —oí que remataba Zoe en un tono afilado como un cuchillo.

Mis amigos me alcanzaron ya en la calle. Cerré los ojos e intenté tragar el nudo que se me había encallado en la garganta. No podía dejar que me vieran llorar. Ni Román, ni Paola, ni siquiera mis dos pilares. Ya habían sufrido bastante por mi culpa. Se había acabado la Berenice quejumbrosa, no iba a volver a eso. No acudiría a Teo en busca de otro reseteo mental. Esta vez, me arrancaría a Román del corazón a la fuerza. Como las mujeres valientes.

# CAPÍTULO 26

No podía dormir. Enterarme de lo de Paola había sido la gota que había colmado el vaso. El empujoncito que me faltaba para mandarlo todo a la mierda. Porque, siendo sincera, una relación a distancia habría sido demasiado complicada. Tal vez fuera mejor así. Al fin y al cabo, acababa de conocer a Román, y no había salido de una relación tormentosa como la que supuestamente había tenido con Elías para ahora meterme en otra con un futuro tan incierto. Pero lo que sentía por él era de verdad, un sentimiento más grande de lo que me habría gustado, así que estaba cabreada por haberme entregado a un tío que había terminado decepcionándome, aunque no podía dejar de pensar en que me estaba equivocando. Mi orgullo me había impedido quedarme para escuchar su explicación, pero ¿y si me estaba empeñando en ser una idiota intransigente y tremendamente injusta? Además, necesitaba saber la verdad.

Terminé levantándome de la cama y escabulléndome de puntillas para no despertar a mis amigos. Bajé a recepción y pedí un taxi desde allí que me llevó hasta casa de Román.

—Por favor, espere cinco minutos y, si para entonces no he bajado, márchese —le indiqué al taxista, que entendía español.

Me apeé del coche y le pagué, incluyendo la espera de cinco minutos. Era muy tarde y no sabía si Román estaría durmiendo. Esperaba que a él no le importara la hora. Al fin y al cabo, me había estado llamando durante horas después de que me fuera de su exposición. Estaba a punto de llamar cuando la puerta se abrió de golpe.

—Te llamaré y… —Era Paola, que se interrumpió en cuanto se encontró conmigo de frente—. Vaya, vaya…

Dejé de respirar.

—¿Qué pasa? —preguntó Román desde el interior. Luego se asomó por la puerta y me miró con los ojos como platos—. ¡Berenice!

Paola llevaba los zapatos en la mano y tenía el pelo algo revuelto. Román solo vestía unos pantalones de pijama y, por el gesto de su cara, no se alegraba de verme. Me di la vuelta sin abrir la boca.

—No, espera, no te vayas —me pidió él antes de agarrarme por el brazo.

Me aparté con brusquedad y lo miré con rencor y una rabia insoportable.

—No me toques —murmuré entre dientes.

—Yo ya me iba, bonita —me dijo Paola—. Tu turno.

Eso fue peor que recibir una bofetada.

Román le lanzó una mirada cargada de odio y volvió a fijarse en mí mientras cambiaba su expresión hacia algo que parecía arrepentimiento y disculpa. Algo que ya no iba a tragarme.

—Deja que te lo explique, Berenice. No es lo que parece.

Me eché a reír.

—Típico —mascullé—. Déjalo ya, ¿vale? No tenía que haber venido.

Bajé las escaleras, dejando atrás a esos dos. Los pies descalzos de Román me siguieron a toda prisa hasta la calle y me alcanzaron cuando ya abría la puerta del taxi.

—¡Berenice!

Entré en el coche sin atreverme a mirarlo.

—Al hotel Raffaello, por favor.

—¿No vas a cogerlo? Te ha llamado como treinta veces.

Ignoré a Gus igual que al teléfono.

—Parece que no se cansa —advirtió Zoe, empezando a impacientarse.

Apagué el móvil y di un sorbo a mi *capuccino*. Observé el Coliseo en su tremenda inmensidad y sentí un ramalazo de añoranza.

—¿Tenéis ganas de volver? —pregunté, ajena a sus miradas de preocupación.

Mis amigos se miraron entre ellos.

—Berenice, no tienes por qué hacer eso —dijo Gus con la misma voz que un adulto usaría para hablar con un niño.

—¿Hacer qué?

—Fingir que no ha pasado nada.

—Porque sí ha pasado —añadió Zoe.

Me encogí de hombros.

—Ya lo sé. Román me ha engañado como a una imbécil, lo recuerdo bien.

—Oye, quizás él tuviera alguna explicación convincente…

—Déjalo, Gus. No sigas —pedí—. Solo quiero disfrutar de mi última tarde en Roma.

Ni siquiera tenía ganas de llorar. Me sentía vacía, hueca, rota. Como una muñeca sin vida con una sonrisa postiza.

—¿De verdad no vas a despedirte?

Le dirigí una mirada asesina.

—Vale, ya me callo.

Debía asumirlo. Los hombres no eran de fiar, seguramente moriría sola, rodeada de gatos o pájaros tropicales. Me fijé en mis amigos y sonreí. No estaba tan sola como creía.

—Chicos, quiero daros las gracias una vez más por este viaje.

—Visto lo visto, no sé si ha sido tan buena idea… —se aventuró Zoe con la boca pequeña.

Le cogí la mano.

—Ha sido increíble.

Gus me agarró la mano libre. Nos quedamos callados los tres, observando cómo el sol se ponía sobre el gran Coliseo de Roma.

El teléfono de Zoe comenzó a sonar.

—Es Carlo —me dijo, como si me pidiera permiso para contestar.

—¿Y a qué esperas? Cógeselo.

Mi amiga se me antojó distinta durante esa llamada. Parecía… feliz. Siempre había tenido una vida apasionante, amantes de todas las razas, edades o clases sociales, un trabajo que le encantaba y un vestidor más grande que mi piso actual, pero todo ello desde la perspectiva de un androide frío y calculador. Carlo parecía estar derritiendo esa coraza de hielo un poquito.

Entonces caí en algo. No era justo que ellos pasaran su última tarde en Roma conmigo. Tenían a dos personas de las que despedirse.

Al colgar, Zoe tenía los ojos brillantes.

—Está ahí mismo —dijo, señalando hacia el Coliseo.

Bajamos hasta la plaza para encontrarnos con los centuriones del primer día. Aquel momento parecía ya tan lejano…

Carlo saludó a Zoe con un beso en los labios. Ella se ruborizó y nos miró de reojo.

—Os dejaremos a solas —dije yo, cogiendo a Gus por el brazo.

—Berenice, espera —me detuvo Carlo—. ¿Puedo hablar contigo?

—Carlo, de verdad, no te molestes —me adelanté. Ya imaginaba lo que iba a decirme—. Será mejor dejar las cosas como están. ¿Por qué no te despides de nosotros y le dejas a mi amiga un buen recuerdo de Roma?

El chico asintió, apesadumbrado. Nos abrazó y luego cogió de la mano a Zoe.

—*Piacere* —nos dijo, haciendo un gesto militar como despedida. Le sonreí como respuesta. Era un buen tipo, después de todo.

Gus y yo echamos a andar por la *Via dei Fori Imperiali*.

—Cielo, ¿estás bien?

—Sí —mentí—. Pero… ¿qué hay de ti? ¿No deberías estar despidiéndote de cierto camarero de ojos verdes?

Gustavo fingió desinterés.

—Ah, eso. ¡Qué va! Soy un *single*, no lo olvides.

—Gus…

Rompió su pose para mostrar de verdad lo que sentía.

—No quiero dejarte sola.

Me paré para mirarlo a la cara.

—Quiero que vayas —dije—. Necesito que vayas.

—Be…

—No, Gus. Ya habéis hecho bastante por mí. Y a partir de mañana, seguiremos estando juntos, como siempre. Por favor, ve y aprovecha lo que te queda. Yo estaré bien.

Alzó una ceja, indeciso.

—¿Estás segura…?

Le di un beso en la mejilla y me solté de él.

—Despídete de Andrea de mi parte.

Lo dejé marchar igual que a Zoe. Me sentía mal, pero ellos no podían hacer nada para solucionarlo. Y, aunque hubiesen podido, yo prefería que disfrutaran de sus últimas horas en Roma con las dos personas que habían elegido. De lo contrario, no me lo habría perdonado jamás.

Caminé sin rumbo durante un buen rato, hasta que me topé de lleno con la *Fontana di Trevi*. La plaza estaba tan llena como recordaba. Había familias, parejas y grupos de amigos sacándose fotos desde todos los ángulos posibles. Un anciano enfocaba con la cámara a su mujer mientras le repetía lo guapa que estaba; yo no pude evitar sonreír mientras los observaba. Y allí, sentada en un escalón de piedra y rodeada de tantas personas, derramé mis últimas lágrimas en tierras italianas frente al gran Neptuno.

—¡Ya estoy en casa! —exclamé, atravesando la puerta.

—¡Be! —Mi pequeña corrió hacia mí, tambaleándose sobre sus cortas piernas.

—¡Princesa! —La tomé en volandas y la besé—. ¿Me has echado de menos?

—¡Berenice! —Mi madre se abalanzó sobre mí—. ¿Cómo te ha ido? ¿Nos has traído algo? —preguntó con ojos suplicantes.

—Pues claro.

Saqué la bolsa con los *souvenirs* que habíamos comprado el día anterior. Estaba muerta por el madrugón y el viaje, pero necesitaba ver a mi familia antes de volver a casa. Le entregué a mi madre un bolso italiano que le hizo dar saltitos.

—¿Y para mi pequeña habrá algo? —pregunté. La niña sonrió y me mostró sus dientecitos. Los pocos que tenía. Le saqué un peluche de un león, que era más grande que ella. Tenía la palabra «Roma» escrita en el culo.

—¡Que te muerde! —se lo achuché, y la niña rompió a reír mientras lo abrazaba con fuerza. Pobre león, terminaría lleno de babas.

—¿Quién anda ahí? —Mi padre salió con una de sus sonrisas calmantes —. Te he echado de menos.

Le devolví el abrazo con fuerza y me sentí mejor. Estaba en casa, y tal vez eso no fuese tan malo. Mi madre sacó un picoteo mientras yo le daba el regalo a mi padre y les relataba las mil y una aventuras de Roma, deteniéndome en los detalles más simples, y evitando nombrar a cierta persona.

—Parece que lo has pasado bien —observó mi padre.

—¿Y los italianos qué? ¿Están tan buenos como dicen?

—¡Mamá! —Me reí.

—¿Qué pasa? —preguntó. Yo señalé a mi padre con la cabeza de forma disimulada—. ¡Ah! Tu padre no se enfada.

Miré a mi padre y este se encogió de hombros.

—Nada del otro mundo —respondí, cambiando de tema enseguida.

Fue difícil convencer a mi madre de que necesitaba descansar antes de una gran comida familiar, pero terminé llamando a un taxi para que viniera a recogerme.

—Quédese con el cambio —dije, bajándome del coche. El conductor me dio las gracias y me ayudó a bajar la maleta.

Me quedé en mitad de la calle observando el edificio. Me fijé en sus ladrillos desconchados, en las ventanas abiertas, en la puerta ennegrecida. Y sonreí. Ahora esa era mi casa.

Me costó horrores subir la escalera cargando con la maleta. Cuando llegué a mi piso, me apoyé sobre la pared para tomar aire. Estaba sacando las llaves del bolso, cuando percibí una sombra a mi izquierda. Me giré, apuntando con las llaves como única defensa. Pero las llaves se me cayeron al suelo. Y el alma a los pies.

—Hola.

Me quedé muda de asombro. No eran imaginaciones mías, él estaba ahí de verdad, sentado en el hueco ocupado por los escalones que subían al siguiente piso.

—¿Qué estás haciendo aquí?

# CAPÍTULO 27

—¿Puedo hablar contigo?

Todavía no me podía creer que estuviera junto a mi puerta.

—¿Cuándo has llegado?

—Anoche.

—¿Anoche?

No dijo nada. Sus ojos claros se me clavaron como el hielo.

—Tenía que verte —dijo, acercándose a mí.

Yo di un paso atrás, manteniendo las distancias.

—Esto es acoso, Román.

—Necesito hablar contigo. Por favor —insistió.

Suspiré, cansada de todo eso.

—Márchate —pedí, recogiendo las llaves del suelo.

—Solo te pido unos minutos. Escucha lo que tengo que decirte y luego, si sigues queriendo que me vaya, lo haré. No volveré a molestarte.

El corazón me palpitaba con furia, enviando ecos por todo mi cuerpo. Román estaba allí mismo y yo lo había extrañado tanto… Abrí y pasé arrastrando la maleta.

—¿Puedo entrar?

Lo miré con la ceja levantada. ¿Por qué sino iba a dejar la puerta abierta? Me sonrió, tanteando el terreno, pero no le devolví el gesto. Con un suspiro, entró en casa y cerró tras él.

—Tienes un piso bonito.

—Corta el rollo, ¿quieres? No tengo tiempo para esto.

Me senté en el sofá y le indiqué que podía hacer lo mismo. Me siguió, aunque dejando una considerable distancia entre nosotros. Todo era muy raro.

—Vale, a ver… ¿Por dónde empiezo?

—Por el principio —respondí—. Siempre por el principio.

Tomó aire y comenzó a hablar.

—Conocí a Paola hace unos años en una sesión de fotos. Ella era modelo y yo empezaba a hacerme un hueco en el sector.

Ah, ¿era modelo? Vaya, casi ni lo había notado. Maldito estúpido.

—Por lo visto también te hiciste un hueco entre sus bragas.

—Déjame acabar —se quejó—. Ella estaba pasándolo mal por otro tío, terminé dándole consuelo y… Bueno, acabamos saliendo. La dejé embarazada a los pocos meses.

Sentí que me atragantaba con mi propia saliva.

—¿También tienes un hijo? Esto es increíble… ¿Alguna cosa más? No sé, ¿has estado en la cárcel?

Lo que me faltaba. El rencor empezó a quemarme de nuevo.

—No tengo ningún hijo.

—¿Y lo de la cárcel? —insistí. Ya no me fiaba.

—No he estado en la cárcel.

Era un alivio, pero entonces volví a pensar en lo de su hijo. Si Paola estaba embarazada, pero él no tenía ningún hijo…

—¿Qué pasó con el niño? —quise saber, sintiéndome una insensible.

—Lo perdimos —confesó y los ojos se le humedecieron—. Al poco tiempo de casarnos.

—Lo siento —dije en el tono más amable del que fui capaz. No quería ni imaginar por lo que había pasado, ni tampoco pensar en lo injusta que había sido con él.

—No te preocupes —respondió él—. Son cosas que pasan.

Se hizo un silencio incómodo, así que decidí cambiar rápidamente de tema.

—¿Te casaste porque la dejaste embarazada? —le pregunté. Quizás debería haber preguntado otra cosa, pero fui incapaz de controlar mi lengua.

—Supongo que me sentía responsable. Se mudó conmigo y me convencí de que hacía lo correcto. ¿Qué podía hacer? Ella me necesitaba. —Hizo una pausa larga—. Intentó quedarse embarazada otra vez, pero terminé confesándole que no deseaba tener un hijo. Me había precipitado con todo lo del matrimonio y quería ser sincero con ella.

—Y no se lo tomó nada bien —me aventuré yo.

—Amenazó con suicidarse, se volvió una paranoica y la convivencia terminó siendo insoportable hasta que decidí cortar por lo sano y se marchó de casa. No la había vuelto a ver hasta…

—Hasta la exposición, ya. Y se ve que decidiste repetir —lo acusé.

Suspiró largo y tendido.

—Sé lo que crees haber visto, pero no me acosté con ella.

Acostarse con un ex estaba a la orden del día. Según me habían contado, yo misma era un ejemplo de ello, ¿cómo no iba a pensar que eso era lo que

había ocurrido si la había visto salir de su casa con esas pintas a las tantas de la madrugada?

—Está bien, lo intentó —confesó—. Pero me negué y comenzamos a discutir hasta que terminó convenciéndose de que no tenía nada que hacer conmigo. Nunca más.

Se quedó callado. Y yo también. Su historia tenía sentido, me había dado una explicación razonable, pero seguía dolida con él por haberme ocultado algo así. Y ¿por qué no admitirlo? Estaba celosa de Paola, de sus curvas y de su melena de sirena.

—¿No vas a decir nada? —me preguntó angustiado.

Tomé aire y lo expulsé con calma.

—No lo sé…

—Berenice, te he dicho la verdad. Te lo juro.

—¿Y cómo sé que no me estás mintiendo ahora?

Me cogió de las manos.

—Mírame. Me conoces.

—No, no te conozco —repuse con tristeza—. Y aun así… ¿en qué cambiaría eso las cosas? Tú vives en Roma y yo en Madrid. Lo nuestro no va a ninguna parte.

—No digas eso, por favor… —Cerró los ojos.

Me puse en pie y él me imitó.

Observé al hombre que tenía delante y sentí que jamás encontraría a nadie parecido. Alguien que volara desde Roma hasta Madrid en plena noche para esperar a que yo llegara, para hablar conmigo una última vez.

—Román, esto es demasiado complicado.

—Berenice, si me aceptas, me vengo a Madrid contigo.

Aquello me dejó *K.O*.

—¿Qué? No puedo pedirte algo así.

—No me lo has pedido.

—¿Estás seguro? —logré preguntar con un hilo de voz.

—Nunca he estado más seguro de algo en toda mi vida.

¿De verdad estaba despierta? Porque si era un sueño, no quería que acabara.

—Pero tú tienes allí un hogar… —balbuceé, sintiéndome tremendamente culpable.

Me cogió las dos manos.

—Mi hogar estará donde estés tú.

Romper cada uno de mis esquemas. Eso era exactamente lo que estaba haciendo ese hombre.

—Gracias. —Lo abracé.

—No me las des a mí. Ha sido el hilo rojo.

Me eché a reír, más feliz de lo que recordaba haber estado en mucho tiempo.

—Román —lo llamé, cayendo en algo. Él me observó con atención—. ¿Vas a divorciarte, no?

—Estoy en ello, preciosa —contestó, dándome otro beso en los labios.

Vale, ahora sí. Ahora sí era todo perfecto. Sin embargo, pude percibir que a él había algo que todavía le angustiaba.

—¿Qué pasa?

—Necesito pedirte algo —confesó—. Algo muy importante para mí.

—¿De qué se trata?

—Necesito que Teo te devuelva la memoria.

Di un paso atrás.

—¿Qué?

—Berenice… no has superado las cosas como la gente normal. No puedo seguir contigo temiendo que de repente un día te despiertes enamorada de Elías. No podría soportar esa incertidumbre.

—Entiendo.

—Por favor… Estaré ahí para ti, pase lo que pase.

Era verdad que lo entendía perfectamente. Lo que me pedía era justo.

—Lo haré —acepté, convencida, aunque muerta de miedo.

Abrió mucho los ojos.

—¿En serio?

Tomé aire, lo retuve en los pulmones y luego lo expulsé. Había llegado el momento.

—Ya es hora de afrontar las cosas.

—¿Que quieres qué?

A Teo se le cayeron las gafas de la mano.

—Teo, sé que no lo entiendes…

—No sé si debo hacer lo que me pides, Berenice.

Román nos observaba unos pasos por detrás.

—Sé que te dejo tirado, pero necesito que hagas esto por mí. Te juro que te acompañaré en tus ponencias, te apoyaré en lo que haga falta. Por favor,

Teo…

—Podría ser peligroso.

—También lo era la otra vez, ¿recuerdas?

—Pero hace tan poco tiempo que no sé si tu cerebro…

—Lo soportaré —aseguré, intentando tranquilizarnos a todos, incluida yo misma.

Nos quedamos en silencio. Román aprovechó para acercarse.

—¿De verdad puede ser peligroso? —preguntó preocupado.

Teo asintió. Román me cogió del brazo.

—Berenice…

—Quiero hacerlo —insistí—. Aunque tú te eches atrás ahora, voy a hacerlo igual.

—¿Estás segura?

Me giré hacia el científico.

—¿Teo?

—Intentaré invertir el proceso.

No quise saber más detalles. Había confiado en él una vez y volvería a hacerlo.

—Quiero que sea ahora —anuncié.

Román abrió la boca para hablar, pero le paré. Teo comenzó a sudar.

—De acuerdo… —aceptó—. Voy a prepararlo todo.

Desapareció por la puerta del sótano y yo me quedé a solas con Román.

—No ha sido buena idea —dijo él—. No quiero ponerte en peligro.

Le acaricié la mejilla.

—Eh, todo irá bien. Teo sabe lo que se hace.

—Si te perdiera, yo…

Le di un beso para que no siguiera.

—Ni siquiera lo pienses.

Me estrechó entre sus brazos y yo me sentí más fuerte.

—Hay algo que debo pedirte —comencé a decir.

—Lo que sea —respondió de inmediato.

—No quiero que estés aquí cuando despierte.

—Pero…

—No, Román, por favor. La última vez no recordaba ni mi nombre, no quiero pasar por eso contigo. Dame unas horas, al menos.

Necesitaría tiempo para ubicarme, para pensar, para asimilarlo todo. ¿Qué pasaría si despertaba y estaba enamorada de dos hombres? ¿Cómo iba

a explicárselo?

—De acuerdo —aceptó—. Unas horas.

—¡Berenice, ya está listo! —gritó Teo desde el sótano.

Miré a Román una vez más. Sus brazos me rodearon y yo lo besé.

—No olvides el hilo rojo.

—No lo olvides tú —contestó esperanzado.

Le sonreí una última vez, intentando retener cada detalle de su cara, y bajé las escaleras con el firme propósito de no olvidar jamás esos ojos azules.

# COMO LAS MUJERES VALIENTES

# CAPÍTULO 28

—¿Berenice?

El eco de una voz lejana ahogado por un zumbido insistente en los oídos.

—Berenice, ¿me oyes?

Apreté los ojos, todavía con los párpados bajados, antes de intentar abrirlos. La luz me molestaba, igual que la otra vez.

¿La otra vez…?

—¿Teo…? —Reconocía esas gafas de culo de vaso y esa sonrisa irregular.

—¡Gracias a Newton! —exclamó él, soltando el aire que debía haber estado conteniendo.

El hombrecillo me ayudó a incorporarme en la camilla. Esa camilla odiosa que me había dado mala espina desde el primer momento en que había pisado ese sótano.

Dios mío… Reconocía a Teo, reconocía su laboratorio, e incluso reconocía mi propia voz en mi cabeza.

—¿Te acuerdas de cómo te llamas?

—Berenice.

—¿Sabes qué haces aquí?

Tuve que cerrar los ojos para ordenar mis pensamientos. Cientos de imágenes se amontonaban a las puertas de mi memoria, esperando su turno. Parecían tan ansiosas por entrar, que terminaron agolpándose unas encima de otras.

Sin embargo, pude distinguir dos imágenes de forma más clara que el resto. Dos caras.

—¿Román…? —pregunté con voz débil.

—Tranquila, ha cumplido su palabra. Estamos solos tú y yo.

Sentí un alivio tremendo al recordar a Román, pero también por el hecho de que no estuviera esperándome arriba, pues el otro rostro que había salido a flote en mi mente era el de Elías. Recordaba todo. Cada momento importante de los últimos tres años. Cómo él había llegado a mi vida una noche y cómo había salido de ella de la forma más ruin.

—Ya no hay delfines. —Sentí algo de nostalgia al decirlo.

—Perfecto, ¿no?

No estaba segura. Con los delfines todo era mucho más fácil.

—Supongo…

—Era eso lo que querías, Berenice.

Asentí con lentitud.

—Lo sé… —Me esforcé por sonreír—. Gracias por todo, Teo.

Él se encogió de hombros y me devolvió el gesto con amabilidad.

—Gracias a ti por ayudarme.

Me puse en pie, pero Teo tuvo que sujetarme para no caer. Aún estaba un poco mareada, y volvía a dolerme la cabeza.

—Espero que algún día te animes a salir de esta cueva para visitarme.

Teo asintió, agradecido.

—Cuídate, Be.

Al salir me encontré con una mañana gris y melancólica. La gente caminaba con prisas, como siempre. Reconocí mi coche aparcado a pocos metros, así que me encaminé hacia él, buscando las gafas de sol en mi bolso. La luz blanquecina que se colaba a través de las nubes conseguía molestarme.

Esta vez sí supe llegar a mi nueva casa. En cuanto abrí la puerta, una oleada de emociones me asoló de nuevo. Todavía olía a la colonia de Román en mi habitación.

Estaba feliz por haber recuperado la memoria. Eso significaba que me acordaba de cada momento vivido con los míos, de algunos detalles insignificantes que marcaban la diferencia. Esos que hacían que una tarde cualquiera llegara a convertirse en algo genial. Además, volvía a tener la mente llena de Nerea. Eso más que nada me hacía sentir alegría en aquel momento.

Volvía a ser yo. Solo que no era yo exactamente. No era la Berenice de antes de la operación *Reset*, pero tampoco la de después. Era una evolución, una fusión de ambas.

Abrí la nevera en busca de un refresco con gas que lograra espabilarme. Tenía mucho en lo que pensar. Aunque, antes de nada, decidí mandarle un mensaje a Román. Él había cumplido su parte; yo no podía permitir que siguiera preocupado por mí ni un minuto más.

«Ha salido bien. Te llamaré pronto. Gracias por todo.»

No quería sonar fría, pero tampoco pretendía darle falsas esperanzas. Necesitaba poner en orden mis ideas antes de decirle lo que sentía por él, pues ahora también volvía a sentir algo por Elías, a pesar de todo el dolor, a pesar de que él ya no me quisiera. Y no quería engañar a Román.

Solté un bufido y me tiré en el sofá. El dolor de cabeza iba en aumento. ¿Era posible estar enamorada de dos hombres a la vez? ¿Cuáles eran mis opciones, en realidad? Podía volver con Román como si nada y tratar de enterrar mis sentimientos por Elías. Fingiría que ya no me importaba, que todos los momentos que habíamos compartido ya no significaban nada para mí. Hasta que, quizás con el tiempo, todo eso terminara siendo verdad. O podía asumir que lo mejor para todos era mantenerme al margen. Me quedaría sola con mis sentimientos, llorando por dos hombres. Por el que pudo haber sido y no fue, y por el que fue pero finalmente me jodió. Solo tenía esas dos opciones, ¿verdad? Elías no era la tercera opción. Vale que me hubiese felicitado el cumpleaños, y quizás había parecido sentir algo por mí la última vez que nos habíamos visto, pero aquello solo eran imaginaciones mías. ¿Por qué iba a volver con alguien a quien había dejado después de tres años? No iba a cambiar a Mel por mí.

Los recuerdos se me estaban clavando como estacas en el centro del corazón. Necesitaba salir de casa, respirar aire fresco y aclarar mis pensamientos. Me puse las zapatillas y bajé las escaleras a toda prisa, como si me estuviera ahogando. Afuera, empezaba a chispear. Me quedé parada en mitad de la calle sin saber a dónde ir. ¿Me subía en el coche o seguía caminando sin rumbo?

—¿Berenice…?

Una voz conocida a mi espalda. ¿Qué extraña broma del destino era esta? El corazón me dio un vuelco cuando me enfrenté a él.

—¡Elías!

—Está empezando a llover, ¿necesitas que te lleve a algún sitio?

Me fijé en su rostro recién afeitado y sus cejas depiladas. No estaba tan guapo como recordaba.

—No, gracias. Vivo aquí mismo. —Señalé el edificio.

—¿No me digas? Qué casualidad, nunca suelo venir por esta zona.

Había algo raro en él, pero no sabía el qué. No era el mismo tipo de antes. O quizás… Bueno, tal vez era yo la que había cambiado.

—Estás muy guapa.

Me miré las bermudas de estar por casa y la camiseta ancha de manga corta.

—Sí, claro —respondí con sarcasmo.

Un silencio incómodo se apoderó del momento.

—Gracias por el mensaje —dije de pronto para romper el hielo.

Esbozó una sonrisa de oreja a oreja que me pareció asquerosamente arrogante.

—Ah, eso. Espero que lo pasaras bien en tu cumpleaños.

Un baile sensual se abrió paso hasta mi mente. Román…

—Fue perfecto —dije—. Lo pasé en Roma.

Arqueó las cejas por la sorpresa.

—¡Vaya! Me alegro por ti, siempre quisiste ir.

«Sí, y tú nunca me llevaste», pensé con rencor acumulado.

—Regalo de Zoe y Gus.

—Claro —repuso con sequedad.

Aquello estaba resultándome demasiado incómodo.

—Bueno, voy a… —Hice un gesto con la cabeza como si fuera a tomar una dirección concreta, aunque no tenía ni idea de a dónde ir.

—¿Puedes esperar un momento? Me gustaría decirte algo.

Fruncí el ceño, desconcertada. ¿Qué querría ahora? Me cogió las dos manos y se acercó un poco más. Demasiado, en mi opinión.

—Lo siento.

—¿El qué?

—Siento haberte dejado por una niñata.

¿Estaba llamando niñata a su novia delante de su exnovia? Qué tío más imbécil. Y eso que la niñata en cuestión no era mi mejor amiga, precisamente. No respondí porque no sabía ni qué diablos decir.

—Nunca debí haberlo hecho —continuó—, pero a veces no sabes lo que tienes hasta que lo pierdes.

—¿A qué viene esto ahora, Elías?

—Cuando te vi en la exposición el otro día, preciosa, junto a ese tío, me puse tan celoso…

¿Era una maldita broma o qué?

—Pero… —Nada, que no me salían las palabras.

—¿Sigues con él? —La expresión de su rostro se había endurecido.

Necesitaba pensar unos segundos antes de responder, pero Elías entendió mi silencio como una invitación a saborear mis labios. Por un momento, me quedé con los ojos abiertos, alucinando por lo que me estaba pasando. Mis labios parecían tener vida propia al responderle, como si reconocieran la coreografía de los suyos.

Había una tercera opción, después de todo. Podía volver con Elías y retomar mi vida. Esa por la que tantas lágrimas había derramado al creer

que ya no volvería. Pero de pronto, el rostro de un chico moreno con una gran sonrisa me hizo volver al presente y me obligó a separarme del hombre al que había amado durante tanto tiempo.

—Espera… —jadeé, apartándome para recuperar el aliento.

Percibí una presencia a mi derecha. Me giré de golpe y me encontré con unos fríos ojos azules que se me clavaron hasta el alma.

# CAPÍTULO 29

—¡Román!

Tenía los puños apretados y se le habían caído unas rosas de la mano que ahora descansaban esparcidas a sus pies. Al darme cuenta de que los tallos estaban unidos por un hilo de lana rojo me quise morir.

—Siento haber interrumpido —masculló.

Angustiada, me acerqué hasta él, olvidando que Elías se quedaba a mi espalda.

—Puedo explicártelo…

—No es necesario, Berenice. Lo entiendo, de verdad.

¿Por qué no me gritaba? ¿Por qué no me decía lo mucho que me odiaba?

—Yo… Me he encontrado con él por casualidad…

—¿Vuestros labios también se han encontrado por casualidad?

No respondí. Me limité a mirar al suelo, avergonzada.

—Así es cómo tenía que ser, ¿verdad? Siempre lo has querido a él, solo que no te acordabas.

—Pero tú… —Tuve que callarme porque estaba a punto de echarme a llorar.

—Yo solo soy un daño colateral —repuso derrotado.

¿Qué me pasaba? ¿Por qué no podía reaccionar de otra forma? ¿Por qué no le decía que estaba loca por él a pesar de haber besado a Elías? Bueno, quizás porque no pensaba que fuera a creerme. Su resignación me estaba partiendo el corazón.

—Eso no es cierto —contesté con un hilo de voz.

—Berenice, no te engañes. Lo nuestro fue solo un bonito sueño, la realidad es muy distinta. Ahora lo sé.

Me agaché a recoger las rosas con los ojos llorosos.

—¿Eran para mí? —Era una pregunta absurda, pero me salió sin más.

—Qué más da —contestó decepcionado. Le estaba haciendo daño, me sentía como un maldito monstruo.

Elías se acercó hasta nosotros y me pasó el brazo por los hombros.

—Creo que ya no tienes nada que hacer aquí —le dijo a Román. Él le clavó sus ojos un momento, pero no dijo nada. —Cariño —me dijo—, ¿por qué no volvemos a casa?

Lo observé como si no lo conociera de nada y me aparté de él.

—¿A casa?

—A nuestra casa.

Ah, que ahora era «nuestra». Yo sabía que para mí aquella casa nunca sería la misma. Ya no era mi casa. Volví a mirar a Román, pero él seguía mirando a Elías desafiante.

—Más te vale cuidarla esta vez —amenazó—. O si no…

—¿Si no qué? —Elías sacó pecho como un gallito.

Parecía que Román estaba a punto de marcharse, pero antes de darse la vuelta le dio un puñetazo a mi ex en la cara. Me llevé las manos a la boca para ahogar un grito, mientras la gente de alrededor se nos quedaba mirando.

—Si no, esto —repuso Román con tranquilidad, estirándose la camiseta.

Me miró una vez más y me dio la espalda. Caminaba tan deprisa que enseguida cruzó la esquina y lo perdí de vista.

Era una idiota. Los pies se me habían clavado al suelo y la voz no me salía. Algo en mi corazón me decía que saliera corriendo tras él, pero entonces escuché a Elías gemir. Tiré de él para ayudarlo a levantarse mientras se frotaba el lado de la cara que Román le había golpeado.

—¿De qué cojones va ese tío? —Trató de recomponer parte de su orgullo maltrecho fingiendo que no le dolía—. Espera que lo pille y verás.

Y entonces me fijé en Elías. En su cuerpo, en su cara, en sus ojos. Y me acerqué para besarle de nuevo. Tenía que comprobar algo.

—¿Vas a hacer de enfermera conmigo? —me preguntó con picardía.

Pero a mí no me hacía gracia. Después de ese último roce de nuestros labios, me di cuenta de lo que realmente quería.

—Elías, ¿sabes qué?

—¿Qué?

—Que te vayas a tomar por culo.

—¿Cómo…?

Me di la vuelta, dejándolo pasmado.

—¡Berenice!

Ignoré sus gritos e insultos y eché a correr en dirección hacia donde Román había desaparecido, aunque no lo encontré. Corrí hacia casa para coger el móvil, esperando no encontrarme de nuevo con Elías. Por suerte, no fue así. El muy idiota se habría ido con el orgullo apaleado en busca de Mel o de cualquier otra que lo consolara. Por mí, como si se ordenaba sacerdote.

En cuanto me hice con el teléfono, marqué el número de Román con la respiración entrecortada. Estaba apagado. ¡Mierda! Me vestí de persona normal, cogí el bolso y salí de nuevo a la calle. Había sido una auténtica idiota al dejar escapar al hombre del que estaba realmente enamorada. Elías solo me había confundido; la cantidad de sentimientos que había acumulado durante los años que había estado con él me habían nublado la mente. Creí que todavía quería algo que, en realidad, ya no quería. Sus besos estaban vacíos, huecos, y ya no los necesitaba. Me sentía liberada de sus cadenas por fin, pero había tenido que sacrificar lo que mi corazón más deseaba para darme cuenta.

Estaba clavada en medio de la acera sin saber a dónde ir. ¿Dónde podía buscarlo? «¡Estúpida Berenice!». Pensé en cada sonrisa de Román, en cada una de sus caricias, en la primera vez que lo había visto, en cómo se había hecho pasar por mi novio en la Sala Azca, salvándome el pellejo sin conocerme de nada…

¡Ya lo tenía! Llamé a Amador para preguntarle si lo conocía. Al fin y al cabo, había ido a su exposición. ¿Por qué no se me ocurrió en su momento? Pero Amador me dijo que había ido mucha gente desconocida para él y que no le sonaba ningún Román. Perfecto. No podía volver a casa; si me encerraba en mi habitación, los nervios me consumirían. Conduje a toda prisa hasta casa de Zoe con la esperanza de que a ella se le ocurriera algo.

Me abrió con una camiseta de tirantes y unas braguitas rosas.

—¿Berenice…?

Entré como un huracán, pero me quedé de piedra al ver a Carlo en calzoncillos tirado en el sofá.

—*Ciao* —me saludó como si nada.

Una chispa de esperanza prendió en mi corazón. Ni siquiera me paré a preguntar por la hermana de Zoe, a la cual no veía por ninguna parte.

—¡Carlo! ¡Gracias a Dios que estás aquí! —Ignoré el hecho de que seguía en ropa interior—. ¿Sabes dónde puedo encontrar a Román?

—Creía que estaría contigo —dijo.

—No… Ha pasado algo…

Zoe me pidió que me sentara y obligó a Carlo a ponerse algo de ropa. A regañadientes, él obedeció. Les conté todo y, al terminar, Carlo me miraba con el ceño fruncido y Zoe con los ojos de un búho en mitad de la noche.

—¿Que has hecho qué? —se escandalizó—. ¿Te has vuelto loca? ¿Cómo se te ocurre ponerte en manos de Teo otra vez? ¿Es que has perdido el

juicio?

—¿Y qué hay de lo de engañar a Román? ¿No le dices nada por eso? —replicó Carlo.

Vaya… Teniéndolo en contra seguro que no querría ayudarme.

—Escucha, Carlo, sé que ahora mismo me ves como la peor persona del mundo. Pero quiero a tu amigo y necesito tu ayuda.

No lo vi muy convencido, pero Zoe le susurró algo al oído y él sonrió.

—Está bien. Voy a llamarlo.

No supe qué cerdada le habría prometido mi amiga, pero funcionó.

—Dime dónde vive.

Me apuntó en un papel la dirección de su residencia en Madrid y sacó el teléfono, pero yo no iba a esperar a que se encontrara con que el de Román estaba apagado. Sin embargo, cuando ya tenía la puerta abierta e iba a marcharme, Carlo me detuvo.

—¿Qué pasa?

—Ya no hace falta que vayas a su casa, no estará allí.

—¿Y dónde está?

El chico suspiró.

—Me ha dejado un mensaje hace un rato. Se ha ido al aeropuerto.

¡No! ¡No podía irse!

—¿Estás seguro?

—Toma el vuelo de las siete en punto. Vuelve a Roma.

Eché a correr.

—¿A dónde vas? —preguntó Zoe desde el rellano.

—¡A luchar por lo que quiero! —grité, bajando los escalones de dos en dos.

Unos pies me siguieron a toda prisa hasta la calle. Carlo.

—¡Sube! —Me lanzó un casco—. Llegarás antes si te llevo yo.

Me subí a la moto a toda leche. Por una vez, no me molestó la velocidad de los italianos al conducir. Aunque, técnicamente, Carlo no fuera italiano.

Llegamos a Barajas a las 18:28. Estaban a punto de embarcar. Salí disparada hacia el interior de la T4 mientras Carlo aparcaba. Me alcanzó a los pocos segundos casi sin resuello. Había demasiada gente; nos tropezamos con niños, volcamos las maletas de un grupo de amigos e incluso hicimos caer a una pobre anciana. Le pedí perdón mientras seguía corriendo, pero seguramente a ella eso no le sirvió de nada. Me tocó comprar un billete a Barcelona, que era el más barato que había en aquel

momento, para que me dejaran cruzar el detector de metales y buscar la puerta de embarque. Bueno, en realidad fueron dos los billetes, porque Carlo me suplicó ver el final de todo aquello y yo no tenía tiempo para ponerme a discutir.

Perseguir a alguien en un aeropuerto no era tan romántico como pintaban en la tele; nadie solía hablar de la pasta que hay que dejarse por el camino para llegar hasta el ser amado.

Cuando por fin localizamos la puerta de embarque de Román, la azafata se disponía a cerrarla. Ya era demasiado tarde.

—¡Espere! —grité, llegando hasta ella.

—Lo siento, pero ya no puedo dejarla pasar.

—Por favor, no es mi vuelo, solo quiero decirle algo a una persona. Es muy importante.

—Me temo que eso va a ser imposible.

—Solo será un segundo. ¡Por favor!

No me podía creer que tuviera a Román a solo unos metros y que esa zorra teñida no me dejara pasar.

—Señorita, ya le he dicho que no puede pasar —insistió la mala pécora.

Carlo se acercó a ella con decisión y puso su cara de seductor, esa que le había visto poner cada vez que hablaba con Zoe. Sabía que solo lo hacía por ayudarme, así que preferí no decirle nada a mi amiga. Por si las moscas.

—*Signorina, per favore*. Déjela entrar. Solo un *secondo*.

Ella alzó la ceja, poco impresionada por su acento, y terminó de cerrar la puerta.

—Lo siento —dijo. Qué mentira tan grande.

La tía se largó y Carlo sacó el móvil a toda prisa. Marcó con rapidez y se lo puso sobre la oreja.

—Sigue apagado.

Yo ya me había sentado a observar el avión a través de los cristales, exhausta. Debía asumirlo: había reaccionado muy tarde. En todo. Si la vida fuese como una película americana, esa maldita azafata me habría dejado pasar o yo habría llegado a tiempo. En ese caso, Román me habría besado apasionadamente mientras la gente aplaudía a nuestro alrededor.

Pero eso no podía pasarme a mí.

Esperamos un rato en silencio, el uno al lado del otro, hasta que vimos despegar el avión. En cuanto dejó de tocar el suelo, las lágrimas

comenzaron a brotar de mis ojos sin poder evitarlo. Carlo me abrazó con cariño y yo me eché a llorar sobre su hombro.

—Vamos, Berenice… deja de llorar.

Me aparté un poco avergonzada.

—Perdona.

—No te disculpes. —Me sonrió.

—Gracias. Hemos estado a punto de conseguirlo.

Se encogió de hombros.

—El destino nos tiene en sus manos.

Algo se despertó en mi interior al escuchar aquella frase. Un viejo recuerdo. Un hilo rojo irrompible.

Me puse en pie de un salto.

—¿Qué pasa? —preguntó sobresaltado.

Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano y tomé una gran bocanada de aire.

—¿A qué hora sale el próximo vuelo a Roma?

—¿Por qué quieres saberlo? —Carlo entornó los ojos de forma suspicaz.

—Porque es hora de que cumpla mi deseo.

# CAPÍTULO 30

Roma seguía tan impresionantemente bella como la recordaba. Hacía poco más de una semana ni siquiera había pisado la ciudad y ahora la recorría por segunda vez como si la conociera. Sin embargo, algo había cambiado. Mientras caminaba a solas por sus calles transitadas, me daba cuenta de que aquella ciudad no era lo mismo sin la sonrisa deslumbrante de Román. Sin sus bromas y sus besos. Sin el objetivo de su cámara apuntándome de forma traviesa.

Llegué a su casa con los nervios a flor de piel. El corazón estaba a punto de explotarme y la garganta se me había secado. El portal estaba abierto, así que entré y subí las escaleras. Conforme lo hacía, el miedo se iba abriendo paso con una fuerza poderosa. ¿Y si no me abría? ¿Y si me cerraba la puerta en las narices?

Llamé al timbre y contuve la respiración. Escuché pasos al otro lado.

—*Sì?*

Un hombre despeinado y con camisa de cuadros me había abierto la puerta. Tras él, sobre el suelo, se veían apiladas unas cuantas cajas de cartón. Fruncí el ceño.

—¿Román? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—*Con la sua moglie*. *Ora io vivo qui.*

—¿*Moglie…* esposa? —quise aclarar.

Él asintió.

—*Posso aiutarla?*

—No —respondí, alzando la mano—, *grazie*.

Me miró con curiosidad hasta que me di la vuelta y comencé a bajar los escalones. ¿Cómo que con su mujer? ¿Román había vuelto con ella? ¿Qué estaba pasando? Caminé sin rumbo durante un rato, tratando de pensar en mi siguiente paso, hasta que decidí ir a un sitio conocido que me traería recuerdos agridulces: la magnífica *Fontana di Trevi*. El lugar en el que lo había visto por primera vez en Roma.

Como si se tratase de un *déjà vu*, descubrí a la gente haciéndose fotos y lanzando monedas. Distintos rostros, mismas costumbres. Me senté en un escalón del fondo y dejé que la imagen de la fuente se clavara en mis

pupilas, arrancando cualquier recuerdo doloroso que pudiera asaltarme. Con la mente perdida, admiré de nuevo aquella esplendorosa obra de arte.

—¿Berenice?

Volví de mi ensimismamiento de golpe. Esa voz… ¿Sería una imaginación? Tenía miedo de girarme y que solo fuese el eco de mi memoria burlándose de mí. Pero no fue así. Román me observaba con asombro a unos cuantos metros. Me puse en pie con el corazón latiéndome ansioso de nuevo.

—¡Román!

Se acercó hasta mí.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Y tú?

—Ya te dije que me gustaba este sitio. ¿Qué estás haciendo tú en Roma?

—Ya ves, pasaba por aquí… —Evité mirarle.

—Responde —insistió, en un tono que no admitía otra evasiva.

Mis ojos se anegaron de lágrimas. Tuve que fijarlos de nuevo en la fuente.

—Tenía que verte.

Román frunció el ceño.

—¿Y qué pasa con Elías?

—Eso se acabó —admití, enfrentándome a sus ojos.

—Pero tú le quieres —aseguró con la amargura tiñendo su voz.

Sacudí la cabeza.

—Eso creía, pero no es así.

—¿Ah, no? ¿Y qué ha cambiado?

Cerré los ojos y dejé que las lágrimas se derramaran. Tragué saliva con esfuerzo y lo miré.

—Conocí a un chico de ojos azules y ya no he podido olvidarlo.

Para mi sorpresa, Román recortó la distancia que nos separaba y me estrechó entre sus brazos. Por mí, el mundo podía pararse justo en ese momento.

—Berenice…

Con un esfuerzo sobrehumano, me aparté de su abrazo.

—No tenía que haber venido —dije con dureza.

—¿Estás de broma? Ahora mismo soy el hombre más feliz del mundo. —Se pasó las manos por la cabeza y sonrió al cielo.

—Ya me he enterado. Enhorabuena.

Bajó la cabeza.

—¿De qué hablas?

—He estado en tu casa y tu nuevo inquilino me ha dicho que estabas con Paola.

Chasqueó la lengua.

—Alessandro… No respondí nada

—De nuevo, no es lo que crees —me dijo. ¿Otra vez con malentendidos? Esto era el cuento de nunca acabar.

—Esta vez voy a dejar que te expliques, así que más te vale empezar a hablar.

—Es cierto que he estado con Paola, pero porque necesitaba aclarar con ella el asunto del piso.

Nos sentamos en los escalones con un espacio considerable entre nosotros. Román me contó que Paola siempre había asegurado que lo único que le interesaba de su patrimonio era su casa. Él se había negado en un principio, pero había acabado por replanteárselo en el último mes. Ahora ella era la que no lo quería, así que habían decidido alquilarlo hasta que lograran venderlo para repartirse las ganancias. Cuando Román decidió ir a buscarme a Madrid, lo hizo con el firme propósito de quedarse si yo lo aceptaba. Aunque reconoció que, de verse rechazado, habría dudado si volver a Roma de forma permanente.

—¿Por qué?

—Quería salir de aquí durante un tiempo. Por tu culpa, ya no puedo dar ni un solo paso sin acordarme de ti.

Sonreí, un tanto contenida. Para ser sincera, eso me halagaba.

—Pero has vuelto —observé.

Román suspiró y clavó sus ojos en la fuente.

—Creí que podría soportar tu decisión, pero después de verte con él, donde no podía quedarme era en Madrid.

Sentir su dolor todavía latente me dolió a mí también.

—¿Y ahora no tienes casa?

Negó con la cabeza.

—Pensaba quedarme unos días en casa de mi hermana.

Me acerqué a él y apoyé mi cabeza sobre su hombro, agotada. Habían sido demasiadas emociones en un día.

—No tienes ni idea de la que hemos montado en el aeropuerto.

—¿Hemos?

—Carlo me ha acompañado.

Román se echó a reír cuando le conté nuestros atropellos a ancianas y el cutre intento de su amigo por ligarse a la azafata de cara agria.

—Es un buen tipo —dijo.

—Sí que lo es. Me alegra que Zoe lo haya conocido.

Román me apartó el pelo de la cara con delicadeza y me miró a los ojos.

—Tu deseo se ha cumplido.

—¿Qué deseo?

—Volver a Roma, ¿no?

—Ah, ese.

—¿Hay alguno más? —quiso saber.

Sonreí con picardía.

—Alguno.

Me agarró de la cintura y me atrajo hacia él.

—¿Puedo besarte ya?

Como respuesta, me lancé a su cuello igual que una gata salvaje que llevara días sin comer. Le besé con tantas ganas que, al separarnos, los labios me palpitaban.

—Ahora sí —jadeé.

—¿Qué?

—Todos mis deseos se han cumplido.

Sin decir nada más, Román me tomó de la mano y tiró para que me levantara. Me llevó hasta los pies de la fuente y sacó dos monedas. Me entregó una.

—A la de tres —anunció.

—Por que volvamos a Roma —dije yo.

Y lanzamos las monedas a la vez.

# EPÍLOGO

—¿Te pongo algo, cielo? —le pregunté y él esbozó una sonrisa traviesa.

—¿La verdad? —contestó—. Algo no, me pones mucho.

Chasqueé la lengua.

—¿Y qué tal algo para beber? —insistí, señalando el vaso vacío.

Me metió una pajita en el canalillo.

—Ya estoy servido, gracias.

Me eché a reír.

—Idiota… —Lo besé, acariciando su barba de tres días.

Román tiró de mi mano hasta que acabé sobre su regazo.

—Ven aquí, princesa.

—Te recuerdo que no estamos solos.

—Por mí no os cortéis —dijo Gustavo mientras tecleaba en el móvil a toda prisa.

Cada vez que le sonaba, se abalanzaba sobre el aparatito para leer el mensaje. Y sonreía. Y yo sabía por qué.

—¿Cuándo viene Andrea? —le pregunté.

—En un par de semanas —contestó emocionado—. ¡Se me van a hacer eternas!

—¿Sabe ya algo de ese posible trabajo en la Gran Vía? —se interesó Román por encima de mi hombro.

Gus dejó de sonreír y negó con la cabeza.

—Aún nada.

—No te preocupes, seguro que sale bien. Y si no, le encontraremos algo —aseguró.

Los ojos de Gustavo brillaron como los del gato de *Shrek*.

—¿De verdad?

—Pues claro —aseguró Román. Y yo le di un besazo por ser tan encantador.

Al apartarme, pillé a Gustavo guiñándole un ojo a mi novio. Si no hubiese sido mi mejor amigo, habría jurado que le estaba tirando los tejos. Sin embargo, me pareció que Román le devolvía el gesto de complicidad, aunque intentó disimular cuando me giré hacia él. ¿Qué estaban tramando? Habían pasado cuatro meses desde que Román y Carlo se habían mudado a

Madrid definitivamente. Los mismos que hacía que yo me había instalado en su ático del centro. Al principio, sentí algo de nostalgia al abandonar mi piso, pero se me pasó rápido en cuanto descubrí la terraza de la azotea. Como la mayoría de los viernes, nos habíamos reunido todos en casa para tomar algo.

—¡Chicos!

Zoe había irrumpido de lleno en el comedor. Hasta entonces, había estado con Carlo en la cocina, preparando los cócteles. Ella llevaba un Trina en la mano, una rareza más que se sumaba a las muchas que venía manifestando mi amiga desde hacía un tiempo. Concretamente, desde que Carlo se había alquilado el piso de encima de ella. Para la gente normal, eso habría sido raro, pero para Zoe solo era una forma de mantener su independencia.

—¿Qué pasa? —pregunté yo al verla tan sobresaltada.

—Román, ¿te importaría disculparnos?

Él se levantó y suspiró.

—Nada, no hay manera de entrar en el grupito. Lo tenéis cerrado a cal y canto.

—Es hermético, cariño —dije yo, dándole un beso—. Pero sabes que te queremos.

—Ya, ya… —Puso los ojos en blanco y se retiró a la cocina.

Zoe se sentó en su sitio y comenzó a tocarse las manos con nerviosismo.

—Tengo que contaros algo.

Le cogí las manos para que se estuviera quieta; estaba temblando.

—Me estás asustando —le dije.

Percibí unos siete cambios de postura de Gustavo en cuestión de cinco segundos.

—¿Y a ti qué te pasa? —inquirí—. ¿Por qué estás tan nervioso?

—¿Nervioso yo? —Su voz sonó más aguda de lo normal—. Qué tontería, estoy perfectamente. Centrémonos en Zoe, que es la que parece estar a punto de echarse a llorar.

Como si siguiera una orden, el robot Zoe comenzó a derramar lágrimas.

—Por Dios, ¡habla de una vez! —le ordené.

Murmuró algo, pero no entendí un carajo.

—¿Qué?

—Que estoy… —De nuevo se me escapó la última palabra.

—Cariño, como no vocalices un poco…

—¡Que estoy embarazada! —exclamó en un susurro histérico.

Nos quedamos paralizados de pies a cabeza, igual que dos estatuas de mármol en medio de una fuente. Instintivamente, miré por la ventana, esperando encontrarme a cuatro esqueletos montando unos caballos infernales. Si Zoe estaba esperando un hijo, los jinetes del Apocalipsis no debían andar lejos. No obstante, solo la luna observaba la escena.

—¿Es de Carlo? —preguntó Gus sin dejar de abanicarse con una revista.

Zoe dejó de llorar un momento para acribillarlo con su mirada glacial.

—¡Pues claro que es de Carlo! ¿De quién iba a ser?

Volvió a hundir su rostro perfecto entre sus manos. Le acaricié la cabeza mientras le hacía un gesto a Gus de «te has pasado». Él se encogió de hombros, en plan «no me parece una pregunta tan rara, teniendo en cuenta que se trata de Zoe». Sí, supe que quería decir eso solo con un gesto. Así funcionaban nuestras mentes perfectamente sincronizadas.

—¿Se lo has dicho? —le pregunté a Zoe.

Volvió a mostrarnos su bello rostro con chorretones de rímel y negó con la cabeza.

—Tengo miedo de que huya.

—Espera un momento… —seguí diciendo—. ¿Quieres tenerlo?

Creí que habría escarmentado después de cuidar de su sobrino, que lo de ligarse las trompas iba en serio.

—Creo que sí… No… ¡No lo sé!

—Tienes que decírselo, cielo —intervino Gustavo—. Se merece saberlo.

Era raro no saber si dar la enhorabuena a una futura madre o el pésame por semejante condena.

—Gus tiene razón. Háblalo con él antes de decidir nada.

Le limpié las lágrimas cariñosamente con la mano. Mi pequeña maniquí se hacía mayor… ¿Qué sería de ella?

—Así que por eso llevas toda la noche bebiendo Trina y yendo al baño —comentó nuestro amigo.

Zoe asintió.

—Cielo, sabes que nos tendrás siempre para lo que necesites, ¿verdad? —le dije.

—Lo sé —lloriqueó, comenzando a sonreír.

—Siempre he querido tener un sobrino —añadió Gus—. Ser hijo único es un fastidio.

—Pues ahora serás tío —repuso ella algo más animada—. Los dos lo seréis.

No dije nada al respecto, pero me pareció que nuestra amiga ya se había decidido.

Los chicos llegaron con más bebidas y nosotros tres tuvimos que hacer como que no pasaba nada. Zoe se disculpó y se fue al baño.

—¿Sabéis lo que le pasa? Está muy rara —preguntó Carlo.

—Qué va.

—Ni idea.

Román nos miraba con los ojos entrecerrados. Si seguía escudriñándome de esa manera, acabaría por cantar, así que decidí ahogar el secreto en otro vaso de vodka con zumo de arándanos.

—Tengo un poco de calor —me dijo Román—. ¿Me acompañas afuera?

Salimos al balcón y quedamos ocultos tras las cortinas blancas. Dejamos a Gustavo practicando algo de italiano con Carlo para sorprender a Andrea cuando llegase. La noche era fresca. La carne se me puso de gallina al instante, así que me froté los brazos. Multitud de coches, en su mayoría taxis, se abrían paso a través de las calles iluminadas. Román parecía nervioso a mi lado, distante.

—¿Va todo bien? —le pregunté, acariciándole la mano.

Él intentó sonreírme, pero lo que yo vi fue una mueca incómoda. ¿Qué le pasaba?

—Necesito algo de aire —dijo, cerrando los ojos y respirando hondo.

—¿Quieres un poco de agua? —Me solté con la intención de ir a buscarla a la cocina.

—No te vayas. —Me agarró por la muñeca y me retuvo—. Tengo que decirte algo.

—De acuerdo…

—Y tengo que hacerlo ya —dijo, aunque me pareció que hablaba consigo mismo, como si estuviera infundiéndose valor. Me estaba poniendo nerviosa.

—Adelante —lo animé.

—A ver… Por dónde empiezo… —Empezó a mirarse las manos y a crujirse los nudillos.

—Cariño, tranquilo. —Le aguanté la cara entre mis manos—. Puedes decirme lo que sea.

—Sabes que te quiero, ¿verdad?

Sonreí abiertamente.

—Y yo a ti.

—Pero te quiero para siempre.

—Lo sé.

Tomó aire por la nariz y lo expulsó por la boca. Sus ojos brillaron al sacar una pequeña cajita cuadrada del bolsillo trasero de su pantalón. El corazón se me paró durante un segundo.

—Cásate conmigo.

La mandíbula debió descolgárseme, porque sentí el frescor de la brisa de finales de septiembre en mi lengua. Y luego una felicidad inmensa calentándome por dentro.

—¡Sí! —exclamé, dejando que me pusiera el anillo en el dedo antes de lanzarme a sus brazos.

—Sé que no he sido muy romántico… —Me apartó la vista y se rascó la nuca—. Me he puesto nervioso.

—No ha podido ser más perfecto. —Le cogí la mano.

—Perfecto habría sido si hubiese salido bien lo que tenía preparado arriba.

Puse cara de «no entiendo nada».

—He tenido un problemilla con el agua… —confesó—. No subas hasta que yo te avise, ¿vale?

Sonreí de oreja a oreja.

—Te quiero.

—Yo más.

Nos fundimos en un largo beso que consiguió hacernos estallar en llamas en apenas segundos. De haber estado solos, no habríamos dicho ni una palabra más, pero nos obligamos a separarnos. Observé mi precioso anillo de compromiso bañado en oro blanco.

—Tiene una inscripción en el interior —señaló mi futuro marido.

Me lo quité un momento para comprobarlo.

—«Siempre nos quedará Roma» —leí—. Me encanta.

Al entrar de nuevo, comprobé que Zoe había vuelto al comedor. No pude esperar para enseñarles a todos el anillo.

—¡Nos casamos! —exclamé eufórica.

Gus se puso a dar saltitos y a gritar. Zoe me dio un abrazo con los sentimientos a flor de piel.

—Es precioso, ¿verdad, Berenice? —dijo Gus, guiñándole de nuevo un ojo a Román.

—¡Tú ya lo sabías! —lo acusé, dándole un pequeño empujón.

—Me ayudó a elegirlo —admitió Román, y Gus sonrió con orgullo.

—Esto es increíble —dijo mi amigo—. ¡Una boda y un bautizo!

En cuanto se dio cuenta, se llevó la mano a la boca. Zoe y yo lo aniquilamos con nuestras miradas de mujeres diabólicas.

—¡Lo siento! —se lamentó.

—¿Bautizo? —preguntó Román sin entender. Luego me miró fijamente —. ¿Estás…?

—Ella no —intervino Zoe antes de que yo pudiera decidir si me atribuía un embarazo falso o no—. Pero yo sí.

Todos los ojos se fijaron en ella, pero los de mi amiga solo observaban a Carlo para ver su reacción. La imitamos enseguida.

—¿Cómo…? —El chico se había quedado pálido de la impresión.

—Me he enterado esta mañana, pero no tienes por qué… —Zoe agachó la cabeza.

—¡Eso es maravilloso! —exclamó él encantado, besándola una y otra vez.

Los demás reaccionamos con sorpresa, pero de inmediato nos apresuramos a felicitarlos. Zoe lloraba y se reía a la vez, mientras Carlo no dejaba de besarla. Descorchamos champán para celebrarlo y, entre risas y burbujas, me di cuenta de que por fin todo estaba en su sitio. Zoe había dejado atrás su etapa de *femme fatale* para convertirse en una futura mamá *sexy* junto a Carlo; Gustavo había encontrado por fin a su media naranja en Andrea; Belén (la hermana de Zoe) había empezado a salir de nuevo con su exmarido y hasta los labios de mi madre habían vuelto a la normalidad. Incluso a Teo comenzaban a tomarlo en serio en su gremio. Entrelacé mis dedos con los de mi prometido y volví a fijarme en el anillo.

—Te has asustado, ¿verdad? —le pregunté en voz baja.

—¿Cuándo?

—Cuando has pensado que estaba embarazada.

Dejé de mirar nuestras manos para fijarme exclusivamente en su sonrisa.

—Quiero tener hijos contigo, Berenice.

Me acerqué más para besarlo.

—Ya, pero mejor esperamos un poco, ¿qué te parece?

Me aferró la mano con más fuerza. Sentía el anillo alrededor de mi dedo.

—Me parece que tenemos toda la vida por delante.

—¿Siempre juntos? —le susurré al oído.

Me acarició la mejilla mientras yo volvía a perderme entre las aguas de sus ojos.

—Siempre.

# AGRADECIMIENTOS

Cuando acabas una historia no puedes evitar pensar en todas aquellas personas que te han acompañado en el proceso. Esas que dedican parte de su tiempo a conocer a tus personajes.

En primer lugar, me gustaría dar las gracias a Iván, mi compañero de viaje. Él es quien me hace ver que el vaso está medio lleno y que a veces los problemas no son tan graves como me parecen. Su amor y su confianza me hacen ser más fuerte. A mis padres y mi hermano, por aguantar esos cambios de humor que me dan a veces y ayudarme a levantarme. A Raquel y Tahisa, por su cariño, su compromiso y por emocionarse conmigo. Por esos planes futuros con los que nos encanta soñar. A Victoria, porque siempre está dispuesta a leerme y a cuidarme. A Lorena, mi Lilla, por estar siempre ahí y decirme que no me rinda.

A mis amigas del Taller Literario porque me ayudan infinito con sus críticas y sus consejos, en especial a Estefanía, Sofi, Mara, Inma, Flor y, sobre todo, a María. Gracias, compi, por implicarte con *Reset* (y con todo), por darme ánimo para seguir y para que no pierda la confianza en mí misma. A Scarlett, una loca soñadora como yo. Gracias por tu sinceridad y por darme la oportunidad de tocar *Reset* con mis manos.

Y, por supuesto, gracias a aquellas personas que decidan darle vida a Berenice a través de sus ojos. Una historia se mantiene viva gracias a sus lectores.

*Lorena Pacheco*



A Berenice le han roto el corazón. Ella creía que él era el amor de su vida y, sin previo aviso, va y le suelta que ha conocido a otra. Así, sin más. Con todo el morro del que disponía hasta la fecha.

Tras múltiples intentos fallidos por reconstruir su miserable existencia, Berenice por fin encuentra lo que parece la solución definitiva. Arriesgada, disparatada e increíble, la operación *Reset* puede ser la puerta hacia una vida mejor, ¿pero está dispuesta a correr el riesgo?

Una escapada a Roma, la aparición de un fotógrafo irresistiblemente atractivo y la oportunidad de empezar de cero, pondrán a prueba su decisión.

Divertida y disparatada. Reset es una historia sobre lo difícil que es olvidar y pasar página, incluso haciendo trampas.

Escarlata
EDICIONES
www.escarlataediciones.com

9 788416 618033
P.V.P. 14,90 €